

Blanca Gimeno Escudero

CECILIA G. DE GUILARTE

**Un discurso valiente en el exilio español
de 1939 en México**



Universidad de Valladolid

**CECILIA G. DE GUILARTE:
UN DISCURSO VALIENTE EN EL EXILIO
ESPAÑOL DE 1939 EN MÉXICO**

Serie: LITERATURA, 93

GIMENO ESCUDERO, Blanca

Cecilia G. de Guilarte : un discurso valiente en el exilio español de 1939 en México / Blanca Gimeno Escudero. Valladolid : Ediciones Universidad de Valladolid, 2018

182 p. ; 24 cm. Literatura (Universidad de Valladolid) ; 93

ISBN 978-84-8448-974-0

1. Guilarte, Cecilia G. de (1915-1989) - Crítica e interpretación 2. Exiliados españoles - México - Historia - Siglo XX I. Feminismo en la literatura. II. Guilarte, Cecilia G. de (1915-1989). III. Universidad de Valladolid, ed. III. Serie

141.72::821.134.2

821.134.2::141.72

BLANCA GIMENO ESCUDERO

**CECILIA G. DE GUILARTE:
UN DISCURSO VALIENTE EN EL EXILIO
ESPAÑOL DE 1939 EN MÉXICO**



EDICIONES
Universidad
Valladolid^{de}

En conformidad con la política editorial de Ediciones Universidad de Valladolid (<http://www.publicaciones.uva.es/>), este libro ha superado una evaluación por pares de doble ciego realizada por revisores externos a la Universidad de Valladolid.



Este libro está sujeto a una licencia "Creative Commons Reconocimiento-No Comercial – Sin Obra derivada" (CC-by-nc-nd).

BLANCA GIMENO ESCUDERO. Valladolid, 2018

Maquetación: Ediciones Universidad de Valladolid

ISBN: 978-84-8448-974-0

Diseño de cubierta: Ediciones Universidad de Valladolid

Motivo de cubierta: Obra realizada por el poeta y dramaturgo mexicano Abigael Bohórquez (Caborca, México 1936- Sonora, México, 1995) a Cecilia G. de Guilarte. Se encuentra en el archivo familiar de la escritora.

A Toni y a Celia

AGRADECIMIENTOS

Esta monografía ha sido posible gracias a la guía y el apoyo incondicional de José Ramón González, José Ángel Ascunce, Manuel Aznar y Ana Mari Izaskun Ruiz. Además, y gracias a la generosidad de las tres hijas de Cecilia G. de Guilarte, Marina, Esther y Ana Mari Izaskun, ha sido posible acceder al archivo familiar de la escritora y conocer de primera mano no solo la trayectoria profesional sino también la faceta humana de Cecilia G. de Guilarte, enriqueciendo en gran medida este trabajo.

ÍNDICE

Presentación	13
Datos biográficos.....	19

Parte I: Producción narrativa

1. Nació en España.....	43
2. Trilogía narrativa del exilio.....	54
2.1. Cualquiera que os dé muerte.....	55
2.2. La soledad y sus ríos.....	62
2.3. Los nudos del quipu.....	71
3. Cuentos y relatos	77
3.1. Temática española.....	79
3.1.1. Navidad Roja.....	80
3.1.2. ¿A dónde irán las almas...?.....	81
3.1.3. El asilo	82
3.1.4. Mientras la esperanza vive.....	84
3.1.5. Paz en la tierra. Navarra tiene cadenas	86
3.1.6. Renacer en Navidad	87
3.1.7. Las preocupaciones de María Josefa	90
3.2. Temática mexicana.....	93
3.2.1. 0-4 Cruz verde.....	94
3.2.2. La sed.....	96
3.2.3. La muerte invitada	98

4. Ensayos biográficos	100
4.1. Sor Juana Inés de la Cruz. Claro en la selva	100
4.2. Juana de Asbaje. La monja almirante	107
4.3. El padre Hidalgo, libertador.....	110

Parte II:
Producción dramática

5. Trilogía dramática.....	113
5.1. Contra el dragón.....	113
5.2. La trampa	118
5.3. El camino y la cruz	126
Conclusión	131
Bibliografía	133
Anexos.....	139
Anexo I.....	139
Anexo II	168
Anexo III.....	169

PRESENTACIÓN

Nada importaba ya que la propiedad tuviera ya el nombre de La Soledad: para ella sería siempre “bi ibai artean”, entre dos ríos la casa, como su propia vida estaba entre dos corrientes que alternativamente se fundían y se rechazaban, guerra civil de dos tiempos en la que los muertos ganaban más batallas que los vivos, porque ella se negaba a enterrarlos.

Este fragmento de la novela de Cecilia G. de Guilarte, *La Soledad y sus Ríos*, describe los sentimientos enfrentados de muchos individuos obligados a vivir un exilio forzoso en la distancia, afectando este hecho a su identidad personal y colectiva, y ocasionando conflictos internos difíciles de superar. La persona exiliada sufre en el exilio la ausencia y el desarraigo, como dice José Ángel Ascunce, “el expulsado es un sujeto sin raíces, desgajado de su medio natural, es un ser desarraigado”. (Ascunce, “El teatro vasco en castellano...” 32)

La mutilación producida a raíz de esta experiencia del exilio, es una consecuencia que afecta negativamente al individuo, idea que Claudio Guillén expone en su ensayo *El sol de los desterrados: literatura y exilio*. Claudio Guillén enfrenta o asocia esta respuesta ovidiana de nostalgia y desarraigo a la respuesta estoica, en la cual, el exilio propicia un proceso de reconstrucción social y personal del individuo. El exilio se convierte en un desafío, en una oportunidad de redescubrimiento para el desterrado y por eso, Guillén afirma: “Desde el punto de vista del estoico, el exilio no es una desgracia sino una oportunidad y una prueba, por medio de las cuales el hombre aprende a subordinar las circunstancias externas a la virtud interior (...)”. (Guillén, *El sol de los deterrados...* 26)

En el caso de la escritora y periodista Cecilia G. de Guilarte, como en el de tantos otros exiliados, el desafío que supone la experiencia del exilio es afrontado estoicamente en gran medida gracias a la literatura. Su producción literaria se convierte en un proceso de construcción de la propia identidad, tanto colectiva como

personal, para enfrentarse con dignidad al exilio, consiguiendo transformar el dolor en el motor de su creación literaria.

Es importante destacar, por otro lado, la destacable actividad intelectual y dedicación cultural de Cecilia G. de Guilarte. No en vano, se la considera en México como una de las figuras vascas que más contribuye al mundo de la cultura. Sin embargo, cuando regresa a España en diciembre de 1963, la situación social y política del país, junto a las circunstancias vitales de la escritora, dificultan el reconocimiento de su figura.

Afortunadamente, el creciente interés por el fenómeno del exilio y la necesidad de profundizar en la dimensión humana e histórica de este, han contribuido a la recuperación, entre otras, de su figura. Así lo demuestran las ediciones, congresos y reediciones de su producción literaria. El Congreso Internacional sobre el exilio organizado por la universidad de Deusto y Hamaika Bide Elkartea, se celebra anualmente en San Sebastián. José Ángel Ascunce, José Ramón Zabala, Manuel Aznar, Iñaki Beti, o Marina, Esther y Ana Mari Izaskun Ruíz, hijas de Cecilia G. de Guilarte, entre otros, han conmemorado en este y otros ámbitos, y en diferentes ocasiones, la figura y la obra de Cecilia G. de Guilarte. Las dos series de artículos “Los años de las verdes manzanas”, publicados de marzo a octubre de 1968, junto con “Un barco cargado de...”, publicados de enero a marzo de 1972 en el diario vasco *La Voz de España*, periódico en el que Cecilia G. de Guilarte colabora desde 1964 hasta 1980, año en que se cierra el periódico, son reeditados por la editorial Saturrarán en 2001 en el libro *Un barco cargado de...*. En esta edición, se incorporan también una selección de algunos de sus cuentos y relatos. En ese mismo año, la misma editorial publica junto con esta edición, tres piezas teatrales que se incluyen en el libro *Trilogía dramática*. Posteriormente, en diciembre de 2007, se publica *Cecilia G. de Guilarte, Reporter de la CNT: sus crónicas de guerra*, libro que recopila las crónicas de guerra de la escritora, en la etapa en la que fue corresponsal para la CNT en los frentes del norte, donde trabaja para los periódicos *CNT del Norte*, *Frente Popular* y *El Liberal*. Dos años después, en 2009, se reeditan en San Sebastián algunos ejemplares de sus cuatro novelas cortas publicadas en 1935 y 1936 respectivamente: *Locos y vencidos* (enero 1935), *Mujeres* (febrero 1936) y *Rosa del rosal cortada* y *Los claros ojos de Ignacio* (febrero 1936). Junto con ellas, se reedita la novela *Nació en España*, publicada en México en 1944 durante la primera etapa del exilio de la escritora en este país. En julio de 2012, se publica *Un barco cargado de...*, libro que recoge un conjunto de artículos en los que Cecilia G. de Guilarte relata su experiencia desde que embarca en Francia rumbo a América, hasta que desembarca en México a principios del verano de 1940, y que se suman a la serie de los dieciséis que bajo el mismo nombre habían sido publicados con anterioridad.¹ Por

¹ Mónica Jato edita el libro *Un barco cargado de...* en julio de 2012, en el cual se incluyen treinta y un artículos que Cecilia G. de Guilarte escribe desde su embarco en El Cuba en Francia en 1940, hasta su llegada a México y que se suman a la serie de los dieciséis que ya habían sido publicados en 1972 y reeditados en 2001 bajo el mismo título. Desde el blog electrónico *Un barco cargado de...* disponible en

último, las reproducciones más recientes de la obra de Cecilia G. de Guilarte aparecen en 2015 con motivo del homenaje al centenario del nacimiento de la escritora y en 2017, con la publicación del libro *Mujeres en pie de guerra. Memorias de nosotras*.²

Por otro lado, en noviembre de 2008³, en Hermosillo, su ciudad de acogida en México, y en noviembre de 2011 y diciembre de 2015 respectivamente, en Tolosa, su ciudad natal, se rinden a la escritora entrañables homenajes donde se rememora su figura intelectual y su obra. Todos estos pasos aportan y representan un gran avance para que la obra y el legado literario de Cecilia G. de Guilarte no caigan definitivamente en el olvido.

En este libro que constituye el primer trabajo monográfico de la escritora, y mediante una aproximación al discurso de las protagonistas de la obra de Cecilia G. de Guilarte, se pretende destacar la importancia crucial que las mujeres ocupan en la producción literaria de la escritora durante su periodo de exilio en México. El género determina el rol de los personajes en el medio hostil en que estos se desenvuelven, y por ello un discurso de género es necesario para diferenciar las estrategias de construcción identitaria que aparecen en la obra de la escritora.

la página electrón <http://unbarcocargadode.wordpress.com/>, se puede acceder entre otros datos a una breve entrevista con la escritora en audio realizada en 1984, disponible en el archivo AHOA.

²Las tres novedades literarias que se presentan en el homenaje a la escritora en diciembre de 2015 son *Los Nudos del Quipu*, *Escritos de Cecilia G. de Guilarte*, *Segunda República y Guerra Civil*, y *Diario de un retorno a dos voces*. Manuel Aznar es el autor de la edición de *Los Nudos del Quipu*, tercera novela inédita hasta entonces, que compone la trilogía del exilio *Los Nudos del Quipu*; Julen Lezamiz y Ana Urrutia son los autores de la edición *Escritos de Cecilia G. de Guilarte*, *Segunda República y Guerra Civil*, libro que recopila algunas de las novelas cortas y escritos de Cecilia desde la Segunda República hasta su exilio a México junto a comentarios de sus autores. Por último, en *Diario de un retorno a dos voces: correspondencia entre Cecilia G. de Guilarte y Silvia Mistral*, Mónica Jato reúne setenta y seis cartas que son parte de la correspondencia entre Cecilia G. de Guilarte desde España ya de vuelta tras su exilio, y su entrañable amiga y escritora Silvia Mistral en México. En ellas, ambas intercambian sus impresiones, sentimientos y experiencias entre los años 1973 y 1987. Además, se incluyen tres cartas que Cecilia G. de Guilarte escribe a su también amiga, la escritora ovetense Dolores Medio. Por otro lado, la actriz, realizadora de documentales y escritora, Susana Koska, presenta el 25 de enero de 2018 en San Sebastián, el libro *Mujeres en pie de guerra. Memorias de nosotras*, basado en un documental con el mismo título realizado en 2004. En él, se incluyen cartas, testimonios personales y políticos, artículos y fotos que abarcan desde la guerra civil española hasta el origen del primer movimiento feminista. Voces como la de Carmen Alcalde, Sara Berenguer, Neús Catalá, Rosa Díaz, Montserrat Fernández Garrido, Cecilia G. de Guilarte, Ana Mari Izaskun Ruiz García, Susana Koska, Rosa Laviña, Luz Miranda, Maixux Rekalde y Antonina Rodrigo, se encuentran en esta edición. Susana Koska reconoce que “es un libro de memorias, las suyas, las mías, las de las mujeres que se dejaron la piel en la lucha y las que se dejaron las yemas de los dedos dándole a la tecla. (...) Siendo ellas parte de la Historia, este libro debe serlo también”. (*Mujeres... 10*)

³ En Hermosillo, en diciembre de 2008, se celebra un homenaje en honor a Cecilia G. de Guilarte. El periodista Martín Contreras y Marina Ruiz, hija mayor de Cecilia, participan en él junto a otras personalidades del mundo de la cultura sonorensa como la escritora y periodista Margarita Oropeza o la escritora Patricia Robles Payán.

En sus obras, Cecilia G. de Guilarte convierte a la mujer en el sujeto del discurso, al participar esta activamente en la búsqueda de su identidad. Como consecuencia de ello, sus decisiones y su coraje son vitales para lograr sus objetivos. La escritora de esta forma aporta una mirada valiente a la realidad, y al mismo tiempo reflexiona sobre su propia identidad, transformando en literatura su experiencia del exilio. Por otro lado, su generosidad, capacidad de sacrificio, y compromiso social, están presentes a lo largo de su obra literaria, y se corresponde plenamente con el carácter solidario y comprometido que definen su quehacer diario.

Dado que la trayectoria literaria de Cecilia G. de Guilarte está íntimamente imbricada con su trayectoria personal, este trabajo monográfico arranca con una biografía detallada de la escritora reconstruida a partir de sus dos series de artículos autobiográficos: “Los años de las verdes manzanas” y “Un barco cargado de”. Se incluye además correspondencia inédita entre el esposo de la escritora, Amós Ruiz Girón y su hija menor, Ana Mari Izaskun, y entre Cecilia G. de Guilarte con los exiliados vascos José Olivares Larrondo, conocido como Tellagorri, y Jesús de Zabala. También, se incluyen testimonios orales y escritos de las hijas de la escritora, así como diferentes fragmentos de intercambios epistolares entre Cecilia G. de Guilarte con las escritoras Dolores Medio y Silvia Mistral cuando Cecilia ya ha regresado a España. De esta forma, se aporta una visión más completa y veraz de su experiencia vital.

Los dieciséis artículos que conforman la serie “Los años de las verdes manzanas”, rememoran la vida de la escritora en Madrid durante los años 1935 y 1936 y se publican por primera vez en el periódico *La Voz de España* de marzo a octubre de 1968. En los treinta y uno que conforman la serie “Un barco cargado de...”, la rememoración transcurre desde su salida de España en 1939 hasta su llegada a México en el verano de 1940. De ellos, los dieciséis reeditados en el libro *Un barco cargado de...* en 2001, aparecen publicados en el periódico *La Voz de España* de enero a marzo de 1972. Los quince restantes que no fueron publicados debido a la censura franquista, están incluidos en el libro *Un barco cargado de...* editado en 2012 y complementan la anterior.⁴ A continuación, y agrupadas en dos partes, se analiza el discurso literario de los diferentes protagonistas y modelos femeninos que aparecen en la producción narrativa y dramática del exilio respectivamente. En la primera parte, se incluye la novela *Nació en España* publicada en México en 1944; la trilogía narrativa del exilio, cuya primera novela, *Cualquiera que os dé muerte*, aparece publicada en España en 1969 por la editorial Linosa, tras ganar el Premio Águilas de novela, *La soledad y sus ríos* la publica la editorial Magisterio en Madrid en 1975, y la tercera de la saga, *Los Nudos del Quipu*, se edita en diciembre de 2015 con motivo del centenario del nacimiento de la escritora. A

⁴ Para los artículos pertenecientes a la serie “Un barco cargado de...” se ha usado la edición de *Un barco cargado de...* de 2012, mientras que para los artículos que componen la serie “Los años de las verdes manzanas”, se ha usado la edición de *Un barco cargado de...* de 2001.

continuación, se lleva a cabo un análisis detallado de diez cuentos y relatos publicados en periódicos y revistas literarias y culturales de México, y reeditados algunos en el libro *Un barco cargado de...* publicado en 2001. Estos relatos están clasificados en dos grupos que corresponden a una temática española y mexicana respectivamente. Por último, sus dos ensayos biográficos completan el análisis de esta sección: por un lado, el ensayo biográfico sobre Sor Juana Inés de la Cruz publicado en 1958 por la editorial vasca Ekin de Buenos Aires, junto con una edición revisada por la escritora titulada *Juana de Asbaje, la Monja Almirante* y publicada en Bilbao en 1970. Por otro, una breve mención de su segundo ensayo sobre la biografía de El padre Hidalgo, libertador de México. La segunda parte, la conforma su trilogía dramática, compuesta por: *Contra el dragón* (representada por primera vez en México el 12 de junio de 1954), *El camino y la cruz* (1954) y *La Trampa* (1958). Para concluir, se incluye un epígrafe final formado por tres anexos. En el primero, aparecen tres cuentos: “Mientras la esperanza vive...”, “Paz en la tierra, Navarra tiene cadenas” y “Las preocupaciones de María Josefa”. Los tres son publicados durante el periodo de exilio de Cecilia G. de Guilarte pero en la actualidad son de difícil localización. En el segundo anexo, se encuentra un poema de la Virgen de Guadalupe y, por último, en el tercero, se incluyen, documentos gráficos que ilustran algunas de las experiencias vitales de la escritora.

Mediante el discurso de personajes femeninos independientes que triunfan en su profesión, Cecilia G. de Guilarte proyecta su propia experiencia unas veces, y sus anhelos otras. La escritora consiguió, sin duda, exorcizar una parte de su pasado trasladando sus propias experiencias a un mundo imaginario en el que se reconocen muchos de los acontecimientos que jalonan su propia biografía.

DATOS BIOGRÁFICOS

Es importante destacar que Cecilia G. de Guilarte arranca de su propia biografía para construir el discurso que a ella le interesa trasladar a sus lectores. Los artículos que conforman las series “Los años de las verdes manzanas” y “Un barco cargado de...”, son autobiográficos. La reflexión de la escritora, que reside ya en España, sobre experiencias vividas años atrás, se convierte a la vez en una reflexión personal sobre su propia identidad. La propia Cecilia G. de Guilarte, cuando se dispone a escribir sus artículos autobiográficos, reconoce al director del periódico *La Voz de España* la necesidad de contar lo vivido para ordenar en su mente sus experiencias y así comprenderlas mejor: “(...) tengo que contar las cosas como sé para que me entiendan, y sobre todo, para entenderme yo misma”. (*Un barco cargado de...*142)

Michael Ugarte también hace referencia a la relación exilio-autobiografía en la obra de la escritora, así como el impacto, tanto a nivel literario como personal, que estos escritos autobiográficos tienen.

Las obras de Alberti y de Guilarte muestran que todos los temas literarios candentes que rodean al exilio y a la autobiografía no son, en última instancia, más importantes para la literatura que para la vida: la autoridad, la importancia colectiva, la fama personal, el nacimiento, la muerte, la recreación de pasadas experiencias. (Ugarte, *Literatura española...*90)

Partiendo pues de las reflexiones de la escritora y con la información de primera mano proporcionada por su familia, ha sido posible reconstruir una biografía más completa y facilitar un acercamiento más humano a su figura.

Cecilia G. de Guilarte nace en Tolosa el 20 de diciembre de 1915. Sus padres, Faustino García Conde y Bernarda Guilarte Rodríguez, proceden de la comarca burgalesa de La Bureba y tienen 4 hijos: Cecilia, la mayor, Ricardo, Félix y Esther. El padre de Cecilia es obrero de la Papelera Española de Tolosa, y militante de la CNT, lo cual le hace heredar probablemente ese interés e inquietud social que se van a manifestar a lo largo de su vida y van a expresarse abiertamente en su obra literaria. El hecho de no poseer el título de Educación Primaria no es un obstáculo para la escritora, que muy pronto es consciente de que con el tesón, la constancia y la

disciplina se puede lograr casi cualquier objetivo.⁵ Y gracias a su capacidad de trabajo y a su esfuerzo, llega a ser entre otras cosas profesora en la universidad de Sonora, México, destacando en los ambientes intelectuales del país.

La cultura es importantísima para la escritora, tal vez porque sabe que el conocimiento y la educación son las mejores armas para combatir la manipulación y el engaño y para luchar con tolerancia contra las situaciones adversas. Pero, sobre todo, porque entiende que es la mejor forma de transformar la sociedad. La educación le permite ocupar puestos relevantes en los sectores intelectuales y sociales de la sociedad mexicana y así logra, además, que su labor sea reconocida y admirada.

Cecilia G. de Guilarte no es solo una mujer culta, sino además una madre y esposa ejemplar. Estas características, junto con su constante tolerancia y la profunda conciencia social que siempre la acompaña, y que se refleja en su producción literaria, unidas al deseo ardiente de saber siempre más, la convierten en una figura admirada por quienes la conocen.

A pesar de las dificultades y obstáculos a los que tiene que enfrentarse, la escritora siempre mira hacia adelante, superando todos los inconvenientes y luchando de forma activa en contra de cualquier injusticia. Como la propia Cecilia reconoce, “lo malo, lo peor, es ponerse a llorar por lo que pudo haber sido. Es mejor pensar simplemente que lo hecho hecho está; y si se hizo con honesta lealtad, como se pudo, bien hecho está... Lo que pudo ser y no fue, ni falta hacía”. (*Los años de las verdes manzanas* 36)

Cecilia G. de Guilarte se niega a aceptar un modelo social basado en el abuso de poder y en una estructura patriarcal que anula la identidad de la mujer, y por eso lucha contra esta y otras injusticias de la única forma que puede hacerlo, a través de sus artículos en periódicos, de sus novelas, de sus cuentos.... No le importan las represalias que se puedan tomar contra ella ante su actitud y posicionamiento, y siempre hace lo que cree justo a pesar de las circunstancias adversas a las que en numerosas ocasiones tiene que hacer frente, especialmente por ser mujer. Así, la negativa de la publicación de su ensayo sobre la biografía de Sor Juana Inés de la Cruz en México, por considerar un escándalo el hecho de que Cecilia se atreva a reivindicar la ascendencia vasca de la monja, no le hace cambiar su opinión; al contrario, la lleva a escribir un libro sobre la biografía de la ilustre monja. De la misma manera que tampoco se acobarda a la hora de perseguir su vocación de escritora, sabiendo hacer frente a las dificultades propias de una mujer en aquella época para que su trabajo sea respetado. Seguramente, sabe desde pequeña que para lograr las metas es necesario el coraje pero también la humildad y sutileza. La escritora sabe combinarlos adecuadamente en su discurso para alcanzar desde el

⁵ Pilar Domínguez Prats en su entrevista a Cecilia G. de Guilarte en 1984, afirma que la escritora se consideraba autodidacta, lo cual era lo normal en una época donde las oportunidades educativas para las mujeres eran limitadas. (Domínguez Prats “El relato oral de Cecilia...” 91).

principio éxito y admiración por su obra literaria, aunque no sea consciente de ello en ese momento.

VOCACIÓN LITERARIA

En lo que se refiere a su vocación literaria, hay que señalar que fue muy temprana. Desde niña crece en un ambiente de preocupación social, que es consecuencia de la situación política y social por la que atraviesa el país en ese momento y frente a la que su propia familia ha optado por comprometerse.⁶ Desde niña devora los libros. Su capacidad lectora es sorprendente desde temprana edad y lee todo lo que cae en sus manos. También se ve obligada a aprender a coser y a bordar, como consecuencia de los prejuicios de género en esa época, pero pronto descubre que no es esa su vocación. Siente que debe hacer algo más, que necesita comprometerse, actuar, y es esta preocupación por los temas sociales la que la lleva a tomar parte activa, a vivir y sentir por ella misma la realidad social de los obreros de la Papelera. Su experiencia en la fábrica no es, sin embargo, lo que ella espera y, decide marcharse a Madrid siguiendo su vocación literaria.

UNA ESCRITORA PRECOZ

Cecilia G. de Guilarte cuenta con solo once años cuando una revista de Barcelona le publica un trabajo sobre el vuelo del “Plus Ultra” a Buenos Aires. Posteriormente, a la edad de quince, colabora por primera vez como corresponsal para la CNT de Madrid. Con dieciséis años gana un concurso de cuentos, y el periódico tinerfeño anarquista *En Marcha* en 1932 publica una serie de artículos titulada “Breve historia de la lucha de clases en Italia”, lo cual muestra también su temprana sensibilidad hacia las cuestiones sociales.

A los diecinueve años, se siente preparada para emprender una nueva etapa y comienza su trabajo como periodista en la revista madrileña *Estampa*, en la cual aparece su primer reportaje importante en 1935. Es a partir de entonces cuando Cecilia García Guilarte se llamará literariamente Cecilia G. de Guilarte por decisión del director de la revista y un colega de profesión.

Y era que por aquellos tiempos se había hecho popular a escala nacional una chacha de la raza ponderada de Agustina de Aragón. Que de un planchazo dejó seco y doblado al señorito de aptencias medievales que la asediaba por los pasillos. Cecilia Arnal se

⁶ Cecilia G. de Guilarte reconoce la tradición política de izquierdas de su familia. Su abuelo fue republicano federal y su padre pertenece al sindicato anarquista de la CNT. Ella se afilia a la Izquierda Republicana de Euskadi en México como secretaria del partido. (Domínguez Prats, “El relato oral de Cecilia...” 90).

llamaba la aguerrida planchadora de señoritos desaforados y, al parecer, no convenía a mi “brillante futuro” que el público asociara nuestros nombres. Yo a honra lo hubiera tenido. Pero ellos, hombres al fin, tal vez estaban secretamente de parte del planchado señorito. Y digo ellos, porque se llamó a consejo al doctor Juan Encinas de Muñagorri, que fue mi introductor de escritores pueblerinos en el mundo variopinto del periodismo madrileño. Entre los dos perpetraron el desafuero de dejar mi García, tan castizo, en un punto de suspense, y añadir un “de” a mi Guilarte que hasta a mi honorable abuelo le hubiera parecido puro contrabando. (*Los años de las verdes manzanas* 37-38)

Posteriormente, la editorial *La Novela Ideal* de Barcelona le publica los relatos breves *Locos o vencidos* (1935) y *Mujeres* (1936), mientras que la editorial *La Novela Vasca* de San Sebastián le publica *Rosa del rosal cortada* y *Los claros ojos de Ignacio* (1936).⁷

REPORTERA EN EL FRENTE

Desgraciadamente, para la historia española y también para ella, en 1936 comienza la guerra civil. Cecilia G. de Guilarte inmediatamente se convierte en corresponsal de guerra para la CNT y para las Juventudes Libertarias, y en la primera y única mujer corresponsal en el Frente Norte republicano cubriendo los frentes de Gipuzkoa, Vizcaya, Santander y Asturias. Ella ya había conocido a Amós Ruiz Girón

⁷ Mientras que las protagonistas de *Rosa del Rosal Cortada* y *Los claros ojos de Ignacio* se aproximan bastante al arquetipo de mujer cuya principal preocupación gira en torno a los sentimientos amorosos, ¿*Locos o vencidos*? profundiza más en la psicología de la protagonista, la cual critica la institución del matrimonio. *Mujeres*, por otro lado, presenta diferentes modelos de mujer cuyas aspiraciones y comportamientos varían en función de su condición económica, social y cultural. Más que una novela, podría acercarse a un tratado novelado sobre diferentes tipos de comportamiento femenino de la época. En ¿*Locos o vencidos*?, *Rosa del rosal cortada* y *Los claros ojos de Ignacio*, la principal inquietud de las diferentes protagonistas es o gira en torno al amor, el cual es materializado en la figura masculina. Esta búsqueda de identidad femenina en el hombre, y la consiguiente sumisión de esta a la jerarquía patriarcal, son los principales elementos que vertebran el discurso de la novela rosa. Es importante recordar también que Cecilia G. de Guilarte cuenta con solo veinte años cuando escribe estas novelas y que el género rosa forma parte de la cultura popular de la época. La escritora utiliza este formato para atacar los convencionalismos de la sociedad que discriminan a la mujer. Además de esta influencia, la escritora se nutre también de sus propias vivencias personales en la construcción de sus relatos para reflejar con realismo la sociedad española del momento. Por otro lado, *Mujeres* es un relato que radiografía diferentes arquetipos femeninos de la sociedad española del momento. Estos están condicionados por un fuerte determinismo genético y social por un lado, y por las normas patriarcales por otro. Mientras unos personajes representan el arquetipo de mujer sumisa, que acepta las normas impuestas por la sociedad, otros reflejan un modelo de mujer sin prejuicios que las transgreden en mayor o menor medida, construyendo así su propio discurso en la búsqueda de su identidad. La diferencia principal entre ambos grupos, es que las protagonistas que son sumisas al discurso patriarcal sufren a pesar de su prosperidad económica, mientras que las que mantienen un papel activo independiente en la construcción de su identidad, son felices. Mediante estos personajes femeninos que amenazan el orden patriarcal, Cecilia G. Guilarte muestra así su inconformismo con los valores opresivos de la sociedad.

con motivo de una entrevista que le hace en el café frontón de Tolosa y ahí había comenzado su noviazgo.⁸ Amós es terrateniente de Osa de la Vega, Cuenca y estudia Perito Agrónomo en Madrid. Posteriormente se convierte, por concurso oposición, en jefe de la policía municipal de Eibar. Cuando empieza la guerra civil en 1936⁹, el Lehendakari José Antonio Aguirre y el secretario de Defensa del primer gobierno vasco Joseba Rezola le nombran comandante del Batallón Disciplinario de Euskadi. El 2 de mayo de 1937, Amós y Cecilia se casan en Portugaleta y él tiene que irse al frente ese mismo día. Así se narra el acontecimiento de su boda en la prensa: “Tuvo lugar en el juzgado municipal de Portugaleta el matrimonio de la bella, simpática e inteligente escritora y redactora (...)”. (Ruiz García A., “Los exilios...” 458)

Durante ese año, Cecilia y su marido recorren el norte de España, ella como corresponsal y él como militar. Cecilia cubre los frentes de Irún, Hernani, Bilbao, Santander y Oviedo entre otros. Posteriormente, en septiembre de 1937, Cecilia G. de Guilarte se embarca en Ribadesella en un barco de carga hacia Inglaterra y luego va a la ciudad francesa de La Rochelle para regresar a Eibar más tarde por la zona catalana, acompañada siempre de un perro pastor alemán que su marido tiene, al que dedica el cuento “Un perro en la guerra”¹⁰. Es importante destacar su labor como corresponsal de guerra porque allí, en la contienda, y a pesar de las terribles dificultades y el peligro constante al que está expuesta, Cecilia continúa con su labor y cubre siempre desde el frente la noticia. Nunca se rinde, aunque el temor y el miedo la acompañan en numerosas ocasiones a lo largo de su trayectoria. Ni siquiera cuando arriesga su vida como corresponsal de guerra porque vive la guerra de la misma forma que vive toda su vida, desde la contienda, desde el frente.

(...) la profesión de periodista era cosa de mucha muerte. Si no me habían devorado los mosquitos en las Chafarinas ni muy sonriente y helada llegué a morir en Siberia, sí empecé a morirme un poquito cada día como corresponsal en los frentes... y solo Dios sabe el miedo que hace falta para ser valiente. (*Los años de las verdes manzanas* 93)

⁸ En una carta inédita enviada por Amós Ruiz Girón a su hija Ana Mari Izaskun desde Hermosillo el 10 de noviembre de 1991, este recuerda entre otras la etapa de Cecilia G. de Guilarte como reportera de guerra: “En la guerra, ya casados y siendo mi secretaria en el Cuerpo Disciplinario de Euskadi, fue tres veces con un compañero de la CNT al frente de Oviedo haciendo los viajes por la noche. (...) En estos viajes representaba a la CNT y a las Juventudes Libertarias como corresponsal de guerra”.

⁹ Con el levantamiento militar el 18 de julio de 1936 comenzó la mayor ola de emigración de españoles que se había producido hasta ese momento en la historia de España. Si bien es cierto que los que no emigraron se vieron sometidos a una brutal represión por parte del régimen franquista, el fenómeno de la emigración alcanzó a todos por igual. No solo los líderes de la República se vieron forzados a abandonar el país, sino también un amplio número de individuos perteneciente a todas las clases sociales de los cuales “casi el 30% eran individuos muy cualificados: profesionales, intelectuales, artistas, catedráticos y maestros, pero el restante 70% eran trabajadores de las ciudades y el campo (...)” (Caudet, “El ensayo...” 18).

¹⁰ El cuento “Un perro en la guerra”, se incluye en la edición de Saturarán de 2001, *Un barco cargado de...*

La escritora cree que el miedo es necesario para ser valiente y ese temor le hace ser consciente de la realidad y le permite no perder nunca la perspectiva. De esta forma sabe transmitir la tragedia de la que es testigo.

En 1938 nace su primera hija, Marina, en Sabadell y Cecilia G. de Guilarte recuerda así la experiencia:

(...) mi primera hija alcanzó a nacer en Sabadell. Y si digo que alcanzó, es porque si me descuido nace en la carretera, que era donde yo más vivía... Como mi esposo estaba en el frente de Extremadura, parecía bien que naciera en el pueblo de su familia, ya que en el de la mía no era posible.¹¹

EXILIO EN FRANCIA

Poco antes de que la guerra termine, comienza el exilio de la escritora en Francia en febrero de 1939¹², a donde pasa, instalándose primero en Biarritz durante un año y posteriormente en Narbona, donde permanece hasta junio de 1940. Así recibe la escritora la noticia de su marcha a Narbona:

Cuando empezaba a despuntar la primavera de 1940 mi marido recibió una carta de Guillermo Torrijos. Le decía que le habían propuesto ir a Narbona al frente de un refugio para españoles de la Junta de Auxilio a Los Republicanos Españoles organizada por Prieto; pero que se sentía enfermo y sin ánimos. Que podría ayudar a más quedándose en París. Por eso había propuesto a mi marido para Narbona y solo esperaba su respuesta aceptando. Mi marido aceptó y yo dejé Biarritz con tristeza. (*Un barco cargado de... 103*)

¹¹ Artículo titulado "Los libros y sus prólogos", el cual se encuentra en el archivo familiar de Cecilia G. de Guilarte. No consta en él el número de páginas y se desconoce su fecha de publicación.

¹² En febrero de 1939, casi medio millón de personas cruzan la frontera francesa en el área de Cataluña. Los hombres son llevados por las autoridades galas a campos de concentración, mientras que a las mujeres y niños les envían a refugios, lo que supone una separación familiar definitiva en la mayoría de las ocasiones. A esta cifra hay que añadir el número de exiliados que habían emigrado a Francia desde que estalla la guerra en 1936 hasta finales de 1938, cuya cantidad oscila entre las doscientas mil y trescientas cuarenta mil personas. Las buenas relaciones de Franco con el gobierno de Salazar en Portugal, impiden el éxodo a este país y aquellos que cruzan esta frontera son devueltos a España donde son fusilados. El tiempo que los refugiados políticos, así considerados en Francia, permanecen en este país, no es igual para todos los españoles y mientras algunos solo están unos meses, muchos otros permanecen años completos, además de aquellos que mueren en los campos de concentración. Los refugiados son sometidos a un férreo control militar que trata de frenar la emigración española. Además, se impide a los refugiados establecerse en las zonas fronterizas y se llevan a cabo numerosas expatriaciones (la gran mayoría de los expatriados del país son internados en campos de concentración al llegar a España). Solo una minoría, especialmente de la zona de Languedoc, corre una mejor suerte al ser acogidos por instituciones del Frente Popular Francés. (Domínguez Prats, *De ciudadanas...81*)

Cuando el marido de Cecilia recibe la carta de Guillermo Torrijos¹³, Cecilia se va con tristeza de Narbona porque, como dice ella misma, “de cualquier lugar que me vaya me voy triste”, pero sabe que debe continuar, adaptándose a las nuevas circunstancias que la vida le va imponiendo. Ella dice que “los obstáculos son la sal y pimienta de la vida”, lo cual nos confirma su actitud estoica: ver, aceptar y adaptarse con tesón a las nada fáciles circunstancias vitales.

Cecilia G. de Guilarte colabora durante su estancia en Francia en el periódico francés *Le Sud- Ouest republicain*. El 11 de junio de 1940 es la fecha en que la escritora, su esposo e hija deben partir hacia Burdeos primero, para embarcar posteriormente en el barco que les llevará a América. Italia se ha unido a Alemania en la guerra y esto trae consecuencias negativas para Francia y consecuentemente para Cecilia y su familia, que al día siguiente se ven obligados abandonar el país.

Al día siguiente, cuando estábamos comiendo, llegó el alcalde agitando unos papeles en la mano. (...) Se fue sin añadir ni una sola palabra. Lo que nos había dejado encima de la mesa era una nueva notificación de embarque para el día 14, en Burdeos. Para la República Dominicana... Lo que nos dejó anonadados, sin habla, fue el documento de la Alcaldía de Narbona que lo acompañaba: Habíamos sido expulsados no solo de Narbona sino de toda Francia. Teníamos solo seis horas de tiempo para marcharnos. (*Un barco cargado de...*115)

Cecilia, junto con su marido y su hija Marina, se suben al tren que parte a Burdeos esa misma noche para posteriormente embarcar en el paquebot Cuba, el último barco con matrícula francesa que sale con refugiados desde Francia. El destino es Santo Domingo, capital de la República Dominicana.

La víspera al día señalado para la partida del paquebot, se produce una situación de pánico; Cecilia junto con su marido y su hija Marina van al puerto de Burdeos y ven por primera vez el barco que les llevará a América, pero el buque está aparentemente abandonado, sin ninguna señal de movimiento.

¹³ Guillermo Torrijos Goyarzu participa en la huelga general de agosto de 1917 y en el movimiento pro republicano de diciembre de 1930. Es elegido concejal en San Sebastián en las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 y se convierte en primer teniente de alcalde. Debido a su activismo político en el Comité Revolucionario de Guipúzcoa durante la revolución de octubre de 1934, es condenado a veinte años de prisión, sin embargo, su pena fue conmutada tras el triunfo del Frente Popular en febrero de 1936. Durante la guerra civil fue presidente de la Comisión de Hacienda de Guipuzkoa y delegado militar del Gobierno Vasco en Eibar. Tras la caída de San Sebastián en manos franquistas, Guillermo Torrijos huye a Barcelona donde llega enfermo de tuberculosis. Indalecio Prieto lo acoge en su casa, sin embargo, cuando se siente recuperado se escapa para trabajar en la construcción de trincheras. En abril de 1938 es localizado por Prieto en el hospital vasco de Barcelona. Torrijos es trasladado al Sanatorio de Nuria, en el Pirineo, y de nuevo, se escapa a las trincheras. Finalmente, y gracias a la mediación de Agustín Alberro Picavea, político nacionalista de San Sebastián, Guillermo Torrijos es ingresado en un hospital parisino, donde fallece el 29 de agosto de 1942. Información disponible en la página electrónica http://www.fpabloiglesias.es/archivo-y-biblioteca/diccionario-biografico/biografias/5362_torrijos-goyarzu-guillermo

Fuimos al puerto y por primera vez vimos El Cuba. Pero ni un solo marinero, ni un poquito de humo. En cambio el puerto parecía un hormiguero de españoles. Muchos no se habían movido de allí desde que llegaron, antes que nosotros. Una familia se había instalado junto a una pared, y no sólo dormían y guisaban allí, sino que la señora barría el pedazo de suelo con una escoba hecha con ramas y hasta quitaba el polvo. (*Un barco...*131)

La aparente quietud del barco se debe, según Pepe, otro español que espera embarcar en El Cuba, a una posible huida del capitán y Cecilia G. de Guilarte se queda perpleja al escuchar la explicación que este le da.

Porque el barco va a salir y nosotros también. Es cierto que el capitán ha recibido órdenes de marcharse a Casablanca; pero El Cuba saldrá para América por cuenta de la familia Rothschild de Bélgica. Esta noche cargarán provisiones para todos nosotros...Yo tuve miedo de que se me cayeran los ojos al suelo de puro asombro (*Un barco cargado de...*133)

EMBARCO HACIA AMÉRICA

Finalmente, El Cuba zarpa con destino a Santo Domingo el 15 de junio de 1940. Marina Ruiz, hija mayor de Cecilia G. de Guilarte, evoca así este día:

Ya embarcados, salimos del puerto de Burdeos con varios días de retraso. Días de angustia en los que corrieron mil rumores alarmantes, sobre todo el de un nuevo desembarco y la entrega a los alemanes y, por supuesto, el regreso a España, a merced de las fuerzas franquistas.

Hay alivio general cuando se inicia por fin la marcha, aprovechando la oscuridad nocturna, con las luces apagadas y la imperiosa necesidad de no quitarse, bajo ningún concepto, los chalecos salvavidas. El barco da bandazos y no avanza en línea recta. Alguien explica que, además de las minas, hay que esquivar a las minas y a los aviones, no solo alemanes, sino también ingleses. Según informes, El Cuba llevaba en la bodega parte de la reserva de oro del Banco de Francia, apetecible botín que tendría que ser depositado en la Martinica ante la inminente ocupación alemana. (Ruiz García M., “Entre dos orillas...” 535)

Antes de llegar a México, el barco hace varias escalas en las que los españoles son expuestos de nuevo al peligro de ser apresados o a la negativa del dictador Trujillo a acogerlos en su país. Se hacen nuevas escalas además de La Martinica, en cada una de las cuales surge nuevamente el peligro del desembarco. Finalmente, el barco se dirige a Santo Domingo.

El gobierno de la República española había hecho arreglos con el de Santo Domingo y pagado, anticipadamente, una cantidad de dinero para que los viajeros de El Cuba fueran acogidos. Pero una vez llegados, y tras una larga espera, Rafael Leónidas Trujillo, dictadorzuelo de la isla, escudándose en mentiras, negó el asilo y ordenó, sin más miramientos, abandonar sus aguas territoriales. Así demostraba su simpatía por su colega Francisco Franco y el fascismo. (Ruiz García M., “Entre dos orillas...” 536)

El dictador Trujillo, después de haber cobrado por adelantado por los pasajeros españoles del paquebot Cuba, se niega a su desembarco. Ante tal situación se nombra una comisión de españoles que intentan dialogar con él porque piensan que probablemente ha habido un malentendido. Trujillo se niega a recibirlos como la propia escritora reconoce. “Y no los recibió. Les mandó decir con el secretario que a los tiburones de Santo Domingo les gustaba mucho la carne de español; que los tiburones siempre tienen hambre...” (*Un barco cargado de...* 227)

Ante tal negativa, se toma la decisión de solicitar ayuda a México a través de telegramas enviados al gobierno mexicano y a los intelectuales españoles que están en el país¹⁴. La respuesta no se hace esperar. Afortunadamente, el destino de los españoles no es el campo de concentración, sino México, gracias a la generosidad de su presidente Lázaro Cárdenas¹⁵ y la Junta de Auxilio a Los Republicanos Españoles o La JARE¹⁶. Los españoles dejan El Cuba y embarcan en El Saint Domingue rumbo a México.

¹⁴ El esposo de Cecilia G. de Guilarte en la carta inédita que envía a su hija Ana Mari Izaskun en noviembre de 1991 recuerda como gracias a él y otros compañeros pueden evitar ser devueltos a Francia:

El capitán francés quería regresarnos a Francia y entre otro jefe de Brigada y yo, dispusimos evitarlo a la fuerza aquella noche. Por suerte encontramos disposición del ministro de Justicia, una diputada y alguien más de los refugiados solicitando al general Cárdenas que nos admitiera en México lo cual nos salvó la vida.

¹⁵ Una de las ayudas más valiosas fue la que el presidente de México, Lázaro Cárdenas, ofrece a los republicanos españoles. Este desde el primer momento del conflicto se solidariza con los refugiados, nunca reconoce como legítimo el gobierno formado por Franco, surgido de la violencia, y rechaza tener relaciones con este régimen totalitario. Según Francisco Caudet, En 1950 la cifra de emigrantes de España en México asciende a casi veinte mil, convirtiéndose en el primer país de Latinoamérica con mayor número de exiliados españoles. (*Hipótesis...*118).

¹⁶ Dos organizaciones de gran importancia para los exiliados españoles en México por la ayuda que a estos prestaron, son el Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles, o SERE, y la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles, o JARE. Las dos instituciones se crean en 1939, y aunque ambas tienen como finalidad la ayuda a los emigrantes españoles al llegar a América, las diferencias políticas, como resultado de la división interna del PSOE al final de la guerra, les hacen segregarse y formar dos instituciones diferentes. La SERE desaparece en 1942 cuando sus recursos se agotan, y es la JARE, con sede central en la ciudad de México la que asume las tareas de ayuda hasta 1948 cuando agota sus recursos también. Entonces la CAFARE (Comisión Administradora del Fondo de Auxilio a los Republicanos Españoles) le da el relevo. A diferencia de la JARE, la CAFARE es una institución de carácter mixto donde intervienen representantes del gobierno español y mexicano. La búsqueda de un alojamiento y de un trabajo era el objetivo de los exiliados ayudados económicamente por la SERE o la JARE. Como los sueldos son bajos por lo general, los diferentes miembros de la familia se ven obligados a trabajar, incluidas las mujeres.

A la hora del desayuno del miércoles 17 nos avisaron que debíamos preparar nuestro equipaje, porque después de la comida abandonaríamos el barco (...) -Lo ha fletado para ustedes la JARE de México. (...) y a las dos y media, silenciosos y profundamente emocionados, le dijimos adiós a El “Cuba” (*Un barco cargado de...* 259-260)

LLEGADA A MÉXICO

Por fin llegan a México. El desembarco se realiza en el puerto de Coatzacoalcos, en el estado de Veracruz, y son recibidos con los acordes de los himnos mexicano y republicano respectivamente.

A las siete de la mañana del día 26 de julio de 1940, El Saint Domingue se detuvo a la vista de Coatzacoalcos o Puerto México. (...) Atracamos a las cuatro y cuarto, bajo un sol cegador, a los acordes del himno mexicano y el de Riego, interpretados por indios de calzón blanco y sombrero de petate. Banderitas republicanas de papel. Pancartas de bienvenida y dos enormes banderas al frente, la de México y la República simbólicamente anudadas... (*Un barco cargado de...* 267-268)

Tras desembarcar son conducidos a unos barracones de madera junto con una plaga de mosquitos que les acribillan. Afortunadamente, logran salir de los barracones e inmediatamente les anuncian que un tren llevará a las mujeres y a los niños desde Coatzacoalcos a Ciudad de México.

El viaje en tren de Cecilia con su hija Marina es terrible ya que a la niña se le infectan las picaduras de los mosquitos, lo que le produce fiebre. Esta noticia llega a los periodistas antes que el tren. La estación está abarrotada de fotógrafos que quieren ver a la niña y tomar fotos de ambas cuando el tren llega a la capital, ya que Carmen de Elío, “pamplonica de la JARE”, les dice a los periodistas que Cecilia es escritora y que le han extraído muchísima sangre para su hija enferma, lo que atrae enormemente su atención.

Probablemente, como señala la propia escritora, debido a la noticia que aparece publicada en el periódico, al día siguiente, el director de la revista *Rumbo* visita a Cecilia y le propone escribir un relato del viaje a cambio de una buena paga. El director de esta revista es miembro del Sindicato de Petróleos Mexicanos. Sin embargo, una mujer que ha viajado con Cecilia desde Francia le dice que su marido ha escrito sobre el viaje desde que embarcaron en El Cuba, por lo que Cecilia propone al director escribir sobre la caída de Francia y este acepta.

Además, es frecuente que en un mismo domicilio conviva más de una familia para compartir el gasto de la renta. También la JARE se ocupaba de gestionar el visado de entrada a México de los emigrantes españoles procedentes de Santo Domingo, aunque con preferencia para socialistas y republicanos.

RECONOCIMIENTO PROFESIONAL Y PERSONAL EN MÉXICO

Cecilia inicia así, recién llegada, su carrera periodística en México, la cual marca el comienzo de su intenso e imparable ascenso profesional. Desde ese mismo día, empieza a escribir y durante muchos años más colaborará en la revista *Rumbo*. Poco después se convierte también en redactora jefe de la revista *El Hogar*.

En México lleva a cabo una infatigable carrera artística en las más diversas facetas culturales: trabaja en la radio como guionista y como directora del programa radiofónico *Mujer*, entrevista a intelectuales, escritores y artistas, además de colaborar en diferentes periódicos y revistas como articulista. Dirige la Revista de la Universidad de Hermosillo en Sonora y la página editorial del periódico *El Imparcial*, perteneciente a la cadena de periódicos *Healy*. Durante su estancia en México se publica en 1944 *Nació en España (novela o lo que el lector prefiera)*. Posteriormente, durante su estancia en el desierto y en Sonora, escribe la trilogía narrativa y la trilogía dramática, además de la mayoría de sus más de dieciséis novelas inéditas¹⁷. Y sobre todo, no pierde nunca contacto con su patria ni con el País Vasco ya que escribe en revistas y periódicos como *Guernika*, *Tierra Vasca*, *Euzko Deya*, *La voz de los vascos en México*, que circula también de forma clandestina en España, o *Boletín del Instituto Americano de estudios Vascos*.¹⁸ La escritora utiliza diferentes seudónimos en algunos de sus artículos. Firma como Koikile, en diferentes artículos de la revista *Euzko Deya* y también utiliza el seudónimo Zip en algún artículo que escribe para el periódico *Healy*.¹⁹ Siempre tiene presente a su patria y siempre,

¹⁷ De las dieciséis novelas inéditas reconocidas por la escritora, su hija Ana Mari Izaskun Ruiz recuerda los siguientes títulos: *Santi Txoriburu*, recreada en Deva, *Novela sobre Huesca*, *Novela noruega* (entre Euskadi y Noruega), *Son otros siete, estos*. (Hace referencia a la novela de *Siete sobre el Deva* del escritor y amigo de Cecilia, Alfonso Reyes), *Año 2000*, *Los curas que se casan*, *Entre negros tulipanes* (ambientada en Sonora), *Una pizca de esperanza* (ambientada también en Sonora), *Itziar y los Rotliff* (trata sobre el Camino de Santiago por la costa guipuzcoana), *Naufragio de un barquito de papel* (novela sin terminar que trata sobre el racismo en los Estados Unidos). También se suma a esta lista la pieza teatral *Piadoso pecado. Drama en 3 actos*, (obra de teatro sin terminar).

¹⁸ No se debe olvidar por otro lado, las numerosas revistas y periódicos fundados por los republicanos en el exilio donde los escritores “opinaban, discutían, replicaban, contrarreplicaban (...) lo cual ponía de relieve, tanto el grado de autoconciencia y de autoafirmación en sus creencias como que la lucha ideológica se mantenía incólume”. (Caudet, “El ensayo...” 18). En México y Francia se publican miles de artículos y ensayos en numerosos periódicos y revistas del exilio.

¹⁹ Cecilia G. de Guilarte, según Maravillas Villa, utiliza diferentes seudónimos para firmar sus artículos. Tres de ellos han sido confirmados por su hija Ana Mari Izaskun: Kristal, Koikile y Zip. Kristal es el seudónimo que la escritora utiliza cuando envía a un concurso la pieza dramática *Contra el Dragón*. Koikile significa “Cecilia” en euskera y es como el director de la revista *Euzko Deya* llama a la escritora. José Ramón Zabala encuentra en la revista *Euzko Deya* una sección llamada “el Rincón de Emakume” con seis artículos firmados por Koikile de Tolosa en Ciudad de México el 31 de marzo 1943, el 1 de mayo 1943, el 15 de mayo de 1943, el 15 de junio de 1943, el 1 de julio de 1943 y el 1 de agosto de 1943. Zip es el seudónimo con el que firma una colaboración llamada “La charola del desayuno” en el periódico *Healy*, sobre temas locales. Charola significa “una bandeja para servir”, en este caso el desayuno. Según Ana Mari Izaskun, la escritora dialogaba con el lechero de los diferentes temas que luego traslada a sus

desde el principio del exilio, la acompaña el deseo de volver a España, deseo que ve cumplido finalmente en la Navidad de 1963.

En México es socia fundadora del Ateneo Español de México, creado en 1949. Milita en Izquierda Republicana de Euskadi, y según su hija Marina, acude con regularidad a las juntas del partido que se celebran en la sede del Centro Republicano Español cuyo edificio es sede también de la mayoría de los partidos políticos formados durante el exilio. Se adapta fácilmente a la cultura mexicana. También colabora con la folklorista Amalia Millán con la que los domingos visita los pueblos indígenas. Además, es muy amiga de la escritora Rosa de Castaño y cuenta con el cariño de su gran amigo Alfonso Reyes y su mujer Doña Manuelita. También hace gran amistad con políticos como Herminio Ahumada y su esposa Carmen de Vasconcelos, con quienes al regreso de la escritora a España sigue manteniendo el contacto por correspondencia.

Cecilia G. de Guilarte se relaciona con artistas a los que entrevista para las revistas en las que trabaja y especialmente para la radio. La escritora catalana Silvia Mistral se convierte en su íntima amiga y mantienen una fluida correspondencia hasta el fallecimiento de Cecilia G. de Guilarte.

En 1942, Cecilia publica en México para la editorial *Delly* tres novelas cortas a las que la propia escritora denomina “novelas para cambiarlas por pan, sentimentalonas y rosas”. A pesar de posicionarse en contra de este género, las circunstancias económicas obligan a la escritora a escribirlas.²⁰ Sus títulos son *El camino del corazón*, *Orgullo de casta* y *El milagro de la vida*. Posteriormente, en

artículos. Ana Mari Izaskun recuerda como uno de los periodistas y colaboradores del periódico, Enguerrando Tapia, le llamaba “charolita” por colaborar su madre en esa sección.

²⁰ La escritora Cecilia G. de Guilarte siempre habla de México como un país hospitalario donde puede realizarse como persona y ser reconocida y admirada en las esferas culturales del país (lo que no impide que tenga siempre muy presente a su patria y que la nostalgia y el recuerdo impregnen sus obras). Sin embargo, al comienzo de su estancia en el país se ve obligada también como otras muchas, a escribir novela rosa o dirigir programas de radio o revistas femeninas para mantener a su familia como ella misma afirma: “Escribí tres novelas para ellos... Fíjate que les llevé una y me dijeron: “hay que quitarle cien páginas”. Yo cogí cien páginas de cualquier sitio y las quité. Es que era una manera de ganar dinero, pero yo no tenía ilusión de dedicarme a la novela rosa... Se ganaba poco. Luego los programas de radio los pagaban mejor.”

Es importante recordar que cuando Cecilia G. de Guilarte llega a México, puede compaginar su labor profesional con el cuidado de su hija gracias a la ayuda de una criada que la ayuda por un módico precio. Sin embargo, como la escritora reconoce en la entrevista concedida a Pilar Domínguez Prats, no todas pueden disfrutar de este privilegio debido a las difíciles circunstancias económicas en una sociedad patriarcal que no prioriza la labor profesional de las mujeres. La escritora Silvia Mistral, entre otras, tiene que abrir una tienda de ropa en la que trabaja durante cinco años sin poderse dedicar a la escritura. Y mientras algunas ayudas económicas son fácilmente otorgadas a las mujeres si se trata de una máquina de coser, otras son denegadas, por ejemplo, si se solicitan para una máquina de escribir. También la JARE deniega a Cecilia G. de Guilarte un préstamo de quince mil pesos que esta solicita para crear una editorial junto con Rafael Torres Endrina y José Gomis Soler. (Domínguez Prats “El relato oral de Cecilia...” 88-89).

1944 se publica la novela *Nació en España (novela o lo que el lector prefiera)*, prologada por Álvaro Albornoz y que relata la guerra civil española desde la perspectiva de un joven republicano. Maravillas Villa asegura en la introducción a la edición de la *Trilogía dramática* que la novela tiene excelentes críticas, tanto fuera como dentro de España. Seguramente el hecho de no enfrentar a bandos opuestos, sino de relatar con afán objetivo la trágica y terrible realidad, contribuye en gran medida a su éxito.

PRIMERA ESTANCIA EN EL PAÍS: CIUDAD DE MÉXICO

Ya en México, Cecilia vive en tres lugares diferentes antes de instalarse definitivamente en Hermosillo, en el estado de Sonora, al norte del país. Viven los diez primeros años en Ciudad de México, donde nacen sus otras dos hijas, Esther y Ana Mari Izaskun, en 1943 y 1947 respectivamente.

En la capital acude a la Universidad Obrera de México y, por no poseer el Certificado de Estudios Primarios, asiste como oyente a las clases de Historia, Política, Economía, Cinematografía y Folklore, entre otras. Estudia también en la Academia Cinematográfica de México. Ninguna faceta cultural parece resistírsele a la escritora que, al cargo de sus tres hijas, sigue realizando una labor imparable en todos los ámbitos culturales. Cuando Lázaro Cárdenas le ofrece a su esposo ocuparse de una plantación experimental en Morelos, comienza para Cecilia G. de Guilarte su exilio dentro del exilio, como reconoce su hija Ana Mari Izaskun: “sin darse cuenta empezaba un nuevo exilio, se alejaba de su ambiente, abandonaba sus amistades y su trabajo. Dejó Ciudad de México con reconocimiento y muchas posibilidades”. (Ruiz García A., “Los exilios...” 461)

ESTANCIA EN ZITÁCUARO, MICHOACÁN

Posteriormente se trasladan a Zitácuaro, Michoacán, y allí permanecen un par de años. Esta estancia le sirve a Cecilia de escenario para su novela *La Soledad y sus ríos* y la pieza dramática *El camino y la cruz*, donde humaniza la figura del indio. Dice Ana Mari Izaskun que conocía a los indígenas como si hubiera vivido siempre entre ellos y que “no hay duda de que los comprendía. Solo así pudo escribir un libro y una obra de teatro tan bellas”. (Ruiz García A., “Los exilios...” 461)

En Zitácuaro, el marido de la escritora se dedica a administrar un rancho, mientras que Cecilia G. de Guilarte se dedica a escribir. La escritora apenas tiene vida social, exceptuando los fines de semana en que reciben algunas visitas de México.

ESTANCIA EN SONORA

Finalmente, a principios de los cincuenta, toda la familia se traslada al estado de Sonora, en donde le ofrecen a su marido Amós Ruiz Girón un trabajo. En un principio, Amós se va solo a Sonora tras recibir una propuesta para plantar olivos y vides en el desierto a través de la Comisión Nacional del Olivo. No le auguran ningún éxito y los amigos de Cecilia en Ciudad de México la intentan disuadir de ir a Sonora. Cecilia, aun a riesgo de sacrificar su exitosa carrera literaria, finalmente se traslada al desierto de Altar, en el estado de Sonora. La experiencia de la llegada al desierto es muy similar a la descrita por Cecilia G. de Guilarte en su novela *Cualquiera que os dé muerte*. Esta es la etapa más prolífica de la creación literaria de Cecilia G. de Guilarte. Es en esta época cuando escribe la trilogía narrativa del exilio, además de continuar sus colaboraciones en *Euzko Deya* y escribir diversas novelas inéditas junto con numerosas colaboraciones literarias, sendos ensayos biográficos, así como un sinnúmero de artículos, relatos y cuentos, y un poema a la Virgen de Guadalupe²¹.

Posteriormente se mudan a Caborca, Sonora. Más tarde, se instalan en Santa Ana, también en Sonora, porque Marina debe asistir a la escuela secundaria. Allí conocen a Don José Oropeza, coronel de la revolución mexicana con una gran biblioteca de la que hace uso Cecilia G. de Guilarte. Cecilia aprende mucho con él. En algunos cuentos de Sonora muestra la influencia de este amigo tan querido para ella y hace también alusión a la belleza de su jardín en *La soledad y sus Ríos*.²²

Finalmente, abandonan Santa Ana y se trasladan definitivamente a Hermosillo, capital del estado de Sonora, donde su hija mayor Marina asiste a la universidad y completa su carrera de Derecho. Allí son recibidos por la famosa musicóloga Emiliana de Zubeldía y por la pintora vasca Karle de Garmendía, casada con el pintor valenciano Higinio Blatt²³. En Hermosillo, Cecilia G. de Guilarte tiene acceso a una intensa vida social e intelectual. La escritora imparte clases de Historia del Arte e Historia del Teatro en la Universidad de Sonora y llega a dirigir la revista literaria de la universidad, *Revista Universidad de Sonora*, en la que colaboraron intelectuales de Sonora como el periodista y escritor Carlos Moncada Ochoa. Como directora de Extensión Universitaria organiza en Hermosillo una “Semana de Sonora” donde asisten reconocidos poetas mexicanos.

²¹ Cecilia G. de Guilarte escribe un poema a la Virgen de Guadalupe, el cual se publica el 12 de diciembre con motivo de esta festividad mexicana en el periódico *El Imparcial* de Hermosillo. En el anexo II de este trabajo puede verse el poema original mecanografiado y firmado por la escritora además del poema publicado en el periódico.

²² La periodista Margarita Oropeza, trabaja para el periódico *Healy* y con motivo de un homenaje a Cecilia G. de Guilarte, en Hermosillo en diciembre de 2008, compartió sus recuerdos de la escritora.

²³ Cecilia G. de Guilarte entabla amistad con el pintor valenciano Higinio Blatt, director de la Academia de Dibujo y Pintura, con su esposa la pintora Karle Garmendía nacida en Pamplona, profesora de la misma Academia, y con Emiliana de Zubeldía, de Pamplona también, y directora de la Academia de Música, en la universidad de Sonora donde los tres trabajan.

Durante su estancia en Hermosillo, escribe además dos columnas diarias para el periódico *Healy* que la contrata nada más llegar, una de ellas es el editorial y la otra trata sobre política internacional. También dirige el suplemento dominical del periódico. En este periódico escribe hasta que vuelve a Euskadi. Desde allí durante varios años continúa enviando a México crónicas tituladas “Hermosillo en el recuerdo”. Además, colabora para el suplemento cultural de *Novedades* de la Ciudad de México. Pronto se hace popular entre los círculos intelectuales del país y entabla amistad, entre otros, con el historiador, crítico de arte y museólogo vasco Juan de La Encina (seudónimo de Ricardo Gutiérrez Abascal), y poco a poco va conociendo también a importantes personalidades de la vida cultural de México y otros países. Asiste a todos los actos culturales de la universidad así como a los conciertos de Emiliana de Zubeldía a los que asiste toda la familia. Sin duda, la capacidad de adaptación y de superación de Cecilia es digna de mención.

El gobernador del estado, Álvaro Obregón, hijo de Álvaro Obregón, héroe de la revolución mexicana, le concede un diploma en 1961 como agradecimiento por colaborar en la asociación de hogares infantiles, donde Cecilia G de Guilarte actúa como secretaria. También ejerce de anfitriona cuando el presidente de la República Adolfo López Mateos y su esposa visitan Hermosillo. Además, asiste al club Hispano-Mexicano, formado por los españoles que viven allí, donde una vez a la semana juegan a pala o van al rancho Campo Eibar, llamado así por ser el pueblo adoptivo del esposo de Cecilia G. de Guilarte y que este posee hasta que las tormentas estropean la cosecha de algodón.

Dice su hija Ana Mari Izaskun que los recuerdos y la nostalgia de España son más dolorosos en Sonora, a pesar de la intensa actividad de la escritora. Pero tal vez, el hecho de estar alejada de El Centro Vasco y de sus amigos intelectuales de Ciudad de México le hace añorar dolorosamente España.

El 12 de junio de 1954, estrena en el palacio de Bellas Artes de Ciudad de México, su primera obra de teatro, *Contra el dragón*, que obtiene un premio del Instituto Nacional de la Juventud Mexicana y posteriormente, en 1958, publica la obra dramática *La Trampa*. En 1958, llega la polémica a su vida con la publicación en Buenos Aires de la biografía de Sor Juana Inés de la Cruz. La atribución de rasgos y ascendencia vasca a la monja no es del agrado del público mexicano que la considera “mexicana en el sentido completo de la palabra”. Esto le vale a Cecilia no solo el que no se publique la obra en México, sino el que no le concedan un primer premio que le corresponde al haber obtenido la Mención de Honor cuando presenta la biografía de Juana de Asbaje al concurso.

En 1958, también publicado por la universidad de Sonora, México, aparece otra biografía escrita por Cecilia G. de Guilarte, *El padre Hidalgo, libertador*, con menor repercusión que la anterior, que posteriormente se publica resumida en el periódico *El Imparcial*.

16 DE SEPTIEMBRE DE 1959: FATAL ACCIDENTE

El 16 de septiembre es el día en que se celebra la independencia de México. Sin embargo, a pesar del carácter festivo de la fecha, el 16 de septiembre de 1959 se convierte en una fecha trágica para la vida de Cecilia porque sufre un terrible accidente que la deja al borde de la muerte. El coche familiar en el que viajan ocho personas, entre ellas Cecilia G. de Guilarte y su hija Ana Mari Izaskun, choca al efectuar un adelantamiento. Como consecuencia del choque, el conductor español José Ladra muere en el acto y el resto de ocupantes sufren lesiones también. La hija menor de la escritora, Ana Mari Izaskun, se fractura la cabeza y se disloca los dos tobillos. Ha de estar quince días hospitalizada. Cecilia G. de Guilarte queda gravemente herida hasta el punto de que le dan la extremaunción. El accidente le daña seriamente los pulmones y doce costillas, y permanece escayolada varios meses aunque esto no le impide continuar su labor literaria. A pesar de tener los dos brazos escayolados escribe todos los días los artículos del periódico. Ana Mari Izaskun sale a la hora del recreo de la escuela para peinarla y recuerda que “le ponía cola de caballo. Cuando estaba bien repeinada me decía: Me peinas de campesina rusa”. (Ruiz García A., “Los exilios...” 466)

Hacia las nueve de la noche, cuando los tiene terminados, manda a su hija a entregarlos al periódico si el mensajero no ha pasado a recogerlos. ¿Es vocación lo que siente Cecilia o es tal vez la escritura la medicina que necesita para aliviar estos difíciles momentos? Seguramente sea una mezcla de los dos.

Ana Mari Izaskun asegura que durante esos meses, tal vez por el accidente casi mortal y tal vez también por el tiempo que tenía para pensar, se reafirma su deseo de regresar a España para reencontrarse con sus padres que ya son mayores.

REGRESO A ESPAÑA

Después de veinticinco largos años de exilio, la escritora considera que es hora de regresar con sus padres a su tierra y, tras dos años de trámites burocráticos para conseguir una amnistía personal que garantiza su vida y su libertad bajo el régimen franquista, consigue el pasaporte que le permite viajar a España²⁴. Es en la Navidad

²⁴ Para comprender mejor la circunstancia vital de Cecilia G. de Guilarte entre los años 1973 a 1987, véase la edición de Mónica Jato, *Diario de un retorno a dos voces: Correspondencia entre Cecilia G. de Guilarte y Silvia Mistral* donde aparecen setenta y seis cartas que se intercambian Cecilia G. de Guilarte y la escritora catalana Silvia Mistral. Mónica Jato afirma que “... en las sesenta y cinco cartas escritas durante la década de los setenta vemos debatirse a Cecilia entre sus obligaciones familiares y el deseo por establecerse en Madrid para consolidar su carrera literaria. Quiere convencerse -y convencer a su interlocutora- de que la decisión de haberse quedado a vivir en Tolosa ha sido la correcta, (...). (*Diario de un retorno...* 43) Y también “es una voz epistolar segura de sí misma que se siente avalada por la labor desempeñada en el periódico *La Voz de España*, por las novelas escritas y su participación en jurados de prestigiosos premios literarios. (*Diario de un retorno...* 44) Cecilia G. de Guilarte anima a su amiga Silvia

de 1963 cuando Cecilia regresa a Tolosa con su hija mediana Esther, de veinte años. Su hija pequeña, Ana Mari Izaskun, ya ha regresado en 1961 y su hija mayor, Marina, ya terminada su carrera de Derecho y casada con Luis Ruiz Vázquez,²⁵ permanece en México con su padre.

El regreso sin embargo, es difícil para Cecilia G. de Guilarte, y la España que se encuentra es muy distinta a la que ella había imaginado. Así lo recuerda su hija Ana Mari Izaskun: “No le gustó lo que encontró. La gente era muy soberbia, les daba miedo juntarse con una roja exiliada. El clima tan gris y lluvioso, contribuyó mucho a este sentimiento de inadaptación”. (Ruiz García A., “Los exilios...” 466)

Cecilia G. de Guilarte sufre un profundo vacío por parte de los tolosarras, probablemente como consecuencia del miedo que estos sentían.

Parecía que en Tolosa todo el mundo vivía muy bien bajo el régimen de Franco... era la impresión que daba en la calle. Sin embargo en el fuero interno de la gente y en sus casas la realidad era muy diferente. (...) Había gente que al paso de mi madre se hacía la despistada. (...) Mi madre tuvo que sufrir mucho. Lo soportaba todo con dignidad y con entereza. (Ruiz García A., “Entre dos orillas...” 570)

A causa de los altos precios de los pisos en San Sebastián, Madrid y Barcelona, la escritora no puede permitirse el vivir en estas ciudades. También, y en vista de que las autoridades de San Sebastián no le permiten instalarse en una tienda de campaña en la playa de La Concha, fija su residencia en Tolosa. Seguramente, la vida de Cecilia G. de Guilarte y su proyección literaria habrían sido muy diferentes en la ciudad en contacto con la vida cultural de la que vive en el pueblo de Tolosa.

Mi madre, mi hermana Esther y yo, no lo tuvimos nada fácil en Tolosa. Pienso que su mucho orgullo le impidió reconocer su derrota y regresar a México. La gente le criticaba por haber vuelto a España en vida de Franco. El primero en criticarla era mi propio padre, quien permaneció exiliado en México. Estaba harta de tanto soñar y de tanto llorar por Euskadi. Quería volver para encontrarse con sus padres aún vivos. (...) Volvió a pesar de la mucha nostalgia que siempre sintió por su país de adopción que la trató tan bien. (Ruiz García A., “Entre dos orillas...” 571)

Mistral a continuar escribiendo. Sin embargo, en la década de los 80 la voz de Cecilia G. de Guilarte cambia radicalmente, “el yo que proyecta en las últimas cartas parece haber perdido la fe en la férrea disciplina que le intentaba transmitir a su amiga (...). Ahora es ella la que necesita ánimos para seguir escribiendo (...). (*Diario de un retorno...* 44-45) Por otro lado, el epistolario también constituye en cierto modo una crónica de la transición a la democracia porque en él se relata “la intensa actividad actividad política y cultural que se produce en España en ese momento”. (*Diario de un retorno...* 83)

²⁵ Don Luis Ruiz Vázquez es letrado actualmente retirado, además de una persona entrañable y culta que reside en Hermosillo con su familia.

A los cuatro meses de su llegada muere su padre y Cecilia ya estaba publicando para un diario de San Sebastián, *La Voz de España*²⁶. Como dice su hija Ana Mari Izaskun, “el mundo se le empezó a abrir y empezó a respirar otros aires cuando comenzó a colaborar de forma asidua en *La Voz de España*”. (Ruiz García A., “Entre dos orillas...” 570)

Su primer artículo en este periódico se tituló “José de Arreche y el premio March”. Luz Miranda, una de las colaboradoras de *La Voz de España*, hace a Cecilia G. de Guilarte una entrevista para este periódico y ella responde con un artículo a esta entrevista. Desde entonces le publican todos los artículos que envía. Los lectores la escriben para felicitarla por su trabajo.

La Voz de España publica posteriormente algunos de los artículos que componen las series “Los años de las verdes manzanas”, publicados entre marzo y octubre de 1968 y “Un barco cargado de...”, que aparecen entre enero y marzo de 1972. Los artículos tienen éxito y aunque el director del periódico sufre amenazas, estas no logran impedir su publicación. Puede ser por esta razón que la otra mitad que completa la serie de “Un barco cargado de...”, no vean la luz en el periódico. También se publican cuatro artículos de ovnis, “Lo que nos cuenta el mayor Keyhoe²⁷”, otros dieciocho de la época precolombina y la llegada de Hernán Cortés, y muchísimos artículos más, gran parte de los cuales están en el archivo familiar al cuidado de su hija Ana Mari Izaskun. La escritora continúa diez años más encargada de la página de crítica literaria en la que permanece de 1967 a 1977. Además, ayuda a jóvenes que escriben poesías o cuentos y tiene una sección donde les publica sus escritos, lo cual implica tener que leer gran cantidad de libros además de hacer la correspondiente crítica. Así lo reconoce la propia Cecilia G. de Guilarte en una carta a su amiga, la escritora ovetense Dolores Medio.²⁸

Bueno, la verdad es que en los 14 o 15 años que hice la crítica literaria de *La Voz de España*, leer y escribir sobre seis libros a la semana representaba una tarea tan ruda y absorbente que no me quedaba tiempo para pensar que lo escrito en un periódico solo vive un día y, con suerte, al otro sirve para envolver un par de zapatos viejos. (...) Luego,

²⁶ *La Voz de España* es uno de los cuatro periódicos que surgen en Euskadi para transmitir la ideología franquista en sus comienzos y posteriormente la del gobierno de UCD. Se funda en San Sebastián en 1936 y se clausura en febrero de 1980. Se cree que motivos políticos provocan su cierre porque su contenido empieza a considerarse anticonstitucional por el gobierno central y se niega a someterse a la política de un gobierno que no reconoce la realidad del pueblo vasco. Puede consultarse esta información ampliada en *Vasconia - Cuadernos de Historia-Geografía de Eusko Ikaskuntza* - Sociedad de Estudios Vascos, 1998. 225-233.

²⁷ El mayor del ejército de los EEUU Donald Edward Keyhoe (1897- 1988), es autor de cinco libros y numerosos artículos sobre aviación, espionaje y objetos volantes no identificados. Sus artículos han sido publicados en prestigiosas revistas como *National Geographic*. Su documentada investigación sobre la existencia de los ovnis ha servido para motivar y continuar su estudio sobre este tema.

²⁸ En las tres cartas que Cecilia G. de Guilarte envía a su amiga Silvia Mistral, dos en 1981 y una en 1985, la escritora se muestra cansada y desencantada. (*Diario de un retorno...* 16)

cuando desapareció el periódico, estaba tan cansada que me concedí a mí misma uno, dos, tres, cuatro años sabáticos. Y en eso estoy... (*Diario de un retorno a dos voces...* 501)

Su hija Ana Mari Izaskun es testigo también de esta imparable labor.²⁹ Cecilia G. de Guilarte comienza esta labor con jóvenes promesas en México y la continúa posteriormente en España. Así se lo confiesa en otra carta a Dolores Medio.

Durante años y años, en México, yo también un poquito, desde los periódicos y revistas de la Universidad, he estado abriendo paso a los nuevos. Como Jefe del Departamento de Extensión Universitaria he conseguido becas para pintores, escritores, escultores o músicos que empezaban. Y pocos españoles de México no han tenido la oportunidad de dar cursillos, conferencias, o publicar en la Revista de la Universidad de la que yo era directora. También eso me ha llevado mucho tiempo, pero me ha producido tantas satisfacciones... Aquí mismo, en San Sebastián, he tenido hasta el final una sección llamada Nuevos Escritores en la que publicaba todo lo que me mandaban. (*Diario de un retorno a dos voces...* 496)

De nuevo la capacidad de trabajo y la generosidad de la escritora se ponen de relieve. La vida social de Cecilia en España sin embargo no es tan intensa como en México. No es muy conocida en los círculos intelectuales, pero sigue escribiendo para *Periódicos Healy* de México porque, en el fondo, México es una parte muy importante de su vida también. Ella misma al cumplir los sesenta y cinco años reconoce a su amiga Dolores Medio que en España no se ha reconocido su trabajo.

Sí, querida Dolores, ya ha pasado mi año sabático, las primeras vacaciones de mi vida, y sean críticas o libros, tengo que decidir si sigo o me planto. (...) La verdad es que a mi edad, acabo de cumplir los 65, por lo menos en España no he pasado de ser una escritora de segunda o tercera. Es cierto que mi nombre aparece en todos esos libros de ¿quién es quién en la literatura o los escritores del exilio, o de los vascos... pero si no escribo nadie me echa en falta. (*Diario de un retorno a dos voces...* 495)

En 1968 envía la novela *Todas las vidas* al concurso literario del Premio Planeta. La novela queda finalista pero no consigue que se la publiquen. Sin embargo, un año más tarde, logra el éxito con la misma novela, pero ahora con el título *Cualquiera que os dé muerte*. Cecilia gana el Premio Águilas de novela en Murcia, dotado con doscientas cincuenta mil pesetas. La sorpresa del público es notable al descubrir que una mujer, y además republicana, es la ganadora del premio. Es ahora cuando Cecilia

²⁹ La entrevista donde Ana Mari Izaskun Ruiz, la hija menor de la escritora hace referencia a esta labor de crítica literaria está disponible en la página electrónica www.rive.es/alacarta/videos/umed/umed-retornos-del-exilio-vi-regreso-exiliadas-03-10-14/2789024/

se da a conocer ante el público de su país natal. Así recuerda su hija Ana Mari Izaskun esta experiencia:

La noche que se le otorgó el premio en una cena celebrada en el pueblo de Águilas, le preguntaron por teléfono si era posible que le entregaran el premio personalmente. Sin dudar un segundo, contestó: “¡Sí!”, ¡Buena era ella para achicarse por nada! Cuando, para recoger el premio, llegamos las tres en taxi, que nos llevó sin parar desde Tolosa a Murcia, atravesando toda España para recoger el premio, nos esperaban en los jardines del casino unos cuatrocientos comensales, (...) quienes creyeron que el coche era nuestro y que teníamos chofer. Así salió escrito en la prensa local: “Llegaron en un 404 Peugeot y un *chouffeur* de casa bien”. Las tres (...) llegamos un poco tarde, pero la esperaban el alcalde, la corporación en pleno, los periodistas, políticos, veraneantes, artistas, etc. Entre ellos Paco Rabal, Fernando Rey, quienes con Ángel M^a de Lera, el padre Martín Vigil, Fernando de la Reguera, Carlos M^a de Idígoras, Pérez Calderón, Rodríguez del Castillo y Ramón de Villar formaron parte del jurado. Cuando empezó la rueda de prensa le escucharon afirmar, (...) que había sido anarquista de joven y que seguía siendo republicana. En una entrevista sostuvo que “era y soy republicana. Me marché porque me dio coraje perder la contienda. He regresado porque me da coraje estar fuera de España contra mi voluntad”. A partir de esas experiencias recibió el apodo de “madre coraje”. El alcalde y todos los políticos se asustaron de las declaraciones, pensando en los problemas que les podían acarrear. Fue una desbandada. Se fueron corriendo a los teléfonos a consultar con el alcalde de Murcia. Querían saber qué podían hacer con una republicana contraria al régimen. En cambio otros lo disfrutaron y la felicitaron. Por fin topaban con alguien que hablaba sin miedo, después estar callados tanto tiempo. Al día siguiente, soledad, hasta que las cosas se arreglaron al ver que mi madre era una persona “inofensiva”. Entonces llegaron los festejos y los mimos durante días. Quedaron aún más sorprendidos cuando, al día siguiente, nos vieron a las tres ir a una misa. No lo entendían. (Ruiz García A., “Los exilios...” 468)

Sin duda, Cecilia G. de Guilarte impresiona una vez más al público allí presente. De nuevo hace gala de un gran valor al no ocultar su ideología en una España en la que manifestarse abiertamente en contra del régimen que entonces gobierna es arriesgado y nada habitual, como lo demuestra la actitud de algunos de los que allí se encuentran.

Cecilia G. de Guilarte no tiene miedo a confesar abiertamente su ideología si se lo preguntan, porque su sinceridad con los demás y sobre todo consigo misma es una máxima en su vida. De la misma forma, la novela de Cecilia G. de Guilarte no intenta provocar enfrentamientos políticos sino que se centra en la dimensión humana y el sufrimiento que provocan todas las guerras, y así lo afirma en su entrevista sobre la novela ganadora del premio Águilas: “-Su protagonista ¿en qué zona española vivió la guerra?- Le correspondió en el bando republicano. Pero sus reacciones no serían distintas de estar en el otro lado: el dolor y la muerte son sentimientos no politizados”. (Manzano, “Los más terribles combates...”)

Sin duda toda una lección moral. La novela tiene gran repercusión en los ambientes literarios y se quiere saber más de su autora. Fascina su personalidad y su amplia obra literaria. Nadie hasta entonces conoce nada de ella, excepto en San Sebastián, por los periódicos locales en los que colabora.

En 1970, se edita en Bilbao *Juana de Asbaje, la monja almirante*, revisada por la autora, que es una reedición de *Sor Juana Inés de la Cruz*. En 1975, se publica en Madrid *La soledad y sus ríos*, cuyo título inicial era *El indio mi compadre*. *La soledad y sus ríos* es la última novela aparecida en vida de la autora. En una de las cartas que le envía a su amiga Silvia Mistral, Cecilia le escribe estas palabras:

En cuanto salga el correo te mandaré un ejemplar de *La soledad y sus ríos* para mí también ya empieza a ser cosa pasada. Ha tenido muy buena crítica, el crítico de “Blanco y Negro” decía que soy diferente de todos los escritores del exilio; que ellos escriben de ellos mismos, de los otros refugiados y de su drama de desarraigados, y yo en cambio pongo mayor interés en los mexicanos. No sé, puede que sea cierto. Todos elogian el buen castellano y cosas por el estilo. (*Diario de un retorno a dos voces...* 256-257)

La escritora no podrá ver publicada tampoco la tercera novela que completa la trilogía narrativa del exilio, *Los nudos del quipu*, editada por primera vez en diciembre de 2015 con motivo del centenario del nacimiento de la escritora. Cecilia G. de Guilarte hace referencia a esta novela en dos de las cartas dirigidas a su amiga, la escritora ovetense Dolores Medio en abril de 1981 y mayo de 1985 respectivamente.

Casi por sorpresa Cerezas (...) se ofreció a publicarme lo que tuviera listo (*La Soledad y sus Ríos*) y aún fue más sorprendente la edición de *Cualquiera que os dé Muerte* en el Arca de Papel de Plaza y Janes: sin yo saberlo, el representante de San Sebastián les mandó la edición de *Linosa* y decidieron que sí. Pero ahora no me siento con ánimos a mi edad, de meterme en la tarea de peregrinar por las editoriales. Y lo curioso es que esas dos novelas forman parte de una trilogía del exilio, que ya en ellas se anuncia la aparición de la tercera, *Los nudos del quipu*. (que para colmo ya está escrita) y que yo no he ofrecido a nadie... ni nadie la ha pedido. Ya sé que estarás pensando que son demasiadas pretensiones esperar a que me la pidan, pero la verdad es que no lo espero ni tengo pretensiones. (*Diario de un retorno a dos voces...* 495)

En otra carta que escribe a Dolores Medio cuatro años después, vuelve a hacer referencia a la tercera novela de la trilogía.

Ya te lo habré dicho en alguna ocasión; pero el caso es que tengo más novelas escritas de las que quisiera, incluso el tercero de la trilogía de *Cualquiera que os dé muerte* y *La Soledad y sus ríos*, que se titula *Los nudos del Quipu*. Ahora ya necesitaría pasarlas a papel nuevo, porque están amarillas. Pero dicen que es tan difícil publicar por

la crisis, que los editores se cierran a cal y canto y yo le tengo miedo a las dos cosas: pasar novelas a limpio y andar de editor en editor. Hasta ahora ha sido más obra del azar, de la casualidad, que de mi empeño. A mi edad, no me levantaría a mí misma una estatua ni para salvarme del Infierno. (*Diario de un retorno a dos voces...* 502)

El periódico *La voz de España* desaparece en 1980, y la labor literaria de Cecilia va a disminuir. Forma parte, sin embargo, del jurado de diversos certámenes literarios, pero ya las fuerzas físicas y morales no son las mismas como hace constar en sus cartas a su amiga Dolores.

Su marido, Amós Ruiz Girón, regresa finalmente a Tolosa después de cincuenta y cuatro años de exilio y continúa con sus ideas revolucionarias. Su hija Ana Mari Izaskun, afirma que a sus noventa y ocho años se entrevista periódicamente en San Sebastián con el entonces alcalde socialista Odón Elorza para tenerle al tanto de asuntos cotidianos, o de explicarle cómo puede recuperar los tamarindos que están en el paseo de la Concha de San Sebastián. En México, conocen a Amós como “el apóstol del árbol” porque escribe gran cantidad de artículos en contra de los que no cuidan los árboles, llamándoles “arboricidas”. Además, entre otras cosas tiene un programa de televisión sobre agricultura, y funda una “escuelita secundaria”, que lleva su nombre, hecho que según su hija Ana Mari Izaskun debió encantarle, aunque él se negaba a que llevara su nombre. Amós Ruiz Girón muere en Tolosa en el año 2000.

Por otro lado, cuando Cecilia G. de Guilarte se jubila, realiza varios viajes culturales con el Club de Arte Catalina de Erauso, y con el escritor y alcalde de Tolosa Iñaki Linazasoro como guía. Recibe tres pensiones, dos por parte de su marido y otra por su trabajo de escritora. Su primer viaje la lleva a Italia y luego a Extremadura, Andalucía y Valencia entre otros destinos. También viaja los fines de semana a Zaragoza, Huesca, Vitoria y Pamplona acompañada a veces por algunos de sus nietos. Y siempre todos los veranos pasa un mes en el pueblo de su marido, Osa de la Vega, en Cuenca, y otro mes entre Madrid y Fuengirola con Carmen, amiga suya de la infancia, y su marido. También viaja a Carcedo de Bureba, Burgos, que es el pueblo de su abuelo. Estos paisajes y sus gentes aparecen en su narrativa, como el pueblo del abuelo de Francisca, la protagonista de *Cualquiera que os dé muerte*. Después, en el invierno regresa a trabajar a Tolosa donde disfruta además de la compañía de sus nietos Juan, Ana, Esther, Iñigo, Maite y Cecilia. Su hija Ana Mari Izaskun recuerda también cuánto le gustaba a su madre hablar de política: “Le gusta mucho la política y sobre todo “discutir” sobre política”. Empieza a escribir artículos en contra del terrorismo que su familia se niega a dar a conocer por miedo a represalias.

El día que había un atentado, nos daba miedo ir a su casa. Decir que estaba furiosa es poco. Afirmaba de manera reiterativa: “la violencia engendra violencia”. Nos asustó de manera especial un cuento que en aquel tiempo nos pareció muy arriesgado. No dejamos

que lo publicara. En los años setenta no estaban las cosas para andarse con tonterías. Así que poco a poco se dedicó solo a escribirse con sus amistades. (Ruiz García A., “Los exilios...” 469)

Cecilia G. de Guilarte en los últimos años de su vida sufre una otitis como consecuencia de un catarro y esta le afecta durante un tiempo al sentido del equilibrio. Además tiene una aorta obstruida lo cual desconoce, y cuando se la diagnostican, seis meses antes de su muerte, ya no se puede operar. Sin embargo, sigue conservando su amor a la lectura y lee en su casa de Tolosa hasta prácticamente los últimos días de su vida.

Tejía mucho y hacía ganchillo, también le gustaba el bricolaje y otras muchas cosas. Siempre encontraba algo que hacer. (...) Se quejaba mucho de no escribir. Decía: “¡Todas mis mañanas perdidas!” Fueron meses de mucha tranquilidad. Llegábamos con los nietos, nos íbamos al cine o a pasear. Si era verano a la playa. Así hasta que murió de un infarto. (Ruiz García A., “Los exilios...” 469)

Cecilia muere el 4 de julio de 1989 en su casa de Tolosa a consecuencia de un infarto. Así la despide en el periódico *Imparcial* de Hermosillo, Sonora, su amiga y escritora de San Sebastián, Pilar de Cuadra y Echaide el día de su muerte: “Tenía una prosa personalísima, diferente a todas, y un bellissimo decir, porque su escribir fluido era su decir. Su vicio mayor era trabajar... Los que te conocimos vamos a extrañarte mucho, Cecilia. Adiós amiga, hasta siempre”. (Cuadra y Echaide, “Cecilia G. de Guilarte... ha muerto”) Su hija Ana Mari Izaskun, siempre supo que su madre fue consciente del exilio que vivió en Tolosa, el cual le impidió desarrollar plenamente su profesión: “Pienso que fue la familia la que sin darnos cuenta la metió en este último exilio. Ella se daba perfectamente cuenta de que estaba perdiendo su oportunidad como escritora. Decía: cuando me muera no quiero homenajes, después de muerta ya no me importan”. (Ruiz García A., “Los exilios...” 469)

La vida no fue fácil en España para Cecilia G. de Guilarte, pero ella siempre quiso volver a su añorada patria y reencontrarse con sus padres y con el resto de sus seres queridos, como su hija Ana Mari Izaskun reconoce. Sin embargo los años en el exilio le hacen idealizar a España y a los españoles, y por eso el choque con la realidad es aún más duro. Sin embargo, ella nunca se rinde y sigue haciendo lo que más le gusta y lo que tan bien sabe hacer, escribir. A pesar de las dificultades y el tener que empezar desde cero después de haber llegado a lo más alto en su profesión, nunca se desanima y logra abrirse poco a poco camino en la profesión literaria que es su pasión. Así consigue gracias a su esfuerzo el reconocimiento a su carrera profesional en varios concursos literarios españoles sin por ello olvidarse de su querido México que tan bien la trató y en el que tantos éxitos obtuvo. En la actualidad, el centro de educación para adultos y otras actividades culturales de Tolosa (EPA), lleva el nombre de Cecilia G. de Guilarte desde 1989, como homenaje a esta hija ilustre de Tolosa.

PARTE I:

PRODUCCIÓN NARRATIVA

1. NACIÓ EN ESPAÑA (NOVELA O LO QUE EL LECTOR PREFIERA)

La novela *Nació en España* se publica en México en 1944 y es prologada por Álvaro de Albornoz, jefe del Gobierno republicano en el exilio.

Nació en España cuenta la vida de Juan Pablo, un joven parisino de ascendencia española y judía que vive con su hermana y sus padres en la más absoluta indigencia en los suburbios de París. El estado de pobreza de Juan Pablo se corresponde con su carencia afectiva por parte de sus padres, lo cual, junto a sus circunstancias vitales, le han convertido en un adolescente apático, sin ilusiones ni metas en su vida, y sin un lugar o patria con la que identificarse. Juan Pablo, después de alistarse en las Brigadas Internacionales parte desde París hacia España para luchar en la guerra civil española. Una vez en España experimenta con intensidad sentimientos como el amor y el dolor, a la vez que se da cuenta de que es España el lugar al que pertenece. En España conoce también a su mujer Anne, y aunque ambos se exilian en México después de la guerra, se dan cuenta de que no pertenecen a ese país y deciden regresar de nuevo a España. Finalmente, la noticia de la llegada de un hijo les colma de felicidad a la vez que les aporta la esperanza en un mundo mejor.

La novela narra por tanto el viaje de un joven en busca de su identidad, que concluye cuando este la encuentra. Los diferentes personajes femeninos que Juan Pablo va conociendo a lo largo de su vida, contribuyen en mayor o menor medida a formar su personalidad. Los modelos de mujer que aparecen en la novela son diversos: desde una madre ausente, a la viuda que se niega a aceptar la muerte de su esposo. Todas ellas son víctimas de sus circunstancias vitales. Es por esto que aunque

la novela gira en torno a las experiencias y búsqueda de identidad del protagonista masculino, en realidad, todos los personajes femeninos tratan de construir la suya propia. Por eso, en la novela, con mayor o menor detalle, se hace referencia a las circunstancias vitales de todos los personajes. Las vivencias de Sara, la hermana de Juan Pablo, y Anne, su esposa, son descritas con mayor detalle porque ambas son los dos vínculos afectivos más importantes en la vida de Juan Pablo. Ambas establecen una negociación de poder no convencional en algún momento de su vida entre su discurso y el de la sociedad patriarcal.

En una de las críticas aparecidas en el diario *Estampa*, el periodista Rafael Torres Endrina³⁰ hace esta reflexión sobre la novela:

La distinguida escritora, al proponerse hacer un libro sobre la guerra hispana, ha huido de lo que deslumbró y atrajo a casi todos los autores que abordaron el tema: el heroísmo de las gentes de su bando. (...) La señora Guilarte se remonta más alto y deduce del sangriento conflicto una tesis superior, elevada, de convivencia y de paz: la tesis surgida de la convicción creada por lo infecundo de una cruenta y fratricida contienda que, desgraciadamente, nada resolvió. (...) Posiblemente este libro será muy combatido, porque no ha sido escrito al servicio de ninguna bandería sino a impulsos de un corazón noble que piensa en España y la siente en lo más entrañable. (Torres Endrina, "Nació en España...")

Enriqueta de Parodi³¹, escritora y amiga personal de Cecilia de Guilarte, reflexiona en un artículo también al leer esta novela.

Cuando terminé de leer la novela de Cecilia G. de Guilarte, sentía un cúmulo de impresiones encontradas que presionaban sobre mi mente y dentro del corazón... Sentí la amargura de la derrota, la indignación de la impotencia, la rebeldía de la insumisión (...). Cuando le hablaba a la autora de mis emociones ante su novela, modestamente puso en mi mano un legajo de cuartillas. Comprendí que era una novela inédita. (Parodi, "Cecilia G. de Guilarte"... 5)

³⁰ Rafael Torres Endrina (Huelva 1897- México D.F. 1946). Al igual que Cecilia G. de Guilarte, Torres Endrina se exilia primero en Francia de donde sale en el paquebot Cuba hacia México. Cambia de barco en la isla Martinica y llega a Veracruz en el Saint Domingue en julio de 1940. Allí trabaja en el periódico *La Estampa* y dirige la revista *España en América*. Información disponible en la página electrónica http://www.fpabloiglesias.es/archivo-y-biblioteca/diccionario-biografico/biografias/5319_torres-endrina-rafael

³¹ Enriqueta de Parodi (Sonora, México 1897-1987), es nombrada jefa del departamento de organización social y cultural, y se ocupa de las "Misiones Sonorenses de Superación Popular" a partir de 1945. Esta ocupación le permite fundar bibliotecas y escuelas en todo el estado de Sonora. Por ello es considerada la primera promotora cultural del estado. Escribe libros y cuentos y colabora para varios periódicos y revistas nacionales e internacionales. Información disponible en la página web <http://proyectofaz.blogspot.com/2007/06/enriqueta-de-parodi-cumpas-sonora-1897.html>

Álvaro de Albornoz, en el prólogo de la novela, recoge esta misma idea al reconocer que el objetivo de Cecilia G. de Guilarte no es ensalzar héroes o despertar el odio en medio de tanta destrucción, sino transmitir al lector el sufrimiento profundo y la sinrazón de una guerra que destruyó familias, y sumió a España en la más absoluta de las miserias.

En esta novela de nuestra guerra civil, a diferencia de tantas otras como se han publicado, no hay héroes a la vuelta de cada página ni párrafos hinchados con épicas hazañas. Hay el sacrificio cotidiano (...) y un dolor que brota, más que de las heridas de las almas. Y una tristeza que es como un velo que quita acritud a las escenas de guerra y da a la idealidad de la lucha un tono suave y melancólico.

No es un libro para partidarios, para ser lanzado de un campo a otro como un rezagado proyectil. No despierta emociones violentas ni atiza el fuego del odio. Todo es en él delicado, aun cuando evoca lo más descarnado y brutal.

(...) novela de guerra que no es de guerra, sino de paz. Novela de una mujer que escribe como un hombre, pero que es mujer, al fin, y suaviza y pule con su sensibilidad exquisita las asperezas de nuestro duro y abrupto carácter. (*Nació... 7*)

Sin duda las experiencias de Cecilia G. de Guilarte en el frente como corresponsal de guerra conviviendo con los soldados, hacen posible estas narraciones bélicas tan realistas utilizando el lenguaje ágil y espontáneo de los soldados en la contienda. Álvaro de Albornoz reconoce el indiscutible valor literario de la novela, el cual no es incompatible con una retórica lingüística sensible y cuidada. De esta forma, le otorga a la obra el prestigio que esta merece en un intento de compatibilizar las entonces irreconciliables funciones masculinas y femeninas.

A pesar de que la novela describe las experiencias de un muchacho parisino de ascendencia judía-española poco antes de que este decida alistarse en el frente y casarse con una reportera de guerra belga en la que construye su discurso, *Nació en España* no puede considerarse autobiográfica. Esto es algo que Cecilia G. de Guilarte siempre resalta en toda su producción literaria. Maravillas Villa así lo afirma también al referirse a esta novela:

Novela que tuvo muchas y muy buenas críticas, no solo entre los republicanos exiliados sino también en España, pues precisamente se hablaba de que con ella no pretendía encontrar sentimientos dispares. Nadie podía sentirse ofendido. Como muchos otros relatos que va a escribir, no es una novela autobiográfica, pero sí conoce, y profundamente, la realidad sobre la que escribe y que ella va a convertir en material literario. (Villa, *Trilogía... 20-21*)

La escritora Aránzazu Usandizaga en su libro *Amor y Literatura*, señala la dificultad que entraña el etiquetar una novela como autobiográfica: “La definición de la novela autobiográfica no resulta nada fácil, en primer lugar porque la mayoría de

cuanto un autor escribe contiene elementos autobiográficos (...)." (Usandizaga, *Amor y literatura...* 175) De la misma forma, Cecilia G. de Guilarte piensa que es difícil no basar una novela en la experiencia vital de la escritora sin que por ello haya que asumir que todos los acontecimientos narrados en ella son reales, a pesar de la similitud que pueda existir entre el discurso de ficción y la realidad.

Los personajes femeninos que aparecen en *Nació en España* aportan a la novela una visión más objetiva y más humana de la experiencia global de la guerra. De esta forma, el enfoque de la batalla no reside solamente en los dos bandos que luchan en la contienda, sino también en el grupo de individuos que no luchan directamente en ella y que sufren profundamente las consecuencias de esta. En este grupo están las madres, las hermanas, las esposas o novias que viven la guerra desde fuera, y en el que Cecilia G de Guilarte participa a través de una voz colectiva y maternal que llora la muerte de sus hijos. Ellas también mueren de pena, enfermedad o asesinadas al igual que los soldados. Por ello, su aporte al discurso narrativo es valioso para transmitir el mensaje principal de la obra: "(...) el dolor gigantesco de España. De esta mi desventurada España, a la que, me parece a veces, quiero más como una madre que como una hija". (*Nació...*5)

Es importante mencionar que todos los personajes femeninos que aparecen en la novela, comparten de diferentes maneras una relación afectiva con el protagonista, Juan Pablo. Cada uno de ellos responde a un arquetipo diferente de mujer, pero todas ellas, en algún momento de su vida, y en mayor o menor medida, intentan construir su identidad en función del discurso masculino, y reaccionan de forma diferente ante las circunstancias que la guerra o el medio social las impone.

El primer personaje femenino con voz propia en el discurso narrativo es Sara. Sara es la hermana de Juan Pablo. Ella es la única persona que da afecto a su hermano Juan Pablo de niño y adolescente, y ella lo recibe de él. Solo se tienen el uno al otro, ya que junto con sus padres, que nunca se preocupan por ellos, viven en la indigencia. Ambos son inseparables y sus vidas corren paralelas hasta el principio de la adolescencia. Sin embargo, la actitud pasiva y ausente de Juan Pablo contrasta con la actitud activa y curiosa de su hermana.

Cuando Sara tenía doce años, justo dos menos que él, comenzaron a marchar juntos. Caminaban silenciosos a través del París inmenso. Juan Pablo como ausente, Sara mirando. Viendo intensamente. Con tanta intensidad, que se dormía borracha de anuncios luminosos. De faros huidizos y de asfalto duro. (*Nació...*13)

El personaje de Sara sufre una gran evolución a lo largo de la historia. Al principio de la novela, Sara es una adolescente de dieciséis años definida por su inocencia, que se transforma al final del relato en un ser místico y retraído del mundo terrenal. Una de las causas de esta transformación, es la separación de su hermano cuando este se alista en las Brigadas Internacionales para ir a España a luchar en la

guerra civil. Aunque la partida de Juan Pablo supone una nueva etapa en la vida de Sara, su ausencia la sume en una profunda tristeza: “Sara se abrazó a su hermano llorando. Con un llanto hondo y silencioso que enterneció a Juan Pablo, haciéndole prometer que volvería pronto. Pero la muchacha estaba cada vez más desesperada”. (*Nació...*18)

Cuando Sara y su hermano se rencuentran después de la guerra, Sara ya no es la misma niña vulnerable que Juan Pablo dejó en la estación. Ella es ahora una mujer independiente económica y emocionalmente, pero también traumatizada por su relación con un hombre. Sara alcanza su independencia económica cuando sus padres mueren y le dejan una gran suma de dinero oculta hasta entonces, mientras que la independencia emocional es consecuencia de un desengaño amoroso.

Sara hereda junto a su hermano (aunque este no lo sabe hasta su reencuentro con ella al final de la guerra) una gran suma de dinero que sus padres han acumulado a pesar de estar viviendo en la más absoluta miseria. El dolor y la soledad que Sara siente cuando su hermano la deja en la estación de París, la hacen caer en manos de un hombre sin escrúpulos que le promete que su hermano volverá pronto: “Me aseguré que volverías pronto, y como nada deseaba tanto como oír eso, quedé prendida a él en una cruz de gratitudes gigantescas”. (*Nació...* 183-184)

Solo después de unos años, cuando Sara adquiere en propiedad su vivienda, se da cuenta del precio tan caro que tiene que pagar por vivir mantenida por un hombre y es consciente de su traición.

Fui su amante... (...) Me puso una casa limpia y agradable, donde entraba el sol. El hombre de los cigarrillos perfumados, nunca he podido llamarlo de otra manera en el fondo, me parecía ahora, a la luz de aquella fortuna inesperada, un ser odioso y despreciable. Ni siquiera una brizna de cariño le había llevado a mi lado. (...) En su vida turbia, yo no era más que carne... (*Nació...* 187-188)

Esta traición provoca en Sara un trauma que la impide confiar en los hombres. Sara decide aislarse del mundo y recluirse en la religión para poder reconstruir de nuevo su identidad. La vida de Sara se orienta cada vez más al retiro y a la oración, y parece que todo lo terrenal le es indiferente. Solo cuando su cuñada Anne le dice que ella y Juan Pablo esperan un hijo, reacciona de forma sorprendente.

-¿Qué te ocurre, Sara -Se alarmó Anne viéndola palidecer y apoyarse con fuerza en el borde de la mesa-. ¿Estás enferma?

-No, no... estoy perfectamente...pero tú sabes... un hijo vuestro, un hijo chiquito... ¡Lo he deseado tanto, se lo he pedido tanto a Dios! (...) ¡Un niño pequeñito, todo inocencia... como un Niño Jesús de carne y hueso!

(...) Lo he deseado siempre y llegué a temer que nunca tuvierais un hijo Anne, y me desesperaba, ¡Qué ansiedad! (*Nació...* 201)

Anne se asusta ante la reacción de Sara al comunicarle la noticia de su embarazo, porque la imagen de Sara parece transfigurarse en una parturienta que acaba de dar a luz. El bebé representa para Sara la esperanza, la ilusión que ella necesita para volver a creer en la bondad de la gente, y a la vez la ilusión para vivir y recuperar a través del niño la infancia que ella no tuvo. Solo su cuñada Anne puede devolver al mundo a través del bebé la esperanza que Sara ha perdido: “Sería el hijo de todos. Un renuevo para la prematura vejez de tres almas”. (*Nació...276*)

Otro de los personajes femeninos que marca la vida de Sara y Juan Pablo es su madre. Ni siquiera tiene un nombre en el relato. La conocemos a través de las descripciones de sus hijos. No es hasta cuando Juan Pablo enferma gravemente con fiebre, la figura de la madre aparece de nuevo en la historia.

Y la vieja judía fabricó más de una docena de bebedizos, que Juan Pablo inconsciente bebía abrasado por la fiebre. (...) Le explicaron a la judía que traerían un médico para que viese a Juan Pablo. Y como ella se lamentase haciendo grotescas muecas, la tranquilizaron con la seguridad de que ellos correrían con los gastos. Y se fueron, mientras ella dejaba escapar por la hendidura grasienta de su boca, mil gracias envueltas en piojosas lamentaciones. (*Nació...15*)

El instinto maternal que muestra hacia su hijo no va más allá de lo que un animal haría por su cría enferma. El impacto de esta acción es mayor cuando descubrimos que los padres de Sara y Juan Pablo son ricos. Sin embargo, sus circunstancias vitales, les han trastornado, impidiéndoles percibir objetivamente la realidad.

Las dos únicas muestras de afecto que la madre muestra hacia Juan Pablo se producen cuando Juan Pablo está enfermo, y se va de casa para luchar en la guerra, “su madre le dejó un beso baboso en la mejilla”. (*Nació...18*)

Por otro lado, el vínculo afectivo entre madre e hija se establece por primera vez en la historia cuando la madre le comunica que son ricos. Sin embargo, la primera reacción de Sara es de odio hacia su madre, al creerla responsable de sus terribles circunstancias vitales: “(...) mi primera impresión fue de odio, de celos abrasadores de aquel dinero, que nos había robado toda la vida, todos los besos y caricias que los niños merecen”. (*Nació...186-187*)

A través de Sara, sabemos que la obsesión de sus padres por acumular dinero y su miedo a que pudieran robarles junto a sus experiencias como inmigrantes, les han desequilibrado emocionalmente. Aunque la actitud de la madre pueda parecer egoísta a primera vista, lo cierto es que ella junto a su marido tuvieron la misma vida denigrante que vivieron sus hijos. Su inadaptación social explica su forma de vida y el desenlace trágico de esta. Afortunadamente, la madre en su lecho de muerte reacciona, y como si finalmente despertara de su letargo, le comunica a Sara la noticia de su herencia. Mediante sus inhumanas condiciones de vida, el lector siente

compasión hacia estos personajes atrapados en unas circunstancias de las que son víctimas.

Otro de los personajes femeninos importantes en la vida de Juan Pablo es Georgette. Ella es la primera mujer, después de su hermana y de su madre, que establece un vínculo afectivo con Juan Pablo. Su marido Arnauld ha muerto en el hospital militar víctima de la gangrena, y Juan Pablo la conoce en Barcelona cuando va a entregarle los objetos personales de su marido fallecido. Georgette es un personaje unidimensional que no sufre variaciones a lo largo de la historia. Construye su identidad en su esposo a través del matrimonio, y cuando este fallece, la vida no tiene ningún sentido para ella. Así lo manifiesta: “-¡Si me muriera al menos! (...) ¡Nunca me acostumbraré a vivir sin él!” (*Nació...*66)

Con la muerte de su marido, muere su feminidad también, definida solo por sus rasgos físicos. Georgette se niega a construir de nuevo su identidad, y aunque Juan Pablo intenta consolarla, la presencia de su esposo muerto está siempre presente en su discurso: “Georgette hablaba siempre del muerto. El muerto estaba siempre con ellos”. (*Nació...*68)

La vida de Georgette empieza con su esposo Arnauld, y termina con él. Ella se ve incapaz ahora de reconstruir su identidad sin el discurso masculino. Por otro lado, no puede entender por qué otras mujeres corrieron mejor suerte que ella y expresa así su dolor: “Me hace daño la alegría de los otros. Me duele que otros vuelvan de manera inconsciente y cruel”. (*Nació...*139)

Mediante el sufrimiento de Georgette, Cecilia G. de Guilarte apela a la compasión por este grupo de mujeres que se niegan a enterrar a sus maridos, hermanos o hijos muertos, primero porque no conciben la vida sin ellos, y en segundo lugar, porque enterrarlos sería aceptar su muerte, y todavía no la han aceptado. El único elemento subversivo al orden patriarcal que encontramos en el personaje de Georgette es un encuentro íntimo que mantienen ella y Juan Pablo, a través del cual, se percibe la soledad y gran necesidad afectiva de esta, y también la de Juan Pablo. No olvidemos que el protagonista masculino también necesita reconstruir su identidad porque desde niño tiene esa “sensación confusa y desagradable de no pertenecer a ninguna raza conocida”. (*Nació...*13) La ausencia de cariño en su vida, le ha convertido en un ser necesitado de afecto y alienado de la sociedad.

Georgette no puede construir una identidad nueva con Juan Pablo porque su identidad está todavía definida en relación a su marido difunto, actitud por otro lado que cumple con el rol de viuda condenada a respetar eternamente la memoria de su marido con el que también muere simbólicamente. A través de la breve relación que mantiene con Juan Pablo, se da cuenta de que el discurso de su marido está muy presente en ella, lo cual hace inviable una relación equilibrada con Juan Pablo.

Como contrapunto a Georgette, aparece una señora catalana dueña de la casa donde Georgette vive. Este personaje aparece definido por un físico opulento y por su forma provocativa de vestir, la cual contrasta con la extrema palidez y delgadez de

Georgette. A pesar de que esta mujer ha enviudado en tres ocasiones, no se derrumba emocionalmente ante la muerte de sus cónyuges. Georgette y la mujer catalana, son dos arquetipos femeninos que reaccionan de forma opuesta ante la pérdida de su marido. La señora catalana es consciente por propia experiencia de la idealización que hace Georgette del matrimonio. Su discurso atenta contra la estructura de poder, pero ella es una mujer valiente e inteligente. Sin embargo, es definida y juzgada por su físico y su manera de vestir, como si estos desafiaran el luto de Georgette y de tantas otras mujeres. El discurso patriarcal condena a la mujer que intenta buscar su felicidad personal después de la muerte de su esposo.

Lucía, es otra de las protagonistas a las que conoce Juan Pablo por circunstancias de la guerra. El cuartel del batallón de Juan Pablo, está en el pueblo de Lérida donde vive Lucía. La belleza del jardín de la casa de Lucía, tiene ciertos paralelismos con su descripción física y anímica.

El jardín es grande y descuidado, pero su belleza, un poco salvaje, es incomparable. (...) hay un banco de madera carcomida y en el banco, se sienta todas las tardes una mujer. La mujer es bella, y parece triste en esa hora, cuando el sol se pone. Cuando las hojas, cansadas de mirar al camino enamorado, se vuelven, mustiándose dulcemente, y algunas se deshojan. (...) La mujer y Juan Pablo se miran siempre en los atardeceres... (Nació...74-75)

Lucía, al igual que Georgette, sufre un desengaño amoroso con un capitán del ejército. Cuando está a punto de casarse con él, se entera de que su prima espera un hijo suyo. Tanto Lucía como su prima son víctimas de los engaños del capitán. Ambas tienen en común la ausencia de la figura maternal y el desenlace trágico de sus vidas: “La prima murió de parto en una masía lejana. Lucía tomó por suyo aquel hijo...” (Nació...81) Sin embargo, Lucía, decide como venganza casarse con el hombre que la humilla y su conducta femenina se convierte en protesta aunque ello la condena a su propia infelicidad.

Gozaba sufriendo, como una condenada. Amaba al marido despreciado que nunca la poseyó, y sentía espasmos sensuales al clavarle las uñas en el corazón. Al niño, lo amó con toda la fuerza de su maternidad fracasada, y por él, desbordaba el odio en su corazón envenenado. (Nació...81)

El clímax de su sufrimiento lo alcanza Lucía cuando su marido e hijo se marchan a la guerra, lo cual la condena a una soledad infinita: “Se quedó sola. Dejando pasar los días, dejando pasar los meses. Mirando como una muerta enterrada en la calma gigantesca de sus recuerdos calcinados, (...)” (Nació...82)

La relación afectiva entre Lucía y Juan Pablo se interrumpe cuando Miren, hermana de José María Goikoetxea, amigo de Juan Pablo en el frente, conoce a Juan Pablo por primera vez. En realidad, el discurso femenino de Lucía no cumple con los

requisitos que Juan Pablo necesita para construir su identidad aunque los dos quieren creer que esta pseudorelación puede funcionar. Es por eso que cuando aparece Miren Goikoetxea en su vida, Juan Pablo se siente atraído por su personalidad. Miren trabaja como enfermera en un hospital de guerra. Su discurso en la novela es muy similar al de la protagonista del relato *Rosa del Rosal Cortada*, cuyo nombre también es Miren. Las dos protagonistas reprimen sus emociones y son generosas. Además, ambas son comparadas con la imagen de una santa en su lecho de muerte. Los protagonistas masculinos de los dos relatos también se enamoran platónicamente de ellas, tal vez por su bondad y valentía, y por su entrega a los demás a través del trabajo.

Miren muere a la edad de veintidós años y posteriormente sabemos que ella fue el gran amor de Juan Pablo como él mismo reconoce: “En ella hubiera encontrado todo lo que necesitaba para canalizar su vida. Madre, amiga, mujer...” (*Nació...*193)

Al igual que la protagonista de *Rosa del rosal cortada*, la muerte de Miren en este relato se asemeja a la muerte de una virgen o de una mártir. De forma paralela, el sufrimiento por parte de los protagonistas masculinos ante la pérdida de su amor platónico es similar también: “Miren estaba cada vez peor. Sus ojos se agrandaban, enflaquecía. Su voz se cortaba en suspiros y en hilo fino. Todas las flores rojas del cuerpo le salían por la boca, como una ofrenda. (...) -La quiero, la quiero... ¡la quiero!” (*Nació...*180)

La diferencia más notable entre las dos protagonistas es que el personaje de la Miren de *Nació en España* nunca exterioriza sus sentimientos hacia Juan Pablo, simplemente dedica su vida a ayudar a los demás y a complacer a su hermano José María a quien adora. Por el contrario, el personaje de Miren en *Rosa del Rosal Cortada*, sufre por estar alejada de Quepa, el hombre a quien ama. Sin embargo, ambos discursos mantienen la abnegación femenina.

Tras la muerte de Miren, Juan Pablo conoce a Anne, su futura esposa, en el cuartel donde esta ha sido destinada como corresponsal de guerra. Anne es belga, y ha sido destinada en el frente a trabajar para los periódicos franceses y belgas. Es una mujer muy segura de sí misma e independiente, con una actitud completamente diferente al resto de mujeres que ha conocido Juan Pablo hasta ahora y a cuyo discurso no está acostumbrado, por eso Anne le produce desasosiego y atracción a la vez. Anne es sin duda, un personaje que tiene diferentes dimensiones en la historia. Por un lado, su dimensión intelectual y profesional y por otro, su dimensión afectiva. Su inteligencia y su seguridad en sí misma le permiten afirmar su identidad femenina. “Anne Sorelle llegó a España al principio de la guerra, con una ametralladora enviada por los estudiantes de su país a los jóvenes de España. Hace reportajes de guerra para algunos periódicos belgas y franceses”. (*Nació...*88)

Cecilia G. de Guilarte siempre presenta en sus obras un personaje femenino extranjero, fuerte e independiente, que ejerce un cierto activismo social a través de profesiones o tareas destinadas tradicionalmente a los hombres. Estos personajes son claves porque sirven de modelo a las protagonistas que buscan su realización

personal. En esta novela, la figura de Anne es crucial porque gracias a ella Juan Pablo, el protagonista de esta novela, encuentra finalmente su identidad. Es necesario además, tener en cuenta que estas mujeres fuertes y profesionales cuyos trabajos en la mayoría de las ocasiones están relacionados con la escritura, representan todos los valores que Cecilia G. de Guilarte admira en una mujer. En ellas la escritora proyecta su rebeldía, y reafirma así su identidad, libre de la opresión masculina.

Juan Pablo encuentra en Anne la figura maternal que él necesita para completar su proceso de aprendizaje: “Le dio una idea del mundo, completamente nueva. Más fría pero más firme”. (*Nació...*180) La amistad entre ambos se consolida cada vez más y cuando la guerra acaba, Anne promete a Juan Pablo encontrar a su hermana. Finalmente, esta cumple su promesa y acude con Sara a visitar a Juan Pablo al campo de concentración francés donde está recluido. Es entonces cuando Anne le comunica a Juan Pablo que vuelve a Bélgica con su familia tras finalizar la guerra, ante lo cual Juan Pablo reacciona pidiéndole matrimonio. Anne acepta aunque “sin aparente entusiasmo, como se acepta lo que no puede ser de otra manera”. (*Nació...*193)

El discurso de Anne se desplaza ahora al ámbito privado para cumplir con su función de esposa y madre, a pesar de ser consciente de la realidad que la separa de Juan Pablo. Anne se refugia en sí misma para suplir las carencias del matrimonio. Ella es consciente de esta situación cuando se casa con Juan Pablo y lo acepta: “Aquel matrimonio no trajo aparejado ningún cambio fundamental. Las horas se deslizaban en una monotonía adormecedora. Anne se encontraba feliz en su mundo interior, (...)”. (*Nació...*194) Anne experimenta un gran cambio a partir de su matrimonio con Juan Pablo. Aunque sigue manteniendo su actitud maternal y comprensiva con el protagonista masculino, ha renunciado totalmente a su vida profesional y a su esfera pública, para cumplir sus funciones de esposa y madre. Su generosidad es tal, que incluso justifica el acercamiento afectivo de Juan Pablo hacia la india Alberta, una de las criadas que trabaja en su casa de Veracruz, México. La hermana de Juan Pablo, que vive con ellos, le advierte a su cuñada del peligro que para su relación puede provocar una relación más íntima entre Juan Pablo y Alberta. Anne, sin embargo, comprende que Juan Pablo se sienta identificado con el discurso de Alberta porque las circunstancias vitales de ella son las mismas que las de Juan Pablo cuando él era niño.

La india Alberta es el último de los personajes femeninos que conoce Juan Pablo, y a la vez es el último eslabón que este necesita para construir definitivamente su identidad. Aunque Alberta es una figura unidimensional en la novela, su función narrativa es crucial en la vida de Juan Pablo y de Anne para que ambos logren encontrar su felicidad juntos, aunque para ello sea necesario sacrificar la vida de Alberta. Además, a través de este personaje, Cecilia G. de Guilarte denuncia las terribles condiciones en las que viven los indígenas, especialmente las mujeres.

Juan Pablo, como Anne anticipa, se siente atraído por Alberta porque se identifica con ella. Alberta tiene dieciséis años y su nivel de pobreza e indiferencia hacia la vida son muy similares a los que tiene Juan Pablo cuando vive en los suburbios de París. Por eso, él quiere ayudarla y convertirla en algo diferente de lo que es. Anne es permisiva con esta situación, porque sabe que esta acción está ayudando a Juan Pablo a construir su propio discurso. Sin embargo, a la vez es consciente del perjuicio que están causando las acciones de este a Alberta y advierte a su marido del peligro: “Anne le dijo que había hecho un mal a la pobre india enseñándole a leer, dándole alas, con las puntas mutiladas, como las de los pajarillos enjaulados”. (*Nació...*207)

Juan Pablo se identifica con “la pobre india con aire de perro apaleado”. (*Nació...* 208) Alberta es descrita con rasgos animalizados de la misma forma que Juan Pablo cuando vive en la chabola de París. A través de Alberta, Juan Pablo deconstruye su realidad para construir su anhelada identidad: “Juan Pablo sentía que se le fijaba la personalidad y se anudaban todos los cabos sueltos, para formar el *yo* definitivo”. (*Nació...*208).

Finalmente, la muerte de Alberta se produce después de enterarse que va a ser despedida de la casa. Su suicidio representa no solo la angustia que siente, sino también la afirmación de su identidad mediante la elección de su destino. Con su muerte, el discurso de Anne se acerca más al de Juan Pablo. Ahora, ambos se sienten culpables de la muerte de Alberta y este sentimiento les va a hacer buscar consuelo en el discurso del otro.

Aunque el personaje de Alberta solo contribuye al proceso de aprendizaje de Juan Pablo y al acercamiento definitivo de los discursos de Juan Pablo y Anne respectivamente, su inclusión en la novela supone también una llamada de atención a la doble discriminación social y de género en que las indígenas viven. Con la muerte de Alberta, Cecilia G. de Guilarte la libera de su opresión social, y castiga a Juan Pablo haciéndole sentir responsable de su muerte y consciente de sus acciones: “La muerte de la pobre india había sido como un mazazo en su conciencia. (...) Se sentía más viejo, más inútil que nunca”. (*Nació...*215) Juan Pablo necesita continuar formando su identidad y ahora que Alberta no está, necesita acercarse al discurso de Anne para completar este proceso. Anne y Juan Pablo se dan cuenta de que los dos necesitan regresar a España para poder retomar su camino juntos en el lugar donde se había interrumpido el proceso. Por primera vez en la novela, el discurso narrativo de Juan Pablo y Anne coincide. Y por tanto la búsqueda de identidad de Juan Pablo llega a su fin. Es en ese momento cuando Juan Pablo se da cuenta de que ama a Anne. Por fin, Juan Pablo sabe quién es y qué quiere.

Juan Pablo se acercó a ella. Las confianzas le habían librado de viejas ataduras, y sentía crecer en su pecho una ternura nueva. (...) Anne... creo que mi amor data de hoy mismo, de hace sólo unas horas. Pero es un amor profundo, muy suave, muy nuestro. Creo que al fin sé lo que quiero... (*Nació...* 221)

Juan Pablo se ha encontrado a sí mismo gracias a la ayuda de Anne. Su rol de guía ha terminado también. Hay lugar para la esperanza y ahora pueden construir un mundo mejor en el futuro hijo que ambos esperan.

Como conclusión, es necesario destacar que todos los personajes femeninos que aparecen en la historia, están insertados en un escenario bélico e intentan construir su identidad a través de un personaje masculino. Su relación con el discurso masculino se establece en función de sus lazos afectivos, bien como hermanas, madres, novias o viudas. Aunque el discurso de Anne contribuye de manera decisiva en la construcción de la identidad de Juan Pablo, el resto de personajes femeninos secundarios cumplen esta función también. A pesar de que el discurso femenino es deconstruido para, a simple vista, construir la nueva identidad de Juan Pablo, en realidad, esta deconstrucción es también una estrategia consciente por parte de Cecilia G. de Guilarte. De esta forma, no solo el lector puede identificarse con las circunstancias vitales de las protagonistas, sino que además puede comprender que ellas son víctimas de un sistema que les impide elaborar su propio discurso.

2. LA TRILOGÍA NARRATIVA DEL EXILIO

La narrativa de Cecilia G. de Guilarte se caracteriza, al igual que la casi totalidad de la obra literaria de la escritora, por la presencia de un conjunto de protagonistas femeninas que encarnan el arquetipo de mujer fuerte, enfrentada a sus circunstancias, a los condicionamientos de género y a los innumerables obstáculos puntuales que el medio en el que se desenvuelve le oprime. Así sucede con Francisca en *Cualquiera que os dé muerte*, con Karle en *La soledad y sus ríos* o con Ana María en *Los Nudos del Quipu*. Las tres deben luchar para lograr, al menos parcialmente, sus aspiraciones de autonomía e independencia y para afirmar su propia identidad en un medio hostil.³²

En la trilogía narrativa de Cecilia G. de Guilarte, los personajes principales se encuentran en unas circunstancias muy parecidas a las vividas por la propia Cecilia y otros exiliados españoles, porque es, en realidad, su propia experiencia novelada la que se recoge en sus relatos. Sus protagonistas, mujeres de gran fortaleza personal, tienen que luchar y hacer frente a situaciones duras e intentar construir su discurso en el país de acogida durante su obligado exilio.

³² Para un análisis complementario de la trilogía narrativa del exilio, véase "La identidad exílica en los personajes femeninos de la narrativa de Cecilia G. de Guilarte". (Ascunce, "La identidad..." 51-65)

2.1. *Cualquiera que os dé muerte*

A TODAS LAS MADRES DE ESPAÑA:

Porque fue en sus corazones donde se libraron las más terribles batallas de nuestra guerra. Ojalá que todas las madres del presente y del futuro sean capaces de educar a sus hijos para el respeto y la convivencia, para la caridad y el amor al prójimo. Es decir: para una paz laboriosa y fecunda, digna del pueblo de Dios.

Con esta dedicatoria, se abre la novela *Cualquiera que os dé muerte*, cuyo título original es *Todas las vidas*. Cecilia G. de Guilarte rinde homenaje a tantas madres que sufren la pérdida de sus hijos a consecuencia de la guerra, y también reconoce en ellas su papel de transmisoras de la educación de sus hijos en los valores humanos de respeto y amor y tolerancia.

Todas las vidas queda finalista del premio literario Planeta en 1968 y un año después gana el premio Águilas de novela con el título *Cualquiera que os dé muerte*.

La novela narra la vida de una mujer vasca, Francisca Amaya, la cual pierde a todos sus seres queridos en la guerra civil española y como consecuencia de ello se exilia a Francia, posteriormente a México y finalmente regresa a España. Los acontecimientos vividos por la protagonista se entrelazan con los acontecimientos históricos acaecidos en España desde 1917 hasta el comienzo de la guerra civil. Francisca Amaya, es presentada como la figura de una mujer desdoblada en dos, cuyo discurso se corresponde con su pasado y su presente como consecuencia de su transformación debida a la dura experiencia del exilio. Esta división del *yo* de la protagonista establece una oposición binaria interna que el poder patriarcal estereotipa como mujer-monstruo³³ y mujer-ángel respectivamente, que es exactamente lo que representan María Cascagorri, en México, y Francisca Amaya, en España.

Las protagonistas de esta novela, al igual que las otras dos que componen la trilogía, *La Soledad y sus ríos* y *Los nudos del Quipu*, son mujeres valientes que se enfrentan con coraje a unas circunstancias muy duras que les han sido impuestas y que luchan por vencer para lograr su realización personal. Las tres obras tienen además en común, el dolor y la tragedia de unos personajes que se enfrentan a un exilio forzoso lejos de su país donde intentan construir su identidad mutilada.

En esta nueva etapa de su vida, la protagonista debe reconstruir su identidad fragmentada por la guerra y por la sociedad patriarcal, enfrentándose no solo al mundo exterior, como exiliada y como mujer en un país extraño, sino a su mundo interior, es decir, a su pasado, reflejado a través de imágenes como el espejo, el álbum de fotos y el periódico donde está envuelto, su apellido vasco o la casa de piedra en medio del desierto.

³³ Para una ampliación de imágenes recurrentes que han definido a los personajes femeninos en la literatura, véase la edición de Gilbert y Guber, *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*.

Algunos críticos han considerado esta novela como autobiográfica. La historiadora Pilar Domínguez Prats, después de entrevistar a Cecilia G. de Guilarte en 1984 y comparar este testimonio oral con la novela, afirma que “la novela sigue a grandes rasgos la biografía de la autora aunque cambia algunos hechos significativos para darle un carácter más dramático a la narración”. (Domínguez Prats, “Un relato autobiográfico...” 289)

Si bien es cierto que como su hija Ana Mari Izaskun afirma, algunas experiencias o anécdotas en la obra sí coinciden con la vida real de la escritora, al igual que su madre, reconoce que la novela en su conjunto no es una biografía. Cecilia G. de Guilarte también lo confirma cuando es entrevistada en San Sebastián el año en que gana el premio literario.

Rotundamente, no. Lo único realmente autobiográfico que yo he escrito en mi vida es una serie de artículos publicados en *La Voz de España* de San Sebastián bajo el título de “Los años de las verdes manzanas”. Pero en esto he tenido siempre mala suerte: a todo lo que he escrito le han colgado siempre ese sambenito. Y para vivirlo todo hubiera necesitado dos mil años por lo menos... Lo que yo creo que ocurre es que a mí me gusta escribir sobre cosas y lugares que conozco bien. Conozco muy bien los pueblos y lugares donde *Cualquiera que os dé muerte* se desarrolla y todas esas cosas pudieron ocurrir en ellos... tal vez ocurrieron pero ciertamente no me ocurrieron a mí. De eso tengo que dar gracias a Dios... (Galiana, “El premio Águilas...”)

Cecilia G. de Guilarte describe así la novela:

No es la clásica novela de guerra; he intentado profundizar en sus efectos más que en la guerra en sí. El dolor de las mujeres por la muerte del hijo, del marido o del padre... Es una historia de España desde el año 1917; yo, personalmente no intento decir nada concreto, ni sacar consecuencias; eso lo deberá hacer el lector. (MEI, “Un premio literario...” 20)

A la pregunta de si la novela hubiera sido distinta siendo los protagonistas del bando que gana la guerra, la escritora responde: “No creo que hubiera sido muy distinta, el dolor y la muerte no entienden de política; el rencor debe desaparecer para no lanzar a la nueva generación a otra guerra. Esta es la gran lección de la novela: odio al rencor, a la muerte, a la guerra”. (MEI, “Un premio literario...”, 20)

Ciertamente, la obra no se recrea tanto en la guerra en sí, sino en las consecuencias y el dolor que esta provoca, especialmente en su protagonista, Francisca Amaya. Y varias de las experiencias relatadas se asemejan a las vividas por la propia escritora, que son en ambos casos víctimas de la guerra. De igual forma, muchas de las experiencias vitales de la escritora están presentes en gran parte de su obra narrativa y dramática, muchas de las cuales han sido consideradas autobiográficas por la crítica literaria sin ser compartida esta opinión por la escritora.

Ella solo reconoce como autobiográficas en el sentido completo de la palabra las dos series de artículos publicados en 1968 y 1972 respectivamente. La verdadera intención de la escritora es que el lector sienta y se sensibilice con el dolor y el sufrimiento de unos personajes víctimas de unas circunstancias que les han sido impuestas independientemente de la corriente política que defienden.

En *Cualquiera que os dé muerte*, la escritora nos explica la circunstancia histórica de España desde 1917 a través de sus personajes, lo que ayuda a comprender mejor el sentido de la historia. Los acontecimientos históricos se integran en la vida de los protagonistas. Aunque la novela cuenta la historia personal de Francisca Amaya desde su niñez en un pueblo de Burgos, hasta su exilio en México, la novela representa las vivencias de un gran colectivo de españoles durante este periodo. Cecilia G. de Guilarte describe los acontecimientos históricos desde la voz y la mirada de una niña. La infancia, adolescencia, amigos, vecinos y familia son presentados con realismo, detalle e intensidad en la novela. La inocencia de la niña, la adoración que siente hacia su abuelo, su complicidad con su madre y sus anhelos y deseos son también los de cualquier individuo.

El discurso de Francisca está presentado de forma lineal de los capítulos octavo al décimo quinto, en los cuales relata su experiencia en España, y de los capítulos decimoséptimo al vigésimo cuarto, en los que se narra su experiencia en México. En los siete capítulos primeros y también en el capítulo decimosexto, la narración comienza en su periodo actual en México. Inmediatamente después, se revive el pasado y la evolución del personaje retrospectivamente y por medio de *flashbacks* continuos y de imágenes que sirven como puente de conexión entre el presente y el pasado, las cuales ayudan a la protagonista a reconstruir su pasado. Este recurso, que es una técnica narrativa habitual en escritoras exiliadas como forma de recordar las experiencias vividas, permite que el recuerdo siga presente en una tierra diferente y en un país nuevo.

El tiempo de la narración en México es bastante inferior al de la vida de Francisca desde su niñez hasta el exilio. Cecilia G. de Guilarte usa el presente en primera persona para referirse a María Cascagorri, la mujer actual, porque narra su propia experiencia; sin embargo, cuando la escritora se refiere a ella misma como niña y como mujer antes del exilio, la narración tiene lugar en tercera persona porque se siente lejana y no se identifica con el discurso de la mujer que es ahora.

Además, las imágenes que forman parte de la vida anterior de la protagonista, son también parte irrenunciable de su identidad personal. Por eso la experiencia previa al exilio actúa sobre el presente y es componente ineludible de su vida actual. Estas imágenes immortalizan su pasado porque forma parte de ella, porque en el fondo no quiere olvidarlo y porque también es una manera de reconfortarse en algo querido y añorado a la vez. Si bien es cierto que el discurso narrativo de la nueva María Cascagorri se aleja del prototipo patriarcal femenino, la nueva mujer es un modelo de heroicidad ante la nueva condición de mujer exiliada. Es tal vez por esta idealización

del personaje que Begoña Ussía describe así a la nueva mujer del desierto: “María Cascagorri tiene algo de heroína mítica, mezcla de Antífona y Medea, planeando paciente su venganza o arrasando a látigo y fuego aquello que se opone a sus designios”. (Ussía, “Cecilia G. de Guilarte...”)

En realidad, el hecho de ser exiliado supone una situación denigrante para quien lo sufre, y puede derivar en una pérdida de identidad personal porque las circunstancias han transformado su discurso y ahora es una persona completamente diferente a la que era antes del exilio. Su pasado, aunque muerto, es evocado constantemente en su vida actual, porque necesita encontrarse a sí misma a través de sus recuerdos.

El insulto inicial con el que comienza la novela “Gachupina”³⁴ es pronunciado por un hombre, Avelino Cortés, cuando María Cascagorri se venga de él marcándole con un hierro candente como si fuera una res. Este hombre es uno de los más poderosos pero también más crueles propietarios de la región del desierto. Es necesario mencionar que este es el único momento en la novela en el que María Cascagorri manifiesta su crueldad, y lo hace como castigo a Cortés, por haberla humillado y engañado con la venta de un caballo y la distribución de unas tierras de amapolas.

Avelino Cortés es conocido en el desierto por sus engaños y manipulaciones. Nadie se ha atrevido hasta entonces a cuestionar su discurso, sin embargo, María Cascagorri no acepta someterse a su tiranía y se rebela, demostrando su coraje en un mundo de hombres. María considera que la vida, las circunstancias, los hombres, o tal vez todo el conjunto, la han maltratado, arrebatándole su identidad y labrando en ella un profundo sentimiento de odio y venganza como único mecanismo de defensa: “De cualquier cosa que le hicieron en el pasado o pudieron hacerle en el presente o pudieran hacerle en el futuro, de sí misma y de todos, tomaba, en ese instante, insuperable y brutal venganza”. (*Cualquiera...*16)

Esta cruel acción presenta a una Francisca animalizada por las circunstancias, las cuales han transformado su discurso. El encuentro entre Avelino Cortés, el hombre, y Francisca, la mujer, es una lucha tan descarnada que incluso “los caballos se

³⁴ Este término está incluido en un glosario de términos léxicos usados en la región mexicana de Sonora para que el lector se familiarice con este vocabulario antes de leer la novela. *Gachupina* es el insulto con el que los mexicanos denominan despectivamente a los españoles, por lo tanto, arrastra una connotación de odio y desprecio. En México es considerado un insulto, y en la novela sirve para anticipar desde el principio la difícil situación que encuentra María Cascagorri al exiliarse en México, así como la alienación que esta sufre en este país. El término tiene su origen con la oleada de emigrantes anterior a la guerra civil que formaban la colonia española mayoritariamente conservadora y que eran descritos por los mexicanos como ricos, católicos, avariciosos, crueles, conservadores e incultos, entre otros calificativos. Estos incluso habían apoyado al bando franquista en la guerra civil española. “Gachupín” es el término que empleaban para denominar a estos españoles. Y era esta imagen de capitalista que explotaba cruelmente a los mexicanos, con la que los exiliados de la guerra civil habían de enfrentarse. En algunos centros relacionados con los “gachupines” como El Casino Español en La Ciudad de México, se les negaba la entrada a los refugiados españoles.

estremecían con cada grito”. (Cualquiera...16) Son los gritos del hombre que va a ser marcado como un animal con hierro ardiendo.

La lucha por la supervivencia ha hecho a María vivir situaciones límite que la han desprovisto de humanidad y la han llenado de deseo de venganza. Avelino Cortés simboliza todo aquello que la ha sido brutalmente arrebatado y por eso, no duda en enfrentarse a él guiada por su instinto de supervivencia: “Miró al hombre tendido a sus pies, bocabajo sobre la quemante arena, a la orilla del desvanecimiento y no sintió lástima ni vergüenza. Miró la marca infame sobre la espalda convulsionada, bajo cuya piel oscura sangre y nervio prolongaban el grito antiguo”. (Cualquiera...16)

El triunfo de María Cascagorri representa el triunfo del discurso femenino sobre el masculino, y, a la vez el triunfo de la justicia sobre la opresión y la tiranía encarnada en la figura de Avelino Cortés. Este acto de venganza como respuesta a la traición, permite a la protagonista recuperar su voz, y como si de un exorcismo se tratara, la permite expulsar toda la rabia contenida por años en su interior: “Se sentía tan liberada, tan vacía de sí misma y de todo, tan solo una tremenda furia saciada para todos los tiempos”. (Cualquiera...17)

Una vez expulsados sus demonios, María Cascagorri se siente a la vez vacía interiormente porque su identidad le ha sido arrebatada. Es entonces, cuando Cecilia G. de Guilarte recurre a la imagen del espejo para conectar a la protagonista con su pasado y poder devolver a María Cascagorri su identidad. La imagen que la protagonista ve reflejada en el espejo es Francisca Amaya, que sonríe como lo hacía cuando estaba en España antes de ser asesinada por María Cascagorri, la nueva mujer en la que se ha convertido cuando llega desde México al desierto, y se instala allí:

Se había mirado en el espejo antes, cualquier día. Pero, ¿desde cuándo no había buscado en él? No lo sabía. Tal vez no lo había hecho desde el día que nació María Cascagorri. Desde el día en que asesinó a Francisca Amaya Iraola. (Cualquiera...18)

El espejo usado frecuentemente en la literatura como símbolo de la búsqueda de la identidad femenina, le sirve también a la protagonista para buscar su identidad. La imagen que el espejo le devuelve, es una imagen estereotipada de la mujer monstruo porque María Cascagorri ha subvertido el orden patriarcal: “¡Salvaje marimacho!, le dijo a su imagen sin rencor (...) He crecido -pensó-. Soy una mujer tan alta como cualquier hombre de esta tierra”. (Cualquiera...18)

El espejo le va a permitir recordar su pasado al establecerse un diálogo entre dos personajes. Por un lado, María, la mujer-monstruo del presente, y por otro Francisca, la mujer-ángel del pasado: “(...) allí estaba María Cascagorri, la patrona de Bacanora. Y Francisca Amaya por dentro. Eso era lo peor”. (Cualquiera... 19)

El espejo la devuelve la imagen de su pasado, de la mujer que un día fue y la imagen de la realidad que María quiere olvidar porque es una realidad terriblemente cruel: “-¡Te presento a María Cascagorri! María, cabeza colorada: llegó en el tren y se

perdió en el desierto... Ya puedes morirte, Francisca. ¡Buena suerte María!”
(*Cualquiera...*373)

María Cascagorri está dispuesta a empezar una nueva vida en el rancho La Bacanora, y piensa que el hecho de suplantar su identidad, le permitirá borrar de su mente su pasado. Sin embargo, mediante el espejo el propio *yo* se divide para mostrar, a través de la conciencia que los recuerdos, aunque borrosos como la imagen del espejo, no han desaparecido totalmente y habitan en el subconsciente. Su pasado está aún presente y la persigue, quizás para que no olvide su verdadera identidad y acepte su anterior existencia. Es como si su propia conciencia le estuviera recordando continuamente a María Cascagorri, la mujer transformada del presente, quién es ella en realidad. De esta forma, la casa de piedra que se hace construir en el desierto, como el caserío vasco en el que vivió, o que su apellido sea Cascagorri, explica no solo que sus recuerdos aún residan en el subconsciente, sino que su nueva identidad quiere borrar aquellas experiencias terribles de su pasado y continuar manteniendo las imágenes de su niñez y su hogar porque forman parte de los momentos gratos de su vida. El caserío y su apellido vasco son imágenes que inmortalizan su pasado porque forman parte de su identidad.

Cecilia G. de Guilarte dota también al discurso de María Cascagorri de humanidad y nobleza, como lo demuestra su interacción con sus empleados. Su honestidad se manifiesta también en el personaje de Quintana, su asalariado más fiel, al que no quiere herir en sus sentimientos.

- ¿Pues qué le buscas? Se te ha pegado como los buenos, conoce tu negocio mejor que tú misma, y es bien parecido y soltero... (...)

Pero ella, ni Francisca ni María, no sabía aún lo que quería. (...) Y mientras no podía descansar ni descuidarse; no podía dejar de ser la patrona en cada instante, ni quería dar lugar a que se equivocase. Le debía mucho para hacerle daño. (*Cualquiera...*424)

María Cascagorri no quiere tener apegos hacia nada ni nadie y usa este mecanismo de autodefensa para no volverse a sentir herida ni tener que sufrir por nadie, y a la vez muestra el rechazo a aceptar México como el nuevo país de acogida en el que no se siente integrada.

Al final de la novela, María se va de México, porque como ella dice, ya no siente que sea ese el lugar donde deba estar y regresa a su país, concretamente al pueblo de su abuelo donde ha pasado los mejores momentos de su vida, reconciliándose así con su pasado: “Desde arriba, México era la ciudad más bonita del mundo; pero ya estaba lejos de sus luces preciosas”. (*Cualquiera...* 436)

Este pueblo es evocado con nostalgia a través del álbum familiar de fotos que María Cascagorri encuentra envuelto en papel de periódico, donde aparece la noticia de la invasión nazi en Francia, y sirve de puente para conectar con el pasado, recordando los momentos gratos, por un lado, y los recuerdos trágicos, por otro.

María Cascagorri necesita recuperar su identidad y para reconstruir su discurso necesita analizar desde el momento presente la evolución de sus experiencias vividas, las cuales revive a través del álbum de fotos familiar. Por ello, es necesaria la narración retrospectiva de los hechos en busca del sentido a su existencia. Al evocar el pasado, María va tomando conciencia de lo que fue y de lo que es, dotando de sentido su vida. Es así como María revive su pasado como nieta, hija, hermana, amiga, vecina, esposa y madre ejemplar, características de la mujer-ángel que era antes del exilio.

A través de la evocación de la figura de su madre, María Josefa, vemos su relevancia en la vida de Francisca. El discurso de María Josefa influye notablemente en el carácter de Francisca. Su madre es definida por sus cualidades humanas y por su coraje ante sus difíciles circunstancias vitales. Además, María Josefa es ante todo una madre y esposa ejemplar, la cual siempre muestra comprensión y dedicación hacia sus hijos.

María Cascagorri evoca también el día en que su madre muere cuando el piso de Barcelona en el que vive junto con la hermana de Francisca, es bombardeado en los primeros días de la guerra civil, mostrando así que el personaje de María Josefa es otra madre-esposa más víctima de las trágicas circunstancias: “Llegaron a Barcelona aquella misma tarde y, naturalmente, no había nada que hacer. Sólo resignarse. Era lo único, y no se podía. Nadie podía... Francisca miraba enloquecida la casa derrumbada (...)”. (*Cualquiera...*306)

María Cascagorri recuerda además a otros personajes caracterizados por el coraje de su discurso. Así evoca a María Luisa Achútegui, compañera de sindicato de Francisca, la cual es encarcelada y torturada por motivos políticos, sin delatar jamás a sus compañeros. También recuerda el extraordinario discurso propagandístico de la mujer extranjera, la cual simboliza el colectivo de mujeres que participan activamente en la política y su espíritu de compromiso.

El personaje de Lola, es recordado por Francisca cuando tras el asesinato de su marido, cría sola a sus nueve hijos; o la madre de Fermín, la madre del teniente y tantas otras madres que son víctimas también pero se enfrentan a sus circunstancias con dignidad y valor. Mediante el discurso narrativo de todas ellas, Cecilia G. de Guilarte desarrolla un vínculo de solidaridad al compartir el sufrimiento que todas sienten.

La realidad que vive Francisca después, es una presencia continua de desgracias, muertes colectivas, y, especialmente, la muerte ante sus ojos de todos y cada uno de sus seres queridos. Estos recuerdos son rememorados con detalle por la protagonista tal vez porque las terribles imágenes de la masacre permanecen aún muy nítidas en su mente pero, sobre todo, porque la tragedia le roba su juventud y es lo único que puede recordar de esta. Es su valor y coraje los que la hacen seguir adelante y no desfallecer, sin embargo cuando parece que la vida ya no puede ser más cruel con Francisca, a la que las circunstancias le han arrebatado absolutamente todo, llega la culminación de

su dolor cuando tras nacer su hijo, ella tiene que huir como refugiada a Francia y el bebé muere en sus brazos. A partir de ese momento, la existencia de Francisca ya no tiene sentido para ella. Simplemente vaga con los demás refugiados. Ya no le importa nada. Lo ha perdido todo y ya no siente nada, está vacía.

El exilio a Francia es terrible. Allí, la mayoría de los españoles son reclusos en campos de concentración, pero Francisca es acogida en Perpiñán por una familia francesa para la que empieza a trabajar. Tras unos meses le llega la oportunidad, a través de Alfredo Iturralde, personaje que aparece en la tercera novela de la trilogía del exilio *Los nudos del quipu*, de exiliarse a América y así, llega por fin a México donde intenta reconstruir su identidad.

Empieza viviendo en una pensión humilde y con ayuda de la Junta de Auxilio logra salir adelante. Posteriormente, consigue trabajo en una revista gracias a Ana María Izaguirre, protagonista de la tercera novela de la trilogía *Los nudos del quipu*, y que también es escritora y asiste a la universidad. Allí también se reúne a veces con Iturralde, que ahora es pintor, y con Karle Uribe y su esposo Félix, pareja esta última que protagoniza la segunda novela de esta trilogía *La Soledad y sus ríos*. Tanto Karle como Ana María dotadas de vocación literaria logran finalmente alcanzar su sueño de ser escritoras.

En definitiva, *Cualquiera que os dé muerte* es por un lado, un intento de reconstrucción del yo destruido por la experiencia trágica de la guerra y posterior exilio forzoso que ha provocado en la protagonista una oposición binaria entre pasado y presente, entre España y México, o entre Francisca Amaya-ángel y María Cascagorri-demonio, respectivamente. La protagonista no solo reconcilia su identidad de origen, sino también su identidad femenina mutilada por la estructura patriarcal.

Por otro, la obra es también el relato crudo y cruel del dolor y sufrimiento humano y en especial, el de las mujeres por la muerte del hijo, del marido o del padre, dolor que no entiende de política. No en vano va dedicada la obra “a todas las madres de España”.

2.2. *La Soledad y sus ríos*

La Soledad y sus ríos es la segunda novela de la trilogía narrativa de Cecilia G. de Guilarte. Su estancia en Zitácuaro, Michoacán, donde su marido está al cargo de un rancho, le sirve de marco para ambientarla y escribirla. La publica la editorial Magisterio Español en Madrid en 1975, y su título inicial es *El indio mi compadre*, aunque posteriormente se cambia por no resultar este muy comercial. *La Soledad y sus ríos* es la última novela publicada en vida de la autora.

Como apunta Ángel Palomino en el prólogo, la protagonista, Karle, vuelve a ser una mujer fuerte como las mujeres de *Cualquiera que os dé muerte*, a la que las circunstancias le hacen vivir la dolorosa experiencia de estar alejada de su país al que

siempre recuerda y al que siempre quiere volver. Sin embargo, en el país de acogida siempre se enfrentan heroicamente a su destino.

En las novelas de Cecilia G. de Guilarte, los personajes más sustantivos, los que asumen el protagonismo, son los femeninos; como ella misma, personifican a la mujer templada, a la mujer fuerte, muy mujer y muy capaz de hacerle cara al destino sin parecerse al hombre; no son Juanas de Arco ni Agustinas de Aragón, son “héroes de novela” y, al mismo tiempo, héroes femeninos que cumplen heroicamente sus destinos de combatiente, de esposa, de madre. (*La Soledad*...15)

Las críticas a la publicación de la novela alaban la labor de Cecilia G. de Guilarte.

La soledad y sus ríos es una novela magnífica que denota, una vez más, la recia personalidad de esta escritora empeñada en una trilogía que se inició en *Cualquiera que os dé muerte*, que continúa en *La soledad y sus ríos* y que desembocará finalmente en *Los nudos del Quipu*. (Mendiola, “La soledad y sus ríos”)

La Soledad y sus ríos, última novela publicada en vida de la autora, narra las vidas de una familia española exiliada en un rancho de México desde la nostalgia continua que la protagonista, Karle, siente por España con una estructura lineal que termina en tragedia. Además, es una novela de denuncia narrada por una mujer desde la explotación y humillaciones que esta y los indígenas de su comunidad sufren y contra las que se rebela.

Karle y su familia han de enfrentarse al gobierno, a la cultura y a las costumbres del nuevo país de origen, lo cual no siempre es fácil. Félix Téllez, el marido de Karle Uribe, no puede ejercer su profesión de abogado en México y tiene que conformarse con ser administrador de un mexicano cruel, Roberto Almada, del que tiene que soportar abusos y humillaciones.

La vida, pues, no es nada fácil para los exiliados y estos tienen que depender del gobierno del país de acogida y de las normas que dicho país impone. Tienen que enfrentarse al desarraigo y a la injusticia, lo cual impide a Félix construir su identidad a través de su profesión de abogado en un país con terribles desigualdades sociales. La inmensa mayoría de la población indígena sufre unas carencias importantes y son humillados constantemente por una autoridad, en este caso encarnado en el discurso del cacique, que abusa continuamente de su poder.

Karle y su familia llegan al rancho con ilusión de empezar una nueva vida, pero pronto se dan cuenta de que han sido engañados con falsas promesas.

Todo estaba implícito en el principio; (...). Acaso desde que aceptaron en Francia aquella fórmula, después de todo tan extraña, de embarcar para México en calidad de

campesinos... Les habían dicho, asegurado, que solo era eso: una fórmula. Y ciertamente, nadie los había obligado a convertirse en campesinos; pero ni siquiera a ella, tan llena de recelos en aquel tiempo, se le había ocurrido pensar que su marido no podría ejercer su profesión de abogado. (*La Soledad...*48)

La familia de Karle se siente humillada en el país de acogida. Si bien es cierto que no vive en las condiciones infrahumanas de los indios mexicanos, su dignidad le ha sido usurpada desde el momento que se exilia de España y son llevados a México en calidad de campesinos³⁵. Su identidad, al igual que la de los indios, está anulada. Esto es más de una vez causa de desacuerdo entre los cónyuges. Félix no se ha adaptado a ese discurso de injusticia constante y de pérdida de identidad, y al igual que la gran mayoría de exiliados, “se encuentra con unas realidades políticas, culturales y personales que le fuerzan a mestiza”. Como afirma Sebastiaan Faber, “no solo su identidad nacional sino también los valores y lealtades que trajo consigo de la patria perdida”. (Faber, “Algunos aspectos...” 26) Incluso Iciar, la hermana de Karle, se siente indignada cuando los visita en México ante el trato que los refugiados reciben y sus dificultades por llevar una vida digna.

-¿Y a esto le llamáis vosotros vivir con dignidad fuera de vuestra patria? (...) no entiendo por qué no puede trabajar en su profesión. (...)

- La gente se ha agarrado a lo que ha podido y nadie se lo ha prohibido. Conozco a un ministro que vende chorizos por las casas de los españoles... (...) Es un mundo diferente y hay que amoldarse. Félix no ha podido³⁶: eso es todo... (...) (*La Soledad...*78-79)

³⁵ En febrero de 1939 el diplomático mexicano Isidro Fabela, tras visitar la frontera franco-española informa a Cárdenas de las terribles condiciones de los republicanos españoles en los campos de concentración de Francia: Es entonces cuando en México se especula con la posibilidad de que un gran número de exiliados republicanos puedan encontrar asilo allí ante el deseo de algunos refugiados de viajar a este país. Sobre todo, como señala Caudet, se hace referencia a las profesiones de los exiliados, lo cual indica que se tuvieron en cuenta otros factores además del humanitario para ayudar a los refugiados de los campos de concentración franceses. Lázaro Cárdenas, en calidad de presidente muestra gran interés y ayuda en gran medida a facilitar dicho exilio. México se convierte así, como señala Tomás Pérez Vejo en “el principal refugio de los transterrados ‘iberos’”, que es como la prensa mexicana comienza a llamar a los exiliados españoles. Además, México necesita campesinos y obreros para lograr el desarrollo de las tierras del interior del país, y ese es el argumento empleado por el gobierno de Lázaro Cárdenas para justificar su política de admisión de emigrantes españoles. Los territorios del norte, que son los más despoblados, ven así una posibilidad de repoblación y desarrollo gracias a la mano de obra española. Y también se soluciona el problema añadido de la pureza del lenguaje que se estaba perdiendo como consecuencia del contacto con el idioma inglés. Cuando Ávila Camacho sucede a Lázaro Cárdenas en la presidencia el 1 de diciembre de 1940, continúa con la misma política de acogida, exceptuando la política de no admisión de refugiados españoles que ya se encuentran en otro país de Latinoamérica, sin embargo estos seguían emigrando a México. En realidad, hasta la muerte de Franco en 1975, México fue fiel a su postura de rechazo al régimen franquista y a la defensa de los republicanos en el exilio. (Pérez Viejo, “España en el Imaginario Mexicano... 37-38)

³⁶ Aunque en la década de los cincuenta la mayoría de los españoles exiliados tienen la nacionalidad mexicana, todavía están excluidos de la participación activa en la política de su país por no ser hijos de

A pesar de todo, Karle es una mujer valiente ante las duras circunstancias que ha de enfrentar, siendo siempre el sostén o apoyo de su familia. En la construcción de su discurso, siempre admira la belleza de su nuevo lugar de acogida, en un intento tal vez por adaptarse a su nuevo país y olvidar la tragedia vivida, pero también porque esta belleza le recuerda la tierra de su infancia y la identifica con ella. Por eso, muchos momentos vividos en el rancho y en la comunidad de San Pedro, reconfortan a Karle, porque en gran medida le hacen sentirse como en casa. En estas partes de la obra, la construcción de su discurso es menos dolorosa y se traduce en un lenguaje más poético también.

Karle se sentó en el porche y aspiró el aire lavado por la lluvia y lavado por los altos pinos. En el centro del patio había quedado un charco, y en el fondo brillaban las estrellas con suave temblor de onda, como si navegaran por un mar chiquito, hondo y misterioso. Las luciérnagas atolondradas estrellas viajeras, describían en el aire encendidas parábolas. Y arriba de todo el rebaño infinito de las estrellas verdaderas, cubriendo el cielo y descubriéndolo. (*La Soledad...* 19)

Esta identificación casi espiritual de Karle con el paisaje mexicano, representa para ella el equilibrio que busca para construir su discurso. Al identificar el País Vasco con México, el nuevo país de acogida deja de ser tierra del exilio y se convierte en un paraíso terrenal. Esta evocación del paisaje mexicano se hace extensiva no solo al rancho sino a otras áreas de la comunidad donde los indígenas celebran sus ceremonias religiosas.

(...) cuando dejaron la carretera de Morelia y avanzaron por un camino secundario, el paisaje cambió tanto, que le parecía estar a miles de kilómetros de su casa. Las grandes hojas rasgadas de los plátanos se mecían en un aire más denso y caliente; se hacía más espesa la vegetación, y las flores extrañas, grandes y de raros colores, exhalaban el perfume característico de las zonas tropicales. Nunca había visto ella mariposas tan

mexicanos. Esta prohibición provoca frustración entre los españoles acostumbrados a la política y altos puestos de responsabilidad profesional, los cuales buscan entonces una salida a su frustración en la enseñanza. Así lo confirma Sebastiaan Faber:

(...) es muy obvia la frustración de los españoles al saberse “ciudadanos de segunda”. Naturalizados o no, no solo les estaba vedado participar en la política mexicana sino que también se les imponía límites en la carrera profesional. Y como muchos de los refugiados eran, precisamente, militantes de partido y, además, profesionalmente ambiciosos, se sentían alicortados por no poder quitarse su eterno estatus de refugiado. Los puestos más altos casi siempre estaban reservados para mexicanos de nacimiento. (Faber, “Silencios y tabúes...” 386)

Por otro lado, esta medida de exclusión, responde al temor de que el poder izquierdista en México se fortalezca demasiado y que los republicanos exiliados quieran realizar en México los objetivos no logrados en España. El gobierno mexicano intenta tranquilizar a los ciudadanos insistiendo en que los exiliados españoles no tendrán participación en la vida política del país, haciéndoles incluso prometer “su abstención total en la política mexicana y que sus energías estarían encauzadas por completo a la vida productiva y útil”. (Rodríguez Plaza, *La novela del exilio...* 23)

grandes ni colibrís tan pequeños, ni pájaros tan pintados ni agua tan azul como la de las pequeñas lagunas que iban dejando atrás.

- ¡Qué pobre idea tenía yo del paraíso terrenal! - dijo (*La Soledad...*166-167)

Gracias en gran parte a la belleza del paisaje mexicano, es cuando Karle se siente de nuevo con fuerzas para intentar cambiar su situación de opresión. Además, el hecho de identificar elementos del país de acogida con objetos del país de origen en la literatura, es un recurso literario utilizado con frecuencia por los exiliados para evitar el olvido. Michael Ugarte afirma que dicha identificación es comprensible ya que el desterrado basa su existencia en los recuerdos del pasado. Por otro lado, el paralelismo que el exiliado establece entre la tierra de origen y la de acogida impide la percepción de la nueva situación como ente independiente.

La memoria es un fenómeno cuya naturaleza relativa impide la percepción de ningún objeto o situación como una entidad independiente, ya que la comparación es consustancial con la percepción. Así las relaciones entre pasado y presente, entre la tierra donde el exiliado comienza a echar raíces y la tierra que dejó atrás, y todos los objetos, animados e inanimados, nuevos y antiguos dan lugar a que surjan paralelismos, y a que la valoración de las cosas se realice siempre en comparación con esas mismas cosas en otro lugar. (Ugarte, *Literatura...*26)

Las cualidades humanas de Karle se reflejan a lo largo de toda la novela. Su discurso siempre muestra un gran respeto y compasión hacia los indios y hacia su desgracia de ser explotados. El personaje de Karle va a construir su discurso en la ayuda que les ofrece para salir de su situación de explotación porque ella también se identifica con su circunstancia. Para ello, tendrá que enfrentarse a una estructura de poder social abusiva.

La llegada de Iciar, la hermana de Karle a La Soledad, es una inyección de moral y también de aire fresco, noble y fuerte que reconforta a toda la familia y representa esa España añorada por Karle y Félix. Con Iciar, la felicidad de Karle es prácticamente completa. Afortunadamente, la casa recobra un poco de alegría cuando la hermana pequeña de Karle llega desde España. Los hijos gemelos de Karle, Iñaki y Javier, y sus dos hijas, Marichu y Edurne, además del esposo, Félix, están encantados con su llegada, cuya presencia devuelve a la familia recuerdos entrañables. El revivir las costumbres de su tierra como la celebración de una Navidad vasca, les hace también recuperar su sentimiento de identidad y les hace olvidarse aunque sea temporalmente de su difícil circunstancia en el rancho. Iciar, además, es un personaje fuerte que también debe enfrentarse a la circunstancia de un gobierno opresivo en España y se crea su propia coraza para sobrellevarlo de la mejor manera.

Siento que soy afortunada y eso me basta... Claro que es un sentimiento basado en principios profundamente egoístas, que requieren infinitos cuidados y una lucha permanente y casi heroica para sobrevivir: al menor descuido se cae en una especie de corrosiva compasión universal, y cada esfuerzo por salir de ella te hunde un poco más... (*La Soledad...69*)

El discurso de Iciar le muestra a Karle que a pesar de la dura realidad social de España en ese momento, es necesario no desfallecer y crear estrategias para liberarse y atenuar el miedo y el sufrimiento. Este personaje bien puede ser la voz colectiva de muchos españoles condenados a vivir un exilio interior en su propio país. Iciar le propone a su hermana irse del rancho, escapar de ese espacio geográfico opresivo que les esclaviza. Sin embargo, desgraciadamente, cuando Iciar logra convencer a su hermana con la idea de trasladarse a México, Félix es asesinado.

Otra mujer importante en la vida de Karle es Sabina. Su presencia en el rancho La Soledad influye de forma muy positiva en Karle. Sabina es definida por su lealtad y seguridad en sí misma. Poco a poco, Karle descubre que Sabina y ella han sufrido tragedias muy similares y el discurso de ambos personajes es muy parecido, por eso se comprenden tan bien. Sabina, a diferencia de Karle, sí ha podido reconstruir su identidad mutilada por la pérdida de su hijo, a pesar de la soledad que siente.

Mi guerra es mucho más vieja; para entonces ya había perdido a mi hijo... Me había casado muy joven, demasiado joven... y no resultó. Nunca se lo cuento a nadie; prefiero pasar aullando mis días de perro. Puedo hacerlo porque siempre vivo sola... ¡No sabes qué sola vivo! En una ciudad tan grande como Los Ángeles, tan llena de gente... (...) ¡hay tantas soledades esperando un encuentro! (*La Soledad...165*)

Sabina ha podido encontrar un sentido a su existencia a través de la escritura como mecanismo para exorcizar su pasado y librar su personal batalla con este, por eso, anima a Karle a cambiar su destino. Karle por el contrario solo puede evocar con nostalgia su pasado: “Sí, justamente como se sentiría una manzana verde arrancada de su rama por la tormenta. Una manzana a la que se le hubiera escamoteado un destino de sidra dulce”. (*La Soledad... 36*)

Aunque Karle se ve reflejada en el discurso de Sabina, no tiene el mismo coraje para luchar por su felicidad y debe conformarse con la realidad que la toca vivir. El regreso de Sabina a su hogar en los Estados Unidos, provoca en la protagonista una profunda tristeza: “Pensaba que podían haber llegado a ser grandes amigas, acaso las mejores amigas que una y otra habrían tenido jamás...” (*La Soledad...177*)

La generosidad y la bondad de Karle es patente también cuando María, la muchacha india que ayuda a Karle en las tareas del hogar, llega a la casa en el momento en que Karle más lo necesita liberándola de esta carga doméstica. Tanto el personaje de María, como el de los personajes femeninos indígenas que aparecen en la obra, Lupe o Andrea, representan la colectividad de mujeres que sufren una

violencia estructural y sistémica, la cual Cecilia G. de Guilarte denuncia en esta novela. María es degollada a manos de su marido, el cual tiene una amante. Lupe rechaza las atenciones médicas porque cree que el médico quiere acabar con su raza, y Andrea, la amante del esposo de María, es víctima de magia negra y fetichismo practicado por María para recuperar a su marido, el cual es su verdugo. Su mundo está definido por la carencia y la opresión de género y de clase.

Elisa, es también otro personaje que es víctima de los maltratos de su primer novio y de su actual marido. Elisa fue compañera de Karle en la escuela cuando los dos eran niñas. Este personaje es definido por su dependencia emocional hacia los hombres. A consecuencia de ello, está casada con un hombre que no la valora. Gracias a Karle, Elisa se salva de morir desangrada por un aborto provocado ante el rechazo del bebé por parte de su marido.

Doña Elenita, por el contrario, es una pintora retirada que está felizmente casada con su esposo don Camilo, un profesor de literatura también jubilado. Viven en el rancho Los Rosales, el cual es evocado en la novela como un lugar de paz rodeado de bellas flores a donde Karle, su hermana y los niños acuden a visitar al entrañable matrimonio. La visita de Karle a Los Rosales siempre es reconfortante para ambas.

En definitiva, las interacciones entre Karle y los diferentes personajes ayudan a esta a sobrellevar su difícil situación y reforzar el gran sentido de justicia y generosidad que Karle posee. Sin embargo, a pesar de ser una mujer valiente que afronta con heroicidad su destino, no puede evitar sentir nostalgia por España. La guerra civil y el posterior exilio a México, concretamente al rancho de La Soledad, dejan en la protagonista un trauma que se hace visible desde las primeras páginas del relato. Ella nunca quiso irse de España y constantemente sufre en silencio esta separación forzosa de su país:

(...) tenía una raíz enferma y terca cuyos filamentos se perdían en el tiempo y la distancia. Eran parte de la congoja, el desasosiego y la alarma que había sentido al cruzar la frontera de su mundo, cuando aún no sabía si había otro en el que le estuviera reservado un lugar (...). (*La Soledad...* 20)

Además, La Soledad, nombre del rancho donde ella y su marido Félix residen es, irónicamente, el lugar donde Karle sufre con resignación su propia soledad porque a veces se siente alienada e incomprendida por su esposo Félix.

La Soledad es también un sentimiento que padecen los protagonistas lejos de su patria, intentando adaptarse a un medio hostil donde, además de los propios exiliados, el indio es también continuamente humillado y marginado. El rancho está rodeado de dos ríos que, como apunta la narradora, representan el pasado-España y el presente-México, entre los cuales Karle está atrapada como el rancho La Soledad.

Nada importaba ya que la propiedad tuviera ya el nombre de La Soledad; para ella sería siempre “bi ibai artean”, entre dos ríos la casa, como su propia vida estaba entre dos corrientes que alternativamente se fundían y se rechazaban, guerra civil de dos tiempos en la que los muertos ganaban más batallas que los vivos, porque ella se negaba a enterrarlos. (*La Soledad...22*)

En la comunidad de San Pedro, que es donde se encuentra el rancho La Soledad, viven indígenas con unas condiciones de vida denigrantes, y ellos, al igual que Karle, también están atrapados en la miseria y en la explotación, por eso tal vez Karle no solo les comprende y se solidariza con su sufrimiento, sino que les ayuda siempre que puede. El discurso de Karle reivindica la identidad indígena y denuncia a la vez el sistema de poder abusivo y el determinismo genético que impera en la sociedad mexicana y especialmente en las comunidades rurales. Por eso, el sueño de Karle consiste en lograr unas condiciones sociales justas en el rancho La Soledad, y no duda en ser cómplice de los indios cuando estos pasan madera de contrabando en el rancho.

En las noches deslunadas, los indios transportaban por allí un miserable contrabando de madera. (...) tal vez era Nicolás Alvarado..., o José Contreras, con tantos hijos y la mujer enferma... (...) Karle podía oír el ruido crepitante de las cañas de maíz tronchadas, y Félix podría oírlo también si no durmiera tan profundamente. En cuanto a ella... le hubiera gustado asomarse a la ventana y gritarle:

-¡Te deseo suerte José Contreras!

Pero eso era una de las muchas cosas que no sería correcto hacer. La madera pertenecía a La Soledad, y una de las obligaciones de Félix consistía precisamente en evitar que los indios la robaran. (*La Soledad...22-23*)

A pesar del peligro al que Karle se expone, no duda en poner en riesgo su vida para ayudar a los indígenas. A medida que más se implica Karle en esta peligrosa labor, más altera el discurso de poder:

Solo queremos avisarte, Juan: hay soldados de Zitácuaro en la carretera... esperando... (...) Tú pasa la voz, díles a todos que tengan cuidado, que mejor no bajen leña por ahora; pero no le cuentes a nadie que yo te avisé. De verdad te digo, Juan, que la cosa se ha puesto muy fea... (*La Soledad...81-82*)

Karle progresivamente se va implicando más en los asuntos de la indiada en un intento de devolverles la dignidad arrebatada. Por eso, se muestra valiente al desafiar el discurso del patrón, y generosa también cuando descuenta del salario de su marido, lo que el patrón Almada les ha descontado a los campesinos sin motivo.

- (...) ¿Y a usted que le parece? ¿Honradamente cree que pueden ni medio comer con lo que se les paga?

- ¡Para emborracharse, nunca les falta a estos pelados!

- (...)

- Estos hombres han trabajado toda la semana, y están esperando sus centavos porque los necesitan. (...)

- Seis pesos y setenta y cinco centavos en total. Ya los he descontado del sueldo de mi marido..., comandante Tenorio.

Puesto que esa había sido su intención, le complació comprobar que él se sentía muy molesto. (...) (*La Soledad...*243-244)

El discurso progresista de Karle, basado en devolver la dignidad a los indios a costa de desafiar cada vez más el poder del patrón, culmina en tragedia cuando Karle y su hermana Iciar visitan el despacho del patrón Roberto Almada en Ciudad de México. Allí, estas le ponen al día de supuestas injusticias y manipulaciones en el sueldo de los obreros y de cómo Félix, ha preferido poner unos pesos de su sueldo para dárselo a los peones porque el salario de estos ha sido reducido de tal forma que ni siquiera pueden subsistir. Roberto Almada las despide con buenas palabras y les dice que al día siguiente visitará La Soledad. Lo que ellas no saben es que es el propio Almada el que está detrás de esta corrupción y de tantas otras que se están cometiendo en la comunidad. Y cuando al día siguiente, Roberto Almada amablemente invita a dar un paseo en caballo a Félix para supervisar los límites del rancho, se oye minutos más tarde un disparo y luego otros, hasta que ven regresar el caballo de Félix.

- ¿A qué van para arriba, señora?

- Dicen que a revisar los límites de La Soledad.

(...) sonó el primer disparo y retumbó como si bajara rodando por los montes. (...)

Luego sonaron otros dos disparos, y la mujer de Trinidad y Manuel salieron asustados al patio.

- ¿Por dónde anda su señor? –le preguntó la mujer de Trinidad.

- Se fue con ellos... (...)

- ¡Esté tranquila señora! ¡A don Félix no le pasa nada, eso es seguro!

Pero sí le había pasado.

Lo bajaron atravesado en el caballo, con su camisa a cuadros rojos, blancos y negros. Ya estaba muerto. (*La Soledad...*278- 279)

Esta terrible injusticia que acaba con la vida de Félix, es el precio más caro que este ha de pagar por ser exiliado en un medio rural donde los indígenas son humillados sabiendo que sus vidas penden de un hilo. Ambos grupos son esclavos del más fuerte, que se toma la justicia por su mano, en este caso de Roberto Almada, que

no duda en matar a sangre fría a quien se atreve a desafiar su poder, ya sean indios, mexicanos o cualquiera de sus trabajadores, como Félix, cuyo destino no corre mejor suerte. A través de la decisión de la protagonista de denunciar la constante injusticia, Cecilia G. de Guilarte da voz a los oprimidos que reclaman justicia y a la vez reivindica el derecho de ejercer su libertad individual.

En definitiva, *La Soledad y sus Ríos*, es como apunta Enriqueta de Parodi, una novela con mensaje donde se mezcla el sufrimiento de dos razas distintas. Por un lado, la tragedia de una familia exiliada en un medio hostil, y por otro, el drama de una raza indígena que vive ignorante y subyugada también a unas normas abusivas sociales. Cecilia G. de Guilarte transmite al lector el sufrimiento de sus personajes y denuncia el problema caciquil en México.

Ella no puede escribir sino obras en las que palpiten el dolor, las emociones, las realidades amargas de los pueblos a los que todavía les falta la redención de una justicia social por la cual luchan y seguirán luchando por siglos. (Parodi, “Cecilia G. de Guilarte...” 5)

2.3. *Los Nudos del Quipu*

“El que procura contar las estrellas no sabiendo aún contar los tantos y los nudos de las cuentas en los quipus, digno es de risa”.

“El último quipucamayó murió de miedo, lo mató el miedo. Se murió sin saber si el último nudo, el que no hizo, el que no pudo hacer, era el último o el primero. Los monstruos galopaban sobre la piel de su mundo como sobre un tambor, nadie podía detenerlos porque se había cumplido el tiempo. El horror hizo estallar sus ojos, el quipu se le cayó de las manos, se quedó sin manos. Murió de miedo como un pez con la cola entre los dientes. Como un pez murió el último quipucamayó inca, el día que acabó su mundo”.

Máximas de Pachacutec

“Si algún forastero viniere a vuestra tierra y morare de asiento entre vosotros, no le zaheriréis, sino que vivirá entre vosotros como natural del país y le amaréis como vosotros mismos, porque también vosotros fuisteis forasteros en la tierra de Egipto”.

Levítico 19, 33-34

Con este proverbio, leyenda inca y cita bíblica respectivamente, comienza la novela *Los Nudos del Quipu*, publicada en diciembre de 2015 con motivo del centenario del nacimiento de Cecilia G. de Guilarte, la cual completa la trilogía narrativa del exilio de la escritora. La novela está dividida en tres partes y cada una de ellas se compone de siete, ocho y doce capítulos respectivamente.

El manuscrito original consta de dos borradores mecanografiados, y en él pueden verse aún las correcciones a mano hechas por Cecilia G. de Guilarte, así como dos principios diferentes de los cuales la escritora ya había elegido el que quería que apareciera como texto definitivo con la intención de enviar esta novela a su amiga y novelista Dolores Medio para su publicación. El primer borrador de la novela lo concluye el 20 de junio de 1968. El manuscrito está escrito a una cara y a espacio sencillo. Las posteriores modificaciones las realiza primero el 7 de julio de 1972 cuando añade el proverbio y la leyenda inca, y posteriormente el 24 de julio de 1972 donde modifica las trece primeras hojas de la novela que constituyen el primer capítulo y añade una cita bíblica al comienzo.³⁷ Estas páginas están mecanografiadas, a espacio sencillo y a doble cara, con anotaciones también a mano de la escritora.

En el capítulo primero del primer borrador, la historia comienza en 1944 con la llegada a Ciudad de México de la madre, Doña Emilia, y Luz, una de las hermanas de Pepe Luis, esposo de Ana María. Los acontecimientos narrados de forma lineal abarcan desde 1944 hasta 1959 y se desarrollan en la capital mexicana, donde la protagonista Ana María y su familia se encuentran exiliados. En el segundo borrador, en el primer capítulo, se incluyen la mayoría de estos acontecimientos pero alternándolos continuamente con el presente. Esta alternancia temporal podría representar el intento de la protagonista por ordenar cronológicamente sus experiencias vitales pasadas, las cuales son parte de la novela de ficción que está escribiendo en el presente. De ahí que los nombres de algunos de los personajes que aparecen en el primer capítulo sean diferentes de los del resto de la novela. Así, el doctor Mihály se convierte en el doctor Tomas Bacsí, o la señora Feng en la señora Tang. Estas hipótesis habrían sido confirmadas si la novela hubiese sido revisada una vez más o se hubiera publicado en vida de la escritora. Por ello, podemos solamente guiarnos por fragmentos o pistas que aparecen en el texto, como por ejemplo el que Manuel Aznar apunta: “Y acaso la clave pueda estar en la frase siguiente: “Jolánka era de carne y hueso, no había sido inventada por ella”. (“Introducción” a *Los nudos...* 14) Un ejemplo más lo vemos al comienzo de la novela: “Ella lo había inventado todo con tanta fuerza, que el verbo se había hecho carne”. (*Los nudos...* 37). Y también cuando la protagonista de la novela, Ana María, afirma: “A lo mejor, mientras vivía, estaba pensando en otras cosas, inventándolas, incorporándolas a su vida de tal modo, que ahora no podía distinguir las cosas reales de las otras”. (*Los nudos...* 43)

El título de la novela está conectado con los nudos de los quipus que los incas hacían para llevar la contabilidad de hechos cotidianos, o resaltar hechos o acontecimientos importantes. Ana María, recibe como regalo de su amiga antropóloga Miss Janet Acheson un quipu peruano que destina al mismo uso. De este modo, realiza un total de tres nudos en la novela que representan tres momentos

³⁷ En la primera de estas trece páginas aparece la cita bíblica perteneciente al *Levítico* 19, 33-34 con que comienza la novela editada.

importantes en su vida: La fiesta de Navidad y el regalo de un coche a sus dos hijos René y Santi, la boda civil de su hijo Santi con Pinpin, y la llegada de Santi y Pinpin a Cuba.

En *Los nudos del quipu*, al igual que en *La Soledad y sus ríos*, se narran las experiencias de una familia española exiliada en México y los obstáculos a los que esta debe enfrentarse. En ambas, las madres de familia se sienten incomprendidas por el discurso de cónyuges en su conflicto interno y sufren por ello. Sin embargo, en esta última novela, el desequilibrio mental del esposo agravado tras la experiencia de la guerra, repercute directamente en la vida de Ana María. Esta, a pesar de las humillaciones que sufre por parte de su marido, vive subyugada a sus deseos, y solo tras la muerte de este puede recuperar su libertad, pudiendo reconstruir así su discurso.

Ana Mari Izaskun, la hija menor de la escritora, piensa que la novela es del estilo que a ella [a su madre] siempre le ha gustado, llena de personajes, cada uno con su historia digna de contar que forman una gran familia; la suya, la de Alfredo Iturralde casado con una mexicana, La señora Tung con su hija Pinpin, Delfina la criada, una totonaca chiquita, que la trae de una de sus excursiones con la folklorista la señora Durán, etc.

Ana María, la protagonista, siempre se muestra como una esposa y madre ejemplar a pesar de no ser correspondida en la misma medida ni por su marido ni por sus hijos adolescentes. Sus hijos lo son todo para ella y sacrifica su propia felicidad por la de ellos. Estos, en cambio no están dispuestos a aceptar tras la muerte de su padre, a la nueva pareja de su madre, el doctor Mihály/Bacsi. Este conflicto generacional le hace cuestionarse la clase de educación que les ha dado a sus hijos y se siente culpable por ello.

Es importante resaltar, que a diferencia de Francisca, en *Cualquiera que os dé muerte*, o Karle, en *La Soledad y sus ríos*, Ana María puede parecer más débil desde el punto de vista emocional porque vive sometida a las manipulaciones de un marido diagnosticado como “psicópata de mentalidad regresiva”, que la maltrata y la culpa de las desgracias familiares. Es por tanto, y a diferencia de las otras dos protagonistas, una mujer con una grave enfermedad emocional, que la lleva incluso a un intento de suicidio. Sin embargo, y al igual que en las otras dos novelas, la fortaleza de la protagonista reside en su intento de reconstruir su identidad con la ayuda de otros personajes, entre los que destacan su psiquiatra, el doctor Bacsi, y otras mujeres fuertes como su cuñada Luz, la sirvienta Delfina, la señora Tung, exiliada tras la guerra china, o la antropóloga estadounidense Miss Acheson. Incluso Francisca, la protagonista de *Cualquiera que os dé muerte*, dialoga también con Ana María y colabora en la elaboración de su discurso. Por último, y gracias al consejo del doctor Bacsi, Ana María, puede ejercer su vocación de escritora. De esta forma, logra liberarse mediante la escritura de su pasado y puede construir su presente.

En las primeras páginas del segundo borrador de la novela, aparece Ana María conversando con su cuñada Luz y con el doctor Mihály/Bacci. Su esposo Pepe Luis y su suegra, Doña Emilia, han fallecido ya, y ella ha rehecho su vida con su psiquiatra, el doctor Mihály/Bacci. La hija de Pepe Luis y La Gacela, vive con ellos junto a Delfina, la sirvienta también. Su hijo Santi junto con Pinpin le envían una fotografía de su nieto desde Cuba donde luchan por la revolución cubana, y también sigue recibiendo cartas de su amiga la antropóloga estadounidense Janet Achenson y su hijo René entre otros, que está en España persiguiendo su vocación religiosa.

Conocemos el final de la historia en el primer capítulo, el cual se corresponde con el presente, mientras que los hechos y acontecimientos que ocurren desde la llegada de la hermana de Pepe Luis, Luz, y su madre Doña Emilia a México, se narran a partir del segundo capítulo del borrador y en el primero de la novela ya editada.

La historia de la vida de Ana María es el argumento de la novela de ficción que ella está escribiendo, y se muestra indignada y confusa al ver que sus personajes ficticios cobran vida: “Solo siendo ya demasiado tarde podía sentir aquella confusión, aquel impacto casi doloroso de ver a sus personajes viviendo su vida al margen de ella y de su novela. Reservaban toda su fuerza para vivir sin ella, para pisar las flores y recoger hojas secas”. (*Los Nudos...46*)

El doctor sabe y quiere hacerle entender que esa confusión es producto de su desequilibrio interno, y que las difíciles circunstancias vividas la han afectado de tal modo, que se han convertido en una obsesión que no puede controlar. Su discurso representa una ayuda inestimable para ella, porque la escritura le ayuda a reflexionar sobre sí misma, a reconstruir su identidad para finalmente aceptarse tal y como es: “tendrás menos dificultades cuando te aceptes a ti misma como personaje de tu novela”. (*Los Nudos... 49*)

Si en *Cualquiera que os dé muerte* el puente utilizado por la protagonista para volver al pasado, era el espejo, o el álbum de fotos, o la casa de piedra, aquí, la novela que escribe la protagonista es el elemento de conexión con el pasado. A lo largo del primer capítulo, se intercalan presente y pasado. No se diferencia en el texto entre ambos momentos temporales, a diferencia de lo que sucede en *Cualquiera que os dé muerte*, donde sí existe una diferenciación tipográfica para marcar esta división. El pasado irrumpe en el presente a través de experiencias recordadas mientras Ana María dialoga con su cuñada Luz. La conversación entre Luz y Ana María rememora su llegada a México y sirve de enlace para revivir los hechos acaecidos en primera persona. También, el diálogo con otro amigo exiliado, Iturralde, delata la angustia de Ana María poco después de haberse casado con Pepe Luis.

Dos meses después de la boda se lo había dicho a Iturralde: - No los puedo soportar. Antes solo lo imaginaba, pero ahora las náuseas son reales. En cuanto me

despierto y veo las rayas del pijama de Pepe Luis, tengo que correr al cuarto de baño para no vomitarle encima. (*Los Nudos...*53-54)

En el segundo capítulo, el pasado se instala definitivamente en la novela, que es a la vez la historia que está escribiendo la protagonista. Ana María confirma la enfermedad mental de su esposo, como consecuencia de su experiencia en el campo de concentración durante la guerra, la cual le ha transformado en un personaje cruel y reflexiona a la vez sobre su matrimonio prematuro y frustrado con un hombre quince años mayor que ella, que no la comprende y la maltrata.

-No veo en que haya nada malo en que una mujer casada sea también escritora, muchas los son, Pepe Luis...

- (...) Tú quieres las dos cosas... Pero yo quiero una mujer en mi casa y en mi cama; no una mona sabía que ande por ahí... que no esté en casa cuando yo llegue... (*Los Nudos...*60)

La tragedia del exilio para Ana María, se resume en el hecho de haberse visto forzada a vivir una vida que no quería vivir, con un marido que la menosprecia constantemente. Las circunstancias por un lado, y la inexperiencia por otro, le han hecho tomar conciencia demasiado tarde del error cometido al abandonar su sueño de ser escritora y casarse con Pepe Luis, el cual asesina, como afirma su cuñada Luz, para siempre su vocación. Solo cuando Pepe Luis muere víctima de un accidente automovilístico que él mismo provoca, el psiquiatra revela a Ana María la enfermedad psicótica que Pepe Luis sufría. Ana María, tras escuchar el diagnóstico de su psiquiatra el doctor Bacsí, está dispuesta a terminar con ese sentimiento de culpabilidad y vínculo de dependencia que lo une a su esposo. Con la ayuda del doctor Bacsí, Ana María es capaz de enfrentarse a su pasado, superar sus miedos y reconstruir su presente.

Otro de los personajes que representa una ayuda inestimable para la protagonista es su cuñada Luz, siendo verdaderamente la luz que Ana María necesita para guiarla en su camino. Esta, y al igual que Iciar en *La Soledad y sus Ríos*, llega de España y supone una inyección de optimismo para Ana María. Sin embargo, a diferencia de Iciar, la madre de Luz la obliga a venir a México para separarla de su propio hijo. Al final de la novela, su discurso se fortalece. Luz aprende a convivir con este sufrimiento y no permite que este hecho la convierta en una mujer desgraciada.

Los personajes de Luz y Ana María tienen en común el hecho de que ambas son víctimas del discurso de una mujer manipuladora, doña Emilia, suegra de Ana María y madre de Luz y Pepe Luis. El personaje de doña Emilia encarna a una mujer sin escrúpulos, clasista e ignorante. Representa las falsas apariencias y la hipocresía que oculta sus propios complejos y fracasos. Es además, una mujer manipuladora que arrebató a Luz a su hijo para dárselo a su otra hija Laura, casada con Antonio, el cual,

en ese momento está en la cárcel. Luz y Ana María se convierten en amigas inseparables porque las dos tienen en común un pasado triste por el que llorar. Desde el momento en que Luz le confiesa a Ana María la verdad sobre su hijo, se crea entre ellas un vínculo afectivo que las mantiene unidas para siempre. A pesar de que Luz es hermana de Pepe Luis, no duda en enfrentarse a él y constantemente insta a Ana María a que no se resigne a aceptar el discurso opresor de su marido.

Es también gracias a Luz, por quien Ana María acepta el trabajo que la antropóloga estadounidense Miss Acheson la ofrece como colaboradora de su libro sobre los indios lacandones. Este personaje es definido por su profesionalidad y respeto hacia los indígenas. Por otro lado, el deseo íntimo de Ana María viene encarnado una vez más por las protagonistas extranjeras, que son escritoras de éxito, como en este caso la estadounidense Miss Acheson. El hecho de que Ana María acepte la propuesta de trabajo de Miss Acheson, supone un paso decisivo en la construcción de su identidad, aunque teme las represalias de su marido. Este, efectivamente, víctima de sus prejuicios, trata con desprecio a Miss Acheson cuando Ana María la invita a comer a su casa para anunciar la noticia: “Él tenía una visión de la vida absolutamente plana. Él condenaba siempre y no había lugar para apelaciones. Además ella lo sabía: sentía un desprecio tan grande por los invertidos, que más bien parecía considerarlos una ofensa personal”. (*Los Nudos...* 186)

Si bien es cierto que Ana María puede parecer un personaje débil en cuanto que no es capaz de enfrentarse con valor a su marido y romper con las constantes humillaciones a las que es sometida por parte de este, también podemos entender las razones a medida que avanza la novela. La debilidad emocional que muestra Ana María ante su marido es la única opción que tiene para que sus hijos no sufran la ausencia de su padre y así verlos felices: “-¿Es que no lo entiendes? Pase lo que pase entre él y yo, los niños necesitan un padre. Tú sabes cómo lo quieren ellos...” (*Los Nudos* 187) Es por sus hijos también, por lo que Ana María renuncia a su matrimonio con el doctor Bacsí tras la muerte de Pepe Luis, ante la negativa de estos a su relación con él. Ana María ama incondicionalmente a sus hijos y por ellos sacrifica su propia felicidad.

Otro de los personajes femeninos que juega un papel importante en la vida de Ana María es Delfina, porque no solo libera a Ana María de una carga doméstica importante, sino que además se convierte en un apoyo incondicional para ella. Cecilia G. de Guilarte una vez más, afirma la identidad indígena y humaniza y da voz a este colectivo silenciado y marginado por la sociedad.

La bondad y generosidad de la Ana María también se ponen de manifiesto con la ayuda que le ofrece a la amante de su esposo, La Gacela, con quien Pepe Luis tiene una hija. La Gacela es una muchacha muy humilde, víctima de la violencia física de Pepe Luis. Ana María se compadece de ella, la visita y ayuda económicamente. Finalmente, cuando La Gacela muere, Ana María se hace cargo de la niña.

La señora Tung es otro de los personajes femeninos que al igual que Ana María sufre también en México un exilio forzoso tras la experiencia de la guerra. Ambas mujeres tienen en común “haber sufrido mucho en un tiempo parecido, en un tiempo de violencia atroz”. (*Los Nudos*...214) Sus discursos comparten el dolor de la guerra y del exilio además del sufrimiento de ver a sus hijos marcharse a luchar por la revolución a Cuba y tener que revivir de nuevo sus experiencias pasadas. Las largas conversaciones que mantienen alivian en gran medida su nostalgia y dolor por las experiencias vividas.

Ana María se rencuentra también en esta novela con Francisca, la protagonista de *Cualquiera que os dé muerte*, cuyo viaje, que comienza en el primer libro de la trilogía, continúa en *La soledad y sus ríos* y culmina aquí con la decisión de su vuelta a España, fortalecida y habiendo encontrado finalmente su paz interior: “Me voy al pueblo de mi abuelo, que es el pueblo más pequeño que conozco. Y acaso el único donde no me siento extraña”. (*Los Nudos*...178)

Francisca es el único de los tres personajes principales de la trilogía narrativa que finalmente regresa a España tras sus experiencias en el exilio en México y Estados Unidos. El hecho de no tener familia ni depender emocionalmente de nadie, le facilita el poder tomar esta decisión, y también porque como la propia Francisca reconoce: “me gusta la idea de algo verdaderamente mío, de algo en lo que el “para siempre” dependa un poco de mi voluntad”. (*Los Nudos*... 181)

A través de Ana María, sabemos también que Karle Uribe, la protagonista de *La soledad y sus ríos*, logra realizar su vocación de escritora en la Ciudad de México, y muy posiblemente, su amiga escritora, Sabina, que vive en los Ángeles, le haya conseguido un trabajo allí.

En las tres novelas, los conflictos internos a los que se ven sometidas las protagonistas son producto del exilio forzoso tras la traumática experiencia de la guerra. Los tres personajes se enfrentan al conflicto de intentar conciliar el lugar de acogida y sus circunstancias personales con su propia identidad y rol como mujeres, madres y esposas, para encontrar un sentido así a su circunstancia de ser exiliadas, poniendo de relieve el compromiso social y político de Cecilia G. de Guilarte.

3. CUENTOS Y RELATOS

La producción literaria de Cecilia G. de Guilarte como escritora de cuentos y relatos es muy abundante. Escribe un sinnúmero de cuentos, relatos y artículos que, en su mayor parte, aparecen publicados en los periódicos vascos en el exilio y en revistas culturales de México con los que ella colabora, como *Mapa*, *Tierra Vasca*, *Euzko Deya*, *El Nacional*, *Revista mexicana de cultura*, *Letras de Sonora* (Hermosillo), *Periódicos Healy*, *Suplemento dominical* (Hermosillo), *Novedades*, *Gernika* o *Iberia*. La mayoría de ellos se publican entre los años cincuenta y sesenta, cuando la labor literaria de Cecilia G. de Guilarte es reconocida y admirada en los círculos

intelectuales de México³⁸. Marina, la hija mayor de Cecilia G. de Guilarte, recuerda así su experiencia cuando acompaña a su madre a entregar a la revista su publicación.

Mensualmente iba con mi madre a entregar su colaboración a la revista *EuzkoDeya*. (...) La charla se prolongaba con Ogoñope, el director, y otros que también estaban entregando. Así conocí la edición especial de la revista, hecha en papel de avión, que circulaba en España clandestinamente distribuida por los grupos también clandestinos. Conocedora de este secreto, *Euzko Deya* quedó rodeada para mí, de un halo de misterio. (Ruiz García M., “Entre dos orillas...” 555)

Los cuentos y relatos analizados a continuación están clasificados en función del lugar donde tiene lugar la acción. Los que se desarrollan en el País Vasco, están ambientados en el periodo de la guerra civil y el exilio. Los cuentos situados en México, tratan sobre las tradiciones de los indígenas y la situación de pobreza, injusticia y alienación social en que estos viven. En este apartado, se analiza un artículo autobiográfico de guerra, seis cuentos y cuatro relatos, los cuales se estudian en dos grupos, atendiendo a su temática española o mexicana, respectivamente.³⁹

El nexo de unión entre todos ellos es que sus personajes aparecen definidos por el desarraigo, la soledad, la miseria y la alienación de un mundo del que son víctimas como consecuencia del exilio, unas veces, y de un entorno hostil, otras. Los personajes femeninos, a diferencia de los masculinos, muestran fortaleza y coraje para enfrentar los obstáculos pero el desenlace no es siempre feliz, en parte por el determinismo social o genético al que están sometidos. El desarraigo y la desgracia de seres inocentes siempre está presente, y, por consiguiente, el sufrimiento y el intento de adaptación a las difíciles circunstancias, lo cual impide a los protagonista ser felices. Mediante el discurso de los personajes, tomamos conciencia de la realidad descrita a través de sus dolorosas experiencias. Por otro lado, la muerte es el desenlace de muchos de los cuentos, lo cual intensifica el sufrimiento y es también un recurso para conmover al lector y reivindicar los derechos de los más débiles, a la vez que representa una liberación para quien la sufre. Además, la mayoría de los cuentos y algunos relatos suceden en la Nochebuena, acentuando aún más el sentimiento de soledad, pérdida y dolor.

El mensaje de los cuentos, a diferencia de la trilogía dramática del exilio, no es un mensaje de esperanza sino de toma de conciencia de experiencias de soledad,

³⁸ Respecto a la numerosa cantidad de artículos escritos por Cecilia G. de Guilarte, Maravillas Villa opina que “son tantos y de una temática tan variada que hay que descubrirse ante la preparación cultural que Cecilia tenía”. (Villa, “Introducción” a Cecilia G. de Guilarte, *Un barco cargado de...* 20)

³⁹ En 2001, la editorial Saturrarán reedita, junto con las dos series de artículos incluidos en el libro *Un barco cargado de...*, una selección de tres cuentos (“¿A dónde irán las almas...?”, “La muerte invitada” y “La sed”), cinco relatos (“Supervivencia”, “El asilo”, “0-4 Cruz verde”, “Niño y toro de ojos verdes” y “Renacer en Navidad”) y dos artículos autobiográficos de su etapa de corresponsal de guerra, “Navidad roja” y “Un perro en la guerra”.

violencia, miseria y muerte, vividas al límite. Finalmente, la precisión y detalle en las descripciones y narraciones de los hechos permiten visualizar mentalmente el ambiente presentado e incluso percibir las sensaciones descritas en estos.

En los cuentos y relatos donde la protagonista no es una mujer, la retórica de opresión es compartida por sus protagonistas. Así, en el cuento “Niño de Ojos Verdes”⁴⁰ la temática del dolor, el sufrimiento y la muerte es compartida con el resto de los cuentos, solo que a diferencia de estos la víctima es en este caso un toro. De esta forma, el lector es consciente de la crueldad y del sufrimiento de los toros presentado desde la perspectiva del que sufre, es decir del toro. La crítica de las corridas de toros a través de un personaje mitad toro-mitad niño dota al animal de una dimensión humana que intensifica la crueldad de las corridas.

“Un perro en la guerra”⁴¹ y “Navidad roja”, son dos relatos autobiográficos cuya historia se desarrolla en plena guerra civil. El primero, describe la heroicidad y fidelidad de uno de los perros del esposo de Cecilia G. de Guilarte, dotado de un sentido de responsabilidad ejemplar y de un comportamiento casi humano. El perro acompaña a la escritora durante su viaje en barco a Francia y posteriormente, al pueblo de su marido, Osa de la Vega, Cuenca. Cecilia G. de Guilarte es consciente de que la historia de un perro puede parecer absurda, pero el perro eibarrés Toni significa mucho en su vida y también en la vida de los habitantes de Eibar. Por otro lado, la estructura de “Navidad roja” se asemeja a la de muchos de los artículos que escribe Cecilia desde el frente durante su etapa de reportera de guerra.

3.1. Cuentos y relatos de temática española

Los cuentos y relatos que se incluyen en este grupo son “Navidad Roja” (relato autobiográfico de guerra) (¿- 1942), “¿A dónde irán las almas...?” (cuento) (1943), “El asilo” (relato) (1955), “Mientras la esperanza vive” (cuento de Navidad) (1956), “Paz en la tierra. Navarra tiene cadenas” (cuento de Navidad) (1957), “Renacer en Navidad” (relato) (1958), “Las preocupaciones de María Josefa” (cuento de Navidad) (1959).

El personaje protagonista en los cuentos ambientados en el País Vasco es una mujer vasca valiente que lucha con coraje ante unas circunstancias casi siempre adversas para intentar sobrevivir. Esta exaltación de lo vasco está presente en la gran mayoría de los cuentos cuya acción se desarrolla en España y se puede ver tanto en la descripción de los personajes como en la de los lugares donde se desarrolla la acción. Ana Mari Izaskun recuerda cómo su madre reafirma continuamente su identidad vasca, lo cual traslada también a sus escritos: “Esta conciencia de vasquidad la mamaba en casa, donde mi madre a cada paso hacía afirmación de su condición

⁴⁰ “Niño y toro de ojos verdes” aparece publicado por vez primera en la revista *Letras de Sonora*, Hermosillo en 1962.

⁴¹ “Un perro en la guerra” se publica por primera vez en 1968 en el programa de las fiestas de Eibar.

vasca. Vivíamos en México, pero éramos españoles y vascos.” (Ruiz García A., “Entre dos orillas...” 559)

3.1.1. “Navidad Roja”

“Navidad Roja”⁴² es un relato autobiográfico narrado desde la contienda. Cecilia G. de Guilarte es un personaje más en este relato cuyo tema central es el bombardeo del monte Gorbea el primer día de Nochebuena de la guerra. El cuento está dedicado a José Antonio de Aguirre Lecube, lendakari del País Vasco, exiliado en esta época y cuya imagen al lado de Cecilia G. de Guilarte aparece en la portada del libro *Cecilia G. de Guilarte reporter de la CNT*.

La narración comienza con la descripción del monte antes del bombardeo y termina con su descripción después de que los nazis envían sus bombas asesinas desde el cielo. La preocupación por reflejar de manera fidedigna la realidad no excluye las descripciones poéticas de los paisajes.

Los personajes no son tan importantes como el hecho del bombardeo y sus consecuencias, las cuales se reflejan a través del paisaje desolado y del sufrimiento, especialmente al final del relato. Las imágenes sensoriales que Cecilia G. de Guilarte utiliza en las descripciones son clave para percibir tanto el estado de ánimo de los soldados como el paisaje, que predice además la tragedia que se avecina. “(...) allá en la falda del monte, se ven flores extrañas, huellas negras en un blanco que hiere la retina con su dureza sin misericordia”. (*Un barco cargado de...* 219)

Las dos protagonistas que aparecen en el relato son una mujer mayor y Cecilia G. de Guilarte. La anciana se ocupa de cocinar para todos los soldados y hacer que la Nochebuena sea menos dura y sientan al menos el recuerdo de su hogar a través de la comida casera que ella les prepara. Es una mujer fuerte que, a pesar del peligro al que sabe que está expuesta, no abandona el pueblo. Dice ella que arrancarla de su casa sería como arrancarle el alma, y está dispuesta a correr el riesgo. Gracias a este personaje, los soldados tienen comida caliente. Su amor y la generosidad ayudan en gran medida a los soldados a hacer más llevadera la dureza de la guerra, especialmente en el día de Nochebuena.

El otro personaje femenino que aparece en el cuento también es una mujer fuerte. Sabemos que es Cecilia G. de Guilarte porque es un relato autobiográfico. Ella es la esposa de un comandante que conoce el peligro de la guerra pero considera que es fundamental narrar los hechos desde el frente, al lado de los soldados. Su valor no le hace dudar en auxiliar a los soldados y sus compañeros heridos después del bombardeo. Las muertes han sido numerosas en el monte Gorbea y el paisaje es desolador. Las imágenes visuales y las metáforas empleadas para describir el estado de desolación del Gorbea tras el bombardeo de los alemanes son tan poderosas que

⁴² Aparece publicado por primera vez en 1942 en el periódico *Rumbo*.

permiten visualizar mentalmente el lugar como si de una fotografía se tratara: “Y sobre la sábana blanca, blanca, blanca como un sudario, los anticristos han pintado una roja flor de Navidad, con la sangre de la primera y cuarta compañía. El pico del Gorbea es un lamento gigantesco clavado en el cielo”. (*Un barco cargado de... 224*)

Tanto el discurso de la anciana como el de Cecilia en este relato corresponden al discurso de dos mujeres comprometidas con la causa republicana. Las dos, al igual que tantas otras y a pesar del peligro, defienden sus ideales hasta el final y colaboran activamente en cuanto está en sus manos.

3.1.2. “¿A dónde irán las almas...?”

En el cuento “¿A dónde irán las almas...?”,⁴³ Paulette Valentín, la protagonista, es definida tanto por su inteligencia e independencia como por su belleza física, “Era bella la Valentín. Increíblemente bella.” (*Un barco cargado de... 227*)

Hace diez días que Paulette ha regresado a su pueblo natal tras la amenaza de la guerra en París, donde tiene un próspero negocio. La protagonista sufre las consecuencias traumáticas del exilio, pero, a pesar de la soledad y los recuerdos, se adapta a las circunstancias sin buscar culpables a su desgracia. Las cartas de sus amigos, y especialmente una carta inesperada de Octavio Misky, junto con los lugares de su niñez y adolescencia, sirven de nexo entre su pasado y su presente. La belleza del paisaje provoca en Paulette recuerdos y nostalgia. Volver a su lugar de origen le hace inevitablemente recordar experiencias pasadas y recuerdos de su vida: “Paulette Valentín miraba, sin ver, el mar que era en aquella curva prodigiosa del golfo de Gascuña, una fiesta de luz de matices. (...) Tenía ahíta el alma de quietud y de recuerdos. De belleza y soledad. De verdes y azules”. (*Un barco cargado de... 225*)

A pesar de la soledad que siente, Paulette no se lamenta. Es consciente de las circunstancias, sin embatgo, la nostalgia y los recuerdos afloran en su mente. La vida exitosa y llena de movimiento de París que el lector conoce a través de las cartas que recibe, se opone a la soledad y quietud de su pueblo vasco. Las cartas funcionan como nexo de unión con su pasado, las cuales la llevan a recordar su vida de éxito en París y las personas que allí conoce. Cuando en una de las cartas Paulette lee el nombre de Octavio Misky, se despierta en ella un sentimiento especial al recordarle.

El personaje de Octavio es presentado como una persona dependiente emocionalmente de Paulette. Ella lo es todo para él y siente una obsesión enfermiza hacia Paulette que él llama amor. Sin embargo, esta actitud es reflejo de un desequilibrio emocional provocado por la circunstancia de la guerra y posterior exilio. Octavio necesita construir su identidad mutilada en el discurso de Paulette. En ella encuentra la fuerza, seguridad y compañía que tanto necesita. Paulette, sin embargo,

⁴³ Aparece publicado por primera vez en la revista *Mapa*, en México, en agosto de 1943.

rechaza cualquier tipo de relación con él más allá de la amistad, e incluso lo trata con desprecio. Paulette recuerda estos momentos y se siente culpable cuando lee la carta que Octavio la envía. Esta carta es diferente a todas las demás. Octavio escribe desde un hospital del ejército al que se ha alistado. Está herido de muerte y en sus últimas horas de vida le confiesa su amor a Paulette.

La muerte está esperando que termine esta carta... y nos iremos juntos por el camino lleno de sombras, sin recuerdos... ¿sin recuerdos, digo? ¿Es qué podré olvidarla? Creo que no”

¿A dónde irán las almas? Si fuesen a anidar en otros cuerpos me quedaría la esperanza de seguirla amando. Porque mi alma es toda suya y es toda amor. (...) Sin embargo, (...) me gustaría reencarnar en un perro... sí, en un perro... para pasar toda la vida tendido a sus pies. (*Un barco cargado de...* 230-31)

El sometimiento absoluto de Octavio al discurso de Paulette trasciende más allá de la muerte. Paulette entonces siente angustia y cierto terror cuando ve al perro tendido a su lado, que tiene la misma mirada que Octavio tenía y que la mira como Octavio la miraba. El alma de Octavio no muere sino que renace en el perro fiel que siempre fue y cuyo rol Octavio acepta resignada pero voluntariamente. La muerte en este relato, es solo un estadio más a otra vida donde el cuerpo vuelve a renacer.

En definitiva, “¿A dónde irán las almas...?”, es la historia de un amor no correspondido. Es una relación demasiado asimétrica para que funcione. El discurso de Octavio no cumple con las expectativas esperadas por Paulette de igual forma que los discursos de ambos personajes no cumplen con las expectativas sociales. Así, mientras el discurso de Paulette se caracteriza por la fortaleza, inteligencia e independencia, el de Antonio es un discurso sumiso, romántico y dispuesto a someterse de forma incondicional a la voluntad de Paulette. Tal vez, ahora Paulette sienta en la mirada del perro a Octavio y tenga también el consuelo de saber que este la ha comprendido y que la sigue queriendo y acompañando dispuesto a seguir siendo el perro fiel que siempre fue para ella.

3.1.3. “El asilo”

En el relato “El asilo”,⁴⁴ los protagonistas son dos ancianos, Patxi Mendiluce y su esposa Mariantoni, los cuales la mañana de Nochebuena están a punto de abandonar el caserío donde han vivido toda la vida para ser trasladados a un asilo. La guerra civil provoca la desintegración familiar obligándolos a vivir los dos solos. La guerra, además, les ha arrebatado a uno de sus hijos, José Mari, y los otros dos, Iñaki y Miren, ahora viven en Argentina y Alemania respectivamente.

⁴⁴ Se publica por primera vez en la revista *Euzko Deya* en enero de 1955.

Mariantoni es definida por su fortaleza a pesar de lo avanzado de su edad y de las difíciles circunstancias vitales.

¡Qué valiente era Mariantoni! Ella se parecía al roble. Reseca y erguida, con la cara arrugadita como una manzana de invierno, pero insinuándose bajo la piel de las mejillas la sangre generosa. Era mucho lo que habían sufrido y gozado juntos. Gozos y tristezas callados, sin aspavientos, sin quejas inútiles, con una saludable conformidad de la ley de Dios. (*Un barco cargado de...* 175)

Mariantoni nunca se queja y acepta con valor su destino a pesar de las dificultades que ambos tienen para valerse por sí mismos y pagar el alquiler del caserío donde siempre han vivido. Esta situación desemboca en su traslado a una residencia de ancianos.

Patxi no puede evitar pensar en el pasado al saber que va a perder el caserío, y lo evoca con nostalgia. Por ello, se intercalan en el discurso presente evocaciones retrospectivas que recuperan los momentos vividos antes de la guerra. A través del discurso de Mariantoni conocemos a una madre ejemplar y comprensiva con sus hijos cuando estos deciden vivir en otro país. Mariantoni es también una esposa ejemplar que no concibe su vida sin su marido. El matrimonio de Patxi y Mariantoni está basado en el amor y su discurso coincide plenamente: “Se durmieron mansamente, como dos cosas que en realidad fueran sólo una”. (*Un barco cargado de...* 178)

Mariantoni intenta animar a su marido, el cual se muestra desolado ante la idea de abandonar el caserío para siempre: “- Ya estaremos bien allí, Patxi,- le había dicho en la cama como para consolarlo”. (*Un barco cargado de...* 181)

En el discurso de Mariantoni solo se muestran dos momentos de debilidad y ambos reflejan el dolor de una madre y esposa ejemplar cuando le arrebatan a su hijo y a su marido. El primer momento de debilidad, se manifiesta con la muerte de su hijo a consecuencia de la guerra. Mariantoni, sin embargo, oculta su dolor ante su marido porque sabe que esto le derrumbaría a él. Ahora que están a punto de irse para siempre de su hogar, ella sufre en silencio y su nerviosismo delata su angustia, por eso no puede dejar de moverse mientras esperan al coche que les llevará al asilo.

El segundo momento de debilidad, se produce al llegar al asilo. Allí, el drama de los dos ancianos se intensifica cuando descubren una desagradable noticia que acaba con la vida de Mariantoni.

-Usted se queda aquí- le dijo una monjita a Mariantoni-. Su esposo se irá con la Madre María de Nazaret... (...)

-¿Es que van a separarnos? – preguntó con voz temblorosa. Y como si de pronto se sintiera por primera vez amenazada por un peligro real, retrocedió unos pasos y se colocó al lado de Patxi.

-Se verán ustedes los domingos (...) El Reglamento lo exige así... (*Un barco cargado de...* 182-183)

Mariantoni no puede resistir la idea de vivir separada de su esposo en el último tramo de su vida, por eso su corazón no resiste el impacto emocional de la noticia y la tristeza de imaginarse su vida sin Patxi acaba con su vida.

Patxi sintió su mano aferrarse a él con desesperación por un instante, luego nada. Mariantoni era en el suelo un montoncito de ropas negras, una pobre cosa con sus zapatitos nuevos y mudos. (...) Aquel valiente corazón se había roto. Patxi lo comprendió enseguida. Y no se avergonzó de llorar como nunca había llorado... (*Un barco cargado de...* 183)

El coraje de Mariantoni se manifiesta hasta el último momento de su vida cuando lucha por no separarse de Patxi agarrándole fuerte de la mano. Mariantoni se niega a aceptar el discurso de las monjas que intentan separarle de su marido injustamente y por ello su muerte también simboliza la victoria de su voluntad.

3.1.4. “Mientras la esperanza vive...”

El cuento de Navidad “Mientras la esperanza vive...”⁴⁵ tiene como protagonista a Fermina, una mujer viuda y anciana marcada por la soledad y la tragedia de la guerra que la ha separado físicamente de su hijo José Mari. Ella, sin embargo, es fuerte y siempre tiene esperanza de volver a ver a su hijo. Es Nochebuena además, y los recuerdos y los sentimientos se viven con mayor intensidad. Ella vende castañas confiando en que alguien le dé noticias de su hijo. Su hijo José Mari tuvo que huir de su casa pero sabe que él es bueno y tiene fe en que nada malo le ocurra. El momento de la separación es muy duro para su hijo también, pero no le queda otra opción y su madre lo sabe. Lo único que le dice su hijo antes de salir es que espere noticias suyas.

-¿A dónde vas?- le había preguntado ella. Y él la había respondido mirándola intensa y dolorosamente, casi al oído:

-Pronto lo sabremos tú y yo, amá. Alguien te dará noticias de mí. No preguntes, no quieras saber nada antes. Espera...

-Y esperaba allí, a la puerta del cine donde había estado tantos inviernos, para que todos la vieran. Había esperado muchas noches, saliendo al paso de los corazones que pudieran traerle el mensaje. (“Mientras...” 35)

⁴⁵ Aparece publicado por primera vez en la revista *Euzko Deya* en enero de 1956. Véase el cuento completo en el anexo I de este trabajo.

Fermina es una madre cuya esperanza de volver a ver a su hijo es tal que pasa todas las noches al lado del cine vendiendo castañas porque está segura que alguien le traerá esa noticia. Su fe y su esperanza son infinitas.

El discurso de Fermina no solo muestra a una mujer fuerte a pesar de su avanzada edad, sino también a una mujer trabajadora y generosa con los demás.

Desde que se quedó viuda, hace ya tantos años había trabajado valientemente y sin descanso. ¡Y después de la guerra había sido tan difícil vivir! (...) Fermina se triplicaba al darse. La llamaban de las casas donde había enfermos. Y cuando un hijo estaba por llegar al mundo. Y si no la llamaban iba voluntaria a las casas donde había niños desatendidos por la enfermedad de la madre. (“Mientras...” 34)

Fermina suplica a Dios que le dé noticias de su hijo, especialmente porque es Nochebuena, y finalmente sus súplicas son escuchadas. Don Luis Urbistondo, el médico, se acerca a ella y le da noticias de su hijo.

- ¿Está en... las Américas? (...) Don Luis asintió

-Antes de marchar me dio este recado para ti: “Dígale a mi madre que se vaya a vivir a su casa y que me espere”.

Fermina sonrió y dos lágrimas se desparrramaron por los surcos de su cara. (“Mientras...” 36)

Fermina no pasará más noches sola e intranquila por la vida de su hijo. Ahora sabe que Don Luis y su familia serán su familia y está agradecida a Dios y a su hijo también. Fermina podrá vivir por fin en paz. Don Luis prefiere que Fermina disfrute de su nueva familia en pago a toda la vida de sufrimiento y generosidad que ella tuvo siempre hacia los demás. Don Luis quema el verdadero papel con las noticias de su hijo. Prefiere quemar el papel a quemar la ilusión de Fermina. Ella no se merece sufrir más.

A José Mari Ormaechea lo mataron los carabineros cuando intentaba cruzar la frontera. Avisar a su madre, Fermina Arriola, que vende castañas a la puerta del cine.

Y Luis Urbistondo acercó el papel al fuego y esperó a que se consumiera antes de ir al comedor donde su familia, toda su familia, lo esperaba esa noche de Gabón. (“Mientras...” 36)

3.1.5. “Paz en la tierra. Navarra tiene cadenas”

El cuento de Navidad “Paz en la tierra. Navarra tiene cadenas”,⁴⁶ sucede también en la noche de Nochebuena. El espíritu de la Navidad por un lado, y la voluntad de María Luisa y Matildita por otro, logran reconciliar a la Martina con su hijo. Aunque la guerra civil ha provocado la separación de uno de los hijos de Martina y Prudencio Elizondo, el orgullo y el resentimiento de Martina hacia su hijo Antonio les mantiene alejados. Ella ve a su hijo como un traidor.

No lo ha perdonado, no lo perdonará nunca, (...) ¡Pasárselo a ella, a doña Martina Urbietta, un hijo al enemigo! (...) Había pasado la guerra de Bilbao, tras el inesperado heroísmo de su huida de Navarra, como uno de tantos, con más pena que gloria, birlándole a la madre la única oportunidad de brindar su cuenta la suerte, de reinar sobre sus tierras sobre al hijo que vengara al abuelo muerto en el exilio... Así, tal como ocurrieron las cosas, todo había sido humillación y vergüenza para la casa. (“Paz...” 11)

La madre de Antonio, Martina es una mujer resentida con su hijo porque, según ella, traicionó sus ideales. El personaje de Martina es definido por su frialdad y arrogancia, lo cual la convierte en una mujer amargada, solo preocupada por las apariencias y por imponer su discurso opresivo a las personas que viven con ella.

Por el contrario, Matildita, la hermana de Martina, es definida por su dulzura y amabilidad. Su discurso se opone al de Martina y quiere que su hermana se reconcilie con su hijo, el cual lleva diez años exiliado en México. Sin embargo Martina no está dispuesta a aceptar el discurso de su hijo y sigue manteniendo su actitud arrogante al hablar de su nuera, a la que considera cómplice de la traición de su hijo. María Luisa es la esposa de Antonio y por tanto la nuera de Martina. A pesar de la actitud de su suegra hacia ella y hacia su esposo, María Luisa quiere intentar la reconciliación entre madre e hijo y así se lo comunica a su esposo Antonio.

¡Pero hombre, no será para tanto! Al fin de cuentas es tu madre y ¿qué mejor oportunidad que ésta de la Navidad para intentar una reconciliación? Y porque ella sabía que Antonio, allá en el fondo, anhelaba esta reconciliación, había sacrificado esta Navidad junto a sus padres, en San Sebastián, para buscarla en el corazón mismo de Elizondo. (“Paz...” 12)

María Luisa cree que el esfuerzo merece la pena y decide hacer lo que su marido anhela. Ella es valiente y aunque existe la posibilidad de ser rechazada y humillada por su suegra, decide correr el riesgo. Cuando tras un largo y duro viaje llegan María

⁴⁶ Aparece publicado por primera vez en la revista *Euzko Deya* en enero de 1957. Se encuentra en el archivo familiar de Cecilia G. de Guilarte. Véase una copia del cuento completo en el anexo I de este trabajo.

Luisa y los niños a la casa de Martina, su discurso es autoritario al principio. Sin embargo, después, las palabras de su nieto Iñaki consiguen conmovérla: “ – (...) te voy a regalar la espada de tu abuelo, con puño de oro y plata...- ¡Yo no quiero una espada! (...) –No quiero espadas, ni tanques, ni pistolas!... ¿Eres tan grande y no sabes que es pecado matar y jugar a las guerras?” (“Paz...” 13)

Las palabras del niño hacen reflexionar a Martina, seguramente porque entiende que su nieto tiene razón, y entonces, la reconciliación, gracias a la voluntad y el esfuerzo de las dos mujeres, se lleva a cabo. El mensaje de paz transmitido a través del discurso de niño, ha surtido efecto. Su nieto, sin saberlo, ha dado a la abuela una lección de moral repitiendo las palabras de su padre, las cuales finalmente hacen reflexionar a Martina tras diez largos años.

3.1.6. “Renacer en Navidad”

En el relato “Renacer en Navidad”⁴⁷, de nuevo se narra la historia de unas vidas marcadas por la tragedia de la guerra y sus consecuencias. En este caso, José Arvizu, es el protagonista de la historia aunque su madre, Antoni, juega también un papel fundamental en ella. La comprensión, generosidad, paciencia y amor hacia su hijo caracterizan el discurso de esta madre ejemplar a pesar de que su hijo la ve como culpable de sus desgracias. El desequilibrio emocional del hijo y las continuas descalificaciones hacia su madre se oponen a la comprensión y al respeto de la madre hacia él. José Arvizu no siente ninguna conexión con su madre, a pesar de que ambos conviven en la misma casa. Su incapacidad de comunicarse física y emocionalmente con su madre, provoca en José frustración y soledad. Todas las referencias a su madre y a su vida las conocemos por la carta-diario que este escribe, en la que narra retrospectivamente su pasado y la cual completa su madre cuando José muere.

La aversión que José siente hacia su madre se refleja en la descripción animalizada que hace de esta en una carta.

Vivo con mi madre; pero es como si viviera solo. Porque además de ser sorda como una tapia no hay ningún lazo que nos una. Su sordera y mi resentimiento favorecen el crecimiento de bosques de silencio, turbados de vez en cuando por sus terribles gritos, anunciándome que la cena está en la mesa. A veces me estremece como un rugido inesperado. (*Un barco cargado de...* 193)

José Arvizu siente frustración por una vida desperdiciada y se lamenta por ello en su diario. El estado de su habitación se identifica con su estado emocional. Es consciente de su situación pero no tiene el valor suficiente para enfrentarse personalmente a sus circunstancias.

⁴⁷ Aparece publicado por primera vez en la revista *Euzko Deya* en febrero de 1958.

La habitación donde paso la mayor parte de mis horas libres, es la misma habitación en la que nací hace cuarenta y ocho años. Viendo sus desconchaduras, sus absurdas ventanitas... lo apollado del entarimado de caoba... no puedo menos que pensar en lo mucho que tenemos en común esta habitación y yo; somos una ruina, pero una ruina terca y fuerte, con un despechado orgullo de cosa fea y sin nobleza, que quisiera durar tanto como las cosas nobles y bellas. (*Un barco cargado de...* 193-194)

Él es consciente de la inutilidad de su vida y del sinsentido de su existencia. En su discurso se lamenta de no haber tenido una casa propia, lo cual le ha causado desarraigo y resentimiento hacia su madre, a la que culpa de su destino.

Lo peor es que esta casa no es mía, ni de mi madre. (...) A mí me hubiera gustado tener una casa propia. (...) me gustaría ser hijo de algo, en lugar de ser hijo de nada, como es el que vive en una casa alquilada en la que han nacido y vivido gentes extrañas, de las que uno no sabe ni su nombre. (...) (*Un barco cargado de...* 194)

José culpa en un principio a su madre de su desgracia, sin querer ver que su cobardía y timidez, junto con unas circunstancias adversas, le han convertido un hombre frustrado cuyo resentimiento le impide aceptar la realidad y reconstruir su identidad fragmentada. Antoni es una madre ejemplar que responde con amor al maltrato de su hijo.

La llegada de otro personaje clave, Anchón Zabaleta, a la casa es principalmente lo que motiva a José a escribir la carta de la historia de su frustrada vida porque presiente su muerte y quiere reconstruir su identidad antes de morir. José sabe que este hombre puede ofrecerle la oportunidad de actuar como él siempre ha querido, pero que su cobardía se lo ha impedido. El diario-carta es usado por José como terapia para liberarse de su angustia y así encontrar un sentido a su existencia a través de la narración retrospectiva de los acontecimientos de su vida. Al recordar el pasado, José toma conciencia de lo que ha sido y de lo que es, es decir, de su pasado y presente, de los cuales se avergüenza.

Me ha faltado siempre el ímpetu necesario para adoptar una posición firme. Así, el cambio de régimen me dejó en una situación desairada. El primer artículo que mandé al periódico de San Sebastián fue devuelto sin comentarios. El segundo, ni eso. La puerta estaba cerrada”.

“Mi amigo el carlista había muerto en la guerra, y mi padre no pintaba nada en el Partido... y yo empecé a ser lo que ahora soy: un resentido, un amargado. (*Un barco cargado de...* 196)

Ahora ya es consciente de que es su cobardía y debilidad las que le han impedido lograr su satisfacción personal.

Yo, en cambio, estoy obsesionado con todo esto: con lo que pudo haber sido y no fue... con aquellos a los que la guerra les abrió un camino nuevo... (...) provocando en mí una rabiosa envidia, (...). También pienso que, como otros, pude haber muerto en la guerra para resucitar gloriosamente en la memoria de mis partidarios... ¡También eso he llegado a envidiar! (*Un barco cargado de...* 197)

Esta introspección de su vida a través de la escritura, le lleva finalmente a reconocer que está enfermo y, que es su obsesión y su sentimiento de culpabilidad lo que le ha alienado de la sociedad y de su madre, anulando también su identidad.

El proceso de escritura le permite ver que su cobardía también le ha impedido lograr su equilibrio emocional, y el ser consciente de ello le da la fuerza necesaria para actuar con valor. Por eso, acepta la oferta que Anchón Zabaleta le propone y logra conciliar así su pasado y su presente antes de morir. Su madre termina de escribir la historia de su vida que él había empezado.

No podrá decir Anchón Zabaleta que me he quejado y que pierdo su tiempo cuando me explica que le hablaron a mí Josetxo, porque era el único del que nadie podía sospechar.

A lo mejor Anchón Zabaleta piensa que estoy loca porque sonrío cuando me cuenta la hermosa muerte de Josetxo, sobre la nieve del monte, y que le pusieron la bandera vasca, para enterrarlo por la noche. Pero, yo no puedo evitarlo, porque sé que a Josetxo eso le gustaba. Ya me dirá cuando vaya con él.... (*Un barco cargado de...* 198)

La madre de José ahora se muestra como la madre amorosa y comprensiva que quiere a su hijo a diferencia de la madre deshumanizada que su hijo nos describe al principio de la historia y que es producto de su resentimiento hacia ella y hacia su propia vida. Así, descubrimos a Antoni, una mujer que a pesar de su vejez y sordera es siempre consciente de la frustración de su hijo: “Yo ya sabía lo que le ocurría, pero no podía hacer nada”. (*Un barco cargado de...* 198)

Ella quiere terminar de escribir la historia que su hijo comienza porque sabe que es el final que a su hijo le hubiera gustado leer.

Pero, Antoni sabía que tenía que hacerlo, antes de cerrar definitivamente el cuaderno que su Josetxo había dejado abierto sobre la mesa. Porque todas las historias tienen que tener un fin, y el fin de la vida de José Arvizu era un fin hermoso, que solo ella, por ser su madre, podía escribir allí. (*Un barco cargado de...* 198)

Antoni sabe que ese día de Nochebuena su hijo nace en la memoria de los suyos como era su voluntad: “Aunque Anchón Zabaleta diga que murió, yo sé que José Arvizu nació en la Nochebuena, y que no tengo que llorar”. (*Un barco cargado de...*

198) El personaje de Antoni tiene una importancia vital en la construcción del discurso de su hijo porque lo salva al final del relato devolviéndole su dignidad.

3.1.7. “Las preocupaciones de María Josefa”

En el cuento de Navidad “Las preocupaciones de María Josefa”,⁴⁸ las protagonistas son tres mujeres que representan tres generaciones; abuela, madre e hija, en las cuales las circunstancias derivadas de la guerra civil han provocado en ellas una visión diferente de la realidad. El discurso de María Josefa, la abuela, intenta conciliar el pasado y el presente de su nieta Riki por un lado, a la cual el exilio le ha arrebatado su identidad, y por otro, el de sus hijos exiliados y el de los no exiliados. El contexto de la Navidad donde toda la familia se reúne es propicio para terminar con el conflicto que tiene enfrentados a padres e hijos, por una parte, y a hermanos exiliados y no exiliados por otra.

María Josefa es la abuela que vive en el caserío, y a pesar de su vejez se enfrenta a sus preocupaciones con coraje. Sin embargo, a pesar de su fuerza de voluntad María Josefa siente que algo se la escapa de las manos, algo que ella no puede controlar. La experiencia de la guerra ha dañado a sus hijos sin que ella lo haya podido evitar: “Lo único que veía claro era que la vida había puesto a sus hijos una armadura y dentro de ella estaban solos, como cuentas salidas del hilo que era ella, la madre”. (“Las preocupaciones...” 2)

Su hija, Anchoni, viene a pasar unos días de vacaciones a España desde México donde se exilió veinte años atrás. Su objetivo es aparentar que tiene una vida maravillosa en México, lo cual demuestra luciendo su potente y brillante coche que contrasta con la humildad del caserío y del camino sin asfaltar.

A pesar de su arrogante potencia, de sus níquelados y de su rugiente motor, el automóvil se hundía en el barro con resoplidos malhumorados... Y con todo, el automóvil llenaba la casa y era el objeto de admiración de todos, como un obispo gordo que hubiera llegado de visita revestido de sus ornamentos. Ahora la chabola estaba vacía y con la puerta abierta, porque la Anchoni se había ido a lucirlo a San Sebastián o a Tolosa, llevando los infinitos recados que traía de México para gentes desconocidas. (“Las preocupaciones...” 2)

Estas falsas apariencias son producto de una insatisfacción personal que Anchoni se niega a reconocer a diferencia de su hija Riki. Riki le confiesa a su abuela María Josefa la verdadera situación en la que vive su madre en México y lo avergonzada que se siente de ella.

⁴⁸ Aparece publicado por primera vez en la revista *Euzko Deya* en enero de 1959. Véase el cuento completo en el anexo I de este trabajo.

Pero no puedo...no puedo... porque mi mamá me parece una extraña y... me avergüenza... (...) -Porque es ridícula y ofensiva (...) -¡Desde que tengo uso de razón la he oído hablar de este caserío como si fuera un castillo, de esta tierra como si fuera el paraíso... de su vieja nobleza vasca, de su nostalgia, del exilio soportado con heroísmo y entereza, como si fuera una reina que lo ha perdido todo! Se hacía compadecer y admirar por nuestros amigos de México... (“Las preocupaciones...” 3)

Riki se siente decepcionada con su madre porque se da cuenta de que esta ha construido un discurso basado en una quimera, engañándose no solo a sí misma sino también a los suyos, y especialmente a su hija. Riki se siente defraudada porque la realidad que encuentra al venir a España difiere en gran medida de la realidad descrita por su madre.

- (...) hemos venido al fin- (...) y esta casa no es un castillo. Cualquiera puede verlo. Solo una casa recia y firme, para durar, y en este paraíso llueve todos los días y el frío apenas puede soportarse. (...) ¡Mi mamá se venga de que la casa sea más chica de lo que ella la hizo en sus recuerdos, de que llueve todos los días, y de que haya que explicar que ella es Antonia la de Mendiburu a gentes que la ven sin interés alguno porque hace muchos años que salió de nuestra “gran” casa de México, de la “gran” fábrica de papá, de mi carrera de Filosofía, de mi hermano que estudia en Canadá... y luego sus pulseras y brillantes que desdeña como si en casa tuviera un costal lleno... y el carro que se detiene condescendiente que tiene frente a las puertas humildes de antiguos conocidos, a los que llena de reproches velados por aguantar la pobreza y la injusticia del régimen... (“Las preocupaciones...” 3)

La dureza del discurso de Riki muestra la frustración y el resentimiento que esta siente hacia su madre. La hija no comprende el empeño de su madre en mitificar recuerdos congelados previos al exilio que no se corresponden con la realidad. Su madre, por otro lado, no comprende el sentimiento de desarraigo y la angustia de su hija por no sentir pertenencia a ningún lugar. La madre, Choni, idealiza su tierra desde el exilio porque para ella es una forma de intentar construir su identidad mutilada en su pasado, pero luego su discurso es contradictorio cuando critica la situación actual y reprocha a los que se quedaron su actitud. La percepción de dos realidades diferentes por parte de madre e hija no permite la comunicación y el entendimiento entre ambas. La experiencia del exilio ha provocado en ellas este comportamiento. Por un lado, la no aceptación e idealización de la realidad de la madre en un intento de construir su identidad fragmentada, y, por otro, el desarraigo de una hija nacida en el exilio incapaz de tener un referente en el que basar su identidad.

La forma en que madre e hija tratan de construir su discurso es radicalmente opuesta. Riki quiere aceptar la realidad tal y como es con sus defectos, de los que su madre parece sentirse culpable. Riki no comprende este sentimiento de culpabilidad de su madre. Para ella haber conocido finalmente su tierra de origen supone haber

logrado su sueño. El deseo de volver al país es el sueño de los exiliados y también el de sus hijos, que continuamente escuchan a sus padres contar maravillas de este. Así lo recuerda Marina, la hija mayor de Cecilia G. de Guilarte: “En este ambiente, como de paso, vivimos muchos niños del exilio, con la imagen de una España tan idealizada como un cuento de hadas, donde era inexplicable la necesidad de una guerra civil”. (Ruiz García M., “Entre dos orillas...” 542)

Para Riki además, el volver al país de origen tantas veces idealizado por su madre supone algo mucho más importante como es la recuperación de su identidad. El poder encontrar sentido a su existencia está por encima de todo lo demás. Por eso, Riki quiere terminar con este conflicto interno y le pide ayuda a su abuela para lograrlo. Ahora sabe que quiere construir su identidad en la tierra de los suyos porque siente que es ahí donde pertenece:

Esta casa sin ser castillo, me ha dado al fin lo que nunca tuve, lo que la guerra destrozó en mi cuna: conciencia de mí misma. Ser hija de algo que permanecerá siempre. (...) Aquí está mi sangre sin destino, abuela, clamando por su cauce... Tienes que ayudarme a derribar el muro. (“*Las preocupaciones...*” 3)

El caserío y la tierra de su familia han despertado por fin la conciencia de Riki y sabe que con la ayuda de su abuela logrará reconstruir su identidad. María Josefa escucha a su nieta y está dispuesta a ayudarla: “Y María Josefa que no estaba segura de haber entendido las palabras vio que el muro estaba allí. Y que ella, sin ayuda de nadie, lo derribaría para que la nieta entrase definitivamente en su casa y en su tierra”. (“*Las preocupaciones...*” 3)

María Josefa de nuevo media entre la discusión entre sus hijos, Choni y sus hermanos, cuyo discurso representa a los que se exiliaron de España por un lado, y a los que se quedaron por otro. La contundencia de las palabras de María Josefa pone fin a la discusión.

- ¿y qué habéis hecho vosotros en veinte años? –preguntaba Anchoni exasperada.
- ¿No fue nada aguantarlo todo? Replicaba Jacinto, el marido de Merche, (...)
- ¡Pero veinte años de exilio nos autorizan...!
- ¡No te autorizan a nada! (...) Nosotros también tenemos nuestras reclamaciones que hacer.
- ¿Por qué no reclamabais cuando lo negaban todo? ¡Hasta el derecho de hablar la lengua propia...!
- ¡Más te vale estar callada, Anchoni! –La voz de Maria Josefa impuso un silencio súbito.
- Entonces y ahora hicimos lo que teníamos que hacer. Cada quien a su manera. Cuando el río baja turbio y crecido no vale poner puertas. Hay que dejarlo pasar... y quedar. Nosotros aquí hemos estado, y aquí estaremos. Si no se puede hablar para fuera se habla para adentro. (“*Las preocupaciones...*” 4)

María Josefa reacciona con firmeza ante las palabras de su hija. Es injusto juzgar a los que se quedaron. Ellos tuvieron sus propias circunstancias y sufrimiento. Resistieron y se adaptaron como pudieron a la situación que les fue impuesta pero sin abandonar sus ideales, por lo que su actitud es tan respetable como la de los que se fueron.⁴⁹

El personaje de María Josefa es crucial en la familia porque su discurso demuestra su fortaleza y dignidad, y además intenta poner fin a un conflicto que enfrenta a su familia desde hace años. Las preocupaciones de María Josefa no logran menguarle su ánimo, sino que las enfrenta con coraje. Tiene la esperanza de que así, tal vez un día sus hijos y sus nietos no se juzguen más entre ellos por las acciones cometidas años atrás, ya que esto les impide reconciliarse con su pasado y vivir su presente equilibradamente.

3.2. Cuentos y relatos de temática mexicana

Los cuentos cuya acción se desarrolla en México tienen una temática social caracterizada por la miseria, la muerte y la marginalidad de la que son víctimas los personajes. Cecilia G. de Guilarte describe las costumbres y forma de vida indígenas, y por ello, los personajes protagonistas son tanto hombres como mujeres. Sin embargo, cuando la escritora ahonda en la psicología de los personajes, predomina el diálogo con los personajes femeninos. Cecilia G. de Guilarte muestra además en estos cuentos y en toda su narrativa del desierto, un profundo conocimiento de la lengua, cultura e historia de México y es a través del discurso de sus personajes donde la escritora denuncia la indiferencia de la sociedad y del gobierno mexicano hacia los grupos marginados. Esto sucede en cuentos como “0-4 Cruz Verde” (1950), “La sed” (1958) o “La muerte invitada” (1959).

Es importante destacar también que a pesar de desarrollarse la acción en México y ser los personajes indígenas, la afirmación de la identidad vasca está presente en muchos relatos, bien a través de nombres u objetos vascos, bien mediante costumbres asociadas al folklore vasco. Es la forma que tiene Cecilia G. de Guilarte de homenajear a su tierra y a sus raíces, y a la vez una forma de preservar y afirmar la presencia de lo vasco en el mundo. Un ejemplo de ello es el artículo “Supervivencia”.

Hace algunos meses, una amiga me escribía desde Euzkadi, lamentándose de la desvasquización de nuestro pueblo. Confieso que me contagió su amargura y pesimismo. Pero hoy, de pronto, he sentido que nadie podrá nada ahora, como no pudieron antes,

⁴⁹ Dice Francisco Caudet a este respecto: “en el interior, por tanto, había otra suerte de exilio, tal vez más insufrible, un castigo, en suma, acaso todavía mayor. A ese otro exilio, al de dentro, habría que prestar, urgentemente, más atención y estudio. Los dos exilios, el exterior y el interior, son, a fin de cuentas, las dos caras de una misma moneda, dos expresiones de una misma realidad.” (Caudet, “El ensayo durante el exilio” 18).

como no podrán jamás. Por este poblado de indios pápagos perdido en el desierto pasó un vasco. Un solo vasco. Y hoy los nietos de sus nietos siguen siendo Beldarraín clara y hermosamente pronunciado. Y su lengua se adorna con el acento de la vieja lengua de Euskalerría. (*Un barco cargado de...*174)

3.2.1. “0-4 Cruz verde”

El cuento “0-4 Cruz Verde” relata la dolorosa y corta vida de su protagonista, Fina, marcada por el determinismo social, el cual la aboca a la miseria y a la tragedia desde su nacimiento hasta el final de sus días. Este cuento es uno de los más duros en cuanto a la descripción de ambientes y especialmente, en cuanto a la narración de la vida de Fina, cuyo tratamiento del personaje desde su infancia es terriblemente inhumano, lo que provoca un fuerte impacto en el lector.

El ambiente denigrante, la muerte y la marginación prevalecen a lo largo de todo el relato y ya desde el principio se anuncian estas características como algo cotidiano en la vida de los personajes. La podredumbre lo impregna todo. Es como un cáncer del que se han contagiado las personas, los objetos y los animales que aparecen en el relato. La imagen del mercado donde las vendedoras trabajan diariamente es patética.

Este mercado de barriada pobre es el más sucio de todos los mercados de la ciudad. El suelo escurre una baba viscosa y el aire está tupido con remiendos asquerosos de olores insoportables. Las vendedoras de flores, (...) son aquí groseras comadres, cubiertas de mugre añeja. (...) A veces las flores asfixiadas por el ambiente tienen un aspecto roñoso y artificial, como si fueran mujeres perdidas.

(...) Y en los ojos muertos de ídolos desenterrados, un fatalismo de siglos. Sin esperanza de mañanas. (*Un barco cargado de...* 184)

Las descripciones hacen referencia a niveles marginales de la sociedad y a las personas que forman parte de ella. No existe la belleza, la naturaleza está muerta, las flores han sido asesinadas por un mundo en que apenas se distinguen restos mínimos de vida y no hay lugar para la esperanza. Es una visión completamente deshumanizada de la sociedad donde el individuo vive y soporta su destino letárgicamente. Las continuas alusiones a la deshumanización del ambiente guardan un gran parecido con algunas de las imágenes que aparecen en *Poeta en Nueva York*, el poemario de Federico García Lorca donde este describe la deshumanización y la explotación de las personas que habitan la ciudad de Nueva York: “La aurora llega y nadie la recibe en su boca porque allí no hay mañana ni esperanza posible”. (García Lorca, *Poeta en Nueva York* 161)

En medio de tanta miseria, ni siquiera el llanto de un recién nacido puede devolver la esperanza y la alegría por una nueva vida. El nacimiento del bebé en

medio del mercado así como la descripción de la madre, están marcados desde el principio por la miseria y el sufrimiento.

Es una mujer de gordura fofa, (...) La turbia topografía de su rostro es un misterio que rezuma grasa. Las manos de barro tosco, aplanadas, como si cientos de pies las hubieran pisado a lo largo de la vida. El único destello humano está en los ojos que reflejan un dolor contraído, maltrecho, como un grito enjaulado. (...)

Un guardia se abre paso a codazos y apenas le queda tiempo para envolver en un periódico sucio el cuerpecillo que se desgañita. (*Un barco cargado de...* 185-186)

El bebé es descrito de forma animalizada para reforzar la idea de que nada bello puede nacer en un ambiente degradado e inmundo: “Era una cosa peluda, larga y prieta como una mala noche seguida de un día peor”. (*Un barco cargado de...* 187)

Las descripciones de la recién nacida Fina a medida que esta va creciendo, refuerzan la idea de un mundo inhumano y cruel del que los personajes son víctimas. Ni siquiera en la descripción de una niña hay lugar para los sentimientos de afecto: “Nunca pudo llenar el pellejo y pareció vieja desde que nació. Las piernas se le enchuecaron en el cajón de jitomate y los olores agrios le dilataron la nariz. No era morena sino renegrida y más que alta parecía estirada”. (*Un barco cargado de...* 187)

Al carecer su madre de sentimiento maternal y no haber conocido a su padre, Fina intenta construir su identidad en el afecto de diferentes mujeres que desafortunadamente para ella la van abandonando a medida que estas se casan, agravando en la niña el sentimiento de soledad y odio hacia el discurso masculino.

La primera figura femenina es Chita, la cual adopta a Fina cuando es niña como si Fina fuera su muñeca: “Y Chita que nunca tuvo muñeca la adoptó por tal” (*Un barco cargado de...* 187). Cuando Chita confiesa a Fina su deseo de casarse como obligación femenina, Fina la mira con estupor: “¡Casarse! Para Fina era esto algo indecente, inmoral y absurdo”. (*Un barco cargado de...* 188)

Fina siente cariño hacia las diferentes mujeres que la cuidan y brindan su afecto y odia a los hombres porque estos la arrebatan siempre el cariño de las mujeres con las que ella se siente feliz. También siente repugnancia hacia ellos desde pequeña cuando los espía en secreto: “Acurrucada en el pasillo, veía de nuevo al hombre terrible que con sus resoplidos bestiales la separó de su madre. Al novio de Chita con sus dientes de lobo y sus ojos llenos de algo sucio e inconfesable. Y ahora, ese otro... igual que aquellos”. (*Un barco cargado de...* 190)

Fina se siente sola una vez más y se siente impotente para luchar contra el discurso masculino opresor y aniquilador al que culpa de su soledad. Cansada ya de que siempre se repita la misma situación, decide poner fin a su vida y terminar así con su sufrimiento.

Suave, mansamente subió la escalera. Apoyó su frente abrasada en la barda de la azotea. (...) Fina se sentía turbada, inquieta.

Una criada del piso de abajo atravesó la azotea hurtándose a la luz, y, tras ella, un hombre se deslizó también en el cuarto.

Sus oídos se llenaron de ruidos, como si la inmensa ciudad resoplara y se retorciese bajo el abrazo brutal de miles y miles de hombres peludos y babeantes. ¡Era inútil taparse los oídos! ¡Inútil cerrar los ojos! ¡Lo veía, lo veía siempre! Y una sensación de asco infinito la llenó toda. Se inclinó sobre la barda más y más... el ruido seguía hinchando su cabeza y ya no podía más con ella. Y así, sin un grito, como había vivido, llegó al suelo y se mató. (*Un barco cargado de...*191)

El relato “0-4 Cruz Verde” es presentado desde una perspectiva naturalista donde la pobreza y la miseria están relacionadas proporcionalmente a la ausencia de belleza. A través de las descripciones de los personajes y de los ambientes, y, especialmente a través de la corta y trágica vida de su protagonista, Cecilia G. de Guilarte muestra y denuncia el drama y la miseria social. La historia del relato no deja indiferente al lector. La descripción física y emocional del personaje de Fina se corresponde con la miseria y la degradación del submundo en el que vive. No hay lugar para la esperanza y la muerte es la única salida para escapar de esta injusta y cruel realidad. Sin embargo, es necesario destacar que, al escapar de la realidad, Fina logra subvertir y liberarse de las normas sociales, por eso la muerte de Fina significa también el triunfo de su voluntad.

3.2.2. “La sed”

El cuento “La sed”⁵⁰ se diferencia de los demás relatos en que, a pesar de tener como protagonista a Alfonso, una india muy pobre que vive en el desierto, existe una esperanza al final de la historia. Alfonso logra ser feliz y esta felicidad se la debe al mar. El mar es el elemento que calma la sed de Alfonso. La atmósfera que envuelve al cuento, especialmente cuando Alfonso está en el mar, es una atmósfera onírica y mágica. Alfonso aparece en el mar cuando se siente triste. La realidad y la fantasía se confunden cuando la protagonista está en el mar. Cecilia G. de Guilarte se sirve del realismo mágico para devolver la esperanza y la felicidad a Alfonso.

Las oposiciones binarias entre mar y desierto simbolizan la felicidad y la frustración, respectivamente, o la ausencia de sed y la sed constante que sufren los habitantes del desierto.

Alfonso es presentada como un personaje diferente a los demás. No tiene familia y es muy pobre, pero guarda un secreto: “Mas Alfonso tiene lo que no tienen otros en

⁵⁰ Este cuento aparece publicado por primera vez en la *Revista de la Universidad de Sonora* en Hermosillo en diciembre de 1958. Es galardonado con el premio literario Ancla de Oro en 1965. La *Revista de vida marítima para navegantes* premiaba cada año un artículo o relato.

el Sahuaro. Tiene el secreto de un día y una noche que echó a andar sin saber por qué, y de un amanecer radiante que la puso frente al mar”. (*Un barco cargado de...* 233)

Cuando Alfonsa se halla frente al mar, el encuentro entre ambos es descrito como una revelación, sin embargo, esta experiencia es muy real. Alfonsa es muy consciente en todo momento de lo que le está ocurriendo. Su encuentro con el mar se asemeja a la unión entre dos enamorados y Alfonsa, incapaz de controlar sus impulsos, se entrega a él.

Y con calma unciosa, las manos cruzadas sobre el seno palpitante, fue a entregarse al mar como si fuera un esposo. El agua la abrazó por las piernas, subió a la cintura la caricia, le endureció los senos con una voluptuosidad insospechada y ella siguió avanzando con los ojos cerrados. Continuó con los ojos cerrados aunque el grito de las gaviotas la llenaba de pavor. Solo cuando recibió en la boca el beso del agua salada y una ola quedó sobre su vida como una losa, tuvo el presentimiento enloquecedor de la muerte y retrocedió asustada. (*Un barco cargado de...*233)

Alfonsa tras esta experiencia queda tumbada en la arena y el calor del sol la saca de su trance y la devuelve a la vida del desierto.

Fue duro volver al sueño sin ensueños de la diaria tarea. Volver a la sed, a la espera sin esperanza, teniendo en el corazón, como en un estuche de terciopelo rojo, aquel rumor del mar, aquella visión del desierto de agua (...). A la hora alta del mediodía ardido, toda su sangre clamaba por un nuevo abrazo de agua. (*Un barco cargado de...*234)

Esta revelación transforma el discurso de Alfonsa. El encuentro con el mar le ha devuelto la esperanza y presente que de nuevo la buscará, “porque le había nacido el presentimiento, de que el mar estaba por venir a ella. Lo esperaba y llegó”. (*Un barco cargado de...* 234)

La idea de amor y felicidad personificada en el mar para Alfonsa se transforma ahora en un personaje humano, Antonio. El discurso de Antonio provoca en Alfonsa una toma de conciencia de su individualidad y de su identidad única que como india le ha sido negada: “Era como dejar de ser la Alfonsa de todos para ser una, ella misma y única, con clara conciencia del ser”. (*Un barco cargado de...*234)

La felicidad de Alfonsa es tal, que quiere compartir con Antonio su secreto y le lleva junto al mar donde se prometen amor eterno. Antonio, que viene del mar, es el hombre que calma la sed de Alfonsa en el desierto. Sin embargo, esta felicidad es temporal y Antonio abandona a Alfonsa que espera un hijo suyo: “Se fue un día, dejando a Alfonsa acaso ya enferma del mismo mal, transida de una angustia que no podía explicarse, erguida y sola frente al paisaje inmovible del desierto”. (*Un barco cargado de...*235-236) Al cabo de un tiempo, Antonio regresa con otra mujer al lugar donde vive Alfonsa, la cual debe soportar en silencio su dolor y humillación

consciente de su determinismo social: “Pero sólo era india. India callada que grita hacia adentro, volando en silencio su dolor sin redención”. (*Un barco cargado de...*237) Sin embargo, el mar, una vez más, le devuelve a Alfonsa la esperanza y la felicidad. Además, la maternidad la ha transformado. Alfonsa ha recuperado su voz. Su hijo le ha dado fuerza y ahora sabe que puede construir su identidad en el amor de él y que los dos serán felices para siempre.

El niño dejó de llorar para sonreír. Y fue un instante de revelación íntima, como un relámpago de gracia en su vida oscura. Suavemente, sin dejar de mirar al mar, caminó hacia atrás. (...) Alfonsa ahondó su sonrisa mirando al niño. Acababa de saberlo; ya nunca estaría sola. Lo apretó contra su pecho y echó a andar... (*Un barco cargado de...* 237-238)

3.2.3. “La muerte invitada”

En el cuento “La muerte invitada”,⁵¹ de nuevo la descripción de la vida y las costumbres mexicanas en el desierto de Altar, México, son el tema central de la historia. En este caso el enfrentamiento entre dos familias humildes a causa de la matanza de una gallina y de un perro, respectivamente, mantiene a la comunidad de El Güeso en un silencio tenso y con un presentimiento de muerte que se respira desde el momento en que se entra a este pueblo. La protagonista y narradora del cuento es una mujer valiente que, a pesar del riesgo que corre, decide ir a El Güeso a pasar unos días de descanso como hace habitualmente y poner fin al enfrentamiento que existe entre dos familias que viven allí. Todos la advierten de que no vaya a este lugar donde la muerte es una invitada y cualquiera puede morir; sin embargo ella, subestimando el peligro, sigue adelante con sus planes. Primero la advierte Filiberto, el tendero: “-¡Que no se diga que no la avisé! Mejor se vuelve, porque en El Güeso tienen de convidada a la Muerte”. (*Un barco cargado de...*199-200)

La protagonista sigue adelante con su plan y también Tinita, la catequista, le advierte de su imprudencia: “¡Quise avisarle por caridad! –dijo fieramente–. En El Güeso va a ocurrir algo grave en cualquier momento...” (*Un barco cargado de...* 201- 202) La protagonista está decidida a viajar, a pesar de las advertencias, que, aunque logran inquietarla, las olvida pronto pensando en la belleza del lugar.

No podía negar que habían conseguido inquietarme. Pero aunque no soy muy valiente, había decidido que necesitaba un descanso y no podía volverme atrás. Como no puedo permitirme otro lujo que este del cuartito de adobe bruto que es como una verruga en el desierto de Altar, seguí mi camino. Para darme ánimo pensé en los atardeceres incomparables de El Güeso, (...). Nada de esto consiguió, sin embargo, distraerme de mi

⁵¹ Este cuento aparece publicado por primera vez en la *Revista Universidad de Sonora* en 1959.

preocupación: el recuerdo me traía una y otra vez el día aquel en que Virginia mató a la perra negra de don Goyo. (*Un barco cargado de...* 202)

La protagonista recuerda el día en que la tranquilidad desaparece de El Güeso debido al incidente protagonizado por doña Virginia. La perra de don Goyo mata a uno de sus dos pollos de raza que ella cuidaba como si fueran sus hijos y la venganza de doña Virginia no se hace esperar. Va a buscar a la perra de don Goyo a la que golpea hasta la muerte:

Cuando llegué, el pollo prieto y la perra negra estaban bien muertos. La cabeza de la perra era una masa sanguinolenta y junto a ella estaba la piedra esquinada que le había dado muerte. Aún desprendía vaho el charco de sangre roja que la basura iba absorbiendo. (*Un barco cargado de...*203-204)

La brutalidad de la escena pone de manifiesto el carácter violento y la nula capacidad de razonamiento, así como la particular forma de impartir justicia de doña Virginia. Las imágenes que la protagonista visualiza son el augurio de lo que pasará en El Güeso a partir de ese momento. Ella entonces se da cuenta de que el odio genera odio y la venganza más venganza. Comprende también de que esas gentes no entienden otra forma de impartir justicia distinta a la violencia. La venganza de don Goyo como la protagonista sospecha, no se hace esperar: “Don Goyo se echó la escopeta a la cara y disparó el segundo tiro. Se acabaron los ladridos”. (*Un barco cargado de...*205-206)

A partir de entonces se declara la guerra en El Güeso y el odio se extiende a todo el pueblo que se divide en bandos.

Los perros, gatos, gallinas y conejos morían envenenados, balaceados, apaleados, aplastados. Ahora todos estaban muertos. (...) Y las madres, antes de que llegasen las sombras de la noche encerraban a sus chiquillos, (...). ¡hasta el párroco del pueblo había intentado imponer la paz, sin lograr ni una tregua! (*Un barco cargado de...*206)

La protagonista se da cuenta de que realmente la muerte está presente en El Güeso. Toda la atmósfera hace sentir su presencia, incluso las plantas parecen cobrar vida para mostrar su violencia también; “Juraría que aquellas plantas se miraban con miradas asesinas”. (*Un barco cargado de...* 207)

Todo el pueblo, animales y plantas incluidos, se ha contagiado de odio. La protagonista, a pesar del riesgo que corre, intenta poner fin a esta declaración de guerra y visita a don Goyo. La protagonista no logra hacerle cambiar de opinión. Ella no se da cuenta que su discurso y el de don Goyo son incompatibles. El discurso de don Goyo ya no entiende de razonamientos. Así se lo demuestra tras la insistencia de la protagonista:

Sin embargo, no podía darme por vencida. (...) Y ya me iba a dar la vuelta hacia la casa, cuando un fogonazo reventó la sombra y el ruido de la detonación redujo a polvo mis esperanzas. Sentí los perdigones achatarse en la pared, enterrarse en el suelo... (*Un barco cargado de...* 208)

Ante la imposibilidad de dialogar, la protagonista decide marcharse para siempre de El Güeso porque se da cuenta de que la muerte como ya le habían advertido, está invitada en el pueblo: “Y esa misma noche cerré definitivamente mi cuarto. Mi viejo Ford ha olvidado para siempre el camino del Güeso”. (*Un barco cargado de...* 208)

Cecilia G. de Guilarte denuncia con este cuento la situación de violencia social consentida por los gobiernos y que forma parte de la vida diaria de la clase social menos favorecida. La pobreza, miseria cultural y social de la población unida a la ausencia de leyes que velen por los intereses de las personas provocan frustración y desencadenan la violencia como única alternativa. La consecuencia es que la sociedad se deshumaniza y termina imperando la ley del más fuerte como bien se ha descrito en este cuento.

4. ENSAYOS BIOGRÁFICOS

Cecilia G. de Guilarte escribe dos ensayos biográficos. El primero versa sobre la figura de Sor Juana Inés de la Cruz titulado *Sor Juana Inés de la Cruz. Claro en la selva*. Posteriormente hace una revisión de esta primera edición que se publica con el título de *Juana de Asbaje, la monja almirante*.

El Padre Hidalgo es el protagonista del segundo ensayo de la escritora titulado *El padre Hidalgo, libertador*.

4.1. *Sor Juana Inés de la Cruz. Claro en la selva*

Cecilia G. de Guilarte escribe *Sor Juana Inés de la Cruz. Claro en la selva*, en México, en 1954, y es publicada por la editorial vasca Ekin, de Buenos Aires, en 1958. Según Arantzazu Amezaga⁵², Cecilia G. de Guilarte es la única autora incluida

⁵² Arantzazu Amezaga, es licenciada en biblioteconomía por la universidad de Venezuela y escritora. Según Ana Mari Izaskun Ruiz, con la que mantiene amistad desde 2002, Arantzazu es una ferviente admiradora de Cecilia G. de Guilarte y de Sor Juana Inés de la Cruz. Actualmente reside en Alzuza, Navarra, e inauguró las jornadas en la que se rindió un homenaje a Cecilia G. de Guilarte en Tolosa en 2011. También participó como ponente en el homenaje al centenario del nacimiento de la escritora en diciembre de 2015. Arantzazu es nuera de Pedro María Irujo Olló, fundador de Acción Nacionalista Vasca, el cual se exilia a Buenos Aires como consecuencia de la guerra. Desde 1960 a 1975, dirige la publicación *Tierra Vasca*, para ANV en América y Europa. Pello Irujo regresa con su familia a Pamplona tras la muerte de Franco donde fallece el 24 de febrero de 1983. Fue candidato a senador por Acción Nacionalista Vasca en 1977.

en esta editorial vasca en la capital argentina dentro de su Biblioteca de Cultura Vasca. La editorial Ekin publica en edición de libro de bolsillo más de un centenar de obras impresas en la imprenta Amarrortu, las cuales se difundían entre los vascos de Argentina y el resto de América y de forma clandestina en Euskadi.

Este ensayo biográfico se publica como el volumen número cincuenta y dos de la colección, e incluye una dedicatoria a los padres de Cecilia que reza así: “A mis padres, que con fe inextinguible esperan nuestro retorno en el viejo solar guipuzcoano”. A continuación, en una breve introducción, Cecilia G. de Guilarte explica las razones que la llevaron a escribir el libro. Finalmente, en dieciocho capítulos sin encabezamiento, la escritora comenta la vida de Sor Juana desde su nacimiento en 1651 hasta su muerte en 1695. Así es presentado el ensayo de Cecilia G. de Guilarte en la sección “Libros y Revistas” del *Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos* en Buenos Aires, por su director Gabino Garriga:⁵³

Con lindas viñetas de Elvira Gascón y una copia preliminar, a página, del retrato de Sor Juana, existente en el Museo mexicano de Arqueología, Historia y Etnología.

Son XVIII capítulos sin encabezamiento, escritos con la deliciosa facilidad y abundancia de las plumas femeninas bien cortadas que vierten poesía sin componer un verso.

Trazada con el amor y patriotismo vasco de la docta escritora y sembrada de selectas citas de las obras de la gloriosa Asbage.

La erudición histórica camina de la mano con el espontáneo arte narrativo, haciendo que la obra se devore como manjar exquisito.

La encantadora personalidad de la monja, en el aspecto de pureza literaria de sus obras y pureza moral de su corazón, es defendida celosamente por la biógrafa contra el juicio poco sereno de algún crítico español de campanillas respecto al primer punto, y el de algún clérigo rigorista en cuanto al segundo. (...) (Garriga, “Sor Juana Inés...” 135)

La publicación en Buenos Aires de la biografía de la monja es un éxito y Cecilia obtiene buenas críticas, especialmente por parte de compatriotas y colegas.

Gloria vascomexicana. Con legítimo orgullo de vasca, alma comprensiva de mujer, entendimiento de autora culta y un estilo lleno de donaire y clásicas resonancias, estudia Cecilia G. de Guilarte la personalidad y la obra de la Décima Musa en su libro *Sor Juana Inés de la Cruz, Claro en la selva*, (...). En suma, un libro al cual quizá otros sorjuanistas pongan reparo en esto o en aquello. Más para el lector que no busca precisiones eruditas, sino una interpretación cálida, humana y afectuosa, es una obra que se lee con sostenido interés y de la cual se sale con redoblada admiración por la genial mujer cuyo nombre

⁵³ El escritor bilbaíno, Gabino Garriga, dirige durante quince años el *Boletín Americano del Instituto de Estudios Vascos* de Buenos Aires, e inicia la publicación del *Inventario Bibliográfico Vasco (1892-1950)*. Es igualmente director y redactor de la revista *Euskaltzaleak*, de Buenos Aires, de 1954 a 1956. Muere en La Plata, Argentina, el 25 de julio de 1969.

llena, de hecho, los tres siglos de las bellas letras de la Nueva España. (Gringoire, “Libros de nuestros tiempos” 8)

Otros críticos literarios reconocen que la faceta humana de la monja está perfectamente presentada, analizada y documentada.

Es un libro delicioso el que ha publicado, en Buenos Aires, Cecilia Guilarte, sobre una figura llena de encantos, encantos divinos y humanos, poéticos, religiosos, de caridad, de amor, y encantos mexicanos, castellanos y encantos vascos. (...) Lo Asbaje, *vergarés* y vasco, de Sor Juana, ha sido la principal preocupación de Cecilia en este libro. Y en verdad que su propósito de dar la nota vasca en el coro de loas a Sor Juana, está plenamente logrado. Pero, en muchas páginas, el trabajo de Cecilia es un verdadero análisis del carácter y la personalidad de la monjita polifacética (...). Si lo vasco, lo mexicano y lo castellano de la monja jerónima tiene tantísimo interés, lo humano y lo divino y lo femenino, es buena materia prima, de muchos kilates, para el psicoanálisis. (Irujo, “El libro de Cecilia...” 27)

La idea de publicar por primera vez la biografía completa de la monja le surge a Cecilia tras la negativa del periódico *Novedades*, de México, a publicar su ensayo sobre Sor Juana Inés de la Cruz. Dicho periódico, convoca en 1951 un concurso para conmemorar el tercer centenario del nacimiento de Sor Juana. El ensayo de Cecilia gana una Mención de Honor que le asegura su publicación en el periódico; sin embargo, dicha publicación nunca ve la luz porque Cecilia G. de Guilarte defiende y justifica que la personalidad y los logros en la vida de la monja le vienen de raza, de la raza vasca de la que desciende su padre, y eso fue supuestamente considerado un ataque frontal a la figura de un personaje que consideraban cien por cien mexicano: “Sor Juana nos pertenece por completo. Fue mexicana en el sentido completo de la palabra y además porque se encuentra en el centro cronológico de nuestra historia”.⁵⁴ (*Sor Juana...* 9) Cecilia G. de Guilarte reconoce que este discurso fue la razón que la motivó a escribir esta biografía.

Brillante el párrafo, rotundo; pero pobre argumento a la hora de la verdad verdadera. Y porque mi ensayo reivindicaba la raza vasca, en parte, esta gloria indiscutible de Juana de Asbaje, quedose sin cristianizar por falta de padrinos. A no ocurrir esto, es muy posible que no hubiera yo escrito este libro. (*Sor Juana...* 9)

El pintor vasco Mauricio Flores Kaperotkipi escribe en la revista *Euzko Deya* un artículo agradeciendo la no publicación del ensayo de Cecilia, porque gracias a ello la escritora pudo escribir este libro: “Pero no hay mal que por bien no venga, pues

⁵⁴ El intelectual mexicano Nemesio García Naranjo (Nueva León, México 1883- Ciudad de México, México, 1962), hace estas declaraciones en un acto cultural en el Palacio de Bellas Artes en la Ciudad de México y Cecilia G. de Guilarte recoge estas palabras en la introducción de su ensayo biográfico.

porque no lo publicaron en *Novedades*, lo amplió y lo ha llevado al libro. Y eso salimos ganando”. (Flores Kaperotkipi, “Sor Juana Inés de la Cruz”)

Los diferentes autores de biografías interpretan la vida de sus personajes biografiados en función de los aspectos importantes que estos quieren resaltar haciendo uso para ello de una retórica diferente en función del propósito de estas. Cecilia G. de Guilarte, con el ensayo biográfico sobre Sor Juana, no solo quiere enfatizar las virtudes humanas y divinas de la monja además de los obstáculos a los que esta se enfrenta, sino que también pretende reivindicar la identidad vasca de la escritora. Los ejemplos de vasquismo que la escritora utiliza aparecen desde el primer capítulo del libro, aludiendo a la ascendencia vasca de Sor Juana, la cual llega al mundo el 12 de noviembre de 1651 en una aldea a 60 kilómetros de la ciudad de México.

Fueron sus padres un don Pedro Manuel de Asbaje, vasco del solar guipuzcoano, y una castellana Ramírez de Santillán. (...) Esta mezcla de sangre vasca y castellana ha dado al mundo tipos notables, de una vida en perpetua y provechosa lucha interior entre lo frío y lo caliente: pasión, orgullo y misticismo; sentido práctico, analítico, alegre y tenaz. (*Sor Juana...* 26)

Además, debido a su ascendencia vasca, la escritora justifica el empeño de Sor Juana por aprender a leer a los tres años de edad y a perseguir su sueño de conocimiento absoluto sacrificando por ello su belleza física.

Por la clara vena vasca fluye generoso un afán multifacético de conocimientos. Latido que está en el ser y con él florece en cada renuevo con igual vigor; es aquel arranque en Sor Juana que la lleva a engañar a la maestra de su hermana para que la enseñe a leer cuando apenas tiene tres años. Aquella sed nunca apagada que la orilla a cortarse el cabello, inestimable adorno, para fijarse un plazo el aprendizaje. (*Sor Juana...* 27)

Finalmente, Cecilia G. de Guilarte justifica que también la vocación de poeta le viene a la monja dada por su origen vasco: “En cuanto al nacer poeta, ¿a quién no llegó la fama de los versolaris, flor campirana de la vieja lengua de los vascos? Nacidos como Juana al pie de las montañas cubiertas de eternas nieves”. (*Sor Juana...* 27)

Cecilia G. de Guilarte en diferentes ocasiones a lo largo del ensayo acepta la nacionalidad mexicana de la monja pero no por ello cree que se deba ocultar su origen vasco como pretendieron hacer al impedir la publicación de su ensayo en el periódico: “Y no con cordeles de humo quiero yo atar a sor Juana a la raza vasca, para darla luego, porque es razón que mexicana sea la que a México se dio en el nacer y en el vivir. Y más que nunca en el morir”. (*Sor Juana...* 28) Sin duda Cecilia G. de Guilarte no acepta la negativa a publicar su trabajo en el periódico por afirmar la

verdad sobre la ascendencia guipuzcoana de Sor Juana, y esto la lleva a reafirmar con más ahínco el origen vasco de la monja logrando finalmente su objetivo de ver publicada la biografía en un libro. Cecilia además quiere escribir sobre Sor Juana por la admiración que siente hacia su figura y a su trayectoria vital y literaria.⁵⁵

El capítulo segundo comienza con una reflexión de Cecilia G. de Guilarte, en la cual, la escritora destaca que el espacio temporal en que la monja vive la victimiza e impide desarrollar plenamente su discurso: “Por cuenta del tiempo en que le tocó vivir es por donde mayor ultraje e incomprensión ha sufrido la clara fama de sor Juana”. (*Sor Juana...* 30) La época en la que Sor Juana vive, es como reconocen numerosos estudiosos de su obra, la causa de su propia tragedia. Su discurso femenino no coincide con el masculino pero tampoco con el de otras mujeres de su época: “Respondía a unos planteamientos que se adelantaban varios siglos a los de otras mujeres”. (Romero, Ortiz y Álvarez, *Marina Zambrano y sor Juana...*70).

La extemporaneidad hace víctima a Sor Juana de sus circunstancias de tiempo, de sexo y de lugar y “la obligaron a considerar como una fuerza enemiga precisamente a la potencia más hermosa y verdadera de su persona, el afán de saber”, lo cual, la convirtió en “mártir de su inteligencia”. (Salinas, *En busca de Juana de Asbaje...*19) Cecilia G. de Guilarte, intercala a lo largo del ensayo los datos autobiográficos y literarios de Sor Juana con constantes reflexiones que afirman su identidad vasca, así como descripciones de la belleza del paisaje y del pueblo vasco. Cecilia G. de Guilarte justifica la identidad vasca de la monja a través de las palabras de esta: “Yo, sor Juana Inés de la Cruz, hija legítima de don Pedro Manuel de Asbaje (...)” (*Sor Juana...*15)

En el capítulo tercero, Cecilia G. de Guilarte explica el significado del subtítulo del libro, “Claro en la selva”, y lo relaciona con la etimología del apellido vasco de Sor Juana, el cual, según el filólogo vasco don Juan de Adarraga, significa en castellano “claro en la selva”.

En el capítulo quinto, la escritora afirma el origen vasco y castellano de la monja, los cuales forman la personalidad de Sor Juana, junto con las experiencias vitales del país donde vive.

(...) una casi divina trinidad de sangre, carne y espíritu. En lo más en lo hondo, en lo primero y más fuerte del ser, está el padre con su vigoroso caudal de racialidad. (...)

⁵⁵ Es interesante señalar que la admiración de Cecilia G. de Guilarte hacia sor Juana Inés de la Cruz, la comparte también el esposo de la escritora, Amós Ruiz Girón. De ahí que en Hermsillo este haga colocar una placa con el nombre de la monja dando nombre a una plaza de Hermsillo cerca del domicilio de su hija mayor Marina, así como un busto de esta que todavía permanecen allí. Además, Amós también crea una escuela itinerante para niños llamada “*Protectora infantil del árbol. Sor Juana Inés de la cruz de Asbaje*” financiada por él mismo. En ella, les enseña a podar y les da charlas sobre diferentes temas relacionados con los árboles.

La segunda capa de la psicología es castellana. (...). En casa de su abuelo se enfrenta Juana a la espléndida tradición cultural de Castilla. Entre los libros de aquel su abuelo debió encontrar los Calderón y los Lope y los Alarcón que tanto habrían de influir en ella.

Luego vendrá el conocer en la vida, el vivirla, el ser en ella; y se habrá completado la trinidad medular de su ser con lo mexicano de su propia vivencia. En el fondo quedará siempre lo vasco, como la rica savia latente que asciende por capilaridad, penetrando, regando, empapando en los momentos de crisis, en las vivas emociones, en los cruces del sentimiento, las otras dos capas de su ser; tres seres que armonizan en un ser verdadero. (*Sor Juana...*45-48)

Cecilia G. de Guilarte continúa argumentando la influencia de la cultura vasca en la monja, la cual le hace conocedora de la lengua vascoence. Es muy probable que el conocimiento por parte de Sor Juana de la lengua y la cultura vasca lo haya heredado de su padre. En uno de los villancicos que Sor Juana compone para ser cantados durante los maitines de la fiesta mariana en la catedral de Ciudad de México en 1685, aparecen palabras en euskera y se cuenta la leyenda de la aparición de la virgen de Arantzazu a un pastorcillo, lo cual muestra tal conocimiento. Las continuas referencias al vasquismo de Sor Juana diferencian a esta biografía del resto de biografías escritas sobre la monja. Estas referencias se intercalan también a lo largo de todo el texto con reflexiones sobre el coraje, la inteligencia y la trayectoria personal y literaria de la monja durante su vida, con datos bien documentados. De esta forma, la escritora reflexiona sobre el exilio forzoso de Sor Juana en el convento en donde la monja se ve obligada a recluírse. Solo allí, aislada en su celda, puede construir su discurso y luchar por su sueño de conocimiento absoluto a través de los diálogos con su confesor, el padre Núñez, y también mediante la lectura y la escritura, aunque esta subversión al poder patriarcal y eclesiástico tiene graves consecuencias para la monja. Los prejuicios morales sirven para alienar y silenciar a Sor Juana y de nuevo, como sucede en el caso de los personajes femeninos de su mundo de ficción, el discurso femenino debe intentar conciliar su deseo de realización personal con la realidad social opresora de su tiempo, lo cual la lleva a enfrentarse a una de las más poderosas figuras eclesiásticas de la época, el padre Vieyra. Sor Juana, haciendo uso de su derecho a “sentir o disentir”, disiente del sacerdote y así se lo hace saber, demostrando en la réplica al sacerdote su extraordinario conocimiento sobre lo humano y también sobre lo divino. Sor Juana, en la famosa *Carta atenagórica*, defiende “los derechos que el humano entendimiento tiene a su expresión propia” y toda la carta es una especie de confesión donde narra su vida, su amor por el estudio y ansia de saber. También, explica las causas que la han motivado a ella y a diferentes mujeres a través de la historia a ansiar el conocimiento, enumerando una gran lista de todas las que lo han logrado. A través de esta carta, se pone de manifiesto, por un lado, el coraje y la inteligencia de Sor Juana, y, por otro, la opresión y la injusticia del sistema de poder eclesiástico y patriarcal. Sor Filotea es el seudónimo usado por el obispo de Puebla, don Manuel Fernández de Santa Cruz, en el que responde a Sor Juana en la famosa carta por la impugnación del sermón del padre Vyeira, y que tan

profundamente hiere a Sor Juana. Esta medita su respuesta cuatro meses antes de responderle desafiando de nuevo el orden patriarcal, pero mostrando a la vez su lado más humano y ejerciendo su derecho a defenderse. Afirmo Cecilia G. de Guilarte que “las razones que en su carta da a Sor Filotea muestran toda la patética angustia en que la monja jerónima ha consumido sus días. Consumido ardiendo como cirio castísimo, venciéndose en mil batallas, que no gastado”. (*Sor Juana...*163)

Cecilia reconoce el valor y el sufrimiento del que Sor Juana es víctima, comparando el “calvario” sufrido por Sor Juana al de Jesucristo, y acusa a aquellos que la condenan afirmando lo siguiente:

Por humana, por valiente, por digna, es acaso su carta a Sor Filotea lo mejor de su obra: Como Cristo, ella es más amada por su pasión y calvario. Solo que ella era una pobre mujer, aunque fuera una mujer de genio. Aunque fuera una mujer excepcional. (*Sor Juana...*164)

El célebre escritor Octavio Paz confirma también el sufrimiento y angustia que Sor Juana sufre: “Solo hasta ahora, al final de este siglo que ha conocido persecuciones ideológicas en una escala superior a la padecida por Sor Juana, podemos comprender su vida y sacrificio”. (Octavio Paz, “Prólogo” 17)

Finalmente, Sor Juana decide renunciar a sus libros y vende toda su biblioteca que incluye un total de cuatro mil libros junto con sus instrumentos de música y matemáticas, y el dinero de la recaudación se lo da al Arzobispo de México para que lo reparta entre los pobres. Según muchos críticos, esta renuncia obligada a sus libros es la venganza de algunos altos prelados hacia la monja por la respuesta de la carta. Probablemente, nunca convencen a Sor Juana de la inmoralidad de que una mujer escriba, sino que es una decisión que se impone a sí misma. Esta imposición de abandonar su trabajo podría interpretarse también como un segundo exilio forzoso que vive Sor Juana, donde intenta de nuevo adaptarse a su nueva vida, haciendo los más severos sacrificios y cumpliendo numerosas penitencias que ella misma se impone para alcanzar la perfección y la virtud que se exige. En este segundo exilio, Sor Juana se enfrenta principalmente a su conciencia, pero ella lucha con su propio conflicto interno y sale victoriosa en su misión de entregar su alma a Dios, dando ejemplo a todos una vez más de su fuerza de voluntad y sacrificio, alcanzando así un grado más elevado de conocimiento que es lo que ella tanto anhelaba. También, mediante este sacrificio, Sor Juana continúa manteniendo la voz en su discurso y manifiesta su interpretación de la fe cristiana. Sin embargo, a pesar de que sus extremadas y rigurosas penitencias debilitan su salud física, ella se muestra siempre generosa con el resto de monjas que viven en el convento. Cecilia G. de Guilarte hace énfasis en la extrema generosidad y bondad de Sor Juana, las cuales son reconocidas y alabadas por las religiosas que conviven con ella en el convento. Esta entrega a los demás es absoluta, especialmente en los últimos años de su vida. Su caridad con la comunidad le hace contagiarse de la epidemia de fiebres malignas al cuidar a las

monjas convalecientes y “como era de esperar las fiebres asaltan la débil fortaleza de su resistencia física”. (*Sor Juana...* 173)

Sor Juana vive una vida intensa de sacrificio y estudio que gracias a su inteligencia se transforma en erudición. El coraje, la inteligencia y la perseverancia que caracterizan su personalidad, le hacen enfrentarse y censurar a quienes por envidia criticaron sus actos o la impidieron desarrollar un agudo y profundo intelecto que la permitió enfrentar los obstáculos y continuar construyendo su identidad en el conocimiento supremo que tanto anhelaba. La diputada española Clara Campoamor, en su biografía a Sor Juana, alaba esta capacidad de la monja:

Hay en ciertos cerebros bien organizados una facilidad para descubrir, por variados caminos, todas las formas y maneras de realizar el anhelo principal que sienten, y una aptitud curiosa para transformar, aún las aparentes vicisitudes y oposiciones, en los mejores colaboradores de aquel anhelo. (Campoamor, *Sor Juana...* 58)

Sor Juana vive una vida plena, y, a pesar de los numerosos obstáculos, logra construir su anhelado discurso de conocimiento y esta es su victoria. Nunca una mujer se había atrevido hasta entonces a cuestionar la autoridad de la iglesia aportando además unos argumentos tan irrefutables. Como afirma Cecilia G. de Guilarte, “no tuvo gloria más alta que la vida de su vida”. (*Sor Juana...* 6)

La biografía de Sor Juana, retrata y relata, ante todo, la vida de una mujer excepcional, única en su tiempo. Es interesante señalar que, aunque a diferente escala, podría establecerse un paralelismo entre Sor Juana y las mujeres que protagonizan gran parte de la obra literaria de Cecilia G. de Guilarte por la heroicidad de sus actos y los rasgos de su personalidad. Esto es lo que Cecilia G. de Guilarte opta por destacar. Si bien Sor Juana no es un personaje de ficción, sino una figura histórica, es cierto también que comparte la casi totalidad de rasgos que caracterizan el discurso femenino de las protagonistas de ficción. Solo la dimensión divina de Sor Juana la diferencia del resto de protagonistas. Ellas son mujeres fuertes, inteligentes, generosas y muy humanas, como lo fue Sor Juana, y todas se enfrentan a obstáculos y sufren debido a un exilio forzoso provocado por una experiencia traumática, como es la guerra civil, o, como en el caso de Sor Juana, la estructura de poder patriarcal y eclesiástico de su tiempo.

4.2. *Juana de Asbaje, la monja almirante* (Segunda edición de la biografía de Sor Juana)

La segunda edición de la biografía de Sor Juana Inés de la Cruz la publica la editorial La Gran Enciclopedia Vasca, en Bilbao, en 1970, con el título de *Juana de Asbaje, la monja almirante*, la cual, según palabras del editor José María M. de Retana “viene a sumarse a la colección de bolsilibros de la *gran enciclopedia*

vasca”.⁵⁶ Esta segunda edición, elegantemente encuadernada en piel roja y cantos dorados, comienza con unas palabras de Cecilia G. de Guilarte dirigidas a la memoria de don Álvaro de Albornoz, continúa con una extensa dedicatoria donde la escritora introduce brevemente la figura de Juana de Asbaje y la suya propia, y tras una nota al editor con una biografía más detallada de Cecilia, aparecen los dieciocho capítulos que conforman la biografía de la monja ilustre. A diferencia de la primera edición, las dieciocho partes en que Cecilia divide la biografía están catalogados como capítulos en esta segunda edición. Después de los dieciocho capítulos, Cecilia G. de Guilarte habla de “los retratos de Sor Juana Inés de la Cruz”. Aquí, la escritora hace referencia a los retratos de la monja aparecidos hasta entonces, a sus autores y el lugar donde se encuentran. La escritora vuelve a justificar en esta edición el motivo que la lleva a escribir la biografía de la monja y explica que la exaltación del vasquismo de la monja se debe a su intención de aclarar en su libro el misterio del origen de Sor Juana, que no le permiten publicar en el periódico y se siente en el deber de dar a conocer esa faceta hasta ahora desconocida de la monja.

Tan humano es que ellos quieran tenerla por mexicana entera, como que yo me duela de que, en el frondoso bosque de su bibliografía, quede por ausencia más oscuro lo que ella, por voluntad expresa, quiso que más claro quedara. Y fue ella quien lo dijo, no yo, al dedicar a Don Juan de Orbe y Arbieto el segundo volumen de sus obras en la edición de Sevilla de 1692: (*Juana de Asbaje...* 205)

Después de esta explicación, se incluye un apéndice en el que Cecilia G. de Guilarte compara los tres tomos de la producción literaria de Sor Juana aparecida hasta el momento. Finalmente, aclara el nombre del subtítulo de esta segunda edición, el cual se debe a los versos que un caballero español escribe cuando llega al convento de San Jerónimo donde está Sor Juana Inés de la Cruz.

Y, para terminar, quiero decir que no es capricho, y si lo es corra por mi cuenta, el haber cambiado el título de *Claro en la selva* de la primera edición, por el de *Monja Almirante* de esta segunda; pienso que aclarar lo de Asbaje no es necesario entre vascos, y ser ella almirante nos cura un poco de alféreces y alférecías... Además no es mío el nombramiento: lo inventó un caballero español que, recién llegado a la Nueva España, le

⁵⁶ Las primeras colecciones biográficas en España surgen con la editorial *Espasa-Calpe* en 1929, que es una de las pioneras en la publicación de biografías con la colección de “*nuevas biografías en España*”. El profesor y filósofo Ortega y Gasset es el impulsor de la colección “*Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX*”, y la primera autora incorporada es Rosa Chacel, una de las alumnas del profesor. (Serrano Asenjo, *Vidas oblicuas...*, 108) A partir de ese periodo, los diferentes autores de ensayos biográficos utilizan esta modalidad literaria con diferentes fines. Así, mientras el ilustre escritor Pío Baroja “persigue la elocuencia, o lo que es lo mismo el arte de persuadir” (Serrano Asenjo, *Vidas oblicuas...* 86), Ortega y Gasset busca humanizar y “educar a un país muy necesitado de pedagogos, y para ello encuentra en la biografía una herramienta de primer orden”. (Serrano Ajenjo, *Vidas oblicuas...* 15)

relata en versos cómo ha estado buscando por trochas y andurriales al Fénix verdadero, hallándolo al fin en el locutorio de San Jerónimo.

(...) Vive Apolo, que será
un lego quien alabare
desde hoy a la Monja Alférez,
sino a la Monja Almirante.
(*Juana de Asbaje...* 214-215)

Incluso esta alusión a Catalina de Erauso, la Monja Alférez, le sirve a la escritora para reafirmar la ascendencia vasca de la monja: “¡Vaya por Dios si todo se queda en casa! Es Catalina de Erauso, la Monja Alférez, otra hija del solar guipuzcoano, y de aquellas que pueden servir de botón de muestra”. (*Juana de Asbaje...* 172)

Cecilia G. de Guilarte, al final de este apéndice, presenta al doctor Juan Ignacio Costorena y Ursúa. Posteriormente, en las últimas páginas de esta edición se incluyen sonetos, romances y otros poemas dedicados a Sor Juana Inés de la Cruz.

El poeta y abogado mexicano Herminio Ahumada, en el prólogo de la segunda edición de la biografía *Juana de Asbaje, la monja almirante*, reconoce también que es esta indignación de Cecilia la que la impulsa a recuperar para sí el mito de Sor Juana Inés de la Cruz. Cecilia G. de Guilarte en ningún momento pretende con ello negar el mexicanismo de la monja, sino aclarar las dudas que hasta entonces existían sobre el verdadero origen de la monja:

No creo que esto vaya en mengua de su mexicanidad, sino que al poner un poquito de luz nueva en ciertos ángulos, los que se tenían por más oscuros, resulte ella más clara y más universal, que es la más cierta manera de ser más de donde se es. (*Juana de Asbaje...* 205)

Herminio Ahumada, piensa, al igual que la escritora, que la ascendencia familiar de la monja influye en su vida y obra literaria, y ensalza también el mérito de Cecilia G. de Guilarte como investigadora en esta cuidada y documentada presentación de Sor Juana.

Porque hija de sus padres y nieta de sus abuelos, en la descarga de los elementos paterno y materno, hay que buscar la razón de su conducta, el hilo misterioso que ensarta todas las perlas de sus creaciones literarias, y Cecilia de Guilarte lo hace con amorosa mente, con trémulo corazón, con mano ágil y avezada. (...) Ningún resquicio de vida y obra por donde Cecilia de Guilarte no se haya colocado para verificar las intuiciones y atisbos que sustentan su libro *Sor Juana Inés de la Cruz. Claro en la selva*, (...). (“Prólogo” a *Juana de Asbaje...* 20-21)

La biografía que sobre Juana de Asbaje escribe Cecilia G de Guilarte no deja indiferente al lector como reconoce Pilar Cuadra:

El libro prueba la ascendencia guipuzcoana de Sor Juana Inés y luego con esa forma guilartiana que es metáfora inadvertida, elegancia suelta y natural, sigue la biografía mezclando verso y prosa, mundo y altar, femineidad y reciedumbre, hasta resucitar, sí resucitar a aquella mujer que tan justa y valientemente escribió: Hombres necios que acusáis/ a la mujer sin razón, /sin ver que sois ocasión /de lo mismo que os culpáis (...).” (Cuadra, “La monja almirante” 15)

El historiador y sacerdote José Garmendia alaba también el valor literario del libro de Cecilia G. de Guilarte.

(...) ha sabido recoger con pupila de mujer la intensa vida, de Sor Juana, recorriendo esa escala difícil del amor humano hasta el divino y evocándonos una bella estampa de la época virreinal. En ninguno de los dos aspectos flojea esta biografía. Ha sabido dar certeramente en el corazón de Sor Juana Inés de la Cruz, huyendo del fárrago que ha venido hasta ahora más que clarificando, oscureciendo su figura. (Garmendia, “Juana de Asbaje...”)

Es cierto que las digresiones que continuamente se intercalan en el discurso narrativo dedicadas a explicar el origen vasco de la monja y justificar así su personalidad puede parecer un tanto provocador e incluso exagerado, pero debe interpretarse simplemente como la recuperación de un mito vasco no reconocido hasta entonces. En ningún momento Cecilia le arrebató a la monja su mexicanismo sino que lo afirma. La obra debe verse como una perspectiva más a tener en cuenta, y debe servir para complementar el resto de obras publicadas, porque aclara con datos documentados al menos uno de los misterios que existían en torno a la figura de Sor Juana Inés. El valor literario de esta obra y el inevitable sentimiento de admiración y cariño hacia Sor Juana después de conocer su vida, reside en la forma en la que es presentada la dimensión humana y también divina de la monja así como el documentado análisis de su vida.

4.3. *El padre Hidalgo, libertador*

El segundo y último ensayo biográfico que escribe Cecilia G. de Guilarte, aparece incluido en un libro publicado por la Universidad de Sonora, México, en 1958, con el título de *El Padre Hidalgo, libertador*, y posteriormente, se publica un resumen en el diario independiente de Sonora, *El Imparcial*, el 15 de septiembre de 1963, con el título de “Hidalgo, Suma de Humanidad”, el cual va acompañado de ilustraciones.

Para describir las experiencias vitales de este sacerdote mexicano considerado el padre de la patria o el libertador de México, Cecilia G. de Guilarte comienza aportando datos bien documentados sobre su lugar de nacimiento, el 7 de mayo de 1753, su extensa formación académica y docente, su decisión de hacerse clérigo, así como de su prodigiosa inteligencia y astucia en los juegos dialécticos, las cuales le valen el apodo de “El Zorro” cuando solo cuenta con diecisiete años. Cecilia G. de Guilarte reflexiona sobre las acciones que le llevan a construir un discurso en ocasiones muy diferente del discurso tradicional del virreinato y de la iglesia, a los que el sacerdote cuestiona, tratando también, al igual que Sor Juana, de conciliar sus deseos con la realidad, por lo cual es condenado en numerosas ocasiones.

Cecilia G. de Guilarte, además de reivindicar una vez más la libertad individual y denunciar el abuso de poder dando voz al discurso de Hidalgo, no olvida mencionar que el colegio jesuita de Loyola donde se forma, le proporciona “la vena vasca y humanista para inclinarse al lado de las víctimas de toda tiranía, de toda injusticia, de todo abuso de poder”. Estas virtudes cristiano-humanistas de entrega absoluta a las comunidades y parroquias en las que se establece, son las que Cecilia G. de Guilarte destaca a lo largo del ensayo, las cuales le hacen convertirse en un revolucionario que aboga por los derechos de los indígenas y lucha finalmente tras la invasión francesa en la Nueva España por la independencia de México. Cecilia G. de Guilarte justifica así el uso de la violencia en el sacerdote: “Entra en la fase dramática en la que el revolucionario, el civilizador, se da cuenta de la necesidad ineludible del hecho violento. De que jamás los tiranos serán vencidos por persuasión”. (“Hidalgo...” 5) Hidalgo reúne al pueblo para luchar en contra de la autoridad del virreinato, devuelve las tierras a los indios, y abole la esclavitud. Tras meses de sangrienta lucha, Hidalgo es arrestado y se niega a aceptar el indulto, lo cual le sentencia a muerte y es ejecutado el 30 de julio de 1811.

El discurso de libertad que Hidalgo intenta construir, es abortado con su fusilamiento. El padre Hidalgo, al igual que Sor Juana, se rebela contra el orden social y eclesiástico de su tiempo, los cuales le impiden desarrollar su discurso en aquel momento; sin embargo su memoria y su compromiso social están presentes hoy a pesar de su muerte física, lo cual representa el triunfo de sus ideas y la esperanza en un mundo más justo. Cecilia G. de Guilarte, a través de sus ensayos biográficos, les da la voz y el lugar que se merecen en la historia.

Porque Hidalgo no es solo muerto ilustre. Hidalgo queda como una idea viva, que palpita como un dolor en la tristeza de todos los desheredados de la tierra. (...) Lo esencial de su pensamiento flota como una bandera a todos los vientos, como un presagio de su resurrección espiritual: La conquista definitiva de “aquellos derechos que el Dios de la naturaleza concedió a todos los hombres.” (“Hidalgo...” 6)

PARTE II:

PRODUCCIÓN DRAMÁTICA

5. TRILOGÍA DRAMÁTICA⁵⁷

Cecilia G. de Guilarte escribe su trilogía dramática durante la década de los cincuenta. Mientras que el espacio geográfico de sus piezas, *Contra el Dragón* y *El camino y la Cruz*, es Ciudad de México y el estado de Michoacán respectivamente, *La Trampa*, está ambientada en un pueblo manchego de España, bajo la represión franquista. De nuevo, las protagonistas de estas tres obras dramáticas son mujeres fuertes que se rebelan contra la opresión del sistema patriarcal y social. El discurso narrativo de las protagonistas femeninas supone por tanto una afirmación de su identidad, y a la vez es esperanzador para el resto de mujeres y hombres víctimas de la opresión del sistema social y patriarcal.

5.1. *Contra el dragón*

Esta obra, escrita en 1952, es la primera de las piezas que componen la trilogía dramática.⁵⁸ *Contra el dragón*, obtiene el segundo premio del concurso de obras

⁵⁷ Los ejemplos y páginas correspondientes a cada una de las tres piezas teatrales que se analizan en este trabajo y que componen la trilogía dramática, han sido obtenidas de la edición *Trilogía Dramática*, editada en 2001.

⁵⁸ Para un análisis comparativo entre *Historia de una escalera*, de Antonio Buero Vallejo y *Contra el Dragón*, de Cecilia G. de Guilarte, véase “Sincronías dramáticas entre Cecilia G. de Guilarte y Antonio Buero Vallejo” (Gil Fombellida, “Sincronías dramáticas...” 67-83). En este estudio, Gil Fombellida establece interesantes paralelismos entre la producción dramática de Cecilia G. de Guilarte y la del dramaturgo Buero Vallejo. Entre otros ejemplos, destaca la crítica en ambos escritores al capitalismo y a los sistemas totalitarios que alienan y destruyen al individuo, transmitiendo así una conciencia social al lector. Todo, con el fin de empatizar con el público de manera que, como en la tragedia aristotélica, el

teatrales convocado por el Instituto Nacional de la Juventud de México y se representa en el Palacio de Bellas Artes de Ciudad de México el 12 de junio de 1954.

Sergio Magaña, miembro del jurado del concurso le escribe a Cecilia G. de Guilarte una carta que se publica en el periódico felicitándola por su premio.

Señora:

Así resulte insólito que uno de los miembros del jurado que calificó su obra se dirija a usted y aún más insólito que lo haga públicamente, lo hago con gran gusto y mucha cortesía. Sucede que de su trabajo me conmovieron dos cosas: su sentido humano y la cursilería de su título, solo opacada por su seudónimo “Cristal de Nieve”. Bueno. Convenga usted conmigo que no era para esperar nada aceptable dentro del marco (...) El nombre de una obra no lo es todo, claro, pero por ahí empieza el éxito. *Contra el dragón* insisto es un mal nombre para su obra. Presupone una cursilería no manifiesta después en el tema. Incluso la vi a usted un poco desesperada para justificarlo después en el texto con párrafos evidentemente discursivos. No valía la pena, créamelo. La obra se salva por otros motivos: por su fuerza, su honda penetración en los personajes que resultan sencillos y teatralmente nada falsos. Sabe usted exponer el problema y ¡dioses! sabe usted dialogar. De ahí mi gusto. En dos patadas pinta la atmósfera y bien pronto se entera uno del problema. Eso se llama habilidad... *El Duelo* ganó el primer lugar; pero esto no debe molestarla. Si lo ganó es porque lo merece, créamelo. El tema es bien distinto al suyo y, con todas sus virtudes, le ganó apenas “por una nariz”. *Contra el dragón* no se lleva el primer premio aunque la obra teatral *El Duelo* la supera por muy poco: “la lucha fue de las duras, no se crea”. (Magaña, “Contra el dragón”)

Después de leer la obra, lo cierto es que el título guarda perfecta relación con el discurso narrativo de la pieza dramática. Además, la simbología del título está directamente relacionada con el mensaje que Cecilia G. de Guilarte pretende transmitir: la felicidad personal depende de la capacidad de cada individuo para vencer al dragón personal, el cual impide a las personas alcanzar sus sueños. Para lograrlo, son necesarias dos piezas fundamentales, la fe en la victoria, por un lado, y la lucha para conseguirla, por otro. Ese es el mensaje de la obra.

La acción dramática transcurre en una comunidad de vecinos de un barrio marginal de México, donde la lucha por la supervivencia es el mayor obstáculo que sus protagonistas deben enfrentar. Todos ellos son víctimas de sus miedos y de sus circunstancias vitales, lo cual les dificulta la tarea de vencer a su dragón personal.

espectador sintonice con el héroe y con sus problemas haciendo causa común y alcanzando la catarsis. Una catarsis que, en la Tragedia Moderna de Elmer Rice, Arthur Miller, Antonio Buero Vallejo y Cecilia G. de Guilarte, está encaminada a lograr que el espectador tome conciencia de su entorno, de su sociedad, de su mundo y de sí mismo, y desee cambiarlos, cambiar, mejorarlos y mejorar.” (“Sincronías dramáticas...” 69)

Matar el dragón por tanto es el primer paso necesario en la recuperación de la esperanza necesaria para su salvación.

Los jóvenes tienen el poder de hacer posible esta misión salvadora de la humanidad, sin embargo, las carencias materiales que dominan las circunstancias vitales de los protagonistas han acabado con su fe. Esperanza, una de las protagonistas, sabe que la ausencia de ilusión impide a las personas lograr sus sueños: “La gente no tiene poder para dejar de ser lo que es... Solamente si se pudiera mejorar la semilla sería mejor el futuro”. (*Contra el...*172)

A pesar de la hostilidad del medio, Esperanza cree que esto es posible y sabe que la fe es una pieza indispensable para combatir al dragón: “¡Hay que ir a rescatar la Fe! ¡Hay que ir contra el dragón!” (*Contra el...*172)

La falta de esperanza y las carencias materiales básicas para vivir son males endémicos que han alienado a estos vecinos de la sociedad y su existencia se ha convertido en un ciclo vital rutinario y asfixiante. Por eso, es necesario que los jóvenes y las futuras generaciones no se contagien de la misma enfermedad, y luchen por conseguir sus sueños, enfrentándose con coraje a sus miedos y obstáculos, exterminando así esta plaga social. Solo así podrán salvarse. Las protagonistas de este drama son mujeres valientes que luchan con coraje “contra su dragón” y logran vencerlo. “El motor de esta obra son las mujeres. Como siempre son ellas las que encarnan el protagonismo y la lucha por un mundo mejor.” (Villa, “Exilio...” 413) Esta actitud contrasta con la de otros personajes, principalmente masculinos, que no se atreven a enfrentar sus miedos. De esta forma, el discurso de poder se subvierte. Victoria y Esperanza son dos mujeres que representan el coraje y la fuerza para superar los obstáculos. Sus nombres son simbólicos y cada una de ellas se caracteriza por la cualidad que su nombre representa. Victoria, vence en su lucha contra el dragón, alcanza su sueño, gracias en gran medida a Esperanza, una joven de diecinueve años que hace ver a su consejera que aún es posible lograr su sueño de ser escritora a pesar de haberse resignado a vivir una vida rutinaria con su marido Enrique y sus hijas, en la que cada vez se siente más triste e incomprendida. Victoria, a su vez, quiere que Esperanza logre su sueño de ser escritora, el cual ella no alcanzó, y le aconseja para que Esperanza no cometa sus mismos errores.

ESPERANZA: ¡Usted sí que escribe cosas hermosas Victoria! ¡Me gustaría llegar a donde usted ha llegado! Pero, eso... ¿da alguna felicidad, Victoria?... usted...no tiene el aire de ser una mujer feliz...

VICTORIA: No... no soy una mujer feliz. No podría serlo un águila que viviese enjaulada... no has elegido un camino...fácil. A menos... que seas una mujer cauta y fría, capaz de hacer el camino sin detenerte, sin escuchar ningún reclamo.

ESPERANZA: Pero, ¿qué podría escribir una mujer así...?

VICTORIA: No lo sé. Solo sé que yo, yo... no puedo escribir nada...nada. No se escribe solo porque sí. Es un don divino y el que nace con él es como si tuviera un nido de

palomas en el corazón... Si no las suelta a medida que van creciendo, se le vuelven cuervos que le devoran el vivir. (*Contra el...*143)

Victoria le hace ver a Esperanza que debe priorizar la persecución de su sueño para ser feliz, que en este caso es su profesión de escritora. Esperanza está enamorada de Beto como Victoria lo estaba de Enrique cuando era joven, y Victoria no quiere que cometa su mismo error. Victoria se ve reflejada en Esperanza, a la que ve con muchas posibilidades para triunfar como escritora. Así era ella de joven. Por eso, si no lucha ahora para lograr su sueño, luego será prácticamente imposible conciliar su vida familiar con la profesional, y ese deseo se transformará en frustración.

VICTORIA: (...) ¡Y cuando una sabe que lleva en el alma un manantial de agua clara, se tiene miedo de que las aguas sin salida se estanquen y corrompan! Entonces se agría el carácter y la vida se convierte en un infierno. (...) ¡Las ideas se han domesticado y ya no pueden volar! ¡Se han enquistado en el espíritu, se han hecho duras, dolientes! ¡Sólo se disuelven en lágrimas! (*Contra el...*145)

Victoria insiste en que no lograr la meta profesional, desemboca en sufrimiento. Para ello, Victoria utiliza las imágenes del agua clara que fluye, simbolizando la vida y la alegría de cuando era joven, y las aguas estancadas que reflejan su frustración actual, su deseo no realizado. El uso del agua para expresar el estado anímico de la protagonista guarda similitud con algunas piezas teatrales del poeta y dramaturgo Federico García Lorca. En estas la ausencia o la presencia de agua provoca un envenenamiento progresivo en el carácter de sus protagonistas porque estas no pueden materializar sus deseos. Por eso, su obsesión y frustración se ha transformado en tristeza, resentimiento y dolor. Las palomas del corazón de Victoria se han transformado en cuervos que la devoran de la misma forma que la no realización de su deseo de ser madre llena a Yerma de odio: "(...) me estoy llenando de odio." (García Lorca, *Yerma* 56) Yerma, al igual que Victoria, es víctima de un sistema patriarcal que anula su identidad y le impide ser libre. Por ello su deseo se hace cada vez más difícil de sobrellevar. Sin embargo, a diferencia de Yerma, cuyas circunstancias y convicciones morales no le permiten realizar su deseo de ser madre, Victoria sí logra realizar su sueño porque subvierte las normas hasta conseguirlo. Así, tras enfrentarse a la negativa de su esposo de acompañarla en su viaje, junto con la recriminación por parte de este del abandono de sus hijas durante un año al cuidado de la abuela, acepta el reto de tomar la segunda oportunidad que la vida la ofrece. Victoria decide "luchar contra su dragón" y lo vence. Ambas piezas teatrales reivindican el derecho de la mujer a elegir su propio destino y a liberarse de los roles femeninos impuestos por la estructura patriarcal. El triunfo de Victoria se debe en gran medida a la ayuda de Esperanza y Edelmira. Edelmira encarna el papel de una poeta inteligente y famosa a quien Victoria admira desde pequeña. Esta le brinda la oportunidad de viajar a París durante un año para desarrollarse profesionalmente. La

vida le brinda a Victoria inesperadamente la posibilidad de lograr su sueño, y en un principio lo rechaza de nuevo por lealtad a su familia. Edelmira sin embargo, le aconseja reflexionar al respecto: “(...) ¿Cómo podrás ser fiel a tus hijas si empiezas por traicionarte a ti misma? ¿Qué lección podrías ofrecerles con tu vencimiento y tu amargura? (...)”. (*Contra el...*153)

Enrique, el esposo de Victoria no quiere enfrentarse a las dificultades que supondría empezar de nuevo y tal vez a los recuerdos frustrados de su juventud, e intenta disuadir a su esposa en su propósito. Victoria, finalmente se da cuenta de que aunque la lucha sea difícil, el triunfo le devolverá la felicidad. Ella tiene el derecho de vivir una vida digna y no ejercerlo sería atentar contra este principio, lo cual la condenaría a la infelicidad. Victoria intenta ayudar a su esposo, sin embargo, no está dispuesta a aceptar su discurso si él no acepta su ayuda.

VICTORIA: (...) Le di mi mano y la rechaza... la rechaza su rencor de fracasado... ¡Si me quedo un odio inmenso nacerá entre nosotros! (...) ya no seríamos el esposo y la esposa... ¡seríamos dos náufragos ante una tabla que se lleva el mar! (...)

VICTORIA: (...) ¡Ya no tengo dudas, ya no me asusta el cielo!

ESPERANZA: Es que ha matado usted su propio dragón...

VICTORIA: Eso ha debido ser... Han sido sus palabras, Esperanza. (*Contra el...*181)

Esperanza representa, junto a Edelmira, el motor sin el cual Victoria no hubiera logrado nunca alcanzar su sueño. Tal vez, debido a su juventud cree firmemente en que es posible lograr los sueños si se lucha con fuerza e ilusión para conseguirlos. A pesar de su juventud, es consciente de sus limitaciones pero cree que estas pueden superarse con voluntad y acción.

Beto es el muchacho de quien Esperanza está enamorada. Sin embargo, este decide aceptar su beca en Italia para convertirse en violinista, alejándose física y temporalmente de Esperanza. Esperanza, sin embargo, no abandona el espacio privado de su comunidad y sufre la ausencia física de Beto aunque anima a este a perseguir su sueño. Es leal al amor que siente hacia Beto y a pesar de que Jesús, otro muchacho del barrio, intenta conquistarla en ausencia de Beto, ella es fiel a su amor por Beto. Jesús siempre ha estado enamorado de Esperanza pero esta se niega a aceptar un matrimonio sin amor. Esperanza también trata de infundir la fe en Antonio, otro de los vecinos de la comunidad, el cual ve frustrado su deseo de convertirse en arquitecto al verse obligado a casarse con su actual mujer porque espera un hijo suyo. La voz de la esposa de Antonio no aparece en la obra, lo cual pone de manifiesto la anulación de su identidad. Ella también sufre probablemente las consecuencias de estar casada con un hombre que no la ama. Esperanza es consciente del determinismo ambiental al que estos vecinos están sometidos, lo que les impide realizar sus sueños y les condenan a la frustración y al fracaso. La situación de Esperanza en la comunidad, es prácticamente similar al resto de personajes, los cuales son víctimas de

sus circunstancias vitales. Sin embargo, lo que diferencia a Esperanza de ellos es su fe en la vocación profesional. Ella ha escrito algunos cuentos y Victoria la anima a publicarlos. Esperanza es consciente de que para sentirse realizada es necesario anteponer su vocación profesional a su rol de madre y esposa. Si esta vocación es reprimida, ni siquiera el amor entre los cónyuges, como en el caso de Victoria y Enrique, podrá salvar la relación del tedio y la frustración. Esperanza también apoya emocionalmente a Lilia, la hermana de Antonio. Lilia tiene diecisiete años y cuando descubre que está esperando un hijo del hombre del que está enamorada, este la abandona y ella es incapaz de aceptarlo. Lilia no concibe la vida sin él, y esta circunstancia la lleva al suicidio, aunque el bebé se salva. Cuando su hermano Antonio se entera de la noticia, está convencido del destino trágico al que estaba abocada su hermana, sin embargo, Esperanza hace ver a Antonio que el bebé representa la esperanza, y la triste experiencia de su hermana debe servir de lección. El niño les dará la fuerza para recuperar de nuevo la ilusión por una vida mejor.

Contra el dragón es una obra realista con pinceladas existenciales donde los diferentes personajes comparten el hecho circunstancial de pertenecer a un entorno marginal del que son víctimas y que les convierte en seres frustrados y carentes de expectativas al no poder realizar su vocación. A través de sus discursos, vemos cómo la felicidad o la frustración personal dependen en gran medida de los actos y decisiones que toman a lo largo de la vida. La mayoría de ellos son seres frustrados carentes de esperanza, pero el mensaje de la obra es esperanzador. Es posible lograr los sueños si se lucha por ellos, como es el caso de Victoria, Beto o Esperanza. La frustración puede ser superada con esperanza, voluntad de acción y constancia. La vida siempre ofrece una segunda oportunidad. El sueño de Victoria se hace realidad porque se aferra a su ambición y lucha por ella. El error que comete en el pasado no la condena a la infelicidad sino que la sirve de lección. Los discursos de Esperanza y Edelmira respectivamente motivan a Victoria a no renunciar a la lucha y a creer en ella misma, por eso vence los obstáculos que la impiden avanzar y finalmente vence a su propio dragón.

5. 2. *La Trampa*

La trampa, comedia en tres actos y un cuadro, se publica en Ciudad de México en 1958. Es la única pieza dramática que Cecilia G. de Guilarte ve publicada en vida y la escribe durante su estancia en Santa Ana, Sonora, en 1953. Está dedicada a sus tres hijas: “A mis hijas, Marina, Ester y Ana Mari”.

En el prólogo de la obra, Niceto Alcalá-Zamora y Castillo reconoce el carácter dramático de la obra junto con su final esperanzador.

La Trampa, en cambio, es el drama sombrío de la postguerra, en el que solo muy al final, en la fuga, se entrevé algo de luz. (...) He ahí en su drama, el verdadero drama,

captado por Cecilia G. de Guilarte con clarividente agudeza femenina y presentado además, con perfecta maestría del arte escénico (...) su obra no es una incitación al desquite, sino una invitación a la reflexión y a la concordia. (“Introducción” a *La trampa* 11-13)

Cecilia G. de Guilarte, de nuevo, intenta hacer reflexionar al lector a través de las oposiciones binarias entre sus personajes y las situaciones vividas por estos, sobre las consecuencias que provoca el fanatismo político y religioso. De nuevo, la temática social se impone a través del discurso de los marginados. Una vez más, el título de la obra es simbólico y nos anuncia una parte crucial de la trama.

Clarisa, la protagonista, es una mujer anarquista de veinte años que debe enfrentarse a la tiranía política y religiosa que la privan de libertad. El espacio geográfico determina el discurso de Clarisa. Esta vive con su esposo Alberto en casa de su suegro, un militar franquista al que se refieren como *el coronel*, las dos hermanas solteras de este, Rosa y Paquita, y la hermana de Alberto, Cristina. El cura del pueblo, el padre Antolín, juega un papel importante en la trama y no duda en abusar de su autoridad en nombre de la religión para conseguir sus fines. El pueblo de la Mancha donde se desarrolla la acción está pues sometido a la tiranía franquista representada a través del discurso del coronel y sus hermanas, por un lado, y a la religión ultra católica de la España de postguerra representadas en el discurso del padre Antolín, por otro. Las víctimas de esta represión son Clarisa, su marido Alberto, la esposa del coronel, asesinada por él, la hija de ambos, Cristina, la hermana de la mujer del coronel, Margarita, y su esposo Isidoro, ambos republicanos, además del cura desterrado vasco, el padre Luis, que llega al pueblo con su madre. Las dos Españas, están representadas mediante el enfrentamiento de ambos grupos, lo cual pone de manifiesto sus diferencias irreconciliables aún después de haber terminado la guerra.

La mujer del coronel es la primera víctima de este sistema opresivo. Su muerte a los veinticinco años por asfixia a manos de su marido “simboliza la muerte de la madre-España de carácter popular e ideas liberales a manos de la fuerza de la España militar y totalitaria”. (Ascunce, “El teatro en el exilio vasco...” 110) Esta tragedia la conocemos a través de las palabras de Clarisa, cuando mira la imagen de la esposa del coronel:

Ella debió ser muy buena y muy hermosa ¿eh?... se le nota en la cara lo buena...y también se le nota el miedo. A mí me parece que lo siento latir en su garganta... (Se lleva una mano a la garganta en un gesto característico); pero acaso no... acaso sea el brillo del collar. (*La Trampa* 25)

Con la muerte de la mujer del coronel se muere la esperanza de acabar con la represión del sistema político y también patriarcal, y esto influye en el estado emocional de Clarisa. Pero además, el coronel anula también el discurso de su otra

hija, Cristina. Cristina tiene treinta años y sufre una deficiencia mental a consecuencia de presenciar el asesinato de su madre a manos de su padre cuando solo era una niña.

Clarisa teme que su destino sea parecido al de la madre de Alberto, por eso pasa constantemente su mano por la garganta cuando mira su retrato y cuando discute con Alberto, ya que teme que este pueda matarla al igual que el coronel asesinó a su esposa. Alberto es bastante hostil y radicalmente opuesto a ella cuando están viviendo en la casa del coronel, ya que se siente atemorizado por él. Clarisa no solo se ve amenazada por la abusiva autoridad de su suegro, sino también por el fanatismo religioso de las dos hermanas del coronel y por la tiranía del sacerdote del pueblo, los cuales no están dispuestos a permitir que nadie se desvíe de sus normas y costumbres. A medida que pasa el tiempo, Clarisa se da cuenta de que le han robado su libertad, precisamente el valor fundamental para ella que le ha inculcado por su padre. Es entonces, cuando Clarisa debe decidir entre vivir sumisa a unas normas abusivas que le privan de su libertad y le hacen desgraciada, o por otro lado, subvertir el orden para recuperar su libertad a pesar del peligro que esto supone. Al final de la obra, el coraje de Clarisa y la ayuda espiritual que recibe del padre Luis, el nuevo sacerdote vasco desterrado que llega al pueblo, hace que decida subvertir el orden patriarcal, político y religioso, enfrentándose primero al discurso de su marido completamente manipulado por su padre, posteriormente al discurso del coronel y sus hermanas, y finalmente al discurso del padre Antolín. Gracias a la ayuda del padre Luis, Clarisa toma conciencia de su situación y decide enfrentarse a ella para resolver así su conflicto existencial. De esta forma, consigue liberarse de la trampa-cárcel en la que está presa. Su huida final representa también, como Manuel Aznar afirma, una esperanza en un futuro mejor: "(...) será ella, con la ayuda de un cura vasco desterrado allá, quien se rebelará contra el orden establecido, contra la mentira y el silencio en el que transcurre su vida cotidiana para, con su fuga, iluminar la esperanza de un mañana mejor". (Aznar Soler, "El teatro..." 187)

Clarisa comienza alterando el discurso de poder enfrentándose a su marido, Alberto, cuya personalidad está completamente anulada por su padre. Clarisa se da cuenta de que mentir sobre la ideología anarquista de su padre y aceptar las normas abusivas de la casa de su suegro por amor a su marido Alberto ha sido una mala elección. Como consecuencia, ahora no solo siente miedo de que esta decisión pueda acabar con su vida, sino que también se siente culpable por haber traicionado la memoria de su padre, y por eso, comprende mejor que nunca el significado de las palabras de su padre cuando este decía que el hombre no puede vivir sin libertad. El padre de Clarisa, anarquista, es asesinado por el bando nacionalista durante la guerra civil y su madre muere cuando su casa es bombardeada.⁵⁹ Ahora, el haber ocultado

⁵⁹ Es interesante el hecho de que los padres de Francisca, la protagonista de la novela *Cualquiera que os dé muerte*, mueren de igual forma. Clarisa, al igual que Francisca, tiene que enfrentarse sola a sus miedos y superar los obstáculos de su nueva vida. Clarisa y Francisca bien pudieran ser las dos caras de la misma moneda, es decir, las dos opciones posibles de tomar, o bien exiliarse o bien permanecer después de la

este hecho, por temor a su suegro y a su entorno, pesa demasiado sobre ella porque le ha hecho prisionera de una trampa muy difícil de vencer y de un miedo que va creciendo en ella sin poder detenerlo.

CLARISA: (...) ¿Cómo iba yo a saber que esto era así? Me pareció solo una broma para los primeros días... pero han pasado meses, meses larguísimos como años... ¡Y ahora vivo siempre con el miedo que crece y crece! ¡Y tú también no lo niegues! ¡Tú también tienes un miedo horrible de que se enteren! ¡Cómo si fuera un crimen, una vergüenza! ¡Y no lo es! ¡No lo es! (...). (*La Trampa* 194)

Clarisa se da cuenta de que el miedo constante a que la verdad sea descubierta por la familia de su marido le impide vivir tranquila, por eso, ya no puede ni siquiera respirar. El paso del tiempo solo ha hecho crecer en Clarisa el miedo y el odio a su familia política y a los que creen en un Dios acusador que castiga. El vivir en la casa del coronel les ha transformado a ella y a su marido en seres desgraciados carentes de libertad. Clarisa le recuerda con nostalgia a su marido la bondad de este cuando lo conoce en Madrid y lo enamorados que entonces estaban los dos.

CLARISA: (...) No necesité de vuestro Dios, ni siquiera la noche en que tú me encontraste vagando, enloquecida de dolor, entre las ruinas de mi casa, donde estaba aún el cuerpo roto de mi madre. (...) Pasamos la noche así, sentados en el suelo, entre tanta ruina y tanto dolor... Al amanecer me lo contaste todo... todo... Que habías ido al frente con la intención de pasarte al enemigo... que el enemigo no era tu enemigo, (...) Que te lo había ordenado tu padre cuando te llevaron por fuerza al frente de Madrid... ¡pero no te fuiste! ¡No te pasaste al enemigo por mí, Alberto! ¡Porque me quisiste enseguida, al verme tan sola y tan triste! Yo también te quise enseguida... no sé qué hubiera sido de mí, si no llegas tú... (*La Trampa* 197)

Alberto reconoce la influencia que su padre ejercía entonces sobre él, pero de la que fue capaz de liberarse. Sin embargo, con la presencia de su padre en la casa, el discurso de Alberto se ha transformando, por eso, Clarisa tiene miedo de las consecuencias: “¡Todo cambió al llegar aquí... aquí todo cambia. Yo creo que es por culpa del coronel, de tu padre. Es un hombre terrible y... no sé... a veces pienso que Alberto puede matarme”. (*La Trampa* 193) La ingenuidad de su juventud les hizo pensar que el amor vencería cualquier obstáculo, pero el paso del tiempo les ha demostrado que hace falta, como decía Victoria en *Contra el Dragón*, algo más que amor. Clarisa, al igual que Victoria, necesita librar su personal batalla interna y superar sus miedos. Solo así podrá lograr su libertad.

guerra, con las consiguientes dificultades que ambas conllevan. Así, mientras Francisca supera sus obstáculos en el exilio, Clarisa lo hace en su país.

Clarisa no duda en decirle a su esposo Alberto que el discurso de su padre es injusto, violento y opresivo, y que la gente como su padre les ha arrebatado la libertad haciéndoles creer que Dios les ha dado ese derecho. Alberto sabe que Clarisa tiene razón, pero la influencia de su padre es tal que el miedo le tiene paralizado. Alberto teme a su padre y no es capaz de enfrentarse a él. Gran parte de la fuerza que la protagonista Clarisa muestra al desafiar los diferentes discursos de poder, se la debe al personaje que encarna al padre Luis, un sacerdote vasco desterrado que llega al pueblo y cuyo discurso basado en un Dios justo y piadoso se asemeja al Dios en el que Clarisa cree.

Clarisa, animada por Margarita, acude a ver al padre Luis con la esperanza de que este la ayude a resolver su conflicto interno. El padre Luis vive con su madre, Ñasi. Este personaje es definido por su fortaleza física y su actitud maternal hacia el hijo. El discurso de Ñasi subvierte también el orden social en cuanto que apoya las acciones y los escritos clandestinos de su hijo, los cuales les han llevado al destierro. Las apariciones de Ñasi en la obra se limitan al diálogo con su hijo, y todas sirven para reforzar el papel bondadoso, maternal y comprensivo de su discurso, que es radicalmente opuesto al de la familia del coronel. Clarisa llega a casa del padre Luis dispuesta a reprocharle la hipocresía de un Dios que permite que hombres como su suegro maten y atemorizan a las personas en nombre de Él. Clarisa se niega a creer en ese Dios y así se lo hace saber al padre Luis.

Clarisa es una mujer dominada por un miedo que la ahoga, como lo demuestran sus titubeos al hablar o la mano que continuamente se pasa por la garganta. Las palabras del padre Luis hacen que Clarisa angustiada le recrimine la inexistencia de un Dios compasivo. Clarisa quiere encontrar en las palabras del padre Luis la respuesta a su conflicto interno. Quiere creer en el Dios bondadoso que proclama el padre Luis pero la realidad solo le muestra un Dios cruel y tirano que castiga sin piedad, que es representado a través del discurso del sacerdote del pueblo, el padre Antolín. Clarisa está ansiosa por resolver su conflicto interno y encontrar la ayuda en el Dios caritativo y protector que el sacerdote proclama. El padre Luis percibe el miedo de Clarisa y sabe que intenta decirle algo a través de sus palabras, pero el miedo se lo impide. Clarisa, finalmente, confiesa al padre la mentira que la está torturando. Tiene tanto miedo a que se descubra la verdad como a la posible reacción de su esposo Alberto si esto llegara a ocurrir. Tras librarse de su secreto, le confiesa también al padre Luis cómo su suegro asesinó a su esposa en presencia de la hija de ambos.

Clarisa ha dado un gran paso en su proceso de liberación personal. La conversación con el padre Luis y la confesión de la verdad la han liberado y a la vez le han dado fuerzas para superar su miedo. Clarisa ahora ha comprendido que con su marido nunca será libre porque este se niega a luchar por su propia libertad. Por ello, está dispuesta a huir con Juan, un joven jornalero que trabaja en la casa del coronel y que está enamorado de ella. Clarisa se ha dado cuenta de que la única forma que tiene de ser libre es escapar del espacio físico en el que vive. Por ello, decide huir con Juan,

tras darse cuenta de que su marido Alberto nunca luchará por ella y que además podría acabar asesinandola. Aunque ella no ama a Juan, y es el miedo lo que le ha llevado a tomar la decisión de huir con él, sabe que esta es su única oportunidad para escapar de su trampa-prisión y no la va a desperdiciar. Clarisa está dispuesta a todo para lograr su libertad sin ser consciente del riesgo que corre construyendo su futura relación con Juan en otra mentira. Para ella, Juan representa su única salvación.

Desafortunadamente, Rosa, una de las hermanas del coronel escucha a Clarisa hablar con Juan y la interroga duramente. El discurso inquisidor de la tía Rosa es similar al de su hermano. Esta escena llega a su clímax cuando Paquita, la otra hermana, aparece en escena para reforzar el discurso de su hermana y en ese momento Clarisa se enfrenta a las dos con coraje.

PAQUITA: ¿Qué pasa?

ROSA: ¡Esta...!

CLARISA: ¡Dígalo de una vez! ¡Dígalo! ¡Hablemos todos claro, al fin!

PAQUITA: ¡Eso es lo que debes hacer tú, pequeña...zorra! ¡Sepamos de una vez que clase de alhaja nos ha traído Alberto a casa! ¡Habla, habla tú! ¡Por el fruto se conoce al árbol! ¿Qué clase de tontos crees que somos? ¿Crees que no me he dado cuenta de tus escapadas a casa del P. Luis? ¡Lo supe desde el primer día! ¡Y te has pasado el verano como una... detrás de los segadores extremeños!

ROSA: ¡Calla Paquita! ¡Qué horrible manera de hablar!

PAQUITA: ¡Ella me entiende bien!

CLARISA: Sí que la entiendo...Los entiendo a todos muy bien, y puedo hablarles en el mismo tono... ¡Como una perra! Parece que los perros no son una cosa muy decente... ahora recuerdo que mi padre solía decir que era, de los animales, el más parecido al hombre porque lame la mano del hombre que le pega! ¡Eso es lo que habéis querido hacer de mí: una perra!

ROSA: (Levantando una mano para pegarla) ¡Desvergonzada!

CLARISA: ¡Cuidado! ¡Yo mordería! (*La trampa* 232)

De nuevo existe en esta obra otro paralelismo con la tragedia *Yerma* de Federico García Lorca, al entrar en escena las dos hermanas solteras del coronel que vigilan a Clarisa de la misma forma que las dos hermanas del esposo de Yerma, Juan, viven en la casa para vigilar a Yerma. Alberto, que aparece en escena en ese momento, se asusta al escuchar a Clarisa tan alterada. Sin embargo, esta ya ha dado el primer paso y ahora nada va a impedir que cuente la verdad sobre la identidad de su padre primero, y sobre el asesinato cometido por el coronel después.

ALBERTO: ¡Clarisa!

CLARISA: (...) (Hace a un lado a Alberto y se enfrenta a Rosa y a Paquita). Yo no soy esa que forjó el miedo de Alberto... ¡no quiero ser esa! ¡A mi padre no lo mataron los rojos, lo matasteis vosotros! ¡Vosotros! ¡Y lo volveríais a matar si aún viviera! ¡Lo

mataríais mil veces sin saciaros nunca de su muerte! ¡Mi padre era un anarquista! ¡Era un hombre libre! ¡Un hombre de verdad!

PAQUITA: ¡Jesús!

CLARISA: (*Burlona y hasta cruel*) ¡Jesús, qué miedo! Pues aún más: ¡Yo también lo soy! ¡Lo soy desde que os conozco! ¡Vuestra bajeza no puede medir su altura de hombre; pero es a causa de vosotros que he terminado de comprender a mi padre, el rojo, el anarquista! Al menos, eso os debo! (*La Trampa* 234)

A pesar del peligro que su confesión conlleva, Clarisa ya no teme nada porque se siente libre. Su confesión al padre Luis y las palabras de este la han liberado y la han hecho fuerte. En ese momento llega el padre Antolín a casa del coronel y es cuando Clarisa se entera de que el propio padre Antolín y el coronel han tendido una trampa al padre Luis. La guardia civil planea ir a casa del sacerdote a requisar el posible material clandestino que el padre Luis escribe utilizando un pseudónimo. Clarisa decide ir antes a su casa para avisarle de la trampa. Alberto va tras ella y ya en la casa del padre Luis, Alberto propone a Clarisa huir de allí juntos antes de la llegada de su padre y los demás. Sin embargo, Clarisa, le hace ver que huir no les hará libres: “No Alberto... huyen los cobardes... los culpables... ¡nosotros no! ¡Ya no les tenemos miedo! (...) Tú tienes que pasar esta prueba... ¡Tienes que pasarla!” (*La Trampa* 242)

Ya nada puede evitar que Clarisa logre su objetivo. Ahora se siente más fuerte, ya ha recuperado prácticamente su voz en el discurso, por eso no duda en avisar al padre Antolín de que planean acusarle injustamente sobre la propagación de sus ideas anarquistas y así poder expulsarlo del pueblo. Clarisa se ha liberado de la mentira que la tenía presa y débil, y por eso ahora se siente libre y fuerte. El coronel y el padre Antolín llegan en ese momento a casa del padre Luis. Ahora Clarisa ya no le teme a nada, ni siquiera al coronel al cual no duda enfrentarse.

CORONEL: ¡Calla tú que luego arreglaremos cuentas!

CLARISA: ¡Pero si ya no le tengo miedo! (...)

CORONEL: ¡Calla!

CLARISA: ¡Calla! ¡Hágase el silencio sobre los vivos y sobre los muertos! ¡Que no se oiga ni una voz, ni un susurro ni un lamento! ¡Y sobre ese silencio en que agoniza la conciencia de un pueblo, vosotros! ¡Sobre la muerte, vosotros, haciendo una digestión monstruosa! ¡Os conozco bien, raza podrida!

ALBERTO: ¡Clarisa!

CLARISA: Sin hacerle caso: ¡He estado demasiado cerca de vuestras manos asesinas! (...)

ALBERTO: levantándose fuera de sí: ¡Calla, calla!

CLARISA: ¡también tú Alberto? (*La Trampa* 244)

Las duras palabras de Clarisa hacia su suegro reflejan su valentía. Nadie se había atrevido nunca a desafiar al coronel, y Clarisa sabe que esta batalla es decisiva para su victoria. La confesión de Clarisa sobre el asesinato de la mujer del coronel a manos de este, deja al coronel sin palabras y vencido.

Alberto, sin embargo, atemorizado ante la confesión de Clarisa, reacciona irracionalmente.

ALBERTO: (Va hacia ella con las manos extendidas, amenazador). ¡Calla... terminarás por decirlo todo! (...)

CLARISA: (*Clarisa lo ve llegar horrorizada, incapaz de dominar su miedo*). ¡Él también... él también! ¡Me matará como su padre mató a su madre!

(...)

ALBERTO: (como un niño desamparado) Lo dijiste...lo dijiste...

CLARISA: Era necesario, Alberto... había que decirlo para liberarse de ello (...) (*La Trampa* 246)

El miedo que Clarisa tiene a ser asesinada por su marido es justificado. La verdad ha salvado a Clarisa y también a su esposo, y esta ha logrado con su verdad anular el discurso del coronel. Clarisa ha ganado así su última batalla. Ha sido capaz de enfrentarse a su marido Alberto, a las hermanas del coronel y finalmente, al propio coronel, y ha logrado vencerlos. Si bien es cierto que la ayuda del padre Luis contribuye en gran medida a resolver su conflicto interior, por otro lado, se pone de manifiesto el reconocimiento de los valores humanos y la justicia social en los que cree Cecilia G. de Guilarte, donde frente a un Dios tirano que castiga, representado en el discurso del padre Antolín, se alza un Dios piadoso que perdona, representado en el discurso del padre Luis.⁶⁰

Clarisa está ahora dispuesta a abandonar a su marido si este se niega a luchar por su propia libertad. Hace ver a su esposo que a pesar del amor que siente hacia él no está dispuesta a sacrificar de nuevo su libertad porque se ha dado cuenta de que esta

⁶⁰ José Olivares Larrondo, más conocido como Tellagonri, se exilia en Buenos Aires como consecuencia de la guerra civil. Desde allí, en una carta dirigida a Cecilia G. de Guilarte el 24 de julio de 1959 reflexiona así sobre la oposición binaria que representan los personajes de los dos sacerdotes, el Padre Luis y el Padre Antolín: "Hoy he tenido el gusto de recibir su preciosa comedia *La Trampa*, y esta tarde me la he leído de un tirón. Excelente comedia. El P. Luis y el P. Antolín están perfectamente dibujados y son, cada uno, la auténtica representación del clero a que pertenecen. Así han sido durante la guerra y así siguen siendo ahora, y serán, todavía por demasiado tiempo. (...) Aparte del mérito literario de la comedia, yo, como vasco, me siento muy orgulloso de ser compatriota de don Luis y de quien lo ha llevado al teatro". (Correspondencia obtenida del archivo familiar de Cecilia G. de Guilarte) Por otro lado, Jesús de Zabala, también exiliado en Buenos Aires a causa de la guerra civil, en una carta dirigida a Cecilia G. de Guilarte el 23 de julio de 1959, se refiere así a la figura del sacerdote vasco: "(...) he leído con interés, de un tirón su nueva producción y me ha agradado mucho. La permanencia del sacerdote vasco en el exilio forzado; su conducta humana siempre dispuesto a dialogar y comprender a las clases proletarias, significa todo un acierto." (Correspondencia obtenida del archivo familiar de Cecilia G. de Guilarte)

es imprescindible para vivir. Alberto decide aceptar el discurso de Clarisa y recuperar también su libertad. El padre Luis le empuja a acompañar a Clarisa. Ella ahora no solo es una mujer libre y fortalecida capaz de enfrentar cualquier obstáculo, sino que es una guía para que su esposo pueda liberarse de sus miedos y recuperar también su libertad. Clarisa, al liberarse de su trampa, ha liberado también a Alberto, y ahora el discurso de ambos está basado en la verdad. La unión de las dos Españas que no fue posible con la unión del padre de Alberto y su mujer, es posible ahora. La unión de Alberto y Clarisa representa además la esperanza en un mundo mejor basado en los valores cristianos humanistas y sociales.

5.3. *El camino y la cruz*

El camino y la cruz completa la trilogía dramática. Al igual que *Contra el Dragón*, *El camino y la cruz* es escrita por Cecilia G. de Guilarte durante su estancia en Zitácuaro, Michoacán, en la década de los cincuenta aunque no se ha podido determinar la fecha exacta. La simbología de los nombres se presenta de nuevo en el título y en los personajes. Una vez más, los personajes marginados socialmente son los protagonistas que intentan reafirmarse en medio de un mundo hostil donde impera la ley del más fuerte. En este caso, es el cacique Espiridón Montoya, propietario del rancho La Soledad, el que explota a los indios tarascos que viven en Michoacán, lugar donde se desarrolla la acción.

La obra, aunque adaptada al contexto de la realidad indígena de Michoacán, es una alegoría de la vida y muerte del Jesucristo cristiano, el cual muere para redimir espiritualmente a los hombres del pecado pero con tintes más reivindicativos. En este caso, Jesús Aguanda, un joven indígena de veinte años, también tiene que morir para salvar a los indios de la explotación y de las condiciones infrahumanas en las que estos viven. El discurso de las protagonistas femeninas, María y Magdalena, juega un papel fundamental en la obra ya que sus acciones deciden el desarrollo de los acontecimientos y su discurso les permite lograr su salvación y la del resto de los indios del valle.

María es un personaje decisivo en la obra ya que ella es la portadora del hijo que salva a los indígenas de la pobreza y explotación en la que viven inmersos. Al igual que la María cristiana, es la que porta la promesa de la victoria en la lucha contra el mal. Además, María es una esposa y madre ejemplar. Está casada con José Aguanda, carpintero, al que considera el padre de su hijo Jesús, el cual lleva su apellido. Juntos lo crían y educan con verdadero amor. Espiridón Montoya, el padre biológico de Jesús, la elige a ella como portadora del progenitor que continuará su labor de lucha por los indígenas y salvará a la comunidad de su desgracia. Así se establece la analogía del personaje de la india con el de la María cristiana, cuyo hijo redime a los hombres del pecado.

Espiridón era entonces un joven rebelde que lucha por los intereses de los indígenas. No se había transformado aún en el cacique sin escrúpulos que desprecia a los indios. El discurso de María describe el momento de la concepción como algo sobrenatural sobre el que ella no tuvo elección: “Él no era el padre. Era la palabra que nadie había dicho aún, ni en mis oídos ni en esta tierra del valle... Él tomó mi vientre como una caracola, para hacer resonar su voz en estas tierras dormidas. A su tiempo también el hijo hablará y la palabra estará madura.” (*El camino...72*)

La fortaleza de María es una de las características que la convierten en la elegida para engendrar un hijo, lo cual la obliga a enfrentarse a los prejuicios sociales. Lupe, que encarna a la madre de María, le reprocha continuamente su deshonor y se avergüenza de ella y de su nieto. Cecilia G. de Guilarte subvierte sutilmente el poder patriarcal al dotar a María con un hijo fuera del matrimonio, del cual está orgullosa. Sin embargo, la madre de María, Lupe, en vez de juzgar al padre que abandona a su familia, condena a su hija. Además, traiciona a la comunidad india cuando vende sus tierras al cacique Espiridón, condenando así a los indios a la miseria. Las tierras que posee Lupe representan la salvación del valle y María no duda en enfrentarse a su madre cuando le comunica que ha vendido las tierras al cacique.

Espiridón Montoya está casado con Magdalena, otro de los personajes cruciales en el desarrollo de la historia. Magdalena es descrita como una mujer físicamente bella: “(Es Magdalena mujer como de 30 años, muy guapa, largo y hermoso cabello color rojizo,...)” (*El camino...74*) Magdalena es valiente y sincera. A pesar de que ha tenido relaciones con diferentes hombres antes de su matrimonio, ella nunca se compadece de sí misma y acepta las normas sociales que la condenan por ello. Sin embargo, Magdalena no duda en enfrentarse primero a la hipocresía de las mujeres ricas del valle que la condenan solo a ella: “(...) Solo que ser un hombre de la calle, no suena tan mal como ser una mujer de la calle”. (*El camino... 76*)

Posteriormente, Magdalena se enfrenta a Lupe por vender las tierras del agua y traicionar así a su raza condenando a los indios a la muerte: “¿De qué pasta estás hecha que así traicionas sangre y raza? (...) ¡Maldita tú, cómplice de Satanás, que por la sed de María vendes el agua del Valle!” (*El camino...110*)

Finalmente, su discurso se impone a la tiranía de su marido Espiridón. Magdalena ni siquiera se puede explicar cómo llegó a casarse con él: “(...) Me metí en él como en un callejón sin salida. Es lo que vienen a ser todos los matrimonios. (...)” (*El camino... 90*) Este discurso critica la institución del matrimonio. En realidad, su ingenuidad le hace creer que su matrimonio con Espiridón le dará un hijo al que poder colmar con todo lo que ella carece en su infancia, comenzando por la madre que ella no tuvo. Cree que a pesar de la maldad de Espiridón, ella puede educar a su hijo con unos principios nobles. Sin embargo, el hijo deseado por Magdalena no ha llegado. Magdalena no puede engendrar un hijo fruto del odio y de la maldad de Espiridón. Ambos discursos nunca podrían coincidir, a diferencia del discurso de Jesús Aguanda, el cual representa para ella los valores deseados en un hijo y también los

soñados para el padre de su hijo. Para Magdalena, el indio Jesús es una persona especial, diferente a los demás. Cree que es la persona que el valle necesita para estar protegido, y por eso no quiere que sea una víctima más de Espiridón, y le advierte del peligro que ella presente una vez que Lupe ha vendido las tierras. Ella misma va al valle a advertir a los indios y a Jesús de la tragedia que les espera. Las palabras de Jesús la aturden.

MAGDALENA: ¿De dónde sacas tú, indio triste, la palabra que da en el blanco? ¿La que se clava en la conciencia con un vibrar tan largo y doloroso? ¿Qué fuerza sobrehumana sostiene tu pulso? (...)

JESÚS: Nada en mí... trasciende el padre en el hijo, en mi voz su palabra.

MAGDALENA: Tal vez, me estoy volviendo loca... me siento acorralada por resonancias antiguas... (...) Aquí me tienes, Jesús... con las cicatrices de mi lepra pasada, oliendo a muerto aún, pero arrepentida y tras tu huella... (*El camino*...109)

Ahora, la analogía entre la María Magdalena cristiana y el personaje de la Magdalena mexicana es clara. Magdalena se arrepiente ante Jesús de sus pecados y este la perdona y le encarga cuidar de su madre y de la comunidad: “Vuelve en paz a tus tierras de La Soledad, Magdalena. Pase lo que pase te dejo encargada de mi madre... a toda la Comunidad te encargo. Pero vete ahora... Es como una bandada de cuervos negros, la hora que se cierne sobre el Valle”. (*El camino*...109)

Magdalena ha demostrado su fuerza y su lealtad a los indios y por estas virtudes es la elegida para cuidar de su madre María y también del valle y de los indios. Jesús, ante la llegada de la hora de su muerte, simbolizada por los cuervos negros, la confiere a ella tal responsabilidad. Finalmente, Magdalena enfrenta con valentía el discurso de su marido Espiridón cuando él y Jesús se encuentran cara a cara: “¡Tienes a Satanás en la sangre! ¡Bendigo a Dios que no me dio un hijo tuyo, porque hasta de él habría de renegar ahora!” (*El camino*...114) Magdalena descarga toda su ira e impotencia sobre Espiridón y le dice lo que nunca antes nadie se atrevió a decirle. Espiridón se ha convertido en un cacique sin escrúpulos, dispuesto a sacrificar a quien se interponga en su camino. Ahora es cuando Magdalena se da cuenta realmente de la crueldad de su marido y decide abandonarlo y enfrentarse con coraje a él: “Voluntaria me voy de tu mundo de odio y violencia, a esperar en el Valle la hora de tu expiación!” (*El camino*...117) Magdalena no quiere compartir su vida con un tirano. Su vida está ahora al lado de los indios a los que siempre protegió.⁶¹ Solo Jesús puede salvar a los indígenas de la tiranía del cacique Espiridón. Es necesaria su muerte para

⁶¹ Es importante destacar el hecho de que el rancho de La Soledad se asemeja también al rancho de la novela *La soledad y sus ríos* que también lleva el mismo nombre. Los dos están gobernados por un cacique que explota a los indios y en los dos casos cuando Félix o Jesús, respectivamente, intentan dialogar con el cacique por el tema de la venta de las aguas, estos son asesinados de un disparo. Desgraciadamente, en *La soledad y sus ríos* la muerte de Félix reafirma que impera ley del más fuerte, mientras que en esta tragedia, la consecuencia es opuesta y la muerte de Jesús sirve para liberar a los indios.

que el padre reconozca en él a su hijo y reflexione sobre sus acciones. María está presente en este momento crucial de la obra y ella es la que le comunica que Espiridón ha matado a su propio hijo en la cruz del camino: “¡Tú! Has vuelto... al fin has vuelto, para matar a tu hijo... ¡Hijo mío! ¡Hijo! ¡Hijo...!” (*El camino...*118)

En este momento, el cacique Espiridón Montoya se da cuenta de que Jesús es su hijo.

Para darle más vida volví...Me cegó su mansedumbre y no pude reconocerlo... Y sin embargo bien lo veo ahora...había en él una rebeldía nueva, hecha de amor, hija de la rebeldía mía... Era mi hijo, y ni la sangre ni el corazón me dieron aviso... (*El camino...*119)

Espiridón reconoce ahora en su hijo al salvador a cuya muerte estaba destinado para salvar al valle de la desesperanza y la miseria: “Era más que un hijo... y no lo reconocí. Era una idea, era el símbolo predestinado... era la obra del padre redimida por el hijo...” (*El camino...*119) Con la muerte de Jesús, se ha cumplido su destino redentor y ha nacido de nuevo la esperanza en el valle porque su mensaje les dará la fuerza necesaria para luchar y recuperar su libertad. La muerte de su hijo, hace que Espiridón Montoya, tome conciencia de su pasado, cuando era el líder de la comunidad. Además, esta desgracia le hace recapacitar y respetar los derechos tradicionales de los indios. De esta forma, el valle se salva. Era necesaria la muerte del hijo para que el padre cambiara su comportamiento.

Magdalena y María son los personajes femeninos más importantes de la obra en cuanto a la función que estos desempeñan. Cecilia G. de Guilarte les devuelve la voz y el espacio que la historia les ha negado. Desde sus discursos arquetipos como mujer demonio y mujer ángel respectivamente, se ponen de manifiesto sus valores humanistas cristianos, su coraje y su sentido de justicia social, lo cual les hace merecedoras de ser las elegidas para proteger el valle y para engendrar al hombre que salva a los indios de la miseria. La profundidad psicológica de ambos personajes es relevante y su discurso es un alegato en contra de la victimización de la mujer en el sistema patriarcal y de los indios marginados en el sistema social. Ambas juegan un papel decisivo en el desarrollo de los acontecimientos que permiten a los indios recuperar la dignidad personal que les había sido arrebatada. Esta reivindicación social de los derechos humanos del individuo, así como la lucha y la esperanza en un mundo mejor, son una constante en la literatura de Cecilia G. de Guilarte, y especialmente en su teatro, “un teatro que sirve para educar nuestra facultad crítica y nuestro nivel de compromiso e integridad”. (Beti, “El teatro...” 381)

CONCLUSIÓN

En la obra literaria de Cecilia G. de Guilarte, el discurso de los personajes está definido por sus circunstancias sociales, económicas o culturales que en diferentes ocasiones provocan sentimientos de alienación y soledad en ellos. Aunque algunas protagonistas femeninas se someten al canon social establecido, Cecilia G. de Guilarte transgrede el discurso de poder mediante la introducción de otros personajes que rechazan este discurso. Además, la escritora reflexiona sobre los diferentes arquetipos con los que la sociedad patriarcal ha definido el discurso femenino en función de la adaptación o rechazo a sus reglas. Mediante una mirada crítica, Cecilia G. de Guilarte intenta mostrar que cualquier discurso opresor provoca sufrimiento y frustración en quien lo padece.

Tanto en la narrativa de Cecilia G. de Guilarte como en las piezas dramáticas, la mayoría de los personajes comparten el hecho circunstancial de pertenecer a un entorno marginal u hostil del que son víctimas, y que les convierte en seres frustrados y carentes de expectativas al no poder realizar así su vocación. Su felicidad o frustración personal depende en gran medida de los actos y decisiones que estos toman a lo largo de la vida. Sin embargo, a pesar de la aparente falta de esperanza que caracteriza su discurso, el mensaje último de las obras es esperanzador. Los personajes que triunfan son fuertes y sus experiencias demuestran que es posible lograr los sueños y reafirmar su identidad si se lucha por ellos firmemente hasta su consecución, aunque para ello sea necesario arriesgar demasiado. La frustración puede ser superada con esperanza, voluntad de acción y constancia, porque la vida siempre ofrece una segunda oportunidad. Por otro lado, los personajes que aparecen condenados a un fracaso existencial, funcionan por un lado denunciando las injusticias sociales, y por otro, mostrando cómo la infelicidad es causada por los sueños no realizados. Por eso, la clave para la autoafirmación es la superación de los miedos vitales de los personajes.

Es importante también destacar el apoyo incondicional de personajes femeninos independientes y fuertes que ayudan a los protagonistas a lograr su sueño. Su discurso

narrativo alienta a otros personajes más débiles a no renunciar a la lucha y les anima a creer en ellos mismos. A pesar de la dificultad que entraña elaborar su propio discurso en una sociedad patriarcal, Cecilia G. de Guilarte proyecta en muchos de sus personajes femeninos una cierta independencia que les libera del discurso masculino y les permite construir su identidad a través de su profesión a pesar de la dificultad de conciliar su discurso afectivo amoroso con su discurso vocacional.

Es interesante señalar además, que todas las obras comparten en común el hecho de estar relacionadas con algunas experiencias personales de la escritora. El material ficticio del que se nutren y su biografía se van a transformar, fundiéndose, en literatura. En otras palabras, la reflexión sobre su literatura es en Cecilia G. de Guilarte una reflexión sobre su propia identidad sin que ello signifique calificar sus novelas de autobiográficas, algo que la escritora siempre ha desmentido con rotundidad. La construcción literaria es una técnica para deconstruir la realidad en la que se encuentran atrapadas las mujeres en ese momento. En toda la obra literaria de Cecilia G. de Guilarte se afirma además la dignidad, la identidad y el coraje de las clases sociales más marginadas, los cuales son víctimas de un discurso de poder al que no pueden adaptarse y por eso se establece un paralelismo entre el discurso de opresión de género y el discurso de opresión social de clase. Por otro lado, la repetición de ambientes o personajes que dialogan entre sí, aumenta su grado de verosimilitud junto con un perfecto dominio de la lengua literaria y en particular del léxico mexicano.

Hoy, a pesar de la muerte física de Cecilia G. de Guilarte, su obra sigue viva y su mensaje y carisma también. Su sugerente personalidad y la valía de su quehacer literario no pasan desapercibidos para quien se acerca a su escritura. A medida que se va descubriendo no solo a la escritora sino también a la persona, uno se siente atraído por igual tanto por su obra como por su vida personal y su calidad humana, y porque en definitiva, supo desarrollar una carrera literaria de extraordinario valor que afortunadamente está siendo rescatada del olvido. Solo así, podremos hacernos una idea cabal de lo que su trabajo representa, valorando su aportación a esa importante vertiente de la literatura española que es la literatura del exilio.

BIBLIOGRAFÍA

Obras citadas de Cecilia G. de Guilarte⁶²

- García de Guilarte, Cecilia. *¿Locos y vencidos?* Barcelona: La Novela Ideal; Editorial Urales, 1935.
- _____. *Mujeres*. Barcelona: La Novela Ideal; Editorial Urales, 1936.
- _____. *Rosa del rosal cortada y Los ojos claros de Ignacio. La Novela Vasca*. San Sebastián: La Novela Vasca, I, 1936
- _____. *El camino del corazón*. México D.F.: Editorial Delly, 1942.
- _____. *El milagro de la vida*. México D.F.: Editorial Delly, 1942.
- _____. *Orgullo de casta*. México D.F.: Editorial Delly, 1942.
- _____. “Navidad Roja”. *Rumbo*: México, 1942.
- _____. “¿A dónde irán las almas...? *Mapa*: México (agosto de 1943).
- _____. *Nació en España (novela o lo que el lector prefiera)*. (Prólogo de Álvaro de Albornoz) México: Editorial Mijares, 1944.
- _____. “0-4 Cruz Verde”. *El Nacional. Revista Mexicana de Cultura* (14-05-1950).
- _____. *Contra el dragón*. México D.F.: Instituto Nacional de la Juventud Mexicana, 1954.
- _____. “El asilo”. *Euzko Deya* (enero de 1955).
- _____. “Mientras la esperanza vive”. (Cuento de Navidad). *Euzko Deya*: México (enero de 1956).
- _____. “Paz en la Tierra. Navarra tiene cadenas”. (Cuento de Navidad). *Euzko Deya*: México (enero de 1957).
- _____. “Renacer en Navidad”. *Euzko Deya* (febrero de 1958).
- _____. “La sed”. *Revista de la Universidad de Sonora*: Hermosillo (diciembre de 1958).

⁶² Se puede consultar un listado de artículos escritos por Cecilia G. de Guilarte en los diferentes periódicos y revistas donde colabora en la edición *Trilogía dramática*. San Sebastián: Saturrarán, 2001. 48-59 y en la edición de *Los Nudos del Quipu*. Sevilla: Renacimiento, 2015. 409-478.

- ___, *La trampa. Comedia en tres actos y un cuadro*. (Prólogo de Niceto Alcalá-Zamora y Castillo) México D.F.: B. Costa-Amic, 1958.
- ___, *Sor Juana Inés de la Cruz. Claro en la Selva*, Buenos Aires: Editorial Vasca Ekin, 1958.
- ___, *El padre Hidalgo, libertador*, Mexico: Universidad de Sonora, 1958.
- ___, “Las preocupaciones de María Josefa”. (Cuento de Navidad). *Euzko Deya*: México (enero de 1959).
- ___, “La muerte invitada”. *Revista de la Universidad de Sonora*, 5: Hermosillo (septiembre-febrero 1959).
- ___, “Niño y toro de ojos verdes”. *Letras de Sonora*: Hermosillo, 1962.
- ___, “Un perro en la guerra”. *Programa de fiestas de Eibar*. Eibar, 1968.
- ___, *Cualquiera que os dé muerte*, Barcelona: Editorial Linosa, 1969. Premio Águilas de Novela 1969 (Finalista Planeta 1968).
- ___, *Cualquiera que os dé muerte*, Barcelona: Editorial Plaza & Janés, 1969. Premio Águilas de Novela 1969 (Finalista Planeta 1968).
- ___, *Juana de Asbaje, la monja almirante (Sor Juana Inés de la Cruz)*. (Prólogo de Herminio Ahumada) Bilbao: La Gran Enciclopedia Vasca, 1970.
- ___, *La soledad y sus ríos*. (Presentación de Ángel Palomino) Madrid: Magisterio Español (Novelas y Cuentos), 1975 (Mención de honor Premio Gabriel Miró).
- ___, *Trilogía dramática: El camino y la cruz. Contra el dragón. La trampa*. (Prólogo de Maravillas Villa) San Sebastián: Saturrarán, 2001.
- ___, *Un barco cargado de...* (Prólogo de Maravillas Villa) San Sebastián: Saturrarán, 2001.
- ___, *Cecilia G. de Guilarte, reporter de la C.N.T.* Julen Lezámiz y y Guillermo Tabernilla (eds.) Bilbao: Ediciones Beta, 2017.
- ___, *Un barco cargado de...* Mónica Jato (ed.) Sevilla: Renacimiento, 2012.
- ___, *Escritos de Cecilia G. de Guilarte, Segunda República y Guerra Civil*. Julen Lezámiz y Ana Urrutia (eds.) Albacete: Uno Editorial, 2015.
- ___, *Los nudos del quipu*. Manuel Aznar Soler (ed.) Sevilla: Renacimiento, 2015.
- ___, *Diario de un retorno a dos voces: correspondencia entre Cecilia G. de Guilarte y Silvia Mistral*. Mónica Jato (ed.) Sevilla: Ulises, 2015.

Otros documentos citados

- Olivares Larrondo, José (Tellagorri). Carta inédita a Cecilia G. de Guilarte (24-07-1959).
- Ruiz Girón, Amós. Carta inédita a su hija Ana Mari Izaskun Ruiz (10-11- 91).
- Zabala, Jesús de. Carta inédita a Cecilia G. de Guilarte (23-07-1959).

Referencias bibliográficas adicionales

- Ahumada, Herminio. “Prólogo” a *Juana de Asbaje, la monja almirante (Sor Juana Inés de la Cruz)*. Bilbao: La Gran Enciclopedia Vasca, 1970.
- Albornoz, Álvaro de. “Prólogo” a *Nació en España (novela o lo que el lector prefiera)*. México: Editorial Mijares, 1944.
- Alcalá-Zamora y Castillo, Niceto. “Prólogo” a *La trampa. Comedia en tres actos y un cuadro*. México D.F.: B. Costa-Amic, 1958.
- Ascunce, José Ángel. “El teatro en el exilio vasco. Fenómeno dramático y género literario”. *El exilio teatral republicano de 1939*. Manuel Aznar Soler (ed.) San Cugat del Vallés: Gexel, 1999. 97-117.
- _____. “El teatro vasco en castellano en el exilio de 1936”. *El teatro del exilio vasco de 1936*. José Ángel Ascunce Arrieta, Ioida Gereñu Odriozola, Mari Karmen Gil Fombellida (eds.) San Sebastián: Hamaika Bide Elkarte, 2012. 26-52.
- _____. “La identidad exílica en los personajes femeninos de la narrativa de Cecilia G. de Guilarte”. *Espacios de la heterodoxia del exilio*. Larraitz Ariznabarreta (coord.) San Sebastián: Hamaika Bide Elkarte, 2016. 51-65.
- Aznar Soler, Manuel. “El teatro del exilio de Cecilia G. de Guilarte”. *Sesenta Años Después. Euskal Erbestearen kultura*. Xabier Apaolaza, José Ángel Ascunce, Iratxe Momoitio (eds.) San Sebastián: Saturrarán, 2000. 183-204.
- _____. “Introducción” a Cecilia G. de Guilarte, *Los nudos del Quipu*. Sevilla: Renacimiento, 2015. 14-37.
- Beti Sáez, Iñaki. “El teatro reivindicativo de Cecilia G. de Guilarte”. *Exilio y artes escénicas*. Iñaki Beti y Mari Karmen Gil Fombellida (eds.) San Sebastián: Saturrarán, 2009. 369-383.
- Campoamor, Clara. *Sor Juana Inés de la Cruz*. Madrid: Júcar, 1983.
- Caudet, Francisco. “El ensayo durante el exilio”. *Las literaturas exiliadas en 1939*. Manuel Aznar Soler (ed.) San Cugat del Vallés: Gexel, 1995. 17-21.
- _____. *Hipótesis sobre el exilio republicano de 1939*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1997.
- Cuadra y Echaide, Pilar de: “La ganadora del Premio Águilas 1969 de novela en Barcelona”. *Diario de Barcelona*: Barcelona (5-12-69).
- _____. “La monja almirante”. *La voz de España*: San Sebastián (27-4-71): 8.
- _____. “Cecilia G. de Guilarte, gran escritora del exilio español, ha muerto”. *Suplemento El Imparcial*: Hermosillo (1989).
- Domínguez Prats, Pilar. “Cualquiera que os dé muerte: Un relato autobiográfico del exilio femenino en México”. *El exilio literario español de 1939: Actas del Primer Congreso Internacional* (Bellaterra, 1995). Manuel Aznar Soler (ed.) Sant Cugat del Vallés: Gexel, 1998. 283-290.
- _____. *De ciudadanas a exiliadas. Un estudio sobre las republicanas exiliadas en México*. Madrid: Ediciones Cinca, 2009.

- , “El relato oral de Cecilia G. de Guilarte” *Espacios de la heterodoxia del exilio*. Larraitz Ariznabarreta (coord.) San Sebastián: Hamaika Bide Elkarte, 2016. 85-93.
- Faber, Sebastiaan. “Algunos aspectos ideológicos del exilio español en México”. *Revista siglo diecinueve*, 2002. 29- 51.
- , “Silencios y tabúes del exilio español en México: Historia oficial vs. Historia oral”. *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, Historia Contemporánea, 17 (2005): 386.
- Flores Kaperotxipi, Mauricio. “Sor Juana Inés de la Cruz”. *Euzko Deya*: México D.F. 1958.
- Fresco, Mauricio. *La emigración republicana española: una victoria de México*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001. (Edición digital basada en la de México D.F.: Editores Asociados, 1950)
- Galiana, Ismael. “El premio Águilas de Novela para Cecilia G. de Guilarte”. *La Voz de España* (26-08-1969).
- García Lorca, Federico, *Yerma*. Idelfonso-Manuel Gil (ed.) Madrid: Cátedra, 2000.
- García Lorca, Federico. “La aurora”. *Poeta en Nueva York*. María Clementa Millán (ed.) Madrid: Cátedra, 2000.
- Garmendia, José. “Juana de Asbaje, la monja almirante”. *El diario vasco* (28 -05-1971).
- Gil Fombellida, Mari Karmen. “Sinronías dramáticas entre Cecilia G. de Guilarte y Antonio Buero Vallejo”. *Espacios de la heterodoxia del exilio*. Larraitz Ariznabarreta (coord.) San Sebastián: Hamaika Bide Elkarte, 2016. 67-83.
- Gilbert, Sandra M. y Guber, Susan. *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*. Madrid: Cátedra, 1998.
- Gimeno Escudero, Blanca. *El discurso femenino en la obra literaria de Cecilia G. de Guilarte* (tesis doctoral inédita). Universidad de Valladolid: Valladolid, 2013.
- Gringoire, Pedro. “Libros de nuestros tiempos”. *Euzko Deya*: México D.F. (1958).
- Guillén, Caludio. *El sol de los desterrados: literatura y exilio*. Barcelona: Sirmio, 1995.
- Irujo, Pedro María de. “El libro de Cecilia G. de Guilarte: Sor Juana Inés de la Cruz”. *Euzko Deya*: México D.F. (agosto de 1958).
- Jato, Mónica. “Introducción” a *Diario de un retorno a dos voces. Correspondencia entre Cecilia G. de Guilarte y Silvia Mistral*. Sevilla: Ulises, 2015.
- Koska, Susana. *Mujeres en pie de guerra. Memorias de nosotras*. Barcelona: Ediciones B, 2017.
- Magaña, Sergio. “Contra el dragón”. *El Nacional*: México (15-6-52).
- Manzano, Rafael. “Los más terribles combates de la guerra española no se libraron en los frentes; tuvieron por marco el corazón de las madres españolas”. *Solidaridad Nacional* (5-12-69).
- MEI. “Un premio literario por cuestación popular”. *Diario Femenino* (4-12 1969): 20.
- Mendiola, José María. “La soledad y sus ríos”. *El Diario Vasco* (25-4-76).
- Parodi, Enriqueta de. “Cecilia G. de Guilarte”. *El Imparcial*: Hermosillo, México (28-5-55).
- Paz, Octavio. “Prólogo”. Aureliano Tapia Méndez. *Carta de Sor Juana Inés de la Cruz a su confesor Autodefensa espiritual*. Monterrey, N.L., México: Biblioteca Universitaria “Raúl Rangel Frías”, 2010.

- Pérez Vejo, Tomás. "España en el Imaginario Mexicano: el Choque del Exilio". *De Madrid a México: el exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*. México: Universidad Michoacana Nicolás Hidalgo, 2001. 1-66.
- Rodríguez Plaza, Joaquina. *La novela del exilio en México*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1986.
- Romero, Ortiz y Álvarez. *María Zambrano y Sor Juana Inés de la Cruz. La pasión por el conocimiento*. Zaragoza: Prensas universitarias de Zaragoza, 2010.
- Ruiz García, Ana Mari Izaskun. "Los exilios del exilio de Cecilia G. de Guilarte". *El exilio: debate para la historia y cultura*. José Ángel Ascunce (ed.) San Sebastián: Saturrarán, 2008. 457-469.
- Ruiz García, Marina y Ruiz García, Ana Mari Izaskun. "Entre dos orillas o el sueño de una ausencia". *Los hijos del exilio vasco: arraigo o desarraigo*. José Ángel Ascunce y María Luisa San Miguel (eds.) San Sebastián: Saturrarán, 2004. 531-571.
- Salinas, Pedro. "En busca de Juana de Asbaje", *Ensayos de Literatura Hispánica*. Madrid, 1958. 208. (Conferencia pronunciada en Los Ángeles en 1940).
- Serrano Asenjo, Enrique. *Vidas oblicuas: Aspectos teóricos de la nueva bibliografía en España (1928-1936)*. Zaragoza: Prensas universitarias de Zaragoza, 2002.
- Tapia Méndez, Aureliano. *Carta de Sor Juana Inés de la Cruz a su confesor Autodefensa espiritual*. Monterrey, N.L., México: Biblioteca Universitaria "Raúl Rangel Frías", 2010.
- Torres Endrina, R: "Nació en España por Cecilia G. de Guilarte". *Estampa*: Madrid.
- Ugarte, Michael. *Literatura española en el exilio: Un estudio comparativo*. Madrid: Siglo XXI de España, 1999.
- Usandizaga, Aránzazu. *Amor y literatura. La búsqueda literaria de la identidad femenina*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, 1993.
- Ussía, Begoña de. "Cecilia G. de Guilarte gana el Premio Águilas de novela con Cualquiera que os dé muerte". *Telva*: Madrid (diciembre de 1969).
- Villa, Maravillas. "Introducción" a Cecilia G. de Guilarte, *Trilogía dramática* San Sebastián: Saturrarán, 2001. 13-45.
- _____, "Introducción" a *Un barco cargado de...* San Sebastián: Saturrarán, 2001. 14-31.
- _____, "Exilio y drama femenino". *Exilio y artes escénicas*. Iñaki Beti Sáex y Mari Karmen Gil Fonbellido (eds.) San Sebastián: Saturrarán, 2009. 407-414.

ANEXOS

Anexo I. Tres cuentos.

1. “Mientras la esperanza vive...”
2. “Paz en la tierra. Navarra tiene cadenas”
3. “Las preocupaciones de María Josefa”

1. Mientras la esperanza vive... (Cuento de Navidad)

Como una boca aquí que ríe, se abrió la puerta del cine y salió la gente.

-Después de todo -pensó Fermina-, aún queda alegría en el corazón de los hombres. Hay que dar gracias a Dios.

Y Fermina, la castañera, se las dio por todos los hombres que aún guardan alegría en sus corazones. Porque el corazón alegre siempre tiene la puerta abierta a la fe. Y Fermina era tan vieja que podía regocijarse como una madre con la alegría de todos los hombres. Hombres y niños, muchachos jóvenes que dejaban escapar sus risas a través de los cuellos alzados de los abrigos y tenían en los ojos el brillo de las luminarias de la Nochebuena.

-Seguramente, pensó Fermina, las madres están preparando la cena de Gabón. Y una lengüetada de tristeza le lamió el alma y sintió frío. La lluvia menuda y helada había calado las calles y los faroles se miraban en ellas como un espejo oscuro. Y ese día nadie se detenía a comprar castañas asadas. Fermina lo comprendía bien y no se dolía. Todos esperaban algo mejor esa noche y también ella esperaba...

La marquesina del cine la protegía de la lluvia y estaba arropada con el último abrazo de su hijo. Pasó Manuel, el amigo íntimo de José Mari, y el corazón se le puso en pie. Pero Manuel pasó llevando de las manos a sus hijitos sin dejarle otra cosa que un saludo afectuoso y huidizo en el regazo. Y ya nadie salía del cine. Las luces de la marquesina se apagarían pronto.

Hacía mucho tiempo que Fermina no rezaba. No rezaba como los otros, porque estaba vieja y cansada y se sentía cerca de Dios. Demasiado cerca para emplear fórmulas. Por eso hablaba y le decía a Dios las cosas en lenguaje llano, como se le dicen a un padre:

- ¡Esta noche no! ¡No puedes hacerme eso! Ya ves que he esperado con paciencia, confiando plenamente en Ti... Tú sabes dónde está José Mari... Tú lo sabes. Y aquí estoy, Señor, esperando...

Hacía ya veinte días que José Mari se había ido con un irse sin sorpresa. No porque ella lo supiera, sino porque desde hacía años, muchos años, José Mari estaba y no estaba. Solo que ella había estado siempre muy ocupada y no se había dado cuenta hasta muy tarde. Fue el día en que Don Pablo había ido a la cocina y donde ella lavaba la ropa y le había dicho severamente:

-Fermina, ya puedes decirle a José Mari que ande con cuidado. Ese chico tuyo acabará de mala manera

Y se había ido muy tieso, con esa tiesura agresiva la manera...

Se ve que habían tomado algunas gentes del pueblo desde que terminó la guerra, sin darle explicaciones. Ella hubiera querido preguntarle a esa señora; pero la vio tan ajena a su angustia, tan tiesa ella también, que siguió lavando y espero a que José Mari le explicase. Pero él tampoco le había explicado gran cosa. Se había limitado a acariciarle el cabello blanco y sonreír.

-No vuelvas a casa de Don Pablo –le había dicho-, no tienes necesidad. Podemos arreglárnoslas con mi sueldo.

Ciertamente, podían arreglarse. José Mari había insistido siempre en eso. Pero ella estaba tan acostumbrada a trabajar, que le dolían los huesos y el alma si se quedaba quieta. Desde que se quedó viuda, hace ya tantos años, había trabajado valientemente y sin descanso. ¡Y después de la guerra había sido tan difícil vivir! ¡La gente estaba tan necesitada y tan triste! Dios le había dado un regazo para mil hijos y Fermina se multiplicaba al darse. La llamaban de las casas donde había enfermos, y cuando un hijo estaba por llegar al mundo. Y si no la llamaban, iba voluntaria a las casas donde había niños desatendidos por la enfermedad de la madre para restregar caras y encender fogones. También era bueno contribuir con algo cuando el sueldo de los hombres no alcanzaba...

No había vuelto a casa de Don Pablo, ni siquiera cuando la señora la mandó a buscar. No sabía por qué; pero estaba segura de que aquellas gentes juzgaban a José Mari sin justicia y sin caridad, y eso no estaba bien. No estaba bien porque José Mari era un buen hijo y un buen hombre para todos. Tal vez había cosas en la vida de su hijo que ella no entendía bien. Seguramente porque Dios no la había hecho a ella para entender sino para sentir. Y sentía hondamente que lo que José Mari hacía estaba bien. Estuvo segura de ello hasta cuando se llevaron a José Mari a la cárcel. Ella siempre había tenido fe en la justicia de Dios y la de los hombres. Pero el día que se llevaron a José Mari, estuvo segura de que la justicia de los hombres había fallado. No

su hijo. Ni Dios. Y desde ese día empezó a pedirle que enderezase la justicia humana y pusiera un poco de caridad en el corazón de los hombres.

Y ahora José Mari se había ido. Se había ido una noche sin tiempo para explicaciones ni lamentos. Había sido una huida, y ella lo sabía. Ya estaban acostados cuando Manuel llamó a la puerta, pálido y apremiante. No supo lo que hablaron. Solo que mientras hablaban José Mari se había vestido apresuradamente y apresuradamente ella también, había metido en una bolsa una muda completa.

Y luego, antes de salir José Mari se había vuelto hacia ella y ella le había visto los ojos húmedos. Aquellos ojos verdosos, tan expresivos y rectos. Tal vez quiso decirle algo pero no pudo. De todas maneras, ella lo había comprendido todo. Manuel insistía porque salieran pronto, y entonces José Mari la había abrazado fuerte, tan fuerte que aún sentía sus brazos en torno al cuerpo como una coraza...

-¿A dónde vas? -le había preguntado ella. Y él había respondido, mirándola intensa y dolorosamente casi al oído:

-Pronto lo sabremos tú y yo, amá. Alguien te dará noticias de mí. No preguntes, no quieras saber nada antes. Espera...

Y esperaba allí, a la puerta del cine donde había estado tantos inviernos, para que todos la vieran. Había esperado muchas noches, saliendo al paso de los corazones que pudieran traerle el mensaje. Pero esta noche, esta noche era la última. Sentía que la flor cerrada de la espera se había abierto y estaba madura. No había preguntado nada a nadie, porque así lo quería José Mari y seguramente también Dios lo quería así. No siquiera a los hombres que llegaron cuando José Mari se había ido y pusieron la casa revuelta buscándolo hasta debajo de las camas. Mientras ellos buscaban, le había encendido una lamparilla a la Virgen de Aránzazu, y en el fondo de su corazón se había reído de aquellos hombres uniformados afanosos y sombríos.

Pero habían pasado veinte días tan largos como una vida. Porque en esos veinte días había revisado hilo a hilo toda la trama apretada de su vivir, para buscar la raíz de aquello que le estaba sucediendo. Se había acordado de la ira concentrada de José Mari el día que les avisaron para que quitasen la lápida de su muerto y pusieran otra en castellano. A ella le había parecido absurdo aquello; pero también era cierto que en el pueblo estaban ocurriendo muchas cosas absurdas y que el corazón de las gentes estaba sombrío y no había alegría ni fe. Y lo de la lápida del cementerio era más absurdo que todo, porque su pobre muerto no había sabido nunca más que tres o cuatro palabras en castellano.

Entonces José Mari había ido al cementerio a cambiar la lápida. Y cuando ella fue el domingo el domingo siguiente, se había sorprendido: la tumba de su muerto no tenía ahora lápida ninguna. Solo un muñón corroído por la humedad, descarnado y patético como la justa protesta de un muerto.

-¿Por qué has hecho eso? -le reprochó dolorida a José Mari. Y él había sonreído como sonreía siempre, un poco tristemente; pero poniendo en la sonrisa un mundo de ternura, en un lenguaje que ella conocía bien.

- He sembrado el euskera, amá. Ahora está bajo la tierra, con nuestros muertos, esperando su sábado de gloria, su resurrección...

Y ella había comprendido enseguida y se había reído. Y José Mari también se había reído con ella y había dicho:

- “Se obedece, pero no se cumple”.

Ahí debía estar la raíz de todo. En ese sembrarse y esperar. Durante todos esos años, José Mari debió estar sembrando cosas. Como la vieja lengua que era voz eterna de muertos y vivos en aquella tierra, en la hora sin luz ni alegría, ni justicia ni paz verdadera, había muchas cosas que debían ser sembradas. Y Fermina suspiró hondamente.

Aquel abrazo de José Mari que la ceñía y la calentaba aún, era como el muñón patético y desafiante de la tumba de su muerto. Y esta ausencia de su hijo un sembrase también...

Había ahora en la calle solitaria un lejano rumor de músicas y cantos. Como si la noche mística del Nacimiento se abriera y mostrase a las estrellas la flor caliente de su esperanza renovada. Ya no pasaba nadie por la calle y un hombre estaba descolgando los cuadros de la película.

-Ya vamos a apagar las luces –le dijo a Fermina. Y se fue silbando con su carga.

En la esquina de enfrente se paró un hombre y miró al cielo, como si la lluvia que arreciaba le marcase un alto. Estaba en la sombra y Fermina no podía verle. Pero aferrada a su esperanza sintió que su corazón lo llamaba ardientemente. Y el hombre cruzó la calle y se detuvo frente a ella. Era Don Luis Urbistondo, el médico, y se conocían bien. Se habían visto a la cabecera de muchos enfermos. Su última esperanza se desvaneció al conocerle; porque ¿qué podía decirle él de su hijo? ¿Qué podía saber Don Luis de aquella siembra tenaz y porfiada que se había llevado a su hijo?

Se miraron en silencio mientras el hombre del cine se llevaba más cuadros. Y Fermina pensó: Ahora apagaré las luces. Y miro afanosamente a Don Luis, como si quisiera atesorar el chorro de simpatía que brotaba de sus ojos antes de que llegara la oscuridad.

-Fermina –dijo entonces-, te traigo un recado de José Mari.

Ella sonrió y no dijo nada. ¿Qué podía decir? Entonces el médico tomó la cesta de las castañas y la ayudó a levantarse.

-Vamos –dijo.

Y caminaron en silencio fiel Fermina a la recomendación de su hijo de no preguntar nada, iban ahora por la amplia avenida regada de luz por los arbotantes. Se oía cercano el manso fluir del río y un lejano villancico parecía navegar sobre él en una barca de cristal. Un tibio gozo encendía la sangre de Fermina y la sentía circular apresurada. Sin sorpresa, preparada al milagro, entró en la casa donde la esposa y los

hijos se colgaron del cuello de don Luis, como si acabaran de salvarse de una tempestad tremenda.

-Pensé que habrías ido a cenar con tu madre –dijo él.

-Estaba tan asustada... además tenía el presentimiento de que llegarías hoy. ¡Pasa, pasa, la cena está lista!

Y entonces se fijó en Fermina y miró interrogadoramente a su marido. También los niños parecían preguntar. El médico sonrió:

-Me olvidé de comprar un regalo de Navidad. Y como las tiendas están cerradas, os compré una cesta de castañas calentitas y os traje también a Fermina...

-¿Para siempre? –preguntó un chiquillo con los ojos redondos de asombro.

-Sí, para siempre.

Y Fermina era la única que seguía sin asombrarse. Sus claros ojos, entre las mil arrugas de su trabajada vida, le estaban diciendo a Dios:

-Yo no te había pedido tanto...

Los niños hicieron fiesta con las castañas en un rincón de la sala, junto al Nacimiento iluminado. Luisa se fue a la cocina y el médico llevó a Fermina hasta un sillón junto a la chimenea. Ella lo miró solemne, esperando. Él miraba al fuego y pensaba. Luego sus miradas se encontraron:

-José Mari está seguro, Fermina. Ya nunca podrán alcanzarlo. Él, todos ellos, volverán el día en que en esta tierra nuestra haya libertad. Ellos estarán presentes en esa hora. ¿Comprendes, Fermina?

Ella asintió gravemente. Así debía ser. Y como el silencio se prolongase, se atrevió a preguntar:

-¿Está muy lejos, Don Luis?

-No, está muy cerca... y también muy lejos.

-¿Está en... las Américas? –Eso era lo más lejos para Fermina. Don Luis asintió.

-Antes de marchar me dio este recado para ti: “Dígale a mi madre que se vaya a vivir a su casa y que me espere”.

Fermina sonrió y dos lágrimas se desparramaron por los surcos de su cara.

-Siempre fue un buen hijo, -murmuró.

-Y un gran hombre, Fermina. Un hombre como hay pocos.

Y miró a sus hijos con un secreto anhelo. Luis apareció en la puerta:

-¡A cenar!

-¡Llevar a Fermina a la mesa, hijos. Yo voy enseguida...

Se la prendieron de las manos, como nietos de estreno. Porque en esos días de la Navidad los niños saben siempre donde están los pozos de la ternura y son como pastorcillos de Belén, los primeros en acudir al llamado.

-Me gustaría ver antes el Nacimiento, -dijo Fermina.

Y Don Luis vio como el niño acentuaba su sonrisa al sonreír arrobado de Fermina. Entonces sacó del bolsillo un papel y lo leyó por última vez.

“A José Mari Ormaechea lo mataron los carabineros cuando intentaba pasar la frontera. Avisar a su madre, Fermina Arriola, que vende castañas a la puerta del cine”.

Y Luis Urbistondo acercó el papel al fuego y esperó a que se consumiera antes de ir al comedor donde su familia, toda su familia, lo esperaba esa noche de Gabón.

EL CUENTO DE NAVIDAD

MIENTRAS LA ESPERANZA VIVE...

Por Cecilia G. DE GUILARTE



Como una boca que ríe, se abrió la puerta del ceno y salió la gente.

—Después de todo —pensó Fermína—, aún queda alegría en el corazón de los hombres. Hay que dar gracias a Dios.

Y Fermína, la castañera, se las dió por todos los hombres que aún guardan alegría en sus corazones. Porque el corazón alegre siempre tiene la puerta abierta a la fe. Y Fermína era tan vieja que podía regocijarse como una madre con la alegría de todos los hombres. Hombres y niños, muchachas jóvenes que dejaban escapar sus risas a través de los cuellos alzados de los abrigos y tenían en los ojos el brillo de las luminarias de la Noche Buena.

—Seguramente, pensó Fermína, las madres están preparando la cena de Gabón. Y una lengüetada de tristeza le lamó el alma y sintió frío. La lluvia menuda y helada había enlodado las calles y los faroles se miraban en ellas como en un espejo oscuro. Y ese día nadie se detenía a comprar castañas asadas. Fermína lo comprendía bien y no se dolía. Todos esperaban algo mejor esa noche y también ella esperaba...

La marquesina del cine la protegía de la lluvia y estaba arropada en el último abrazo de su hijo. Pa'í Manuel, el amigo íntimo de José Mari, y el corazón se le puso en pie. Pero Manuel pasó llevando de las manos a sus hijitas sin dejarle otra cosa que un saludo afectuoso y huido en el regazo. Y ya nadie salía del cine. Las luces de la marquesina se apagarían pronto.

Hacia mucho tiempo que Fermína no rezaba. No rezaba como los otros, porque estaba vieja y cansada y se sentía cerca de Dios. Demasiado cerca para emplear fórmulas. Por eso le hablaba y le decía a Dios las cosas en lenguaje llano, como se le dicen a un padre:

—Esta noche no! ¡No puedes hacerme eso! Ya ves que he esperado con paciencia, confiando plenamente en Ti... Tú sabes dónde está José Mari... Tú lo sabes. Y aquí estoy, Señor, esperando...

Hacia ya veinte días que José Mari se había ido con un irse sin sorpresa. No porque ella lo supiera, sino porque desde hacía años, muchos años, José Mari estaba y no estaba. Solo que ella había estado siempre muy ocupada y no se había dado cuenta hasta muy tarde. Fue el día en que Don Pablo había ido a la cocina y donde ella lavaba la ropa y le había dicho severamente:

—Fermína, ya puedes decirle a José Mari que

ande con cuidado. Ese chico tuyo acabará de matarse y se había ido muy tieso, con esa tiesura agreda la manera...

síva que habían tomado algunas gentes del pueblo desde que terminó la guerra, sin darle más explicaciones. Ella hubiera querido preguntarle a la señora; pero la vio tan a'ena a su angustia, tan tiesa ella también, que siguió lavando y esperó a que José Mari le explicase. Pero él tampoco le había explicado gran cosa. Se había limitado a acariciarle el cabello blanco y sonreír.

—No vuelvas a casa de Don Pablo —le había dicho—, no tienes necesidad. Podemos arreglarnos con mi sueldo.

Ciertamente, podían arreglarse. José Mari había insistido siempre en eso. Pero ella estaba tan acostumbrada a trabajar, que le dolían los huesos y el alma si se quedaba quieta. Desde que se quedó viuda, hacía ya tantos años, había trabajado valientemente y sin descanso. ¡Y después de la guerra había sido tan difícil vivir! ¡La gente estaba tan necesitada y tan triste! Dios le había dado un regazo para mil hijos y Fermína se multiplicaba al darse. La llamaban de las casas donde había enfermos, y cuando un hijo estaba para llegar al mundo. Y si no la llamaban, iba ella voluntaria a las casas donde había niños desatendidos por la enfermedad de la madre, para resregar caras y encender fogones. También era bueno contribuir con algo cuando el sueldo de los hombres no alcanzaba...

No había vuelto a casa de Don Pablo, ni siquiera cuando la señora la mandó a buscar. No sabía por qué; pero estaba segura de que aquellos gentes juzgaban a José Mari sin justicia y sin caridad, y eso no estaba bien. No estaba bien, porque José Mari era un buen hijo y un buen hombre para todos. Tal vez había cosas en la vida de su hijo que ella no entendía bien. Seguramente porque Dios no la había hecho a ella para entender sino para sentir. Y sentía hondamente que lo que José Mari hacía estaba bien. Estuvo segura de ello hasta cuando se llevaron a José Mari a la cárcel. Ella siempre había tenido fe en la justicia de Dios y la de los hombres. Pero el día que se llevaron a José Mari, estuvo segura de que la justicia de los hombres había fallado. Ni su hijo. Ni Dios. Y desde aquel día empezó a pedirle que enderezase la justicia humana y pusiera un poco de caridad en el corazón de los hombres.

Y ahora José Mari se había ido. Se había ido

una noche sin tiempo para explicaciones ni lamentos. Había sido una huida, y ella lo sabía. Ya estaban acostados cuando Manuel llamó a la puerta, pálido y apremiante. No supo lo que hablaron solo que mientras hablaban, José Mari se había vestido apresuradamente y apresuradamente ella también, había metido en una bolsa una muda completa.

Y luego, antes de salir, José Mari se había vuelto hacia ella y ella le había visto los ojos húmedos. Aquellos ojos verdosos, tan expresivos y rectos. Tal vez quiso decirle algo; pero no pudo. De todas maneras, ella lo había comprendido todo. Manuel insistía porque salieran pronto, y entonces José Mari la había abrazado fuerte, tan fuerte que aún sentía sus brazos en torno al cuerpo como una coraza...

—¿A dónde vas? —le había preguntado ella. Y él había respondido, mirándola intensa y dolorosamente, casi al oído:

—Pronto lo sabremos tú yo, amá. Alguien te dará noticias de mí. No preguntes, no quieras saber nada antes. Espera...

Y esperaba allí, a la puerta del cine donde había estado tantos inviernos, para que todos la vieran. Había esperado muchas noches, saliendo al paso de los corazones que pudieran traerle el mensaje. Pero esta noche, esta noche era la última. Sentía que la flor cerrada de la espera se había abierto y estaba madura. No había preguntado nada a nadie, porque así lo quería José Mari y seguramente también Dios lo quería así. Ni siquiera a los hombres que llegaron cuando José Mari se había ido y pusieron la casa revuelta buscando lo hasta debajo de las cenizas. Mientras ellos buscaban, le había encendido una lamparilla a la Virgen de Ateanzamú, y en el fondo de su corazón se había reído de aquellos hombres uniformados afanosos y sombríos.

Pero habían pasado veinte días tan largos como una vida. Porque en esos veinte días había revisado hilo a hilo toda la trama apretada de su vivir; para buscar la raíz de aquello que le estaba sucediendo. Se había acordado de la ira concentrada de José Mari el día que les avisaron para que quitasen la lápida de su muerto y pusieran otra en castellano. A ella le había parecido absurdo aquello; pero también era cierto que en el pueblo estaban ocurriendo muchas cosas oscuras y que el corazón de las gentes estaba sombrío y no había alegría ni fe. Y lo de la lápida del cementerio era más absurdo que todo, porque su pobre muerto no había sabido nunca más que tres o cuatro palabras en castellano.

Entonces José Mari había ido al cementerio a cambiar la lápida. Y cuando ella fué el domingo siguiente, se había sorprendido: la tumba de su muerto no tenía ahora lápida alguna. Solo un muñón corroído por la humedad, descarnado y patético como la justa protesta de un muerto.

—¿Por qué has hecho eso? —le reprochó dolorido a José Mari. Y él había sonreído como son-

reía siempre, un poco tristemente, pero poniendo en la sonrisa un mundo de ternura, en un lenguaje que ella conocía bien.

—He sembrado el euskera, amá. Ahora está bajo la tierra, con nuestros muertos, esperando su sábado de gloria, su resurrección...

Y ella había comprendido en seguida y se había reído. Y José Mari también se había reído con ella y había dicho:

—“Se obedece, pero no se cumple”.

Allí debía estar la raíz de todo. En ese sembrar y esperar. Durante todos esos años, José Mari debió estar sembrando cosas. Como la vieja lengua que era vez eterna de muertos y vivos en aquella tierra, en la hora sin luz ni alegría, ni justicia ni paz verdadera, había muchas cosas que debían ser sembradas. Y Fermina suspiró hondamente.

Aquel abrazo de José Mari que la ceñía y la calentaba aún, era como el muñón patético y desafiante de la tumba de su muerto. Y esta ausencia de su hijo un sembrarse también...

Había ahora en la calle solitaria un lejano rumor de músicas y cantos. Como si la noche mística del Nacimiento se abriera y mostrase a las estrellas la flor caliente de su esperanza renovada. Ya no pasaba nadie por la calle y un hombre estaba descolgando los cuadros de la película.

—Ya vamos a apagar las luces, abuela —le dijo a Fermina. Y se fué silbando con su carga.

En la esquina de enfrente se paró un hombre y miró al cielo, como si la lluvia que arrebata la marcase un alto. Estaba en la sombra y Fermina no podía verle. Pero aferrada a su esperanza sintió que su corazón lo llamaba ardentemente. Y el hombre cruzó la calle y se detuvo frente a ella. Era Don Luis Urbistondo, el médico, y se conocían bien. Se habían visto a la cabecera de muchos enfermos. Su última esperanza se desvaneció al conocerle; porque ¿qué podía decirle él de su hijo? ¿Qué podía saber Don Luis de aquella siembra tenaz y porfiada que se había llevado a su hijo?

Se miraron en silencio mientras el hombre del cine se llevaba más cuadros. Y Fermina pensó: Ahora apagará las luces. Y miró efusivamente a Don Luis, como si quisiera atesorar el chorro de simpatía que brotaba de sus ojos antes de que brotara de sus ojos, antes de que llegara la oscuridad, la oscuridad.

—Fermina —dijo él entonces—, te traigo un recado de José Mari.

Ella sonrió y no dijo nada. ¿Qué podía decir? Entonces el médico tomó la cesta de los castaños y la ayudó a levantarse.

—Vamos —dijo.

Y continuaron en silencio. Fue Fermina a la recomendación de su hijo de no preguntar nada. Iban ahora por la amplia avenida regada de luz por los arbotantes. Se oía cercano el manso fluir del río, y un lejano villancico parecía navegar sobre él en una barca de cristal. Un tibio gozo en-

cendía la sangre de Fermína y la sentía circular apresurada. Sin sorpresa, preparada al milagro, entró en la casa donde la esposa y los hijos se colgaron del cuello de don Luis, como si acabaran de salvarse de una tempestad tremenda.

—Pensé que te habrías ido a cenar con tu madre —dijo él.

—Estaba tan asustada... además tenía el presentimiento de que llegarías hoy. ¡Pasa, pasa, la cena está lista!

Y entonces se fijó en Fermína y miró interrogadoramente a su marido. También los niños parecían preguntar. El médico sonrió:

—Me olvidé de comprar un regalo de Navidad. Y como las tiendas estaban cerradas, os compré una cesta de castañas calentitas y os traje también a Fermína...

—¿Para siempre? —preguntó un chiquillo con los ojos redondos de asombro.

—Sí, para siempre.

Y Fermína era la única que seguía sin asombrarse. Sus claros ojos, entre las mil arrugas de su trabajada vida, le estaban diciendo a Dios:

—Yo no te había pedido tanto...

Los niños hicieron fiesta con las castañas en un rincón de la sala, junto al Nacimiento iluminado. Luisa se fué a la cocina y el médico llevó a Fermína hasta un sillón junto a la chimenea. Ella lo miró solemne, esperando. El miraba al fuego y pensaba. Luego sus miradas se encontraron:

—José Meri está seguro, Fermína. Ya nunca podrán alcanzarlo. El, todos ellos, volverán el día en que en esta tierra nuestra haya libertad. Ellos estarán presentes en esa hora. ¿Comprendes, Fermína?

Ella asintió gravemente. Así debía ser. Y co-

mo el silencio se prolongase, se atrevió a preguntar:

—¿Está muy lejos, Don Luis?

—No, está muy cerca... y también muy lejos.

—¿Está en... las Américas?— Eso era lo más lejos para Fermína. Don Luis asintió.

—Antes de marchar me dió este recado para ti: "Dígale a mi madre que se vaya a vivir a su casa y que me espere".

Fermína sonrió y dos lágrimas se desparrramaron por los surcos de su cara.

—Siempre fué un buen hijo, —murmuró.

—Y un gran hombre, Fermína. Un hombre como hay pocos.

Y miró a sus hijos con un secreto anhelo. Luisa apareció en la puerta:

—¡A cenar!

—Llevar a Fermína a la mesa, hijos. Yo voy en seguida...

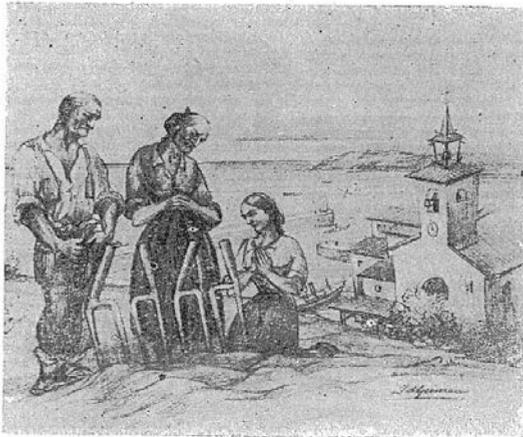
Se le prendieron de las manos, como n'etos de estreno. Porque en esos días de la Navidad los niños saben siempre donde están los pozos de la ternura y son como los pastorcillos de Belén, los primeros en acudir al llamado.

—Me gustaría ver antes el Nacimiento, —dijo Fermína.

Y Don Luis vió cómo el Niño acentuaba su sonrisa al sonreír arrobado de Fermína. Entonces sacó del bolsillo un papel y lo leyó por última vez:

"A José Mari Ormaechea lo mataron los carabineros cuando intentaba pasar la frontera. Avisar a su madre, Fermína Arriola, que vende castañas a la puerta del cine".

Y Luis Urbistondo acercó el papel al fuego y esperó a que se consumiera antes de ir al comedor donde su familia, toda su familia, lo esperaba esa noche de Gabón.



2. Paz en la tierra. Navarra tiene cadenas (Cuento de Navidad)

Doña Matildita miró una vez más el antiguo y descomunal reloj de la sala y suspiró hondamente, mientras, una sobre otra, blancas y bellas a pesar del tiempo, las manos descansaban como dos palomas en el halda. Don Leoncio levantó un instante la vista del libraco en que leía y la miró, diciéndose por centésima vez: Es una goda...

En la chimenea ardían vivamente los leños, sin lograr que la enorme estancia perdiera aquella frialdad vibrante y sonora como un cristal, contra el que chocaran las frases aisladas y faltas de peso como copos de nieve. Y luego estaba aquel terrible retrato de don Prudencio Elizondo, sobre la chimenea, entre dos aparatosos candelabros de plata antigua. El párroco no podía disimular una sonrisa cada vez que lo miraba. Era la cosa más falsa y mentirosa que había visto en su vida aquel fiero don Prudencio de los bigotes amenazantes, con su uniforme de opereta y sus condecoraciones, con la boina carlista y la borla pícara que le hacía cosquillas en la oreja y los ojos fijos, falsamente dominadores bajo las pobladas cejas. Porque aquel pobre de don Prudencio había sido un bendito incapaz de espantar una mosca, y las batallas en que tomara parte solo habían tenido realidad en la imaginación de doña Martina. A veces se preguntaba don Leonardo si el pintorcillo que hiciera el retrato, con más sentido del humor que del arte, no habría querido dejar a la posteridad aquella carcajada sobre la chimenea de Elizondo, patinada de siglos.

Doña Martina, como si le adivinara el pensamiento, miró al cura y al retrato de su marido y tejió más aprisa, con un nerviosismo súbito y receloso.

-Ya deberían estar aquí- dijo entonces doña Matildita, suspirando nuevamente y mirando recelosa a su sobrino Javier que de pie frente a la ventana, miraba caer la lluvia.

-El camino está malo- dijo doña Martina, con aquella voz agria y cortada.

-Luego, este Txomin es tan palurdo... Javier tenía que haber ido a buscarla.

El sobrino se movió inquieto y doña Martina fulminó a su hermana con una mirada como si acabara de decir una inconveniencia.

Son como Marta y María, se dijo nuevamente el párroco. Y como dijera Jesús, doña Matildita había escogido la mejor parte. Era grande, casi imponente, esta solterona más dulce que la miel, sumida siempre en soñadora ociosidad dejando vagar sus ojos azules y miopes por sobre las cosas y las gentes con interés y ternura reconfortante. En cambio doña Martina, menuda y nerviosa, siempre atareada como una gallina, rechazaba todo posible diminutivo. Era un puro azogue, un acero inquebrantable que ponía temor en el ánimo de la servidumbre y su recia voluntad en cuanto se movía en torno.

-Como quiera que sea- dijo Javier sentándose en un sillón frente a la chimenea, hubiera sido lo más correcto. Esa chica no conoce a nadie y los niños Txomin es tan bruto...

-Hace demasiado frío y tú no estás aún curado de tu catarro. En la cama debieras estar, si no fuera por la Nochebuena-

Aunque la voz de doña Martina tenía el tomo cortante de un punto final, aún añadió: -Antonio tenía que haber pensado eso, si en diez años no ha olvidado el clima de su casa.

Ciertamente, en la casona de los Elizondo siempre era tiempo de frío y muy especialmente desde que terminó la guerra. Pero para doña Martina “su casa” se extendía hasta donde sus ojos alcanzaban a ver: la casa y el río, las gentes y las bestias, el pueblo cada vez más silencioso, del que la juventud desertaba año tras año, para buscar mejor acomodo en otras tierras.

-Lo que Antonio ha debido pensar es que la Navidad es el clima ideal para mandarnos a su mujer y a sus hijos como un mensaje de paz, -desafió aún la voz dulce y calmada de doña Matildita.

-¡Tonterías! Él tenía que haber venido si pensaba así. Esta chica es una extraña para nosotros.

-¡Una extraña ¡Pero si es la mujer de Antonio, tu nuera...!

La otra ni contestó. En el silencio que planeó pesadamente, sus agujas de acero chocaban obstinadas como si fueran dos diminutas espadas.

No lo ha perdonado, no lo perdonará nunca, pensó don Leoncio. ¡Pasársele a ella, a doña Martina Urbietta, un hijo al enemigo! ¡A la hija de Antonio Urbietta, el caudillo carlista que había puesto pavor en las tierras de Navarra allá por 1873, a la mujer de don Prudencio Elizondo que, año tras año empujado vigorosamente por ella, había formado parte de la Comunción que redactaba en la Rivera el manifiesto firmado por el Pretendiente! ¡Vamos, si era como para que los muertos se volvieran a morir!

Antonio Elizondo, tal como don Leoncio lo recordaba, era un buen chico. Estudioso y trabajador. Podía haber levantado Elizondo su ruina casi secular, si no hubiera sido por la guerra y por aquellas ideas que lo habían convertido en traidor a los ojos sin caridad de su madre. Y si al menos Antonio hubiera destacado en algo, si aún en el campo enemigo hubiera sido el caudillo que doña Martina no pudo ser por causa de sus faldas... Pero no. Había pasado la guerra en Bilbao, tras el inesperado heroísmo de su huida de Navarra, como uno de tantos, con más pena que gloria, birlándole a la madre la única oportunidad de presentar su cuenta la suerte, de reinar sobre sus tierras junto al hijo que vengara al abuelo muerto en el exilio... Así, tal como ocurrieron las cosas, todo había sido humillación y vergüenza para la casa. Hubo que encerrarse en ella a piedra y lodo, para no ver ni ser visto a la hora de la victoria, para no escuchar los comentarios que a doña Martina se le clavaban como dardos en el alma. ¡Si Javier hubiera tenido unos años más! Casi se lo reprochaba la madre resentida... Pero no, el chico era demasiado joven y de nada sirvió que lo uniformara aparatosamente; con su aire pavisoso no lograba hacer olvidar la traición del otro, del mayor...

-Está oscureciendo- dijo doña Matildita. Y Javier se levantó para encender las luces y correr las cortinas, no sin mirar antes hacia el camino desierto en el que brillaban los charcos como espejos desparramados.

-Mamá, tengo frío. ¿Por qué no suben los vidrios?

María Luísa atrajo a la niña hacia así y acomodó la manta para librarla del aire helado. Txomin ni se dio por enterado. Como derribado sobre el volante, parecía solo atento a salvar los baches del camino sin lograrlo. Las ruedas levantaban surtidores de agua enlodada... y amarillenta que le salpicaban la cara, sin que pareciera enterarse.

-¿Tú no tienes frío, Iñaki?

El niño apretó los dientes y meneó la cabeza negativamente. María Luisa sonrió sintiendo el deseo de abrazarlo, de protegerlo en alguna forma. Pero ella misma estaba aprisionada por la manta, hecha un verdadero paquete. Sentía un frío horrible, pero hubiera querido alargar el viaje hasta el infinito. Ella lo había querido, pero ahora se sentía asustada. Ante las advertencias de Antonio, había insistido tercamente: “¡Pero hombre, no será para tanto! Al fin de cuentas es tu madre y ¿qué mejor oportunidad que esta de la Navidad para intentar una reconciliación?” Y porque ella sabía que Antonio, allá en el fondo, anhelaba esta reconciliación, había sacrificado esta Navidad junto a sus padres, en San Sebastián, para buscarla en el corazón mismo de Elizondo. A decir verdad, formaba parte del complot urdido por doña Martinita que, en sus cartas escritas a escondidas, se aferraba a la esperanza. “Ni se pronuncia aquí tu nombre”, les decía, pero ¿no ha de ayudarnos el Niño Jesús a fundir el hierro con que tu madre protege su corazón?

-¿Falta mucho para llegar, mamá? –volvió a preguntar la niña. Y María Luisa se atrevió a repetir la pregunta a Txomin:

-¿Falta mucho... señor?

Txomin se encogió de hombros y gruñó sin volverse:

-Regular...

El hombre era de piedra. Cuando bajaron del autobús en Pamplona se dirigió a ellos sin vacilar. Les tomó las maletas y bultos y los echó sin miramientos en el automóvil grande y desvencijado, invitándolos con un gesto brusco a subir. ¡Podíamos no haber sido nosotros y hubiera sido igual!, se dijo, y no pudo evitar una sonrisa. Ella no tuvo dudas, porque Antonio le había hablado de Txomin y del automóvil prehistórico y casi los conocía. Le hubiera gustado que Txomin preguntase si los niños habían comido; pero no lo hizo, y se quedaron sin comer. No protestaron, porque también ellos parecían darse cuenta de que en aquel momento todo tenía que ser así, extraño y desacostumbrado... y ahora estaba oscureciendo y una niebla espesa hacía borroso el paisaje triste y chorreante. También le hubiera gustado saber qué hora era; pero no se atrevía a sacar la mano. Después de todo, había penetrado en un mundo donde el tiempo no tenía realidad. Tal vez fueran las cuatro de la tarde, pero eso importaba poco. Lo que verdaderamente importaba era lo que le esperaba más adelante a ella que se sentía terriblemente sola y desvalida, con sus hijos, como

perdida en un camino que la llevaba a un lugar desconocido y hostil a juzgar por la actitud de Txomin, aquel gorila que, sin embargo, había enseñado a su Antonio a cazar conejos con hurón y tantas pillerías como él había contado a lo largo de los ocho años que llevaban de casados...

-Mamá, -dijo de pronto Iñaki-, ¿No estará muy triste papá en la Navidad? ¿Por qué tuvimos que venir tan lejos nosotros solos?

-Ya era tiempo de conocer a la abuelita -respondió ella-, y papá no estará triste...

Ella no estaba muy segura de eso. En aquella gran ciudad que era México tenían muchos amigos; pero Antonio no dejaría de sentirse como ella ahora, triste y solo en la Navidad.

-¡Si Santa Claus se entera de que no estamos en la casa, no dejará juguetes para nosotros! -se quejó la niña.

-Santa Claus sabe bien que teníamos que venir. Y por eso, por haber venido, os dejará más juguetes que nunca. Los encontraremos al regreso....

Y se quedaron otra vez silenciosos, mirando hacia adelante sin ver nada, porque las débiles luces del auto podían muy poco contra la noche definitivamente caída sobre la carretera. Solo los charcos de agua brillaban, sin reflejar estrellas, fríos y oscuros...

Y de pronto el auto se paró en seco haciéndolos chocar violentamente unos contra otros. Luego, María Luisa, como si ella no fuera ella, sino una extraña a sí misma, atravesó un oscuro pasillo con sus hijos de la mano y se vio repentinamente en una sala vivamente iluminada, casi ciegos por tanta luz...

Y allí estaban todos, casi como ella se los había imaginado: doña Martina sentada, mirándola con sus ojos penetrantes y la boca fruncida en un gesto duro. Y tía Matildita impotente, derritiéndose casi como un mantecado al olor de la ternura. Javier, oscuro y tímido, siempre a la espera de una orden de su madre para actuar... y el viejo cura don Leoncio, lleno de curiosidad, con una sonrisa en los ojos pequeños y saltarines.

Aquel mirarse en silencio duró demasiado tiempo para María Luisa. Sintió una extraña debilidad en las piernas, y toda la angustia y frío del camino se le sentaron en el corazón, ahogándola. Abrió mucho los ojos para evitar que las lágrimas rodaran, y vio entonces el retrato de don Prudencio. Fue en ese momento, cuando la niña, con un dedo en la nariz, señaló con el otro al terrible abuelo:

-¡Mira, mamá... ¡parece el "reyecito" de las tiras de colores!

Como picada por un tábano, doña Martina se volvió vivamente hacia el retrato de su ilustre y difunto marido y luego, con severidad hacia la niña. Era... bueno era una niña preciosa. Muy parecida a Antonio, con un gorro colorado y una carita arrebolada por el frío, en la que brillaban los ojitos como ascuas. Doña Martina iba a decir algo, algo duro y áspero seguramente...

Algo que el corazón de María Luisa se negó a escuchar. La sala entera dio una vuelta brusca y el retrato de don Prudencio quedó en el suelo, los parientes y las sillas por el techo... y en torno a ella los brazos de tía Matildita, su voz acariciadora y la mirada inquieta de don Leoncio. El azoro de los niños y Javier tropezaron con todo, sin saber dónde encontrar el agua de colonia “Añeja” que su madre le pedía. María Luisa cerró los ojos terriblemente cansada y, cuando los volvió a abrir, todo estaba nuevamente en su lugar. Solo don Prudencio había cambiado su gesto fiero y aguerrido, para ser el “reyecito”, el buen reyecito de las tiras de colores con sus ingenuas extravagancias...

Y don Leoncio miraba boquiabierto a doña Martina, que tenía sobre las rodillas a una niña llorosa y pretendía sujetar por una manga a Iñaki:

-Mira- le decía apremiante-, te voy a regalar la espada de tu abuelo, con puño de oro y plata...

-¡Yo no quiero una espada! -La voz aguda e irritada del niño pareció chocar contra todas las paredes de la sala, produciendo un tumulto extraño -No quiero espadas, ni tanques, ni pistolas! ¿Eres tan grande y no sabes que es pecado matar y jugar a las guerras?

- Y tú... tú... ¿cómo lo sabes?- Doña Martina parecía una Martinita asustada casi una niña que fuera a llorar.

-¡Me lo ha dicho mi papá! ¿Es que tú no sabes los Mandamientos de la Ley de Dios?

María Luisa hubiera querido hacer callar a su hijo, recordarle que debía limitarse al ¡abuelita! lleno de ternura que ella le había enseñado durante el viaje; pero Iñaki era un Urbietta y ahora lo comprendía aterrorizada.

-¿A ti te gusta la guerra, verdad? -insistía el niño-. Aquí en Navarra siempre hacéis guerras y por eso está todo tan feo y tan triste...

Afortunadamente una viejecita asomó por las puertas su cabecita de ratón, arrugadita y viva, para decir que la cena estaba servida. Casi llevada en volandas por la tía Matildita, María Luisa entró en el comedor. Las voces de sus hijos seguían poniendo pavor en su corazón:

-¿No hay árbol de Navidad en esta casa? ¿O es que en esta casa no hay Navidad?- preguntó la niña.

Don Leoncio la tomó de la mano y la llevó hacia el Belén que Matildita montaba año tras año en el comedor. Los chiquillos admiraban silenciosos el artístico Nacimiento y fue Iñaki, súbitamente hablando, el que dijo:

-Es más bonito que el árbol. Bueno, aquí pondremos los regalos de papá para la abuelita... ¿Dónde están, mamá?

Y cuando Javier y doña Matildita llevaron a los niños a buscar las maletas, y sus voces se perdieron quién sabe por qué misteriosos pasillos, don Leoncio tuvo que limpiarse los ojos con la manga de la sotana. Porque doña Martina, tímida y

transfigurada, hacía sentar a María Luisa en la cabecera de la mesa y, tomando entre las suyas las manos heladas de la nuera, murmuraba con una voz que no podía ser más dulce por falta de costumbre:

-¡Háblame de Antonio, hija...!

-Don Leoncio quitó una pajita que le había caído al Niño Jesús sobre el hombro desnudito y volvió a emplear la manga de la sotana... porque no podía ver con claridad a los pastores que, desde hacía veinte siglos que en oyendo la voz del Ángel acuden cada año con la ofrenda de amor, al encuentro de Aquel que nace y renace eternamente, para traer a los hombres su mensaje de amor y paz sobre la tierra...

CUENTO DE NAVIDAD

PAZ EN LA TIERRA

"Navarra tiene cadenas"

Por Cecilia G. de GUILARTE.



Doña Matildita miró una vez más el antiguo y descomunal reloj de la sala y suspiró hondamente, mientras, una sobre otra, blancas y bellas a pesar del tiempo, las manos descansaban como dos palomas en el balda. Don Leoncio levantó un instante la vista del libraco en que leía y la miró, diciéndose por centésima vez: Es una goda...

En la chimenea ardían vivamente los leños, sin lograr que la enorme estancia perdiera aquella frialdad vibrante y sonora como un cristal, contra el que chocaran las frases aisladas y faltas de peso como copos de nieve. Y luego estaba aquel terrible retrato de don Prudencio Elizondo, sobre la chimenea, entre dos aparatosos candelabros de plata antigua. El párroco no podía disimular una sonrisa cada vez que lo miraba. Era la cosa más falsa y mentirosa que había visto en su vida, aquel fiero don Prudencio de los bigotones amenazantes, con su uniforme de opereta y sus condecoraciones, con la boina carlista y la borla pícaro que le hacía cosquillas en la oreja y los ojos fijos, falsamente dominadores bajo las pobladas cejas. Porque aquel pobre de don Prudencio había sido un bendito incapaz de espantar una mosca,

y las batallas en que tomara parte solo habían tenido realidad en la imaginación de doña Martina. A veces se preguntaba don Leoncio si el pintorcillo que hiciera el retrato, con más sentido del humor que del arte, no habría querido dejar a la posteridad aquella caricajada sobre la ch'mena de Elizondo, patinada de siglos.

Doña Martina, como si le adivinara el pensamiento miró al cura y al retrato de su marido y tejó más aprisa, con un nerviosismo súbito y receloso.

—Ya debieran estar aquí— dijo entonces doña Matildita, suspirando nuevamente y mirando recelosa a su sobrino Javier que, de pie frente a la ventana, miraba caer la lluvia.

—El camino está malo— dijo doña Martina, con aquella su voz agria y cortada.

—Luego, este Txomin es tan palurdo... Javier tenía que haber ido a buscarla.

El sobrino se movió inquieto y doña Martina fulminó a su hermana con una mirada, como si acabara de decir una inconveniencia.

Son como Marta y María, se dijo nuevamente el párroco. Y como dijera Jesús, doña Matildita había escogido la mejor parte. Era grande, casi imponente, esta solterona más dulce que la miel, sumida s'empre en soñadora ociosidad dejando vagar sus ojos azules y miopes por sobre las cosas y las gentes con interés y ternura reconfortante. En cambio doña Martina, menuda y nerviosa, siempre atareada como una gallina, rechazaba todo posible diminutivo. Era un puro azogue, un acero inquebrantable que ponía temor en el ánimo de la servidumbre y su recia voluntad en cuanto se movía en torno.

—Como quiera que sea— dijo Javier sentándose en un sillón junto a la chimenea.

hubiera sido lo más correcto. Esa chica no conoce a nadie y los niños Txomin es tan bruto...

—Hace demasiado frío y tú no estás aún curado de tu catarro. En la cama debieras estar, si no fuera por la Nochebuena—. Aunque la voz de doña Martina tenía el tono cortante de un punto final, aún añadió:— Antonio tenía que haber pensado eso, si en diez años no ha olvidado el clima de su casa.

Ciertamente, en la casona de los Elizondo siempre era tiempo de frío y muy especialmente desde que terminó la guerra. Pero para doña Martina "su casa" se extendía hasta donde sus ojos alcanzaban a ver: la casa y el río, las gentes y las bestias, el pueblo cada vez más silencioso, del que la juventud desertaba año tras año, para buscar mejor acomodo en otras tierras.

—Lo que Antonio ha debido pensar es que la Navidad es el clima ideal para mandarnos a su mujer y a sus hijos como un mensaje de paz,— desafió aún la voz dulce y calmada de doña Matildita.

—¡Tonterías! El tenía que haber venido si pensaba así. Esta chica es una extraña para nosotros.

—¡Una extraña! ¡Pero si es la mujer de Antonio, tu nuera...!

La otra ni contestó. En el silencio que planeó pesadamente sus agujas de acero chocaban obstinadas, como si fueran dos diminutas espadas.

No lo ha perdonado, no lo perdonará nunca, pensó don Leoncio. ¡Pasarsele a ella, a doña Martina Urbietta, un hijo al enemigo! ¡A la hija de Antonio Urbietta, el caudillo cortista que había nuestro pavor en las tierras de Navarra allá por 1873, a la mujer de don Prudencio Elizondo que, año tras año empujado vigorosamente por ella, había formado parte de la Comunión que redactaba en la Rivera el manifiesto firmado por el Pretendiente! ¡Vamos, si era como para que los muertos se volvieran a morir!

Antonio Elizondo, tal como don Leoncio lo recordaba, era un buen chico. Estudioso y trabajador. Podía haber levantado Elizondo su ruina casi secular, si no hubiera sido por la guerra y por aquellas ideas que lo habían convertido en traidor a los ojos sin caridad de su madre. Y si al menos Anto-

nio hubiera destacado en algo, si aún en el campo enemigo hubiera sido el caudillo que doña Martina no pudo ser por causa de sus faldas... Pero no. Había pasado la guerra en Bilbao, tras el inesperado heroísmo de su huida de Navarra, como uno de tantos, con más pena que gloria, birlándole a la madre la única oportunidad de presentar su cuenta la suerte, de reinar sobre sus tierras junto al hijo que vengara al abuelo muerto en el exilio... Así, tal como ocurrieron las cosas, todo había sido humillación y vergüenza para la casa. Hubo que encerrarse en ella a piedra y lodo, para no ver ni ser visto a la hora de la victoria, para no escuchar los comentarios que a doña Martina se le clavaban como dardos en el alma. ¡Si Javier hubiera tenido unos años más! Casi se lo reprochaba la madre resentida... Pero no, el chico era demasiado joven y de nada sirvió que lo uniformara aparatosamente; con su aire pavisoso no lograba hacer olvidar la traición del otro, del mayor...

—Está oscureciendo— dijo doña Matildita. Y Javier se levantó para encender las luces y correr las cortinas, no sin mirar antes hacia el camino desierto en el que brillaban los charcos como espejos desparrramados.

:: :: ::

—Mamá, tengo frío. ¿Por qué no suben los vidrios?

María Luisa atrajo a la niña hacia sí y acomodó la manta para librarla del aire helado. Txomin ni se dió por enterado. Como derribado sobre el volante, parecía solo atento a salvar los baches del camino sin lograrlo. Las ruedas levantaban surtidores de agua enlodada y amarillenta que le salpicaban la cara, sin que pareciera enterarse.

—¿Tú no tienes frío, ññaki?

El niño apretó los dientes y meneó la cabeza negativamente. María Luisa sonrió sintiendo el deseo de abrazarlo, de protegerlo en alguna forma. Pero ella misma estaba aprisionada por la manta, hecha un verdadero paquete. Sentía un frío horrible, pero hubiera querido alargar el viaje hasta el infinito. Ella lo había querido, pero ahora se sentía asustada. Ante las advertencias de Antonio, había insistido tercamente

te: "¡Pero hombre, no será para tanto! Al fin de cuentas es tu madre y ¿qué mejor oportunidad que ésta de la Navidad para intentar una reconciliación?" Y porque ella sabía que Antonio, allá en el fondo, anhelaba esta reconciliación, había sacrificado esta Navidad junto a sus padres, en San Sebastián, para buscarla en el corazón mismo de Elizondo. A decir verdad, formaba parte del complot urdido por doña Matildita que, en sus cartas escritas a escondidas, se aferraba a la esperanza. "Ni se pronuncia aquí tu nombre, les decía, pero ¿no ha de ayudarnos el Niño Jesús a fundir el hielo con que tu madre protege su corazón?"

—¿Falta mucho para llegar, mamá? —volvió a preguntar la niña. Y María Luisa se atrevió a repetir la pregunta a Txomin:

—¿Falta mucho... señor?

Txomin se encogió de hombros y gruñó sin volverse:

—Regular...

El hombre era de piedra. Cuando bajaron del autobús en Pamplona, se dirigió a ellos sin vacilar. Les tomó las maletas y bultos y los echó sin miramientos en el automóvil grande y desvencijado, invitándolos con un gesto brusco a subir. ¡Podíamos no haber sido nosotros y hubiera sido igual! se dijo, y no pudo evitar una sonrisa. Ella no tuvo dudas, porque Antonio le había hablado de Txomin y del automóvil prehistórico y casi los conocía. Le hubiera gustado que Txomin preguntase si los niños habían comido; pero no lo hizo, y se quedaron sin comer. No protestaron, porque también ellos parecían darse cuenta de que en aquel momento todo tenía que ser así, extraño y desacostumbrado... y ahora estaba oscureciendo y una niebla espesa hacía borroso el paisaje triste y chorreante. También le hubiera gustado saber qué hora era; pero no se atrevió a sacar la mano. Después de todo, había penetrado en un mundo donde el tiempo no tenía realidad. Tal vez fueran las cuatro de la tarde, pero eso importaba poco. Lo que verdaderamente importaba era lo que le esperaba más adelante a ella que se sentía terriblemente sola y desvalida, con sus hijos, como perdida en un camino que la llevaba a un lugar desconocido y hostil a juzgar por la actitud de Txomin, aquel gorila

que, sin embargo, había enseñado a su Antonio a cazar conejos con hurón y tantas pillerías como él le había contado a lo largo de los ocho años que llevaban de casados...

—Mamá, —dijo de pronto Iñaki—, ¿No estará muy triste papá en la Navidad? ¿Por qué tuvimos que venir tan lejos nosotros solos?

—Ya era tiempo de conocer a la abuelita —respondió ella—, y papá no estará triste...

Ella no estaba muy segura de eso. En aquella gran ciudad que era México tenían muchos amigos; pero Antonio no dejaría de sentirse como ella ahora, triste y solo en la Navidad.

—¡Si Santa Claus se entera de que no estamos en la casa, no dejará juguetes para nosotros! —se quejó la niña.

—Santa Claus sabe bien que tenemos que venir. Y por eso, por haber venido, os dejará más juguetes que nunca. Los encontraremos al regreso...

Y se quedaron otra vez silenciosos, mirando hacia adelante sin ver nada, porque las débiles luces del auto podían muy poco contra la noche definitivamente caída sobre la carretera. Solo los charcos de agua brillaban, sin reflejar estrellas, fríos y oscuros...

Y de pronto el auto se paró en seco haciéndolos chocar violentamente unos contra otros. Luego, María Luisa, como si ella no fuera ella, sino una extraña a sí misma atravesó un oscuro pasillo con sus hijos de la mano y se vió repentinamente en una sala vivamente iluminada, casi ciegos por tanta luz...

Y allí estaban todos, casi como ella se los había imaginado: doña Martina sentada, mirándola con sus ojos penetrantes y la boca fruncida en un gesto duro. Y tía Matildita impotente, derritiéndose casi como un mantecado al calor de la ternura. Javier, oscuro y tímido, siempre a la espera de una orden de su madre para actuar... y el viejo cura don Leoncio, lleno de curiosidad, con una sonrisa en los ojos pequeños y saltarines.

Aquel mirarse en silencio duró demasiado tiempo para María Luisa. Sintió una extraña debilidad en las piernas, y toda

la angustia y el frío del camino se le sentaron en el corazón, ahogándola. Abrió mucho los ojos para evitar que las lágrimas rodaran, y vió entonces el retrato de don Prudencio. Fué en ese momento cuando la niña, con una dedo en la nariz, señaló con el otro al terrible abuelo:

—Mira, mamá... ¡parece el "reyecito" de las tiras de colores!

Como picada por un tábano, doña Martina se volvió vivamente hacia el retrato de su ilustre y difunto marido y luego, con severidad, hacia la niña Era... bueno era una niña preciosa. Muy parecida a Antonio, con un gorro colorado y una carita arrebolada por el frío, en la que brillaban los ojitos como ascuas. Doña Martina iba a decir algo, algo duro y áspero seguramente...

Algo que el corazón de María Luisa se negó a escuchar. La sala entera dió una vuelta brusca y el retrato de don Prudencio quedó en el suelo, los parientes y las sillas por el techo... y en torno a ella los brazos de tía Matildita, su voz acariciadora y la mirada inquieta de don Leoncio. El azoro de los niños y Javier tropezaron con todo, sin saber dónde encontrar el agua de colonia "Añeja" que su madre le pedía. María Luisa cerró los ojos terriblemente cansada y, cuando los volvió a abrir, todo estaba nuevamente en su lugar. Solo don Prudencio había cambiado su gesto fiero y aguerrido, para ser el "reyecito", el buen reyecito de las tiras de colores con sus ingenuas extravagancias...

Y don Leoncio miraba boquiabierto a Doña Martina, que tenía sobre las rodillas a la niña llorosa y pretendía sujetar por una manga a Iñaki:

—Mira —le decía apremiante—, te voy a regalar la espada de tu abuelo, con puño de oro y plata...

—¡Yo no quiero una espada! —La voz aguda e irritada del niño pareció chocar contra todas las paredes de la sala, produciendo un tumulto extraño —¡No quiero espadas, ni tanques, ni pistolas! ¿Eres tan grande y no sabes que es pecado matar y jugar a las guerras?

—Y tú... tú... ¿cómo lo sabes?— Doña Martina parecía una Martinita asustadísima una niña que fuera a llorar.

—¡Me lo ha dicho mi papá ¿Es que tú

no sabes los Mandamientos de la Ley de Dios?

María Luisa hubiera querido hacer callar a su hijo, recordarle que debía limitarse al ¡abuelita! lleno de ternura que ella le había enseñado durante el viaje; pero Iñaki era un Urbietta y ella lo comprendía ahora aterrorizada.

—¿A tí te gusta la guerra, verdad? —insistía el niño—. Aquí en Navarra siempre hacéis guerras y por eso está todo tan feo y tan triste... porque a Dios no le gustan las guerras...

Afortunadamente una viejecita asomó por las puertas su cabecita de ratón, arrugadita y viva, para decir que la cena estaba servida. Casi llevada en volandas por la tía Matildita, María Luisa entró en el comedor. Las voces de sus hijos seguían poniendo pavor en su corazón:

—¿No hay árbol de Navidad en esta casa? ¿O es que en esta casa no hay Navidad? —preguntó la niña.

Don Leoncio la tomó de la mano y la llevó hacia el Belén que Matildita montaba año tras año en el comedor. Los chiquillos admiraron silenciosos el artístico Nacimiento y fué Iñaki, súbitamente ablando, el que dijo:

—Es más bonito que el árbol. Bueno, aquí pondremos los regalos de papá para la abuelita... ¿Dónde están, mamá?

Y cuando Javier y doña Matildita llevaron a los niños a buscar las maletas, y sus voces se perdieron qu'én sabe por qué misteriosos pasillos, don Leoncio tuvo que limpiarse los ojos con la manga de la sotana. Porque doña Martina, tímida y trasfigurada, hacía sentar a María Luisa en la cabecera de la mesa y, tomando entre las suyas las manos heladas de la nuerca, murmuraba con una voz que no podía ser más dulce por falta de costumbre:

—¡Háblame de Antonio, hija...!

Don Leoncio quitó una pajita que le había caído al Niño Jesús sobre el hombro desnudito y volvió a emplear la manga de la sotana... porque no podía ver con claridad a los pastores que, desde hace veinte siglos que en oyendo la voz del Angel acuden cada año con la ofrenda de amor, al encuentro de Aquél que nace y renace eternamente, para traer a los hombres su mensaje de amor y paz sobre la tierra...

3. Las preocupaciones de María Josefa (Cuento de Navidad)

A mi sobrina Amaya Loinaz

Los flecos de un solo perezoso lamían los ribazos del monte y probablemente no llegarían en todo el día a la huerta, que permanecía dura y hostil. Crujiente y sensible como los huesos de María Josefa, que ella se esforzaba valientemente, año tras año, en mantener útiles a fuerza de voluntad y de fe. Pero ahora, eso no bastaba, y María Josefa estaba desconcertada. Por primera vez en su larga vida hilaba las ideas con la pereza del sol de invierno, se le enredaba la madeja y toda su sangre anhelaba que alguien pensara por ella.

Lo único que veía claro era que la vida había puesto a sus hijos una armadura y dentro de ella estaban solos, como cuentas salidas del hilo que era ella, la madre. María Josefa se arrebujó en la toquilla y escondió las manos duras de frío y fatiga, mientras avanzaba por el sendero que llevaba a la casa. Desde allí podía ver la chabola que había hecho Iñaki junto a la carretera, para que la Anchoni guardara su automóvil que no podía llegar hasta la puerta, porque el camino estaba hecho para el carro de verduras, para los pies sufridos de los Mendiburu. A pesar de su arrogante potencia, de sus niquelados y de su rugiente motor, el automóvil se hundía en el barro con resoplidos malhumorados... Y con todo, el automóvil llenaba la casa y era el objeto de admiración de todos, como uno obispo gordo que hubiera llegado de visita revestido de sus ornamentos. Ahora la chabola estaba vacía y con la puerta abierta, porque la Anchoni se había ido a lucirlo a San Sebastián o a Tolosa, llevando los infinitos recados que traía de México para gentes desconocidas.

Y en la casa estaría Perico, murmurando por los rincones, diciendo las tonterías que no había dicho en toda su larga vida de “basarritar” (aldeano), silencioso, trabajador y honesto. Cosas que nadie entendía, ni ella que era su mujer y lo había entendido tan bien cuando callaba. Estaría también esa chica extraña de la Anchoni, a la que llamaban Riki sin que nadie supiera porqué, acurrucada frente a la chimenea, temblando y mirando a todos con una cara terriblemente lastimada y huraña. Iñaki estaría echando troncos al fuego para que no muriera de frío y sin hacer otra cosa que mirarla fascinado, lo que intimidaba a la chica y la volvía muda como un banco.

Perico, y no dejaba de ser extraño y ofensivo para María Josefa, era el único que había aceptado a Riki con naturalidad. Cuando ella aparecía en la cocina, casi a mediodía, Perico se reía socarronamente de sus pantalones negros y estrechos como si fueran su propia piel, de sus jerseys holgados y sus bufandas de colorines enrolladas en la cabeza como si le dolieran las muelas. Y Riki se reía un poco con él y lo miraba anhelante con sus ojos grandes. María Josefa, tenía que reconocerlo, se sentía celosa. Ella había sido siempre la que entendía a todos, la que comprendía todo y todo lo explicaba.

La cocina, con el fuego vivo, y los pucheros hirviendo, era una bendición de Dios en la mañana invernal, pensó María Josefa al entrar. Perico estaba afilando su navaja en la piedra del fogón, mientras Iñaki daba vueltas en la mano a uno de los libros que Riki dejaba abiertos en cualquier lugar. La mujer se atareo en la cocina esperando y temiendo que Riki apareciera al fin, pensando también en el domingo anterior cuando Merche y su marido y sus hijos habían venido de San Sebastián para pasar el día con ellos y todo había terminado tan mal. Tan mal, que la proximidad de la Navidad en que todos estarían reunidos por primera vez en tantos años, la acobardaba. Vendría José Luis con su familia de Madrid y ya no sería como otros años, como otras Navidades llenas del pensamiento amoroso y nostálgico de los ausentes, de los que María Josefa recordaba más que nada las gracias infantiles, los años buenos de antes de la guerra, cuando en Mendiburu se esponjaba la pollada y el cartero no era todavía un personaje importante...

El reloj echó a rodar en la cocina once horas ateridas y roncas y el viejo Perico se revolvió inquieto:

-Esa chica... -murmuró.

-Hace mucho frío... - la disculpó Iñaki dejando el libro sobre la mesa.

-Su madre no tiene pues... -terqueó el viejo.

Está resentido porque la Anchoni no para en casa, pensó María Josefa. Después de veinte años, podía haberse pensado que las cosas serían de otra manera. Pero eran así y no había que darle vueltas.

La cocina se había oscurecido y la madre suspiró extrañamente aliviada cuando Iñaki se levantó para encender la luz.

-Va a llover- dijo mirando por la ventana los desnudos árboles del camino, la niebla que invadía el aterido paisaje. Y entonces entró Riki, silenciosa como el gato, con aquellos zapatos que no hacían ruido. María Josefa vuelta de espaldas la adivinó. Y luego oyó su voz de acento tan extraño como ella misma:

-Buenos días... qué frío hace...

-Ya te acostumbrarás- le dijo Iñaki. Y Riki sonrió cortésmente, sentándose frente al fuego.

La abuela sacó del hirviente puchero un cazo de caldo, y se lo sirvió en una taza.

-Ya se te pasará con esto- le dijo al ponérsela en las manos. Y le pareció que las manos de Riki temblaban más que otras veces. Solo entonces la miró a la cara y vio sus ojos enrojecidos en los que se cuajaban las lágrimas. Y María Josefa sintió que le estallaba en el pecho algo duro que le había estado creciendo los últimos días y que una ola cálida se le mezclaba a la sangre llenándola de un gozo doloroso. Solo que ella era dura y no cedía fácilmente.

-¡No tienes que quedarte todo el día en casa!- le dijo con cierta aspereza-. Tu madre...

-¿No quieren que esté aquí?- La voz de Riki sonó tan lastimera que Iñaki, aquel hombrón de treinta años pareció encogerse. Miró a su madre con aprensión y su madre solo miraba al fuego obstinadamente, sin responder. Entonces él dijo desmañadamente:

- No es por eso, Ana Mari...- y por primera vez la llamó por su verdadero nombre con lo que todos lo miraron como si hubiera disparado un tiro en la cocina. Ya no pudo terminar de hablar.

-La Anchoni ya lo pasa bien con su auto... y también dice que va al cine... y banquetazos todos los días...-dijo Perico riéndose por lo bajo, él sabría de qué.

Riki movió la cabeza a uno y otro lado, como extrañada de que no comprendieran.

-Ya lo intenté los primeros días... dijo-. Pero no puedo... no puedo... porque mi mamá me parece una extraña y... me avergüenza...

Las últimas palabras fueron dichas en voz tan baja que apenas pudieron entenderse. Pero en el corazón de María resonaron como una gran piedra caída en el agua y le dolió.

-¿Qué pues...? -dijo con voz ronca. Y Riki no lloró más fuerte como Iñaki había pensado que haría, sino que alzó su carita y miró de frente a la abuela.

-Porque es ridícula y ofensiva- dijo con una voz nueva. Miró uno por uno, despacio, a los tres, y añadió:- ¡No me digan que no lo han notado, que no se han sentido lastimados... como la tía Merche, como todos!

Entonces se levantó y parecía más alta y sus veinte años más maduros:

-¡Desde que tengo uso de razón la he oído hablar de este caserío como si fuera un castillo, de esta tierra como si fuera el paraíso... de su vieja nobleza vasca, de su nostalgia, del exilio soportado con heroísmo y entereza, como si fuera una reina que lo ha perdido todo! Se hacía compadecer y admirar por nuestros amigos de México...

María Josefa no terminaba de entender y Perico la exasperaba porque sonreía socarronamente como si supiera el final del cuento.

-Y ahora estamos aquí, hemos venido al fin- Riki parecía verdaderamente enfadada- y esta casa no es un castillo. Cualquiera puede verlo. Solo una casa recia y firme, para durar, y en este paraíso llueve todos los días y el frío apenas puede soportarse,

Iñaki se movió inquieto como si se sintiera culpable de tanto infortunio. Visto ahora desde la ventana, el paisaje parecía siniestro, como si toda posibilidad de primavera perteneciese a un pasado remoto.

-Y ahora ¿qué hace mi mamá?- Riki parecía exigir una pronta respuesta; pero si la tenían los tres que estaban allí preferían guardársela para ellos solos. Así Riki tuvo que hablar por todos:- ¡Mi mamá se venga de que la casa sea más chica de lo que ella la hizo en sus recuerdos, de que llueve todos los días y de que explicar que ella es Antonia la de Mendiburu a gentes que la ven sin interés alguno porque hace muchos

años que salió de su realidad hablando de nuestra “gran” casa de México, de la “gran” fábrica de papá, de mi carrera de Filosofía, de mi hermano que estudia en Canadá... y luego sus pulseras y sus brillantes que desdeña como si en casa tuviera un costal lleno... y el carro que se detiene condescendiente que tiene frente a las puertas humildes de antiguos conocidos, a los que llena de reproches velados por aguantar la pobreza y la injusticia del régimen...

-No será tanto...- la interrumpió María Josefa con voz débil, alejándose hacia la ventana y volviéndose de espaldas como si eso bastase para anular la realidad.

-¡Usted no es ninguna tonta, abuelita, y sabe que así es! La tía Merche le dijo el domingo que, refugiada o no, era una indiana cursi... y me alegré de que se lo dijera.

-¡Bueno pues... la Anchoni es tu madre!- cortó exasperada la abuela.

-¿Y me importaría si no lo fuera? Me duele porque es mi madre... porque ella y mi padre me dieron por patria este sueño y como esperanza el anhelo de volver. Y ahora que hemos venido hace agrio mi gozo y trabajoso de aprendizaje de amor a la tierra que quiero hacer totalmente mía porque no tengo otra más que lo sea. ¡No quiero oír sus quejas, no tiene por qué disculparse conmigo de que las cosas no sean como ella quisiera! De que gentes y cosas no se hayan petrificado para que ella tomara el hilo donde lo dejó, como si lo que ella misma ha cambiado no contara para el divorcio! Ahora ya no está aquí el supremo bien, sino en la “gran” libertad de América... y quiere hacerme cómplice de su deserción definitiva cuando toda la sangre que me dio clama por la entrega verdadera a la causa de la libertad de esta tierra que es mía...

A Riki le faltó la voz y se sentó de nuevo ocultando la cara entre las manos para llorar mansamente hasta que María Josefa se acercó a ella y sin palabras, la tomó para sí.

-Abuela... era mi sueño...

-Cuando llega la mañana, ya no hay que soñar.

-Ya no es sueño. Esta casa, sin ser castillo, me ha dado al fin lo que nunca tuve, lo que la guerra destruyó en mi cuna: conciencia de mí misma. Ser hija de algo que permanecerá siempre. Cuando se adquiere la conciencia de la propia tierra a los veinte años, es como salir del Limbo y regresar a una vida completa. ¡Ser! ¿No comprendes, abuela? No... tal vez no puedas comprender... como no lo comprende ella. Perder esa sensación sin nervio y sin huesos, blanda y ominosa, de extranjería, de planta sin raíz ni posibilidad de arraigo. Aquí está mi sangre sin destino, abuela, clamando por su cauce... Tienes que ayudarme a derribar el muro.

Y María Josefa que no estaba segura de haber entendido las palabras vio que el muro estaba allí. Y que ella, sin ayuda de nadie, lo derribaría para que la nieta entrase definitivamente en su casa y en su tierra.

Como María Josefa había pensado, después de la efusión del encuentro, todos se creían con derecho a pedir cuentas. Pero ahora ella sabía y podía soportarlo. Los hijos ya no eran niños y su desparramo por los cuatro puntos cardinales los había cambiado. Mas estaban allí aquella Navidad y eso probaba que el nudo de entraña de donde ella los desprendió era aún más fuerte que las ideas engendradas en climas ajenos.

José Luis venido dese Madrid con su familia, se había admirado con el automóvil de Anchoni y también se había reído. Una risa un poco amarga porque él, para vivir en Madrid con cierto decoro tenía que trabajar muchas horas, y un auto, por pequeño que fuera, estaba más allá de sus sueños. María Pilar, la cuñada, había puesto demasiado empeño en no admirarse de nada para que María Josefa no se diera cuenta de que la dañaba la envidia. Porque para ella la vida era trabajosa y llena de frustraciones. Su hija Mari Pepa, era la única que gozaba a pleno pulmón de todo y se pegaba a su tía cortejándola para que se la llevara a América.

Todos se habían ido temprano a San Sebastián para traer de regreso a la familia de Merche. Todos menos Pedro, el mayor de José Luis. Un chico sin término medio - como decía María Josefa- que callaba como un muerto o hablaba como un descosido. Pedro llamaba a Hernialde “el nido de la víbora” y a Iñaki, hijo ilustre del Cura Santa Cruz, lo que a este le parecía una chocholada; pero era el único de los nietos de María Josefa al que le gustaba pasar las vacaciones en el caserío cazando tordos o trabajando en la huerta con Perico.

Riki terminaba de arreglar el Nacimiento en un rincón de la cocina y el gran pino que por su capricho había cortado Iñaki, y María Josefa tropezaba con ella en sus idas y venidas al fogón, haciéndose la sorda a la guerra que Riki y Pedro se traían:

-Muy bien... cínicos, frustrados, resentidos –decía Pedro-. Es lo que heredamos. En cambio vosotros, los americanos, sois bonachones, románticos y... hartos. Tan hartos y románticos que no vais a caber en esta tierra.

-¡Que es tan nuestra como vuestra!

-¡Sois unos apátridas!

Riki palideció de ira y se quedó callada. María Josefa sabía que Riki tenía algo que decir y con su alma y su corazón quería empujarla a que lo dijera. Solo estaba aturdida, como si hubiera recibido un golpe, y la abuela se sintió defraudada, perdiendo la paciencia al mirar los ojos brillantes de Perico. No era cosa que se pudiera ver, pero lo conocía bien, y sabía que en su corazón de aldeano se estaba frotando las manos de gusto. El viejo solía decir que cuando el estómago estaba demasiado lleno, valía más meterse los dedos... y eso es lo que estaban haciendo aquellos dos. Y a ella no le gustaba y no sabía qué decir...

-¡A callar pues, chocholos estos! –dijo de pronto. Y todos la miraron sorprendidos porque hacía un rato que estaban callados. Se rieron de ella y de sí mismos y María Josefa respiró hondo.

Después de comer Pedro le pidió a Riki que le enseñara sus libros. Era una manera de pedirle perdón y la chica lo comprendió así llenando de libros la mesa. Hubo paz y silencio, olor a capón y compota hasta media tarde larga.

Hasta que llegaron los otros de San Sebastián haciendo mucho ruido. Seguramente la discusión había empezado en el camino y se la traían a María Josefa reventando de madura:

-¿Y qué habéis hecho vosotros en veinte años – preguntaba Antoni exasperada.

-¿No fue nada aguantarlo todo? –replicaba Jacinto, el marido de Merche, mientras sus tres hijos corrían a maravillarse con el Nacimiento y el árbol.

-Vosotros en cambio, habéis hecho mucho...dijo venenosamente María Pilar mirando a su cuñada de arriba abajo. Anchoni se puso verde y por primera vez acaso deseó no llevar puestos los pendientes que centelleaban, los anillos que había descubierto al quitarse los guantes.

-Bueno chicos- intervino Merche conciliadora-, acordaros que es Nochebuena. Anchoni se marchará otra vez a América y nosotros seguiremos aguantando. Dice que no va a volver más, así que lo mejor es que deje de preocuparse de lo que hacemos o no hacemos. Este es un asunto nuestro.

-¡Pero veinte años de exilio nos autorizan...!

- ¡No te autorizan a nada! –cortó secamente José Luis-. Nosotros también tenemos nuestras reclamaciones que hacer.

-¿Por qué no reclamabais cuando lo negaban todo? ¡Hasta el derecho de hablar la lengua propia...!

-¡Más te vale estar callada, Anchoni! – La voz de María Josefa impuso un silencio súbito. –Entonces y ahora hicimos lo que teníamos que hacer. Cada quien a su manera. Cuando el río baja turbio y crecido no vale poner puertas. Hay que dejarlo pasar... y quedar. Nosotros aquí, hemos estado y aquí estaremos. Si no se puede hablar para afuera se habla para adentro. Otras cosas también ha visto pasar Mendiburu antes de Perico... Y después será Iñaki y sus hijos y ellos también verán...

-¡Pero nosotros...! –interrumpió Anchoni. Y se calló porque la voz de Pedro era más alta que la suya:

-Riki y yo creemos que ya habéis dicho todo lo que tenáis que decir.

-¡Mocoso! –le gritó su madre exasperada-. ¡A ver si te callas, sinsorgo!

-¡Claro! Tenéis que seguir hablando “vosotros” hasta el fin de los siglos, sin hace un esfuerzo verdadero por entenderos, mientras a la abuela se le quema el capón y la compota se seca...

María Josefa corrió al remedio sofocada mientras los otros se reían. Solo Pedro no se reía:

-Eso es lo que habéis hecho siempre: hablar. Sin daros cuenta de que olía Chamusquina hasta que las llamas os llegaban a los faldones. Y queréis seguir

hablando ahora que estamos aquí los que no somos “vosotros” ni “nosotros”, sino el tiempo de hablar menos y hacer más... -Pedro recogió una mirada luminosa de Riki para continuar-: Tenemos de vosotros todos una herencia muy amarga y hemos aprendido muy duramente a distinguir la paja del trigo y lo tenemos que sembrar a nuestro modo. El vuestro solo nos ha dado cosechas amargas.

Y no dijo más por no parecerse a ellos. Jacinto lo miraba mientras encendía calmadamente un cigarro y luego dijo:

-Pedro Mendiburu... no quiero discutir lo que haya de justo o injusto en tus palabras, pero sé que tienes derecho a decirlas. Un derecho duramente ganado como has dicho. Y yo lo acepto como el más vivo mensaje de esperanza que podía traerme la Navidad...

Al parecer, nadie tenía nada que añadir. Solo Perico supo estar a la altura de las circunstancias diciendo la última palabra:

-Bueno, ¿cenamos o no cenamos?

Y cenaron en la santa paz de la Noche Buena, mientras el Niño Dios esperaba con los brazos abiertos la hora justa de su Navidad.

Cuento de Navidad

LAS PREOCUPACIONES de MARIA JOSEFA

Por Cecilia G. de GUILARTE.

A mi sobrina Amaya Loinaz

Los flecos de un sol perezoso lamían los ribazos del monte y probablemente no llegarían en todo el día a la huerta, que permanecía dura y hostil. Crujiente y sensible como los huesos de María Josefa, que ella se esforzaba valientemente, año tras año, en mantener útiles a fuerza de voluntad y de fe. Pero ahora eso no bastaba, y María Josefa estaba desconcertada. Por primera vez en su larga vida hilaba las ideas con la pezeza del sol de invierno, se le enredaba la madeja y toda su sangre anhelaba que alguien pensara por ella.

Lo único que veía claro era que la vida había puesto a sus hijos una armadura y dentro de ella estaban solos, como cuentas salidas del hilo que era ella, la madre. María Josefa se arrebujó en la toquilla y escondió las manos duras de frío y fatiga, mientras avanzaba por el sendero que llevaba a la casa. Desde allí podía ver la chavola que había hecho Iñaki junto a la carretera, para que la Anchoni guardara su automóvil que no podía llegar hasta la puerta, porque el camino estaba hecho para el carro de las verduras, para los pies sufridos de los Mendiburu. A pesar de su arrogante potencia, de sus niquelados y su rugiente motor, el automóvil se hundía en el barro con resoplidos malhumorados... Y con todo, el automóvil llenaba la casa y era el objeto de la admiración de todos, como un obispo gordo que hubiera llegado de visita revestido de sus ornamentos. Ahora la chavola estaba vacía y con la puerta abierta, porque la Anchoni se había ido a lucirlo a San Sebastián o a Toluca, llevando los infinitos recados que traía de México para gentes desconocidas.

Y en la casa estaría Perico, murmurando por los rincones, diciendo las tonterías que no había dicho en toda su larga vida de "basarritar" (aldeano), silencioso, trabajador y honesto. Cosas que nadie entendía, ni ella que era su mujer y lo había entendido tan bien cuando callaba. Estaría también esa chica extraña de la Anchoni, a la que llamaban Riki sin que nadie supiera porqué, acurrucada frente a la chimenea, temblando y mirando a todos con una cara terriblemente lastimada y huraña. Iñaki estaría echando troncos al fuego para que no muriera de frío y sin hacer otra cosa que mirarla fascinado, lo que intimidaba a la chica y la volvía muda como un banco.

Perico, y no dejaba de ser extraño y ofensivo para María Josefa, era el único que había aceptado a Riki con naturalidad. Cuando ella aparecía en la cocina, casi a medio día, Perico se reía socarronamente de sus pantalones negros y estrechos como si fueran su propia piel, de sus jerses holgados y sus bufandas de colorines enrolladas en la cabeza como si le dolieran las muelas. Y Riki se reía un poco con él y lo miraba anhelante con sus ojos grandes. María Jose-

fa, tenía que reconocerlo, se sentía celosa. Ella había sido siempre la que entendía a todos, la que comprendía todo y todo lo explicaba.

La cocina, con el fuego vivo y los pucheros hirviendo, era una bendición de Dios en la mañana invernal, pensó María Josefa al entrar. Perico estaba afilando su navaja en la piedra del fogón, mientras Iñaki daba vueltas en la mano a uno de los libros que Riqui dejaba abiertos en cualquier lugar. La mujer se atareó en la cocina esperando y temiendo que Riki apareciera al fin, pensando también en el domingo anterior cuando Merche y su marido y sus hijos habían venido de San Sebastián para pasar el día con ellos y todo había terminado tan mal. Tan mal, que la proximidad de la Navidad en que todos estarían reunidos, por primera vez en tantos años, la acobardaba. Vendría José Luis con su familia de Madrid y ya no sería como otros años, como otras navidades llenas del pensamiento amoroso y nostálgico de los ausentes, de los que María Josefa recordaba más que nada las gracias infantiles, los años buenos de antes de la guerra, cuando en Mendiburu se esponjaba la pollada y el cartero no era todavía un personaje importante...

El reloj echó a rodar en la cocina once horas ataridas y roncadas y el viejo Perico se revolvió inquieto:

—Esa chica...— murmuró.

—Hace mucho frío...— la disculpó Iñaki dejando el libro sobre la mesa.

—Su madre no tiene pues...— terqueó el viejo.

Esta resentido porque la Anchoni no para en casa, pensó María Josefa. Después de veinte años, podía haberse pensado que las cosas serían de otra manera. Pero eran así y no había que darle vueltas.

La cocina se había oscurecido y la madre suspiró extrañamente aliviada cuando Iñaki se levantó para encender la luz.

—Va a llover— dijo mirando por la ventana los desnudos árboles del camino, la niebla que invadía el aterido paisaje. Y entonces entró Riki, silenciosa como el gato, con aquellos zapatos que no hacían ruido. María Josefa vuelta de espaldas la adivinó. Y luego oyó su voz de acento tan extraño como ella misma:

—Buenos días... que frío hace...

—Ya te acostumbrarás— le dijo Iñaki. Y Riki sonrió cortesmente, sentándose frente al fuego.

La abuela sacó del herviente puchero un cazo de caldo y se lo sirvió en una taza.

—Ya se te pasará con esto— le dijo al ponérsela en las manos. Y le pareció que las manos de Riki temblaban más que otras veces. Solo entonces la miró a la cara y vio sus ojos enrojecidos en los que se cuajaban las lágrimas. Y María Josefa sintió que le estallaba en el pecho algo duro que le había estado creciendo en los últimos días y que una ola cálida se le mezclaba a la sangre llenándola de un gozo doloroso.

Sólo que ella era dura y no cedía fácilmente.

—¿No tienes que quedarte todo el día en casa!— le dijo con cierta aspereza.— Tu madre...

—¿No quieren que esté aquí?— La voz de Riki sonó tan lastimera que Ñaki, aquel hombrón de treinta años pareció encojerse. Miró a su madre con aprensión y su madre sólo miraba al fuego obstinadamente, sin responder. Entonces él dijo desmañadamente:

—No es por eso, Ana Mari...— y por primera vez la llamó por su verdadero nombre con lo que todos lo miraron como si hubiera disparado un tiro en la cocina. Ya no pudo terminar de hablar.

—La Anchoni ya lo pasa bien con su auto... y también dice que va al cine... y banquetazos todos los días...— dijo Perico riéndose por lo bajo, él sabía de qué.

Riki movió la cabeza a uno y otro lado, como extrañada de que no comprendieran.

—Ya lo intenté los primeros días... dijo.— Pero no puedo... no puedo... porque mi mamá me parece una extraña y... me avergüenza...

Las últimas palabras fueron dichas en voz tan baja que apenas pudieron entenderse. Pero en el corazón de María resonaron como una gran piedra caída en el agua y le dolió.

—¿Qué pues...?— dijo con voz ronca. Y Riki no lloró más fuerte como Ñaki había pensado que haría, sino que alzó su carita y miró de frente a la abuela.

—Porque es ridícula y ofensiva— dijo con una voz nueva. Miró uno por uno, despacio, a los tres, y añadió:— ¡No me digan que no lo han notado, que no se han sentido lastimados... como la tía Merche, como todos!

Entonces se levantó y parecía más alta y sus veinte años más maduros:

—¡Desde que tengo uso de razón la he oído hablar de este caserío como si fuera un castillo, de esta tierra como si fuera el paraíso... de su vieja nobleza vasca, de su nostalgia, del exilio soportado con heroísmo y entereza, como si fuera una reina que lo ha perdido todo! Se hacía compadecer y admirar por nuestros amigos de México...

María Josefa no terminaba de entender y Perico la exasperaba porque sonreía socarronamente como si supiera el final del cuento.

—Y ahora estamos aquí, hemos venido al fin — Riki parecía verdaderamente en adada— y esta casa no es un castillo. Cualquiera puede verlo. Solo una casa recia y firme, para durar, y en este paraíso llueve todos los días y frío apenas puede soportarse.

Ñaki se movió inquieto como si se sintiera culpable de tanto infortunio. Visto ahora desde la ventana, el paisaje parecía siniestro, como si toda posibilidad de primavera perteneciese a un pasado remoto.

—Y ahora ¿qué hace mi mamá?— Riki parecía exigir una pronta respuesta; pero si la tenían los tres que estaban allí preferían guardarsela para ellos solos. Así Riki tuvo que hablar por todos:— ¡Mi mamá se venga de que la casa sea más chica de lo que ella la hizo en sus recuerdos, de que llueve todos los días y de que haya que explicar que ella es Antonia la de Mendiburu a gentes que la ven sin interés alguno porque hace muchos años que salió de su realidad, hablando de nuestra "gran" casa de México, de la "gran" fábrica de papá, de mi carrera de Filosofía, de mi her-

mano que estudia en Canadá... y luego sus pulseras y sus brillantes que desdén como si en casa tuviera un costal lleno... y el carro que se detiene condescendiente que tiene frente a las puertas humildes de antiguos conocidos, a los que llena de reproches velados por aguantar la pobreza y la injusticia del régimen...

—No será tanto...— la interrumpió María Josefa con voz débil, alejándose hacia la ventana y volviéndose de espaldas como si eso bastase para anular la realidad.

—¡Usted no es ninguna tonta, abuelita, y sabe que así es! La tía Merche le dijo el domingo que, refugiada o no, era una indiana cursi... y me alegré de que se lo dijera.

—¡Bueno pues... la Anchoni es tu madre!— cortó exasperada la abuela.

—¿Y me importaría si no lo fuera? Me duele porque es mi madre... porque ella y mi padre me dieron por patria este sueño y como esperanza el anhelo de volver. Y ahora que hemos venido hace agrio mi gozo y trabajoso de aprendizaje de amor a la tierra que quiero hacer totalmente mía porque no tengo otra que más lo sea. ¡No quiero oír sus quejas, no tiene por qué disculparse conmigo de que las cosas no sean como ella quisiera! De que gentes y cosas no se hayan petrificado para que ella tomara el hilo donde lo dejó, como si lo que ella mismo ha cambiado no contara para el divorcio! Ahora ya no está aquí el supremo bien, sino en la "gran" libertad de América... y quiere hacerme cómplice de su deserción definitiva cuando toda la sangre que me dió clama por la entrega verdadera a la causa de la libertad de esta tierra que es mía...

A Riki le faltó la voz y se sentó de nuevo ocultando la cara entre las manos para llorar mansamente hasta que María Josefa se acercó a ella y sin palabras, la tomó para sí.

—Abuela... era mi sueño...

—Cuando llega la mañana, ya no hay que soñar.

—Ya no es sueño. Esta casa, sin ser castillo, me ha dado al fin lo que nunca tuve, lo que la guerra destruyó en mi cuna: conciencia de mí misma. Ser hija de algo que permanecerá siempre. Cuando se adquiere la conciencia de la propia tierra a los veinte años, es como salir del Limbo y regresar a una vida completa. ¡Ser! ¿No comprendes, abuela? No... tal vez no puedas comprender... como no lo comprende ella. Perder esa sensación sin nervio y sin huesos, blanda y omíscusa, de exajería, de planta sin raíz ni posibilidad de arraigo. Aquí está mi sangre sin destino, abuela, clamando por su cauce... Tienes que ayudarme a derribar el muro.

Y María Josefa que no estaba segura de haber entendido las palabras vio que el muro estaba allí. Y que ella, sin ayuda de nadie, lo derribaría para que la muerte entrase definitivamente en su casa y en su tierra.

.....

Como María Josefa había pensado, después de la efusión del encuentro, todos se creían con derecho a pedir cuentas. Pero ahora ella sabía y podía soportarlo. Los hijos ya no eran niños y su desparramo por los cuatro puntos cardinales los había cambiado. Mas

estaban allí aquella Navidad y eso probaba que el nido de entraña de donde ella los desprendió era aún más fuerte que las ideas engendradas en climas ajenos.

José Luis, venido desde Madrid con su familia, se había admirado con el automóvil de Anchoñi y también se había reído. Una risa un poco amarga porque él, para vivir en Madrid con cierto decoro tenía que trabajar muchas horas y un auto, por pequeño que fuera, estaba más allá de sus sueños. María Pilar, la cuñada, había puesto demasiado empeño en no admirarse de nada para que María Josefa no se diera cuenta de que la dañaba la envidia. Porque para ella la vida era trabajosa y llena de frustraciones. Su hija Mari-Pepa era la única que gozaba a pleno pulmón de todo y se pegaba a su tía cortejándola para que se la llevara a América.

Todos se habían ido temprano a San Sebastián para traer de regreso a la familia de Merche. Todos menos Pedro, el mayor de José Luis. Un chico sin término medio—como decía María Josefa,— que callaba como un muerto o hablaba como un descosido. Pedro llamaba a Hernialde "el nido de la víbora" y a Ináki hijo bilustre del Cura Santa Cruz, lo que a este le parecía una chocholada; pero era el único de los nietos de María Josefa al que gustaba pasar las vacaciones en el Caserío cazando tordos o trabajando en la huerta con Perico.

Riki terminaba de arreglar el Nacimiento en un rincón de la cocina y el gran pino que por su capricho había cortado Ináki y María Josefa tropezaba con ella en sus idas y venidas al fogón, haciéndose la sorda a la guerra que Riki y Pedro se traían:

—Muy bien... cinicos, frustrados, resentidos —decía Pedro—. Es lo que heredemos. En cambio vosotros, los americanos, sois bonachones, románticos y...hartos. Tan hartos y románticos que no váis a caber en esta tierra.

—¡Que es tan nuestra como vuestra!

—¡Sois unos apátridas!

Riki palideció de ira y se quedó callada. María Josefa sabía que Riki tenía algo que decir y con su alma y su corazón quería empujarla a que lo dijera. Solo estaba aturdida, como si hubiera recibido un golpe y la abuela se sintió defraudada, perdiendo la paciencia al mirar los ojos brillantes de Perico. No era cosa que se pudiera ver, pero lo conocía bien y sabía que en su corazón de aldeano se estaba frotando las manos de gusto. El viejo solía decir que cuando el estómago estaba demasiado lleno valía más meterse los dedos... y eso es lo que estaban haciendo aquellos dos. Y a ella no le gustaba y no sabía que decir...

—¡A callar pues, chocholos estos! —dijo de pronto. Y todos la miraron sorprendidos porque hacía un rato que estaban callados. Se rieron de ella y de sí mismos y María Josefa respiró hondo.

Después de comer Pedro pidió a Riki que le enseñara sus libros. Era una manera de pedirle perdón y la chica lo comprendió así llenando de libros la mesa. Hubo paz y silencio, olor a capón y compota hasta media tarde larga.

Hasta que llegaron los otros de San Sebastián haciendo mucho ruido. Seguramente la discusión había empezado en el camino y se la traían a María Josefa reventando de madura:

—¿Y qué habéis hecho vosotros en veinte años —preguntaba Anchoñi exasperada.

—¿No fué nada aguantarlo todo?— replicaba Ja-

cinto, el marido de Merche, mientras sus tres hijos corrían a maravillarse con el Nacimiento y el árbol.

—Vosotros en cambio, habéis hecho mucho... dijo venenosamente María Pilar mirando a su cuñada de arriba abajo. Anchoñi se puso verde y por primera vez acaso deseó no llevar puestos los pendientes que centelleaban, los autillos que había descubierto al quitarse los guantes.

—Bueno, chicos —intervino Merche conciliadora—, acordaros que es Noche Buena. Anchoñi se marchará otra vez a América y nosotros seguimos aguantando. Dice que no va a volver más, así que lo mejor es que deje de preocuparse de lo que hacemos o no hacemos. Este es un asunto nuestro.

—¡Pero veinte años de exilio nos autorizan...!

—¡No te autorizan a nada! —cortó secamente José Luis—. Nosotros también tenemos nuestras reclamaciones que hacer.

—¿Por qué no reclamáis cuando lo negaban todo? ¡Hasta el derecho de hablar la lengua propia...!

—¡Más te vale estar callada, Anchoñi! —La voz de María Josefa impuso un silencio súbito.— Entonces y ahora hicimos lo que teníamos que hacer. Cada quien a su manera. Cuando el río baja turbio y crecido no vale poner puertas. Hay que dejarlo pasar... y quedar. Nosotros aquí, hemos estado y aquí estaremos. Si no se puede hablar para afuera se habla para adentro. Otras cosas también ha visto pasar Mendiburu antes de Perico... Y después será Ináki y sus hijos y ellos también verán...

—¡Pero nosotros...! —interrumpió Anchoñi. Y se caló porque la voz de Pedro era más alta que la suya:

—Riki y yo creemos que ya habéis dicho todo lo que teniais que decir.

—¡Mocosos! —le gritó su madre exasperada—. ¡A ver si te callas, sinsorgo!

—¡Claro! Tenéis que seguir hablando "vosotros" hasta el fin de los siglos, sin hacer un esfuerzo verdadero por entenderos, mientras a la abuela se le quemaba el capón y la compota se seca...

María Josefa corrió al remedio sofocada mientras los otros se reían. Sólo Pedro no se reía:

—Eso es lo que habéis hecho siempre: hablar. Sin daros cuenta de que olía Chamusquina hasta que las llamas os llegaban a los faldones. Y queréis seguir hablando ahora que estamos aquí los que no somos "vosotros" ni "nosotros" sino el tiempo de hablar menos y hacer más... —Pedro recogió una mirada luminosa de Riki para continuar:— Tenemos de vosotros todos una herencia muy amarga y hemos aprendido muy duramente a distinguir la paja del trigo y lo tenemos que sembrar a nuestro modo. El vuestro sólo nos ha dado cosechas amargas.

Y no dijo más por no parecerse a ellos. Jacinto lo miraba mientras encendía calmosamente un cigarrillo y luego dijo:

—Pedro Mendiburu... no quiero discutir lo que haya de justo o injusto en tus palabras, pero sé que tienes derecho a decirlos. Un derecho duramente ganado como has dicho. Y yo lo acepto como el más vivo mensaje de esperanza que podía trasarme la Navidad...

Al parecer, nadie tenía nada que añadir. Sólo Perico supo estar a la altura de las circunstancias diciendo la última palabra:

—Bueno, cenamos o no cenamos?

Y cenaron en la santa paz de la Noche Buena, mientras el Niño-Dios esperaba con los brazos abiertos la hora justa de su Navidad.

Anexo II. Poema a la Virgen de Guadalupe.

1. Poema a la Virgen de Guadalupe mecanografiado por Cecilia G. de Guilarte con la firma de la escritora.
2. El poema publicado en el periódico *El Imparcial* de Hermosillo, en el estado de Sonora, el 12 de diciembre, con motivo de la festividad de la Virgen de Guadalupe.

MARIA DE GUADALUPE.

María Madre:
símbolo universal de la ternura
hecha Guadalupe de los mexicanos
en el toscó ayate
de Juan Diego.
Morena y menudita,
forjada de maíz y barro;
jarrito de agua dulce,
fresco pozo de ternura.

Con la cura milagrosa de bernardino
y las rosas castellanas de Zumárraga,
has forjado el caminito
al corazón de la raza.

Esencia de poesía,
flor y nata de las madres;
Tepeyac amanecido
tras la noche de los siglos;
escogiste para hijo
al más humilde y sencillo,
de todos al más pequeño;
al que era milagro vivo
y vivía en el milagro;
al que era de los llamados
y también el Elegido.

María de Guadalupe,
del Tepeyac un lucero;
compendio de los milagros
y rúbrica de un soneto.
Color de nardo y fragancia
de las rosas de Castilla
florecidas para un pueblo
que vive de poesía;
que sube y baja con ritmo,
que canta y llora con metro.

María de Guadalupe
Soberana Abanderada;
fé de candelá, y antorcha
y faro de la esperanza:
mira a tu pueblo este día
y todos los días sosténlo.
¡por el ayate de Diego,
por las rosas de Zumárraga!

Cecilia G. de Guilarte

MARIA, MADRE Y REINA DE LOS MEXICANOS

María Madre, símbolo universal de la ternura, hecha Guadalupe de los mexicanos en el toscó ayate de Juan Diego. Morena y menudita, forjada de maíz y barro, jarrito de agua dulce, fresco pozo de ternura. Con la cura milagrosa de Bernardino y las rosas castellanas de Zumárraga, has forjado el caminito al corazón de la Raza. Esencia de poesía, flor y nata de las Madres, Tepeyac amanecido tras la noche de los siglos, escogiste para hijo al más humilde y sencillo, de todos al más pequeño. Al que era milagro vivo y vivía en el milagro. Al que era de los llamados y también el elegido.

María Madre de Guadalupe, del Tepeyac un lucero. Compendio de los milagros, firma y rúbrica de un soneto, color de nardo y fragancia de las rosas de Castilla para un pueblo que vive de poesía, que canta y llora con metro que sube y baja con ritmo. Virgen de Guadalupe, Soberana Abanderada, antorcha que no se apaga, faro de la esperanza y de la fe candelá: mira a tu pueblo este día, y todos los días sostenlo. Por el ayate de Diego, por las rosas de Zumárraga.

1. Poema a la Virgen de Guadalupe mecanografiado por Cecilia G. de Guilarte
2. El poema publicado en el periódico *El Imparcial* de Hermosillo, Sonora.

Anexo III. Documentos gráficos.

1. Entrevista a Cecilia G. de Guilarte publicada en el periódico *Diario de Murcia* tras ganar el premio literario *Águilas* con la primera novela de la trilogía del exilio *Cualquiera que os dé muerte*.
2. Banquete en honor a Cecilia G. de Guilarte con motivo de la publicación de *Sor Juana Inés de la Cruz, Claro en la Selva* en el casino de Hermosillo, México.
3. El paquebot Cuba.
4. Cecilia G. de Guilarte con su esposo Amós Ruiz Girón y su hija mayor Marina Ruiz García a bordo de El Cuba. Junio 1940.
5. Cecilia G. de Guilarte ejerciendo su labor de periodista en Hermosillo, México.
6. Cecilia G. de Guilarte con su esposo y sus tres hijas en su residencia de Ciudad de México en 1948.
7. Cecilia G. de Guilarte con sus amigas las hermanas Caballero en Italia, en uno de sus viajes con el Club de Arte *Catalina de Erauso*.
8. Cecilia G. de Guilarte ya jubilada en otro de sus viajes turísticos en Andalucía con el Club de Arte *Catalina de Erauso*.
9. Cecilia G. de Guilarte en la redacción del periódico *El Imparcial*. Hermosillo, México.
10. Cecilia G. de Guilarte en su despacho del periódico *El Imparcial*. Hermosillo, México.
11. Cecilia G. de Guilarte con sus hijas Esther (detrás de la escritora) y Ana Mari Izaskun con motivo de la presentación de la novela *Cualquiera que os dé muerte*. Águilas, Murcia, 1969.
12. Carta del doctor Gregorio Marañón a Cecilia G. de Guilarte con motivo de la publicación de *Sor Juana Inés de la Cruz, Claro en la Selva*.
13. Cecilia G. de Guilarte y su esposo Amós Ruiz Girón en una fiesta en el casino de Hermosillo, México.
- 14, 15 y 16. Credenciales de Cecilia G. de Guilarte.
- 17, 18 y 19. Credenciales de Cecilia G. de Guilarte.

Diario de MURCIA

CECILIA G. DE GUILLARTE HA VIVIDO EXILIADA, EN MEJICO, DESDE QUE ACABO LA GUERRA LA GANADORA DEL "PREMIO AGUILAS" TIENE 16 NOVELAS INEDITAS

Cecilia Guarte de Guillarte llega a Aguilas ayer tarde en la madrugada del sábado, después de haber pasado diez días en el pueblo de Méjico, en el momento de su salida de Méjico (Guatemala) a

*** El domingo fue a misa en Aguilas, y ayer comió con Lorenzo Andreo, premiado en la convocatoria anterior**

los días de la tarde, y que, por desgracia, no viajó en coche. Fue en un autobús cómodo y de paso, una lectura para los señores. Ella sabía que una entrevista —finalizada con grandes gratificaciones, sencillez y de confianza, para tal la había recibido—, pero no tenía tiempo de escribir, hasta que al pasar por Méjico, donde se encontraba con el señor Landabero, se acordó de Aguilas, donde la entrevista fue poco antes que una "novela", para luego ir a casa a escribir, pero como no tenía tiempo, se apresuró a escribir una novela, que se publicó en el número de hoy.



La autora premiada recibe de manos del alabado en el cine. (Foto TOMAS)

La señora Cecilia de Guillarte, que en los últimos meses de la guerra civil había huido de España, y que se encontraba en Méjico, donde se encontraba con el señor Landabero, se acordó de Aguilas, donde la entrevista fue poco antes que una "novela", para luego ir a casa a escribir, pero como no tenía tiempo, se apresuró a escribir una novela, que se publicó en el número de hoy.

La señora Cecilia de Guillarte, que en los últimos meses de la guerra civil había huido de España, y que se encontraba en Méjico, donde se encontraba con el señor Landabero, se acordó de Aguilas, donde la entrevista fue poco antes que una "novela", para luego ir a casa a escribir, pero como no tenía tiempo, se apresuró a escribir una novela, que se publicó en el número de hoy.

La señora Cecilia de Guillarte, que en los últimos meses de la guerra civil había huido de España, y que se encontraba en Méjico, donde se encontraba con el señor Landabero, se acordó de Aguilas, donde la entrevista fue poco antes que una "novela", para luego ir a casa a escribir, pero como no tenía tiempo, se apresuró a escribir una novela, que se publicó en el número de hoy.

La señora Cecilia de Guillarte, que en los últimos meses de la guerra civil había huido de España, y que se encontraba en Méjico, donde se encontraba con el señor Landabero, se acordó de Aguilas, donde la entrevista fue poco antes que una "novela", para luego ir a casa a escribir, pero como no tenía tiempo, se apresuró a escribir una novela, que se publicó en el número de hoy.



"Señor Caspi", con un resaca de millón en la mano izquierda. (Foto TOMAS)

Es una señora de aspecto distinguido, madre de tres hijas y abuela de dos nietos

*** «ERA Y ME REPUBLICANA, Y ME MARCHE PORQUE ME DIO COKAJE PERDER LA CONTIENDA»**

*** «He regresado —lleva cuatro años en Guipuzcoa— porque me daba coraje estar fuera de España contra mi voluntad»**

reveló la noticia. Mientras permanecía, e a medida que iba leyendo, se iba formando una idea de lo que estaba leyendo. Ella sabía que una entrevista —finalizada con grandes gratificaciones, sencillez y de confianza, para tal la había recibido—, pero no tenía tiempo de escribir, hasta que al pasar por Méjico, donde se encontraba con el señor Landabero, se acordó de Aguilas, donde la entrevista fue poco antes que una "novela", para luego ir a casa a escribir, pero como no tenía tiempo, se apresuró a escribir una novela, que se publicó en el número de hoy.



Cecilia G. de Guillarte, con sus dos hijas. — (Foto TOMAS)

La señora Cecilia de Guillarte, que en los últimos meses de la guerra civil había huido de España, y que se encontraba en Méjico, donde se encontraba con el señor Landabero, se acordó de Aguilas, donde la entrevista fue poco antes que una "novela", para luego ir a casa a escribir, pero como no tenía tiempo, se apresuró a escribir una novela, que se publicó en el número de hoy.

NOTAS DEL VIAJE A AGUILAS

"PALMITA" PROFESOR DE GUITARRA DE SORAYA, TIENE UN DAR A LA SALIDA DE LORCA



Una vez más, Soraya, profesor de guitarra, tiene un dar a la salida de Lorca. Soraya, profesor de guitarra, tiene un dar a la salida de Lorca. Soraya, profesor de guitarra, tiene un dar a la salida de Lorca.

Una vez más, Soraya, profesor de guitarra, tiene un dar a la salida de Lorca. Soraya, profesor de guitarra, tiene un dar a la salida de Lorca. Soraya, profesor de guitarra, tiene un dar a la salida de Lorca.

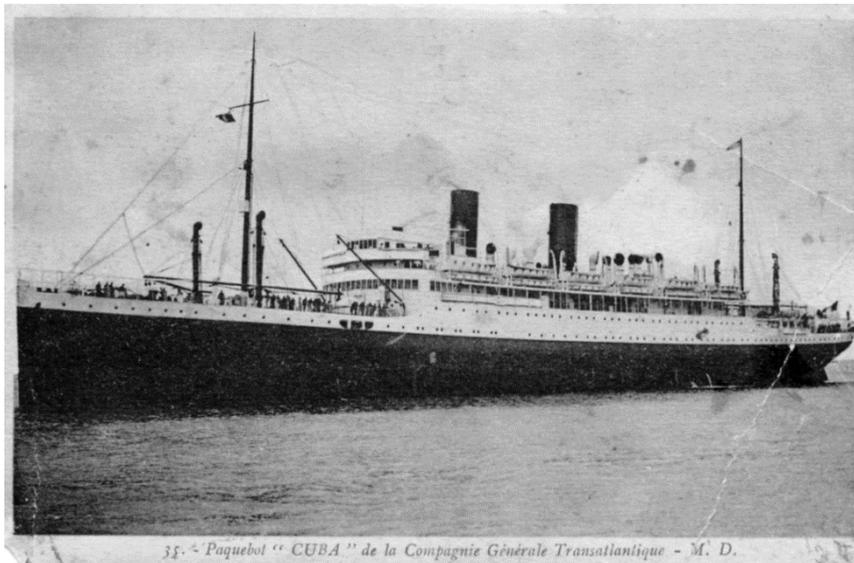
Una vez más, Soraya, profesor de guitarra, tiene un dar a la salida de Lorca. Soraya, profesor de guitarra, tiene un dar a la salida de Lorca. Soraya, profesor de guitarra, tiene un dar a la salida de Lorca.

1. Entrevista a Cecilia G. de Guillarte en el periódico *Diario de Murcia* tras ganar el premio literario *Águilas*.



Banquete ofrecido a Cecilia G. de Guilarte, que con motivo de la aparición de su libro "Sor Juana Inés de la Cruz", por periódicos Healy. La cena tuvo lugar en el Casino de Hermosillo, Son., donde reside, con asistencia de distinguidas personalidades. Un aspecto de la presidencia de la mesa, en la que aparecen doña Laura de Healy, don José S. Healy, propietario de los periódicos de su nombre, Prof. Horacio Soria, Secretario General de Educación del Estado, la señora de Guilarte, don Fernando Pasqueira, Director del Museo y Biblioteca y don Amós Ruiz Girón, esposo de la agasajada.

2. Banquete en honor a Cecilia G. de Guilarte con motivo de la publicación de *Sor Juana Inés de la Cruz. Claro en la Selva* en el casino de Hermosillo, México.



3. El paquebot Cuba.



4. Cecilia G. de Guilarte con su esposo Amós Ruiz Girón y su hija mayor Marina Ruiz García a bordo de El Cuba. Junio 1940.



5. Cecilia G. de Guilarte ejerciendo su labor de periodista en Hermosillo, México.



6. Cecilia G. de Guilarte con su esposo y sus tres hijas en su residencia de Ciudad de México en 1948.



7. Cecilia G. de Guilarte con sus amigas las hermanas Caballero en Italia, en uno de sus viajes con el Club de Arte *Catalina de Erauso*.



8. Cecilia G. de Guilarte en otro de sus viajes turísticos en Andalucía con el Club de Arte *Catalina de Erauso*.



9. Cecilia G. de Guilarte en la redacción del periódico *El Imparcial*. Hermosillo, México.



10. Cecilia G. de Guilarte en la redacción del periódico *El Imparcial*. Hermosillo, México.



11. Cecilia G. de Guilarte con sus hijas Esther (detrás de la escritora) y Ana Mari Izaskun a su llegada a Águilas para recibir el premio de la novela *Cualquiera que os dé muerte*. Águilas, Murcia, 1969.

Guzko Veya
La Voz de los Vascos en México



Por la presente se acredita la personalidad de Doña Cecilia G. de Guilarte cuyo retrato y firma van al margen como Escritora-colaboradora de este periódico; y las atenciones que se le dispensarán serán agradecidas por esta dirección.

México D. F. 1 de Enero de 1944

EDITORIAL VASCA
INDEPENDENCIA 40 (INTERIOR)
MEXICO, D. F.

Antonio Solís Casca
El Director

Continente
REVISTA NACIONAL E INTERNACIONAL.
Circulación Selecta en las Tres Américas
Director Gerente: Gonzalo de la Parra.

Oficinas Generales y Talleres
Londres 208.—México, D. F.
Tel.: 18-43-93 y 36-39-75.
Apartado Postal 2873



La presente CREDENCIAL acredita al Sr. a. Cecilia G. de Guilarte cuyo retrato va al margen, como Redactora de nuestra revista.

México, D. F. 1 de Febrero de 1949

FEB 25 1949
MADRID 7
MEXICO 2073

Jefe de Información

La duración de la presente credencial es de 15 días a partir de la fecha de su expedición.

IMPRESORA Y EDITORIAL, S. A.
EL IMPARCIAL EL REGIONAL

CREDENCIAL DE PRENSA

La presente acredita al Sr. a. CECILIA DE GUILARTE, como REDACTORA de esta Empresa.

Las atenciones que le dispensen serán debidamente agradecidas.

Hermosillo, Son. ACPECO, S. A. de 1936

[Signature]
PRESIDENTE GERENTE

14, 15 y 16. Credenciales de Cecilia G. de Guilarte.



17,18 y 19. Credenciales de Cecilia G. de Guilarte.

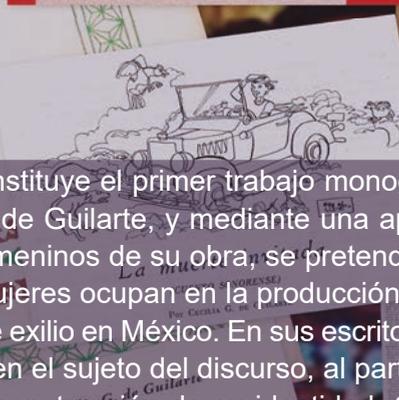
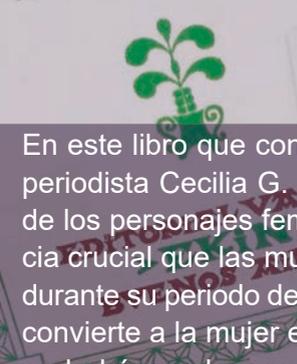
BIBLIOTECA DE CULTURA VASCA
SOR JUANNA INES DE LA CRUZ
CLARO EN LA SELVA
POR
C. G. DE GUILARTE

Cecilia G. de Guilarte
Trilogía dramática

Edición y Prólogo
Maravillas Villa

LA TRAMPA
Comedia en tres actos y un cuadro
Prólogo de
NICETO ALCALÁ-ZAMORA Y CASTILLO
DIRECCION DE G. LIZARRAGA

B. COSTA-AMIC, EDITOR
MEXICO, D. F. - 1958



Cecilia G. de Guilarte
LOS PERDIDOS
del QUIPU
BIBLIOTECA DEL EXILIO

En este libro que constituye el primer trabajo monográfico de la escritora y periodista Cecilia G. de Guilarte, y mediante una aproximación al discurso de los personajes femeninos de su obra, se pretende destacar la importancia crucial que las mujeres ocupan en la producción literaria de la escritora durante su periodo de exilio en México. En sus escritos, Cecilia G. de Guilarte convierte a la mujer en el sujeto del discurso, al participar esta activamente en la búsqueda y reconstrucción de su identidad. Como consecuencia de ello, sus decisiones y su coraje son vitales para lograr sus objetivos. La escritora de esta forma aporta una mirada valiente a la realidad, y al mismo tiempo reflexiona sobre su propia identidad, transformando en literatura su experiencia del exilio. En toda la obra literaria de Cecilia G. de Guilarte se afirma además la dignidad, la identidad y el coraje de las clases sociales más marginadas, las cuales son víctimas de un discurso de poder al que no pueden adaptarse y por eso se establece un paralelismo entre el discurso de opresión de género y el discurso de opresión social de clase. Cecilia G. de Guilarte consigue, sin duda, exorcizar una parte de su pasado trasladando sus propias experiencias a un mundo imaginario en el que se reconocen muchos de los acontecimientos que jalonan su propia biografía.

CECILIA G. DE GUILARTE
NACIO EN ESPAÑA
EDICIONES
Universidad
Valladolid
MEXICO



Cecilia G. de Guilarte
Un barco cargado de...

Edición y Prólogo
Maravillas Villa

EDICION ESPECIAL EL IMPARCIAL
Suma de Humanidad
SEPTIEMBRE 1810-1900